

ISAAC BASHEVIS
SINGER

EL CERTIFICADO



se

David Bendiger, un joven judío de dieciocho años, llega a Varsovia procedente de su pueblo sin dinero, sin alojamiento y con la aspiración de convertirse en escritor. En la capital se entera de que le ha sido concedido un certificado de emigración; pero la excelente noticia se ve enturbiada por el hecho de que David no cuenta con recursos económicos para costearse el pasaje a Palestina. Llevado por la necesidad, el joven busca a una mujer tan ansiosa de viajar allí que esté dispuesta a casarse con él y pagarle el viaje. Atribulado ya por las dudas religiosas, políticas y existenciales propias de la juventud, David conoce además a tres mujeres de índole muy diversa con las que mantendrá una turbulenta relación amorosa.

En esta novela, que apareció por entregas en 1967 en el diario neoyorquino en yiddish *Forverts*, el premio Nobel de literatura convierte a David Bendiger en su álter ego para ilustrar un episodio de su vida, plasmada con maestría en su autobiografía: *Amor y exilio*.



Isaac Bashevis Singer

El certificado

ePub r1.0

German25 6.11.14

Título original: *The Certificate*

Isaac Bashevis Singer, 2004

Traducción: Teresa Snajer

Editor digital: German25

ePub base r1.1



«Es tarde; tarde para todo», me dije. Por entonces solía hablar a menudo conmigo mismo. A los dieciocho años y medio uno ya no está en edad escolar y hasta es demasiado tarde para aprender un oficio. En poco tiempo más me llamarían a filas. Había perdido los mejores años de mi vida leyendo libros sin mayor orden, atormentándome con preguntas eternas, perdiéndome en fantasías sexuales y luchando contra incontables neurosis.

En mi mochila, entre varias camisas, calcetines y pañuelos sucios, había unos cuantos manuscritos en yiddish y hebreo, una novela inconclusa, un ensayo sobre Spinoza y la Cábala, y una selección en miniatura de lo que yo llamaba «poemas en prosa». Tras analizar los defectos de mi producción literaria, había llegado a la conclusión de que ninguno de mis escritos resultaba publicable.

Un escritor tan conocido como el doctor Ashkenazi me había dicho que mi ensayo era infantil; un famoso poeta hebreo había criticado acerbamente mis trabajos en ese idioma. Todos coincidían: yo debía perfeccionarme; aún estaba inmaduro.

Pero maduro o inmaduro, lo cierto era que no había comido nada en todo el día. También tenía que encontrar un sitio donde pasar la noche. Además de lo que guardaba en la mochila, llevaba conmigo dos libros que pensaba vender, restos de lo que había sido la pequeña biblioteca de mi padre cuando vivíamos en Varsovia. Buen Dios, qué lejana parecía aquella infancia en Varsovia.

A los dieciocho años y medio, yo ya había vivido varias épocas.

Nací en el período de la guerra Ruso-Japonesa. Diez años más tarde estalló la Gran Guerra y los alemanes entraron en Varsovia.

En menos de diecinueve años había pasado por la Revolución de Febrero, la Revolución de Octubre, la guerra Polaco-Bolchevique.

Viví cuatro años en Byaledrevne, un pueblo perdido. Después regresé a Varsovia, cursé estudios en una escuela normal y trabajé como maestro en una escuela de provincia. Había comenzado a escribir en hebreo y pasé al yiddish. Fui perseguido por los *jasidim* y hallé consuelo en la lectura de la *Ética* de Spinoza. Hasta probé las mieles del amor. ¡Y pensar que aún no había cumplido diecinueve años! A veces me veía a mí mismo como un anciano.

En ese melancólico día otoñal, un cielo gris y amarillento se cernía sobre los techos de Varsovia. Aquí y allá empezaban a encenderse las luces de los escaparates. Las aceras todavía estaban húmedas por la lluvia. Pasaban tranvías traqueteando, y las ruedas de los *droshkis*, los carros y los camiones rechinaban sobre el empedrado. Una multitud iba y venía, con bastones, paquetes y

paraguas.

La ciudad parecía la misma que yo recordaba, la de 1917. Pero el intervalo de cinco años se advertía en una serie de cambios. Había taxis en las calles, policías polacos en lugar de alemanes, que antes se encargaban de dirigir el tráfico, y los letreros en ruso habían sido reemplazados por letreros en polaco. ¿Qué más? La radio constituía una novedad. Con ayuda de auriculares era posible oír música, discursos, toda clase de melodías bailables polacas y canciones de operetas. En las salas de fiesta la gente bailaba el *shimmy*, el *fox-trot*, el charlestón. Las mujeres usaban vestidos por encima de la rodilla y sombreros que semejaban cacerolas puestas del revés. Los periódicos estaban llenos de información sobre la Liga de las Naciones y la terrible inflación alemana.

Había que ser oriundo de Varsovia para advertir los cambios. En mis tiempos no había *boy-scouts* en la ciudad, ni jóvenes judíos que llevaban la estrella de David en la gorra, ni muchachas con calcetines. En lugar de uniforme, los estudiantes lucían sombreros rojiblancos. Ahora las mujeres estudiaban en la universidad. La bandera polaca había reemplazado a la rusa, y el águila rusa se había transformado en un águila polaca. A las puertas del Jardín Inglés ya no había gendarmes para impedir la entrada a judíos de caftán o judías de gorro o peluca. El más visible de todos los cambios era el nuevo peinado de las mujeres jóvenes, que llevaban el cabello cortado a lo *garçon*, dejando las orejas al descubierto. Los funcionarios polacos, de gorra cuadrada, abrochaban y desabrochaban sus botones mientras intercambiaban saludos. Debido al control de alquileres que regía desde 1914, las casas de Varsovia se veían muy deterioradas. Según se mirara, la ciudad parecía vieja o andrajosamente joven. Todavía costaba creer que tras ciento cincuenta años de dominación extranjera Polonia fuese de nuevo una nación independiente.

Inglaterra había otorgado a los judíos la Declaración Balfour, y el Alto Comisionado judío que gobernaba en la tierra de Israel tenía la obligación de leer la Torá los sábados. En las calles judías de Varsovia pululaban guardianes, pioneros y revisionistas, como se llamaban a sí mismos. Los huelguistas y revolucionarios de la Revolución de 1905 habían recobrado la libertad y desarrollaban abiertamente su propaganda. Miles de jóvenes judíos de ambos sexos habían abrazado el comunismo y muchos de ellos ya se encontraban en prisión.

Saber todo eso, sin embargo, no bastaba para llenar el estómago. El hambre me atormentaba. Percibía los aromas del café, el pan fresco, la tarta de queso y una especie de *kijel* horneado con aceite cuyo olor me recordaba mis años de escuela. No poseía ni un solo *pfenig* (en esa época la moneda alemana aún se hallaba vigente en Polonia). Tenía la esperanza de vender dos libros de mi padre que llevaba conmigo: *Responsa de Rabí Akiba Ayger* y *El sistema de organización*.

Tales eran mis circunstancias, o mis *modus*, como los llama Spinoza: una vez más debía abandonar la ciudad a la que tanto había luchado por regresar desde que mi grave fracaso como maestro hizo que el secretario del Mizraji se negara a darme referencias. Mis padres y mi hermano menor, Moishe, se habían radicado en una pequeña ciudad de la Galitzia polaca. Me habían escrito diciéndome que me recibirían con agrado, siempre que me dejara crecer la barba y los aladares. Todos los miembros de la comunidad a la que pertenecían eran seguidores del rabí de Beltz, y la mitad de ellos se ganaban la vida como copistas religiosos. De todos modos, yo sabía que mis padres eran dolorosamente pobres.

Anduve sin rumbo fijo, fantaseando con un milagro: conozco en Varsovia a una joven de familia rica. Es huérfana y posee su propia vivienda. Le enseño yiddish y hebreo y ella me enseña alemán, francés, inglés. Con su estímulo, escribo una novela que ella traduce. Me hago famoso. Se me considera un segundo Knut Hamsun. Estoy dispuesto a hacerla mi esposa, pero ella me dice: «¿Qué sentido tendría? Podemos vivir juntos sin todas esas ceremonias. Lo importante es que nos amamos». La chica es idéntica a Lena, la hija del relojero de Byaledrevne. Viajamos juntos al extranjero; visitamos Berlín, París, Londres y hasta Nueva York y Hollywood.

Yo sabía que semejantes fantasías podían hacerme daño y que en mi situación debía ser capaz de pensar con claridad. Pero la verdad es que era víctima de pensamientos compulsivos. Dentro de mí hablaba un espíritu maligno, un *dibuk*..., o varios. Imaginaba haber descubierto un alimento que con sólo probarlo tornaba a quien lo hacía sabio y todopoderoso. Sin necesidad de estudiar, yo haría un descubrimiento tras otro, hablaría lenguas olvidadas, encontraría tesoros enterrados o hundidos en el mar, sería capaz de leer el pensamiento de los demás y predecir el futuro. ¿Y por qué detenerme allí? Volaría a la Luna, o al planeta Marte, donde encontraría un Estado judío. Me erigiría en Rey de la Tierra, de todo el sistema solar, y viviría en un palacio (suspendido en el aire) con mis dieciocho esposas, bellezas elegidas en el mundo entero. Y Lena sería mi reina.

«¡Eh!». Un taxi estuvo a punto de atropellarme. Pasó tan cerca de mí que percibí el olor de la gasolina. Tenía que acabar con esas fantasías. Pallot estaba en lo cierto: esas ensoñaciones enturbian la mente y embotan el pensamiento. Los grandes hombres como Newton, Copérnico, Galileo Einstein, no fantaseaban; usaban sus energías espirituales para descubrir verdades trascendentes.

Cerca de la calle Nalevki, un hombre joven me detuvo y preguntó:

—¿Quiere cambiar sus divisas?

Era un traficante del mercado negro que me ofrecía cambiar dólares por marcos polacos. Reí para mis adentros y respondí:

—No tengo marcos ni dólares.

—¿Qué libros son éstos?

Se los mostré, y él volvió a preguntar:

—¿Quiere venderlos?

—Sí.

Hojeó los dos volúmenes asintiendo en señal de aprobación y se acarició la barbita recortada.

—Hay un sello del propietario —dijo—. ¿Quién es?

—Mi padre.

—¿De veras? Conozco a su padre.

—¿Sí? —Sentí una extraña oleada de calor.

—¿Vive todavía?

Me costó contener las lágrimas.

—Sí, gracias a Dios —respondí—. Es rabino en algún lugar de Galitzia. ¿Y cómo es que usted lo conoce?

—En cierta ocasión me escuchó recitar. Maier Ioel Shvartstain regalaba un reloj a todo aquel que aprendiera de memoria cincuenta páginas de la Gemará. Era preciso tener cartas de tres rabinos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Creía que en Varsovia nadie se acordaba de mi familia. Tantas cosas habían ocurrido en esos cinco años, guerras, epidemias, hambre..., pero frente a mí había alguien que sabía quién era yo. Tal vez pudiera ayudarme.

Me di cuenta de que era pobre; llevaba un abrigo tan raído que el forro se transparentaba, sus botas estaban remendadas y su rostro era muy pálido. La punta del mentón se prolongaba en una barbita rubia y sus ojos, muy juntos bajo las cejas claras, reflejaban preocupación.

—¿Por qué quiere vender estos libros? —preguntó—. No le darán gran cosa por ellos.

—Necesito el dinero.

Frunció el entrecejo y dijo:

—Sí, lo recuerdo, un chiquillo con patillas pelirrojas que corría por el *jéder*. ¿Su madre todavía vive?

—Sí, gracias a Dios.

—Había enfermedades terribles entonces. La gente moría como moscas. ¿Por qué no está con su padre?

—Como apreciará, no visto al estilo de los judíos ortodoxos.

—¿A qué se dedica? ¿Es estudiante?

—Quiero ser escritor.

—¿Para escribir en los periódicos?

—En diarios y revistas.

—Con eso aquí no irá a ninguna parte. Al judío siempre se lo priva de cualquier oportunidad de ganarse la vida. Tengo esposa e hijos. El dólar sube y el marco sigue cayendo. ¿Qué escribe usted? ¿Panfletos?

—Cuentos.

—¿Qué significa eso?

—Literatura.

—Bueno, ¿y dónde está su mundo real?

No respondí, y él prosiguió:

—Para triunfar hay que tener suerte. En un tiempo fui discípulo del *rebbe* Krel. Tal vez usted conozca su casa, en el número 3 de la calle Gnoia. Junto conmigo estudiaba un joven, Abraham. Después de que me hube casado nos dedicamos a traficar con divisas extranjeras. Él se hizo muy rico, era como si atrajese el dinero igual que un imán. Ahora se queda muy tranquilo en su casa y todo el mundo va a verlo allí, mientras que yo debo buscar clientes en la calle. ¿Ha publicado algo?

—Nada.

—¿Quién necesita a los escritores? Los periódicos mienten. Se burlan del judaísmo. Los libros están llenos de obscenidades. Dígame, ¿puede salir algo bueno de todo eso?

No, no era mi propósito abandonar la ciudad. Bastante tiempo había perdido ya en las provincias. Todo lo que necesitaba estaba allí, al alcance de mi mano: bibliotecas, diarios, casas editoriales, conferencias y hasta un Club de Escritores. Nadie se metía en la vida de los demás. Al fin y al cabo, yo había crecido en Varsovia, entre los *droszkis*, los puestos de periódicos, los teatros, los cines, las carteleras de espectáculos.

Me detuve frente a una librería. ¿Había acaso algún tema que yo no pudiese encontrar en ese lugar? Física, química, geografía, toda clase de experiencias de viaje, historia de la filosofía, novelas. Había aparecido un nuevo psicólogo, el doctor Freud, y por primera vez leí la palabra «psicoanálisis». Por un *zloty* al mes uno podía asociarse a una biblioteca barrial y sacar un libro distinto cada día. Sólo me faltaba un pedazo de pan y un lugar donde dormir. ¿Era imaginable que en esa ciudad enorme no hubiese un trabajo para mí? Estaba dispuesto a hacer lo que fuera, incluso barrer las calles.

Pensé en elevar una súplica a Dios, pero recordé lo que había escrito Spinoza: Dios es ajeno a las emociones, nada sabe de la compasión y obra conforme a leyes eternas. Implorarle a Él era tan insensato como implorarle a un volcán, a una catarata o a un acantilado.

Mientras miraba el escaparate de la librería hurgué en mis bolsillos, donde guardaba trozos de papel con recordatorios y algunas direcciones. También tenía una pequeña libreta. Le había vendido mis dos libros al hombre del mercado negro que recordaba a mi padre y debía decidir rápidamente si volvía a la estación de ferrocarril y compraba un billete de regreso a Byaledrevne o intentaba encontrar un sitio donde pasar la noche en Varsovia.

Entré en una farmacia para hacer algunas llamadas. Tenía varios números de teléfono. El verano anterior había pasado un par de semanas en la capital y había trabado relación con algunas personas. Tenía familiares lejanos allí, de la clase a los que uno llama primos aunque lo sean en séptimo grado. Había también una joven de nombre Sonia, a la que llegué a besar. Trabajaba en una tienda de ropa y vivía con sus patrones. Yo sabía, por lo que me contó, que además hacía las tareas domésticas por una paga adicional. No era muy bonita y me llevaba unos diez años. Me había contado la historia de su vida, y en nuestro trato empleábamos el pronombre íntimo *du*. Tal vez ella conociese a alguien que quisiera estudiar hebreo o a una familia dispuesta a ceder una habitación a cambio de lecciones para sus hijos. Debía hacer todo lo posible por quedarme en Varsovia. Volver a enterrarme en Byaledrevne significaría mi perdición.

Desde el único teléfono de la farmacia llamé a Sonia, pero la línea estaba ocupada. En cuanto colgué el auricular, una mujer corpulenta que esperaba a mi lado intentó comunicarse y lo consiguió. «¡Mamá!», exclamó alegremente, y por el brillo de sus ojos y su sonrisa supe que hablaría un buen rato. Había asistido a una ceremonia de circuncisión y describió hasta el último detalle: el encargado del ritual, los padrinos, la tarta de miel, el pan blanco, la sopa, la carne, la vestimenta de las mujeres.

Yo la escuchaba con una mezcla de rabia y envidia. La mujer parecía relamerse los labios con cada palabra. Sospeché que prolongaba la conversación sólo para irritarme. Repetía frases y se reía de cosas que no sonaban graciosas. «¿La tía Raytse? —preguntó—. Pues tenía puesto su vestido de seda, ¡nada menos!». Soltó una carcajada que llenó de hoyuelos sus mejillas abultadas e hizo temblar

su doble papada. Tenía unos dientes enormes.

Pensamientos hostiles cruzaron por mi cabeza mientras aguardaba. ¿Cómo era posible que el judío moderno, que se había liberado de tantos deberes piadosos, siguiera aferrándose con semejante tozudez a la ceremonia de la circuncisión? ¿Por qué exigía Dios que, generación tras generación, los judíos extirparan ese trozo de carne? Si yo estuviera tirado a sus pies, muerto de hambre, esa mujer no me daría ni una migaja de pan. ¿Qué era entonces lo que nos hacía judíos a los dos? ¿La religión? ¿La comunidad? Y ¿de qué manera están unidos entre sí los proletarios? Decidí que ninguna de esas abstracciones valía un comino. Sólo los animales poseen la verdadera sabiduría; el *homo sapiens* es un idiota.

Salí de la farmacia sin haber hablado por teléfono. Me temblaban las piernas. Tenía que comer algo. Empecé a buscar un restaurante barato, o aún mejor, un café. Debía cuidar cada *pfenig* de los pocos marcos que me habían dado por los libros. Reparé en un pequeño café con un cartel en el que aparecía una vaca. Por lo visto preparaban tentempiés, y había varias mesas desocupadas. Ya antes de empujar la puerta de cristal percibí el olor del café, el pan fresco, el chocolate, la tarta de queso. «Ni siquiera el que está por morir quiere pasar hambre», me dije recordando que a los condenados se les sirve una última comida favorita antes de ejecutarlos. Abrí la puerta y entré.

Mis zapatos estaban muy gastados y mi gorra estrujada, pues me había sentado varias veces encima de ella. Mi distracción era ilimitada. Por ejemplo, perdía cosas sin motivo aparente. Aunque no tenía los bolsillos agujereados, cuando guardaba en ellos una moneda, ésta desaparecía como por arte de magia. Era absolutamente incapaz de encontrar el billete del tranvía cuando el revisor me lo pedía. Había guardado los pocos marcos obtenidos por los libros en uno de mis bolsillos, y hurgué en él varias veces para asegurarme de que no había ningún agujero. De vez en cuando volvía a meter la mano para verificar si el dinero seguía ahí, gesto con el que acabaría haciendo un agujero en la tela.

Había desarrollado una teoría según la cual a todo lo que antes se solía llamar demonios, gnomos, duendes, ahora se llamaba «nervios». Los viejos espíritus del mal tenían un nuevo nombre.

Los nervios no sólo eran fibras de tejido que desde el cerebro se irradiaban a la espina dorsal, sino fuerzas sobrehumanas dotadas de extraños poderes. Podían hacer desaparecer billetes de banco, arrancar botones de la ropa, desatar los cordones de los zapatos, torcerle a uno la corbata diez veces al día, hacer que un abrigo cayese de su percha. Hacían cuanto en otros tiempos se adjudicaba a los demonios. Guerras, revoluciones, crímenes, todos los males que afligen a la humanidad, tenían su origen en ellos. Tal vez fuesen la fuerza esencial del universo. Y no era imposible que estuviesen estrechamente vinculados con las fuerzas de la gravedad y el electromagnetismo o se identificaran con ellas.

¿Por qué me miraban los parroquianos? Llevaba diez minutos sentado a una mesa y la camarera aún no se había acercado a mí. ¿Acaso me había transformado en un espíritu invisible? ¿Sospechaba ella que carecía de dinero para pagar la cuenta? Sobre una silla, a mi lado, había un periódico sujeto por dos varillas de madera. Intenté leer, pero no conseguía enfocar con claridad. Unas telarañas doradas y abrasadoras me impedían la visión. Estaba tan hambriento que la boca se me hacía agua; los párpados se me cerraban a causa de la fatiga. La noche anterior no había dormido en una cama,

sino que había permanecido hasta el amanecer sentado en una silla, en la casa de los suegros de mi hermano. Llegué allí directamente desde la estación, sin nada de dinero. Había perdido todo el que me habían pagado al despedirme, si es que no me lo habían robado mientras tenía la nariz metida en un libro.

Finalmente se presentó la camarera y pedí dos huevos, panecillos y café. Me moría de ganas de pedir arenque, pero no podía correr el riesgo de gastar el dinero que necesitaba para el billete de regreso a Byaledrevne. Comí los huevos, los panecillos y los bajé con el café. Puse cinco terrones de azúcar en la taza. En mi situación, cada átomo de energía importaba. Devoré hasta la última migaja. Mientras comía, eché un vistazo a los otros parroquianos. Todos eran judíos, intelectuales. Uno de ellos leía una revista en hebreo y llevaba gafas de cristales gruesos. Usaba barba y bigotes. Pensé que tal vez me fuese útil, pero no me atreví a abordarlo. Saqué un billete del bolsillo y pagué la cuenta. Me pareció que la camarera se sorprendía. De buena gana hubiera apoyado la cabeza sobre la mesa para dormitar un poco, pero resistí el impulso de hacerlo.

Pronto anochecería. El tren a Byaledrevne partía a las once. Yo sabía que los últimos trenes nocturnos salían atestados y que era necesario hacer fila en la estación para sacar billete.

Cogí mi mochila y salí del local. Hacía más frío, y me pareció que el aire olía a nieve.

Esta vez, para hacer mi llamada, entré en una salchichería. Conseguí comunicarme y oí la voz de Sonia.

—*¿Prosze, sí?*

—No sé si me recuerdas —dije—. Nos conocimos el verano pasado en Swider. Me llamo David.

—*¿David!* —Por supuesto que me recordaba, y se alegraba de tener noticias mías. Empleaba el *du* íntimo que habíamos adoptado—. Dios del cielo, *¿dónde estás?*

—Dios tal vez esté en el cielo, pero yo estoy en una salchichería. —No me hubiera creído capaz de bromear, pero por lo visto la comida me había devuelto las energías. Por lo demás, cuando alguien me hablaba me transformaba por completo.

Sonia volvió a preguntar:

—*¿Dónde estás? ¿Cuándo llegaste a Varsovia?*

—*¿Eh? Ayer.*

—*¿No eres maestro en algún lado?*

—Ya no.

—*¿Te quedas en Varsovia?*

—No lo sé.

—Si no lo sabes tú, *¿quién?* —Sonia se echó a reír—. Eres un tipo divertido.

Seguí hablando, consciente de que mi explicación contribuía a debilitar mi posición frente a ella.

—No tengo dinero para pagar una habitación. No tengo nada. La voz de Sonia sonó distinta, más apagada, al decir:

—*¿Qué piensas hacer?*

—Si no consigo encontrar nada aquí, deberé volver a Byaledrevne... esta misma noche.

—*¿Por qué te fuiste antes de que terminaran las clases?*

—No lo decidí yo. Me enviaron como alumnos a varios campesinos, jóvenes a los que no les interesaba el estudio. Lo único que querían hacer era cazar palomas. Gracias a Dios que me despidieron.

—¿Por qué no has escrito? Nunca me mandaste ni siquiera una postal. Tus promesas quedaron en la nada. —Tras una breve pausa, Sonia agregó—: Llegó una carta para ti. Hace casi seis semanas que está aquí.

—¿Una carta, para mí? —pregunté entusiasmado. ¡Alguien me había escrito! Pero ¿por qué habían mandado la carta a Sonia? No recordaba haberle dado a nadie su dirección.

—¿Qué dice la carta?

—No lo sé, no abro la correspondencia ajena. Ni siquiera me dejaste tus señas. ¿Qué clase de hombre eres? —Sonia dio a la palabra «hombre» un tono que, aunque burlón, trasuntaba cierta ternura femenina. Qué extraño, había vacilado en llamarla porque mi situación me avergonzaba, ¡y pensar que en su casa me aguardaba una carta!

—¿Cuándo podemos vernos? —pregunté.

—Cerramos la tienda a las siete, y hasta que mis patrones llegan, cenamos y lavo los platos, se hacen las nueve. Hoy los viejos van al cine, de modo que ven a las nueve.

—Si voy tan tarde tendré que pasar la noche en Varsovia.

—¿Y qué? No dormirás en la calle. Oh, Dios, todavía eres un chiquillo.

3

En un instante, mi situación y mi actitud habían experimentado un cambio total. El destino me trataba como tratan los demonios a los malvados en el infierno, arrojándome del fuego a la nieve y de la nieve otra vez al fuego. Me hallaba perdido sin remedio, y de pronto encontraba a una mujer que se mostraba afectuosa conmigo, que se afligía porque yo no le había escrito, y que tenía una carta para mí. Por mucho que me esforzara, no conseguía recordar a quién le había dado la dirección de Sonia. ¿Se trataba acaso de un error, de un malentendido? Una cosa era segura: no podía ir a casa de Sonia con los zapatos tan gastados. Tenía que encontrar cuanto antes un zapatero que me los arreglara.

Rápidamente hice mis cálculos. Ya no me quedaba bastante dinero para el billete a Byaledrevne, y si pasaba la noche en Varsovia debería pagar alguna comida y tal vez una habitación. «Es mejor morir con los zapatos en buen estado», me dije, sabiendo perfectamente que no tenía sentido. Enfilé hacia la calle Krojmalna, pues recordé que en mi antiguo barrio había un remendón barato que en 1917 le había puesto suelas nuevas a mis zapatos. Tal vez aún viviera. Tal vez aún estuviera sentado en su sótano dándole al martillo y la lezna. Los pobres no tienen dinero para mudarse a apartamentos nuevos.

No caminé, corrí, y es que además quería echarle un vistazo a la calle en la que había transcurrido mi infancia. Tomé por Gnoia y desemboqué en Krojmalna. Comprobé que ninguna de las dos había cambiado. La calle Gnoia seguía oliendo a aceite, a estiércol de caballo y a grasa lubricante. Se veían más sombreros judíos y abrigos largos que en las otras calles. La calle Krojmalna parecía más angosta y miserable que en mi recuerdo. Reconocí cada edificio, cada portón. Percibí olores que habían permanecido ocultos en los rincones más oscuros de mi memoria. Allí estaba el patio de Yanush, y más allá el número 5, donde en un tiempo yo había sido alumno de los *jasidim* de Gradushisk. Se decía que unos cien años atrás allí había vivido el Kidushi Hari. Había un *mikve*, un baño ritual. ¿Continuaría el *jéder* en el mismo lugar? Y Aba, ¿seguiría siendo el guardián de la sinagoga?

En el número 6 solían alojarse ladrones y prostitutas, y al lado se encontraba la lechería de Asher. Después venía el número 10, donde estaba nuestro balcón, y finalmente el número 12, donde vivimos hasta que abandonamos Varsovia. Me llevaría días hacer averiguaciones en todos esos sitios. Pasé por el taller de zapatería de Rafal, y se me ocurrió que si aún vivía, tal vez me reconocería. Al alzar la mirada observé que delante del local colgaba como siempre el conocido cartel con la imagen medio borrada de una bota.

Apenas abrí la puerta, vi a Rafal. Aunque su barba había encanecido, seguía siendo el mismo. Rodeado de aprendices, estaba sentado ante el mismo banco de zapatero, claveteando una suela. Yo sabía que la escena que me disponía a representar era tonta y ridícula, pero reuní valor y dije:

—Reb Rafal, usted no me conoce, pero yo lo conozco a usted. Rafal apoyó el martillo sobre el zapato en que estaba trabajando y me miró. No vi sorpresa ni reconocimiento en sus ojos oscuros.

—¿Quién es usted? —preguntó con la voz ronca que me resultaba tan familiar.

—David, el hijo del rabino. Usted me arregló los zapatos muchas veces.

Me miró con mayor atención.

—Sí, eres tú realmente.

Ambos guardamos silencio; luego él preguntó:

—¿Y tu padre?

—Es rabino en Galitzia.

—¿Tu madre?

—Está con él.

—¿Y tu hermano mayor? ¿Cómo se llamaba?

—Aarón; está en Rusia.

—Ah. Creo que también tenías una hermana.

—Está en Londres.

Los aprendices habían interrumpido su trabajo.

—Reb Rafal —continué—, he venido a pedirle un favor aprovechándome de nuestra antigua amistad. Necesito que le ponga medias suelas nuevas a mis zapatos, ahora mismo.

Rafal dirigió una mirada divertida a uno de sus aprendices. En su expresión había sorna y reproche a un tiempo, como si estuviera diciendo sin necesidad de palabras: «¡Vaya descaró!».

—¿Quién te cortó los aladares? —me preguntó.

—Alguien, eso es todo.

—Espera a que llegue mi mujer... ¡Menuda sorpresa se llevará!

—Reb Rafal, no puede negarse a hacerme ese favor. —Mi propio tono me llenaba de asombro—.

Es muy importante para mí. —Semejante manera de hablar era por completo ajena a mi carácter.

Rafal enarcó las cejas y su frente se llenó de arrugas.

—Imposible —declaró—. Estamos abrumados de trabajo. ¿Verdad, Kazkl?

—El patrón dice la verdad —confirmó el aprendiz.

Perdí el optimismo; di media vuelta, murmurando:

—Lo lamento.

—Aguarda, no te escapes. ¿Cuánto hace que te marchaste? Al mundo lo han puesto patas arriba, y de pronto hete aquí de regreso, hecho un hombre. Nadie te ha olvidado, ni a tu padre, ni a tu madre. Ya no hay rabino en esta calle. Si alguien tiene que formular una pregunta relacionada con el ritual debe acudir al *rebbe* Shajna en la calle Gnoia, o al *rebbe* Motl en la calle Zhimne. ¿Por qué no vuelve tu padre?

—¿Cómo iba a encontrar un apartamento en Varsovia?

—Sí, es difícil. Veamos esos zapatos.

Sin sentarme, me quité los zapatos. Rafal los examinó con ojo crítico y dijo:

—Ve a la galería.

¡Qué familiar me resultaba todo eso! Más de una vez había esperado en esa galería.

Mientras subía la escalera, filosofaba conmigo mismo acerca de Kant y su *Prolegomena*. Cuando estudiaba esa obra, muy lentamente, solía entonar la melodía con que en un tiempo había estudiado la Gemará. Me hallaba constantemente sumido en los problemas del tiempo, el espacio, la calidad y otras categorías de la razón.

¿Qué era el tiempo? Según Spinoza, sólo un modo de pensamiento, un atributo. Kant creía que el tiempo y el espacio tenían la misma sustancia y el mismo aspecto o, desde nuestro enfoque, las mismas formas aparentes. Sin embargo, ¿cómo era posible que los años transcurridos entre 1917 y ese momento no fuesen más que formas de la apariencia? ¿Era posible afirmar que la ocupación alemana de Polonia, la Revolución Rusa, el Tratado de Versalles, etcétera, no existían en el tiempo? Allí estaba yo, comprobando que Rafal seguía vivo en tanto que Hershl, el dueño de la lechería, había muerto en 1919 como consecuencia de una epidemia. Rafal continuaba sentado ante su banco de trabajo, en tanto que el cuerpo de Hershl se había podrido hacía largo tiempo y su mujer, Ráisele, ya tenía otro esposo. ¿Se podía decir que Hershl aún vivía en algún lugar de la cuarta dimensión, vertiendo el contenido de botes de leche en la gran vasija de metal de donde después sacaba pequeñas cantidades con un cucharón para llenar los jarros de sus clientes? En tal caso, yo todavía era un niño pequeño, o mi madre una doncella a quien le proponían casarse con mi padre. Algo dentro de mí gritó: «¡Absurdo! El tiempo es real. Se necesita una filosofía construida sobre el tiempo y el espacio, que son, ambos, atributos de Dios».

Me senté en una silla y observé a Rafal mientras se ocupaba de mis zapatos. Recordé de pronto que no le había preguntado el precio del arreglo. El aire estaba cargado de polvo y olía a cuero, y como la realidad de mi situación no podía ser peor, mis pensamientos volvieron una vez más a la

filosofía.

En aquellos años yo creía que me encontraba al borde de un descubrimiento trascendente. Una luz irrumpiría en mi cerebro y todos los enigmas del universo se resolverían. Algún día me convertiría en el hombre más famoso del mundo. ¿Qué impedía que ello ocurriera en ese momento? En algún lado había leído que los más grandes descubrimientos se hacen en un instante. De algo no había duda: el tiempo no tenía principio ni fin, el tiempo y el espacio eran eternos. El problema consistía en definir la eternidad. ¿Cómo era posible que el tiempo hubiese existido eternamente, que hubiera un espacio sin límites? ¡Buen Dios! Me había formulado esas mismas preguntas en la escuela primaria religiosa que dirigía Moishe Itzjak en el número 5 de la calle Grzybowska. Ni por un instante en mi vida había dejado de rumiar.

Empecé a toser a causa del polvo que me irritaba la garganta. Con tantos zapatos viejos amontonados, restos de cuero, hilos y trapos, ¿cuántos microbios no vivirían y se multiplicarían en ese lugar? Un solo trapo albergaba un mundo entero de esas criaturas, y cada una de ellas estaba compuesta de átomos y moléculas. Poco tiempo atrás había leído que cada átomo era una suerte de sistema solar. Yo, David, el hijo del rabino, estaba sentado en medio de la eternidad, girando junto con la Tierra, que a su vez giraba alrededor del Sol. Yo mismo era un cosmos completo. Y, sin embargo, también tenía mucho miedo: era un cosmos que no tenía dónde pasar la noche.

En ese instante llegó la mujer de Rafal. Cuando le explicaron quién era yo, dio palmadas de júbilo. Me ofreció un vaso de té y dijo:

—Parece mentira, justamente la semana pasada me acordé de tu madre.

No, pensé, nada se olvida. Vivir es recordar. Tal vez el universo entero no sea más que una maraña de recuerdos.

Fuera había caído la noche. Las lámparas de gas estaban encendidas (la electricidad todavía no había llegado a la calle Krojmalna). Me costaba mantener los ojos abiertos, y terminé por adormecerme. Empecé a soñar; tras un gran esfuerzo conseguí despertar, para volver a dormirme al instante profundamente. Alguien, uno de los aprendices, me sacudió el brazo diciendo:

—Sus zapatos están listos.

Ebrio de fatiga bajé la escalera con paso vacilante y le pregunté a Rafal cuánto le debía. El precio resultó muy bajo.

—No lo hubiera hecho por ninguna otra persona —dijo.

Como no había perdido el hábito de la gratitud, le agradecí una y otra vez. Ya estaba fantaseando con el modo en que lo recompensaría cuando fuese el hombre más rico del mundo. Mi reloj de bolsillo señalaba las seis y veinte. Todavía faltaban dos horas y cuarenta minutos para mi cita con Sonia. Me despedí cálidamente, igual que un miembro de la familia, y salí a la calle. Las suelas nuevas y los ojales reparados de mis zapatos me infundían ánimos. Caminaba más erguido, me sentía más alto, y el suelo que pisaba me parecía más firme.

Detrás del portón del número 10 la oscuridad era la de siempre. La escalera que conducía a nuestro antiguo apartamento estaba envuelta en sombras como cuando yo era niño. Me detuve un rato, tratando de distinguir algo en el patio de abajo, percibiendo olores de basura y cloacas y algún otro indescriptible.

Muchos de los inquilinos del edificio habían muerto, pero la casa conservaba sus emanaciones. De pronto comprendí cómo los sabuesos eran capaces de seguir el rastro de un criminal por su olor.

En los apartamentos no había luz de gas, sólo lámparas de queroseno que brillaban en las ventanas. A mis oídos llegaba el golpeteo de los martillos en el taller del zapatero, el zumbido de máquinas de coser, el llanto de niños y el canturreo de madres fatigadas que trataban de hacerlos dormir.

Todo seguía como siempre; allí el tiempo se había detenido. Se me ocurrió que tal vez en mi antigua calle descubriría el secreto del tiempo.

Continué hasta el número 12, donde la entrada a los tres enormes patios era tan estrecha como la recordaba. Busqué a Rífkele, la imaginé con sus cestas llenas de pan, bollos y hogazas sabáticas. Seguramente ya era madre.

Casi nada era distinto. Volví a sentir los olores familiares del pasado. Eso significaba que el tiempo es cambio; donde no hay cambio, no hay tiempo. Sin duda Dios había creado el tiempo en el mismo instante en que creó el mundo.

Subí hasta el apartamento donde habíamos vivido y atisé por la ventana. Adentro, alguien miraba hacia el exterior, un hombre alto con una gorra inclinada sobre los ojos. En la habitación reinaba una oscuridad congelada, como si hubiesen apagado la lámpara de queroseno. El hombre y yo nos miramos. Sus ojos parecían preguntar: «¿Por qué te has detenido aquí? ¿Qué esperas encontrar en mi pobreza?».

4

A las nueve menos cinco empecé a subir por las escaleras que conducían al apartamento de Sonia. En la entrada del edificio había luces eléctricas encendidas. Las escaleras de mármol de dudosa limpieza y los buzones de bronce asegurados a las amplias puertas tenían un aspecto de solidez. Toqué el timbre en el número que me habían dado, pero no obtuve respuesta. ¿Me habría equivocado de casa?

Oí pasos y enseguida Sonia abrió la puerta sin soltar la cadena de seguridad, dejando apenas una abertura para ver al que llamaba. Sí, era ella, su rostro moreno de rasgos marcados, los pómulos salientes, los ojos oscuros. Alguna vez habíamos estado muy cerca el uno del otro, en la mayor intimidad que pueden alcanzar un hombre y una mujer, pero esa intimidad (la palabra acabaría por enloquecerme) había terminado mucho tiempo atrás. Tras un instante de vacilación, soltó la cadena y entré.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo? —preguntó Sonia.

—¿Enfermo? No.

—Estás pálido como un muerto.

Su comentario me asustó.

—No he dormido en toda la noche —dije—. Tuve un montón de problemas.

—Ven, pasa, no te quedes en la puerta.

Echó a andar delante de mí, como si fuese la señora de la casa, y la seguí igual que un visitante más. Llegamos a una especie de salón donde todo lo que había a la vista era viejo y mullido, signo indudable de riqueza. Una enorme araña de muchos caireles colgaba del techo derramando una luz suave y difusa.

Era la misma Sonia que yo había conocido. Llevaba grandes pendientes, un collar de coral rojo y el cabello recogido en dos trenzas. Había dejado de ser joven (por lo menos debía de tener treinta años), y su mirada seria era la de alguien que ha pasado por muchas experiencias. Su tono al hablar trasuntaba la familiaridad de una amistad un tanto enfriada.

—¿Cuál es el problema? ¿No encuentras empleo?

—No puedo ser maestro.

—¿Y qué, si no? Aquí está tu carta.

Cogí la carta y la sostuve un momento en la mano. El sobre azul estaba arrugado y no había indicación del remitente. Pensé que me esperaba una decepción, aunque esa carta constituía mi única esperanza. Saqué del sobre una hoja de papel con membrete y leí:

Estimado amigo David:

La posibilidad sobre la cual conversamos tú y yo en una oportunidad se ha materializado de pronto. Si todavía te interesa hacer ese peregrinaje a Jerusalén, podemos conseguirte un certificado. Pasa por nuestra oficina y discutiremos el asunto.

Con mis mejores deseos,

DOV KALMENSOHN

No, la carta no me decepcionó. Por lo contrario, me infundió nuevas esperanzas. Recordaba a Dov Kalmensohn, funcionario de una organización juvenil sionista al que había conocido el verano anterior y que había intentado disuadirme de que viajase a Palestina. El encuentro se había producido en Swider, el mismo lugar donde conocí a Sonia.

Se trataba de un individuo menudo, muy bronceado por el sol, con una barbita negra y ojos oscuros de mirada intensa. Hacía gala de su destreza atlética practicando acrobacias bajo la cascada y enseñaba a nadar a las chicas en las aguas tranquilas del río Swider.

Kalmensohn había pasado varios años en una colonia de Palestina. En una ocasión mantuvimos una charla, él vestido con un bañador azul y yo con traje oscuro y corbata, porque me resultaba incómodo mostrarme sin ropa. Procuró convencerme de que emigrara a la tierra de Israel. «¿Qué tiene de bueno la diáspora?», me preguntó. Advirtió que yo hablaba el polaco con acento. Cuando le dije que no sabía trabajar la tierra, replicó: «¿Y quién entre los colonos sabía hacerlo al principio?»

Uno aprende. Por otra parte, necesitamos maestros en Palestina. Hasta los escritores son útiles» Estuve tentado de preguntarle por qué un ferviente propagandista de Israel como él se bañaba en el río Swider y no en el Jordán. Pareció adivinar mi intención y se justificó sin darme tiempo a formularla. Dijo que había razones personales que le impedían emigrar, dando a entender que en Polonia tenía una esposa que le causaba problemas.

En general, los funcionarios sionistas se habían mostrado muy poco interesados en mí. A veces me trataban con evidente menosprecio. Por eso no creí que Dov Kalmensohn fuera a conseguirme un certificado. Como pensaba trabajar en provincias dando clases y no tenía un domicilio permanente, le dije que si necesitaba comunicarse conmigo me escribiera a la dirección de Sonia. Estaba seguro de que olvidaría sus promesas, como me había ocurrido con los funcionarios de otras organizaciones, pero por lo visto no se había olvidado.

—¿Qué dice la carta? —quiso saber Sonia.

—Me ofrecen un certificado que me ayudará a viajar a Palestina.

—Eso sí que estaría muy bien. Llévame contigo.

—Todavía no me voy.

—Oh, sí, te irás. Un primo mío solía hablar de emigrar a Australia. Nunca creí que lo hiciera realmente, pero un buen día tomó la decisión y se marchó. Cada vez que establezco una relación estrecha con alguien, desaparece. Así es mi destino.

—¿Un mismo certificado puede servir para dos personas?

—¿Te refieres a marido y mujer? Sí, es lo que suele hacerse. Cásate conmigo y nos iremos juntos a Palestina. Yo trabajaré en el campo y tú escribirás tus historias.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no? Eres más joven que yo, pero no soy ninguna vieja.

—¿Y para qué querrías ir a Palestina? No tendrás una casa bonita como la de aquí.

—No es mi casa. Trabajo todo el día en la tienda, y cuando vuelvo mis empleadores salen y me dejan sola. ¿Qué clase de vida es ésta?

Era cierto. Sonia hablaba en serio. Me había hecho una propuesta de matrimonio simple y directa. «Cualquier cosa es mejor que morir de hambre», pensé, pero lo que dije fue:

—Bueno, nada de esto es seguro.

—Lo único seguro es la muerte —replicó Sonia—. Ven, comamos algo. Pareces hambriento.

—He comido —mentí.

—¿Cuándo? No te portes como un estudiante de *yeshivá*. —Cogiéndome del brazo me condujo a una enorme cocina con suelo de baldosas donde había una mesa rodeada de sillas—. En esta casa soy una especie de criada —añadió—, y las criadas suelen recibir al novio en la cocina.

—Cualquier lugar me da lo mismo —dije.

—¿Por qué no escribiste? Prometiste que lo harías.

—Me sentía tan desdichado que era incapaz de escribir una línea.

—No debías haberte marchado tan pronto. Estuvimos juntos en la playa de Swider. Muy juntos. Después te fuiste, y yo estaba segura de que a los pocos días recibiría una carta tuya. En cambio, desapareciste. Creí que eras una persona seria —agregó con cierta vacilación.

—Sólo el diablo sabe qué soy.

—Aquella noche hablaste tan... Me cuesta describirlo... Con tanto sentimiento...

Había pasado la noche con ella, en la villa de sus empleadores, mientras el dueño y su esposa se encontraban en las termas de Ciechocinek. Juré solemnemente que no la seduciría. Sonia juró que era virgen y aseguró que no quería llegar al matrimonio como «una mercancía averiada». Así lo expresó. Compartimos la cama durante una noche, y me contó la historia de su vida.

Era pariente de los suegros de mi hermano y había nacido en la provincia de Lublín. En alguna parte tenía un padre que había vuelto a casarse tras muerta la madre de Sonia. Esa segunda esposa le había dado una media docena de hijos a los que Sonia no conocía, y él se ganaba la vida como maestro en una escuela religiosa.

A Sonia le gustaba hacer solitarios, y una de sus posesiones más preciadas era un libro de interpretación de los sueños. Al mismo tiempo se consideraba a sí misma una mujer instruida y moderna. Fumaba cigarrillos en el *shabbat* y a menudo iba al teatro yiddish. Las canciones que se escuchaban en éste, las comedias y dramas que se representaban, los parlamentos de los protagonistas, constituían todo el bagaje cultural de Sonia, la fuente de su educación. De los periódicos en yiddish sólo leía las novelas por entregas.

Sonia me sirvió pan, mantequilla, queso, arenque y té. Mientras comía, me sentía dolorosamente culpable de ser un parásito y un mentiroso. No tenía la menor intención de casarme con esa mujer diez o doce años mayor que yo, pero jugaba con la idea del matrimonio porque creía parecerme a esos muchachos gentiles a quienes las criadas invitan a comer en las cocinas de sus señores. ¿Qué importaba la edad de Sonia, y con qué derecho aspiraba yo a una mujer culta? Al fin y al cabo, ¿acaso la cultura establecía alguna diferencia? Si Goethe vivió con una campesina, bien podía yo casarme con Sonia. Era una mujer cálida y sensual. Besaba intensamente. Le gustaba contar historias truculentas. Ya había tenido varios amores trágicos. Recordé las palabras de Esaú: «He aquí, voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?».

—¿Dónde dormirás? —preguntó Sonia.

—¿Contigo, tal vez?

Un fulgor pasó por sus ojos gitanos al decir:

—Primero se conduce como un chico de yeshivá, y de repente es un hombre de mundo. Los viejos están en el cine. Volverán a las once.

—Ah.

—Aguarda, tengo una idea. —Rió descubriendo su radiante dentadura.

La casa tenía dos entradas. Si yo esperaba en el patio central hasta la medianoche, podía regresar cuando los señores estuviesen profundamente dormidos y quedarme hasta la mañana siguiente.

—Si nos pescan —añadió—, nos pondrán a los dos en la calle.

—No tardarías en encontrar otro trabajo.

—Es verdad. Tal vez deba prestarte unos marcos para que te vayas a un hotel.

—No tengo pasaporte.

—¿Ni siquiera una partida de nacimiento?

—Nada.

—¿Cómo puedes andar por Varsovia sin documentos? Eres un tipo raro, de verdad.

Le expliqué por qué no tenía papeles. Los archivos de mi pueblo natal habían sido destruidos por el fuego durante la guerra. Si quería obtener mi partida de nacimiento tenía que viajar hasta allí y encontrar testigos que aseveraran que yo había nacido en ese lugar. Para conseguir el pasaporte necesitaba también una copia de la partida de nacimiento de mi padre o algo a lo que llamaban un «extracto del registro permanente», todo lo cual requería tiempo y dinero.

—¿Qué harás si te detienen en la calle y te piden el pasaporte? —preguntó Sonia—. Pensaría que pretendes eludir el servicio militar.

—Sí, es cierto.

—¿Qué edad tienes?

—Pronto cumpliré diecinueve.

—Eres demasiado joven para mí. ¿Qué haría con un chico? Prefiero un hombre maduro. Si quieres ir a Palestina necesitarás montones de documentos.

—Lo sé.

—Lo sabes todo, pero no haces nada. Un hombre debe ser..., ¿cuál es la palabra?..., enérgico.

—Me las arreglaré de alguna manera.

—¿Cómo? Termina tu comida. De todos modos, a esta gente no le gustan las sobras. Te quedarás aquí hasta las once menos cuarto. La luz de la escalera se apaga a las once, pero da igual. No tienes alternativa.

—Es verdad, gracias.

—Vaya que eres un tipo extraño. Sí, un tipo muy curioso.

5

Sonia me despertó antes del amanecer murmurando:

—Debes irte de inmediato.

Yacíamos apretados el uno contra el otro, en la angosta cama del pequeño cuarto de Sonia, contiguo a la cocina. Por un instante no logré recordar quién era, ni dónde me encontraba, ni quién me despertaba, pero de pronto lo recordé todo.

—Debes irte —repitió Sonia—. Son las seis y media. El viejo se levantará dentro de media hora.

Permanecimos inmóviles unos minutos, besándonos. Después empecé a vestirme despacio. Sonia no quería encender ninguna luz, así que nos movíamos en la oscuridad como fantasmas. Al ponerme de pie noté las suelas nuevas de mis zapatos.

—No te olvides nada —me recomendó Sonia.

¿Acaso tenía algo que pudiera dejar olvidado? Antes de que me fuera, Sonia dijo:

—Llámame pronto. No vuelvas a desaparecer durante meses.

Había en su voz un dejo de amenaza, de apego femenino que me agradaba. ¿Cómo iba yo a imaginar que pasaría la noche con una mujer? Es cierto que una vez más le había dado mi palabra de honor de que la respetaría. Había dormido muy poco, un par de horas a lo sumo. Me dolía un poco la cabeza y de vez en cuando una sensación de náuseas me subía a la garganta.

Ya en la puerta, Sonia me tendió un paquete de comida que por lo visto había preparado la noche anterior. Bajé lentamente la escalera en sombras con la determinación de quien se dirige a cumplir sus obligaciones antes del alba. «¿Estará abierto el portón? —me pregunté—. Es preciso que el sereno no me vea». Salí y en ese momento vi al sereno que quitaba los cerrojos. Se movía pesadamente, con solemnidad, como quien abre las puertas de una cárcel. En cuanto volvió a meterse en su garita, me escabullí hacia la calle. Aún reinaba la oscuridad, pero de algún modo era una oscuridad diferente. Pasaban tranvías iluminados, atestados de gente que iba a su trabajo. Aquí y allá había un almacén o una lechería abiertos. El conductor de un carro impulsado por vapor descargaba pan caliente recién salido del horno. Varios hombres bajaban de un vehículo cántaros de leche que acababan de llegar de la estación de tren. Las estrellas parecían esfumarse y en el cielo la luz era una mezcla de noche y día salpicada con estrías blancas y negras. El resplandor rojizo del sol naciente se reflejaba en las ventanas de un quinto piso. El mundo había completado una vuelta más alrededor de su eje. La rutina diaria comenzaba de nuevo.

Me pregunté adónde ir. Apenas me quedaba dinero, pero alcanzaba para tomar algo caliente. Me detuve ante un pequeño café, y antes de entrar conté las monedas que tenía en el bolsillo. ¿Qué pasaría si no daba con Dov Kalmensohn? ¿Y si no se encontraba en la ciudad? Un hombre como él debía de viajar mucho, y tal vez estuviera en algún congreso, o incluso en el extranjero. La preocupación me rondaba, pero no estaba dispuesto a permitir que me atrapase. «Primero beberé una taza de café —decidí—. Un placer pasajero no es por ello menos placer. Algunas mariposas no viven más que un día».

En un lugar donde se sirve comida no se ve con buenos ojos que alguien coma de sus propias provisiones, pero eso fue lo que hice con disimulo. En cuanto la camarera se hubo alejado, saqué un bollo del paquete y lo engullí. Sonia también me había dado varias rebanadas de pan, un trozo de queso y una manzana. Di cuenta con satisfacción de mis vituallas y las bajé con un trago de café. De vez en cuando echaba una mirada a la entrada del local.

Ya era pleno día, un día nublado de invierno. Aunque no nevaba, las barandillas de los balcones presentaban una gruesa capa de escarcha. Ya habían llegado al café los periódicos de la mañana y los otros parroquianos —gente rica que pedía arenques, bollos con mantequilla y huevos— se dedicaban a leerlos.

Procuré animarme con reflexiones consoladoras. Llevaba casi diecinueve años viviendo en esa tierra, y eso nadie podía quitármelo. Esos años ya eran historia, una porción de la eternidad. Y había pasado una noche con Sonia, una noche de amor. Tampoco eso podían quitármelo. No cabía duda: los primeros diecinueve años eran los mejores. Más tarde llegaría la vejez... De todos modos, ¿quién estaba en situación de saber si Kalmensohn se encontraba en Varsovia o si el cosmos no era más que un mero accidente? Y si todo lo que debía suceder ya estaba decidido por poderes superiores, éstos, se hallaran donde se hallasen, ya sabían qué sería de mí. Para ellos, mi futuro

constituía un libro abierto.

En ese momento se acercó la camarera.

—¿Desea algo más? —me preguntó.

—No, gracias.

Rápidamente me tendió la cuenta. Advertí desprecio y desagrado en su mirada. Tal vez había visto mi paquete de comida. No debía permanecer por más tiempo en ese lugar.

Salí a la calle y proseguí mi camino. Después de todo, para los animales era natural vivir a la intemperie. Minúsculos pajarillos pasaban noches gélidas durmiendo en los techos o en las ramas de los árboles, y también el hombre primitivo había dormido al raso.

Pasé por delante de una sinagoga y entré en busca de calor. Al fin y al cabo, seguía siendo un judío. Una sinagoga no me resultaba ajena. De pronto percibí una atmósfera familiar que me hizo sentir que yo no era un muchacho de dieciocho años, sino que poseía los recuerdos de un hombre centenario. Todo allí parecía a un tiempo antiguo e íntimo: el sanctasanctórum, los numerosos libros, muchos de ellos antiguos, con los lomos desgastados, las mesas desnudas, los fieles sumidos en sus estudios o recitando plegarias, el olor de las lámparas, de la estufa, de cuerpos y sudor.

Yo llevaba a la espalda mi pequeña mochila. Un hombre de barba rubia sostenía una cesta llena de habas calientes, cubierta con un paño. Había mozos de cordel con cuerdas atadas alrededor de la cintura. Por la ropa y la barba de esa gente, yo podía deducir a qué se dedicaban. El hombre manchado de harina que llevaba dos abrigos, uno encima del otro, tenía un almacén. El hombre alto, de manos enormes y uñas cuadradas, era un carpintero; reconocí en sus dedos los colores de la cola y el barniz. Mientras el cantor entonaba las Dieciocho Bendiciones, alguien procuraba vender un billete de lotería.

No, nada había cambiado. El cantor recitaba: «Retorna piadosamente a tu ciudad santa de Jerusalén como lo prometiste». ¡Qué extraño! Hacía más de dos mil años que los judíos pronunciaban esas mismas palabras, y ahora sí, de verdad, volvían a Jerusalén. Yo esperaba mi certificado. Qué extraño pueblo, qué extraña religión. Cuánta fe depositaban en palabras escritas miles de años atrás.

Sin pensarlo, cogí un libro de un estante y me senté ante una mesa, dejando la mochila a mi lado, sobre el banco. Se trataba de un volumen de la Mishná, y en él leí: «En día festivo no se debe pescar en el estanque ni comer lo pescado, pero está permitido cazar animales y aves y comerlos».

Me pregunté si ésa sería la voluntad de Dios. ¿Era para eso para lo que había creado los mamíferos, las aves y los peces? ¿Para que los hombres los capturaran y se los comiesen? ¿Debería yo pasar el resto de mi vida en ese lugar santo? ¿O vivir en un *kibutz* apacentando cabras o enseñando a los niños? Cerré los ojos y me dejé invadir por la mezcla de sonidos: las plegarias de los que oraban a mi alrededor, ráfagas de melodías de la Gemará, fragmentos de conversación de aquellos que habían interrumpido su estudio o sus rezos. Desde la infancia yo había buscado algo que me sustentase, una fe verdadera, cierta y segura, más allá de cualquier cuestionamiento. Una meta clara. Sin embargo, todo se había desvanecido y esfumado, nada era seguro, nada ofrecía certezas. Ni Dios, ni la ciencia, ni las palabras de los viejos sabios, ni las teorías de los nuevos. En cierta ocasión encontré por azar, en un café, un periódico en el que leí un artículo sobre la situación

européa. Los alemanes se rebelaban contra el Tratado de Versalles, la India procuraba independizarse del Imperio Británico, los Balcanes seguían siendo un polvorín igual que en 1914, y sobre Rusia se cernía la amenaza del hambre. En Polonia era inminente una crisis de gabinete y los judíos estaban de más en todas partes, hasta en la tierra de Israel. Los árabes ya habían advertido que no tolerarían un aumento de la inmigración judía.

«¿Acaso no hay un lugar en el mundo donde uno consiga un poco de paz?», pensé. «Sí, en Suiza —me respondí a mí mismo—, pero no conceden visado a personas como yo. Y todo parece indicar que América está por cerrar sus puertas».

El único reposo verdadero se encuentra en la tumba. Sin embargo, ¿quién sabe si el cadáver realmente descansa? Apoyé la cabeza sobre la mesa y dormité. Oí que recitaban el *kidush*, la plegaria de la santificación, pero no me puse de pie. Aunque quizás estuviera durmiendo, mis pensamientos eran los de una persona despierta. «Santo, santo, santo». ¿Por qué necesitaba Él tantas alabanzas? ¿Y por qué, si la Tierra estaba llena de su honor y su poderío, Dios no hacía nada por la humanidad sufriente?

Me sumí en un sueño profundo y soñé con la tierra de Israel. Me encontraba en Jerusalén caminando. Pasaba por una serie de pórticos, cruzaba grandes espacios abiertos similares a los que se describen en uno de los tratados de la Gemará. Habitaciones, puertas, escalinatas. Unos clérigos mojaban sus dedos en agua. De alguna parte llegaban hombres de levita ejecutando melodías en liras, trompetas y arpas. Era tiempo de Pascua y los judíos iniciaban peregrinajes.

«¿Dónde se describe todo esto? —me pregunté—. ¿Ha llegado el Mesías? En tal caso, ¿qué estoy haciendo en Varsovia?». Cuanto veía me parecía extraño. El sol tenía un brillo festivo, en una moneda de oro que recogí se leía la siguiente inscripción en yiddish: «Castigo de Dios». La observé atentamente, lleno de asombro. ¿En Jerusalén se hablaba yiddish? Y ¿cuál era el sentido de esas palabras, «Castigo de Dios», grabadas en una moneda? «Es demasiado absurdo», decidí, y me desperté.

Recordé el sueño, los pórticos, los corredores, los pasajes. No todo era fantasía, pensé. En todo ello había algo real, algo que yo había visto en alguna parte hacía mucho tiempo. Pero la moneda con la inscripción resultaba absurda. El Maestro de Sueños se burlaba de mí.

Miré el reloj de la sinagoga, que en lugar de números tenía letras hebreas. Era hora de ir a la oficina del Jalutz. Sería preferible esperar a Kalmensohn antes que arriesgarse a perderle el rastro por completo. Sí, todo dependía de que él estuviese en la ciudad. De lo contrario, la única salida que me quedaba era el suicidio.

Salí a la calle, y después de la atmósfera fétida de la sinagoga respiré con gratitud el aire fresco. Me pregunté qué pasaría si al meter la mano en el bolsillo encontrara una billetera repleta de dólares. Alquilaría una habitación en Varsovia, o tal vez iría a Berlín o a París. Pagaría a preceptores para que me enseñasen matemática, física, idiomas. Dedicaría las mañanas a escribir y las tardes a estudiar. Por las noches iría a un café, o al Kurfürstendam o a Montparnasse, y llevaría conmigo a Lena. Juntos, tendidos en la cama, escucharíamos los ruidos de París. Al llegar la mañana contemplaríamos la torre Eiffel por la ventana.

Sabía bien que los milagros no existen, pero aun así metí la mano en el bolsillo. No, no había

ninguna billetera repleta de dólares. Recordé lo que dice Spinoza acerca de los milagros: Dios y los milagros son antitéticos. Las leyes de Dios y Su ser son una y la misma cosa. Dios no tuvo la menor piedad de los sesenta mil polacos muertos en Verdún. Todo coincidía perfectamente con Su naturaleza divina, con Sus atributos.

Llegué a la dirección que me habían dado y apenas empecé a subir la escalera me llegó desde arriba el bullicio de los *jalutzim*. Ya en la oficina, me encontré con un grupo de jóvenes desmelenados con camisas multicolores, y otros de pantalones cortos que dejaban a la vista sus piernas velludas. Los había que llevaban zapatos y otros que iban descalzos. Vi también algunas muchachas, obviamente activistas femeninas del Jalutz. Tenían el mismo aspecto que los varones, y de vez en cuando por sus ojos pasaba un resplandor producido por la Tierra Prometida.

Se oía ruido de martillos y serruchos. Los jóvenes estaban llenando maletas y baúles que aseguraban con sogas o clavos. Reinaba un clima de apuro y fervor. Oí hablar hebreo, yiddish y polaco.

Intenté preguntarle a alguien por Dov Kalmensohn, pero antes de que atinara a abrir la boca mi eventual informante había desaparecido. No había modo de hacerse oír. Al fin conseguí que una muchacha me prestara atención. Me informó de que Kalmensohn no llegaba hasta las once.

Gracias a Dios. Se encontraba en Varsovia. Pero ¿qué haría yo durante esas horas de espera? Me senté en un banco. A mi alrededor se preparaban envíos a Tierra Santa. Ropa de cama, libros, utensilios y hasta embutidos eran embalados en cajones y cestas de mimbre. Mezclados con el ajetreo se oían los nombres de ciudades distantes. Las jóvenes activistas fumaban y trabajaban como hombres. Allí mismo, ante mis ojos, se cumplía la promesa que Dios había hecho a su pueblo errante: devolverlo a la tierra de sus padres.

6

Eran más de las once cuando llegó Dov Kalmensohn. Temí que no me reconociera y que hubiese olvidado todo el asunto, pero no fue así. Se acordaba de mí, y su saludo fue amistoso. Aún conservaba el bronceado del verano y llevaba una chaqueta de cuero y una camisa de cuello abierto. Varios jóvenes formaron enseguida un círculo en torno a él. Todos tenían algo para consultarle, pero los despachó rápidamente haciendo gala de buen humor.

Kalmensohn me condujo hasta una habitación pequeña, la oficina donde funcionaban la editorial y la administración del Jalutz. Había allí pilas de periódicos, montones de libros, manuscritos, etiquetas, sellos de goma, sobres. El lugar olía a cera y tinta china. Kalmensohn despejó un par de sillas y nos sentamos. Encendió un cigarrillo y me convidó. Aunque yo no solía fumar, en esa ocasión acepté.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó—. Como no volvimos a saber de ti, le dimos el certificado a otra persona, pero si deseas emigrar podemos conseguirte uno nuevo. No estás casado,

¿verdad?

—¿Casado? No.

—No te ruborices, son cosas que ocurren. Verás, la situación es la siguiente: cada vez que Inglaterra nos otorga un certificado procuramos que lo utilice la mayor cantidad posible de emigrantes, ya que el documento es válido para toda una familia. Para nosotros resulta más conveniente que viaje una pareja, pero si dos solteros no quieren contraer matrimonio, nos valemos de una jugarreta. Te casas con la muchacha y ella viaja contigo en calidad de esposa. Es un matrimonio ficticio, aunque a veces termina convirtiéndose en uno de verdad. Eso depende de cada pareja. Si quieren separarse al llegar a destino, nadie se lo impide. Sabemos que no es del todo correcto, pero ¿acaso es correcto que Inglaterra imponga su dominio a medio mundo y controle los certificados que nos permiten retornar a nuestra propia tierra? Lo cierto es que la mayoría de los hombres que obtienen un certificado no disponen de los fondos necesarios para el viaje, y es la joven quien aporta el dinero para los dos. Se trata de una especie de dote. Supongo que tú tampoco tienes dinero para el billete.

—Así es.

—Lo suponía. Ahora, escúchame bien: sé de una muchacha que necesita viajar a la tierra de Israel. Su prometido partió hacia allí hace un tiempo y la espera. Quieren casarse. Conozco a la familia, es buena gente. La chica se llama Minna. El padre es un *jasid*, pero ya sabes cómo son las cosas en Polonia. Minna terminó la escuela secundaria e incluso cursó estudios universitarios. Aun así, sólo puede llegar a Palestina con el certificado de otra persona. Se resiste a un matrimonio de conveniencia pues teme que después el hombre se niegue a devolverle su libertad, y ella está locamente enamorada de su novio. Por eso no quiere asumir compromisos dudosos. Tú pareces un tipo decente. Cuando te conocí en Swider me bastó una mirada para saber cómo eras. Pero lo más importante es que eres varios años menor que Minna. Y ella es una mujer respetable, como suele decirse. En este asunto muestra una extraña reticencia. Ya he intentado encontrarle un compañero apropiado, pero varios candidatos empezaron a insinuársele de inmediato, y eso la puso histérica. La llamaré por teléfono, y si no la encuentro te daré una carta para ella. ¿Qué clase de documentos tienes?

—Ninguno, pero puedo conseguirlos.

—Deberás obtener tu partida de nacimiento y todos los papeles requeridos cuanto antes. Si Minna se muestra de acuerdo, te gestionaremos un pasaporte y estarán en condiciones de partir. Lo más importante es que vayas con mucho cuidado con la forma en que te comportas. No creo que haya necesidad de explicártelo. Considero que tienes el tacto suficiente.

—No sé cómo agradeceréelo. Le aseguro que...

—Aunque pareces un poco tímido, en este caso eso es favorable. El padre de Minna fue en un tiempo un hombre muy rico, pero lo perdió todo. A decir verdad, se hallan al borde de la ruina. Ya te he dicho que conozco a la familia, desde hace años. Fui profesor de hebreo de Minna. Sor verdaderos aristócratas judíos. Aguarda un momento.

Kalmensohn descolgó el auricular del teléfono y marcó un número. Preguntó por la señorita Minna. Asintió con la cabeza y colgó.

—No está en casa —dijo—, pero volverá para almorzar. Te daré una nota, y de todos modos volveré a llamarla. Espera, vuelvo enseguida.

Kalmensohn no sólo era secretario de la organización, sino su director ejecutivo y acaso también director del periódico. Desde donde me encontraba lo oía regañar bonachonamente a los jalutzim, tuteándolos. Me había dicho que aguardara un momento, pero tardó casi tres cuartos de hora.

Recogí uno de los periódicos apilados en el suelo y leí un artículo acerca de un joven que, armado con un rifle, hacía guardia en un asentamiento judío una noche de lluvia en que el viento silbaba y los chacales aullaban. Los árabes lo atacaron y lo mataron. Otro muchacho, un joven de familia pudiente que había emigrado a la tierra de Israel para desecar pantanos plantando eucaliptos, había muerto de malaria. El artículo terminaba con estas palabras: «El pueblo judío jamás los olvidará».

Agaché la cabeza. ¿Quiénes eran «el pueblo judío»? Yo nunca había oído siquiera el nombre de ese muchacho. Oh, sí..., todos serían olvidados, hasta el mismo Goethe, si por azar un cometa chocaba contra la tierra. Todo se transformaría en vapor, un vapor que borraría eficazmente la historia entera. Aunque por otra parte, Spinoza decía que había en Dios una huella de cada alma. O sea, que el Ser Supremo era una suerte de archivo de la humanidad.

Dov Kalmensohn volvió en ese momento trayendo un sobre cerrado.

—Entrégale esto a la señorita Minna —dijo—. Su apellido es Ahronson.

Me dio la dirección. Meir Ahronson vivía en la calle Leszno, en una casa nueva cerca de la calle del Hierro. Kalmensohn me dio un fuerte apretón de manos y me pidió que me mantuviera en contacto con él.

Me marché, lleno de asombro. «Es milagroso que me haya hecho arreglar los zapatos», pensé. Conté el dinero que tenía en el bolsillo, pues necesitaba un afeitado. No podía ir a la casa de esa joven aristocrática con semejante aspecto; pero ¿me alcanzaría para pagarle al peluquero? Además, empezaba a sentir hambre.

Entré en una peluquería. El dueño estaba ocupado cortándole el pelo a un hombretón que no paraba de fanfarronear. Contaba que un amigo le había pedido prestada la llave de su apartamento y había llevado a una mujer a la que le exigió que se sometiera a sus deseos amenazándola con provocar un escándalo y llamar a la policía. La historia hizo que me sintiese desdichado. Tuve ganas de preguntarle: «¿Qué hazaña hay en conseguir lo que uno desea por la fuerza?», pero permanecí callado. El peluquero se limitaba a asentir, chasquear la lengua y murmurar: «Vaya, vaya».

«Conque eres de esa clase de individuos —dije para mis adentros—. Si yo fuese el rey del mundo, te castigaría con tal rigor que te pudrirías en la cárcel hasta la décima generación». El hombretón le pidió al peluquero que lo perfumara y le aplicara polvos de talco. También champú y un masaje eléctrico. Tenía el cuello y los hombros de un gigante. Costaba imaginar que fuese un descendiente de Abraham, Isaac y Jacob. ¿Acaso era posible llamarlo judío? «En realidad —pensé—, la esencia de lo judío aún no ha sido definida».

Cuando el cliente se puso de pie, el peluquero le cepilló la ropa. El hombre se miró en el espejo tratando de encontrar algo de qué quejarse. Finalmente se marchó. En cuanto estuvo fuera, el peluquero dijo:

—No hay una sola palabra de verdad en nada de lo que ha dicho.

—¿De veras?

—Lo único que sabe hacer es correr detrás de las prostitutas.

—Ah. —Yo ya lo había condenado a cien años de cárcel. Mientras el peluquero me afeitaba, pensaba con preocupación en el cuello de mi camisa. Me había puesto uno limpio el día anterior. A veces, una mancha en el cuello basta para echar a perder un compromiso matrimonial.

Pagué el afeitado y me quedé sin un *pfenig*. Me encaminé hacia la calle Leszno mordisqueando el trozo de pan que me restaba de las provisiones que me había dado Sonia. No parecía una buena idea ir a ver a una desconocida con el estómago vacío. Sabía que tenía que hacer todo lo posible para no permitir que me dominasen la ansiedad o la desesperación. Debía estar listo para cualquier eventualidad. Ése era el secreto de Napoleón, del explorador Amundsen y de otros grandes triunfadores: conservaban la calma frente a los más terribles peligros. «Imaginemos —me dije—, que la calle Leszno es un enorme iceberg flotando a la deriva cerca del polo Norte, con una temperatura de sesenta grados bajo cero, y que me he quedado sin víveres. Un oso polar me ha robado la bolsa de dormir...».

Fantaseando y dándome ánimos de ese modo, llegué a la casa. Había un ascensor, pero lo encontré cerrado con candado. Era para uso exclusivo de los inquilinos, y de él quedaban excluidos visitantes e invitados. Mientras subía la escalera me pregunté si sería capaz de manejar la situación con calma y tacto, y hasta con cierta obsequiosidad.

Apenas pulsé el timbre oí ruido de pasos y enseguida una criada entreabrió la puerta hasta donde lo permitía la cadena de seguridad. Se trataba de una joven polaca de mejillas sonrosadas y ojos oscuros. Llevaba falda blanca y el cabello recogido debajo de una cofia, y por su aspecto podría haber pasado por francesa. Le expliqué que era portador de una carta de Dov Kalmensohn para la señorita Minna Ahronson. Me pidió que aguardara, y mientras lo hacía me llegaron aromas de *borscht*, carne asada y tarta recién horneada. Cuando la criada regresó y soltó la cadena, entré en un largo corredor con las paredes cubiertas de pinturas y grabados.

—La familia está almorzando —me dijo—. ¿Tendría usted la bondad de esperar?

—Por supuesto.

—Aquí, por favor. —Señaló un sillón tapizado junto a una mesa baja en la que había una lámpara y varias revistas. «Por lo visto— pensé —un hombre rico al borde de la ruina sigue siendo un hombre rico». Caí entonces en la cuenta de que yo era probablemente el ser más pobre de Varsovia, sin dinero, sin un pedazo de pan, sin un lugar donde pasar la noche. No era dueño de nada, salvo de la mochila que había dejado en el suelo junto al sillón. Cogí una de las revistas y leí una nota acerca de la fiesta que un millonario norteamericano había ofrecido en honor de su hija, a un coste de sesenta mil dólares. Sólo en flores se habían gastado cinco mil. El texto iba acompañado por fotos del padre y la hija. El millonario se había divorciado de la madre de la joven, y a su vez la ex-esposa se había casado con un lord inglés. Seguí hojeando la revista entre bostezos. «Baruj Spinoza, ¿acaso todo esto forma parte de la esencia divina? ¿Acaso es necesario, o el resultado del pensamiento de Dios?».

El ruido apagado de platos me llegó procedente de otra habitación. Alguien hablaba, alguien reía.

De pronto vi entrar a un hombre de pequeña estatura, con una diminuta barba gris y bolsas bajo los ojos. Kalmensohn me había dicho que el padre de Minna era un jasid, pero la persona que venía hacia mí vestía ropas modernas. No sólo eso, sino que cubría su cabeza con un bonete cuadrado de seda, a la usanza de los judíos lituanos. Había en la expresión de su rostro algo de judío chapado a la antigua, bonachonamente paternal, y al mismo tiempo un aire de ambigüedad. Su chaqueta era un poco demasiado larga y las vueltas de sus pantalones caían sobre los zapatos. Una cadena de oro cruzaba su chaleco de lado a lado. La camisa abierta dejaba su cuello al descubierto, y tuve la impresión de que había adelgazado. Me puse de pie, y él me preguntó en un yiddish con acento polaco:

—¿Es usted David Bendiger?

—Sí.

—¿Un Bendiger, realmente?

—Sí.

—¿Y de dónde es oriundo?

Le expliqué que me había criado en Varsovia pero era originario del distrito de Lublín. Acariciándose la barba, dijo:

—¿Por qué espera usted en el corredor, como un pordiosero? Venga conmigo. Estamos almorzando. Beberá un vaso de té con nosotros.

—Gracias.

El hombre me condujo a un comedor muy luminoso en el que dos mujeres se hallaban sentadas a la mesa; una de ellas tenía el cabello canoso y la otra castaño claro. La primera alzó sus impertinentes para examinarme; la otra me lanzó una mirada entre irónica y despectiva. Me sentía cada vez más mareado y lo veía todo como a través de una niebla. ¿Me estaría quedando ciego?

—Débora, querida —dijo Meir Ahronson dirigiéndose a su esposa—, éste es el joven. Se apellida Bendiger y es oriundo del distrito de Lublín. Su padre es rabino en algún lugar de Galitzia. Se crió en Varsovia. —Se volvió hacia mí y añadió—: Ésta es mi esposa, y ésta mi hija, Minna.

—Encantada de conocerlo —dijeron ambas casi al unísono—. Siéntese aquí —me invitó mi anfitrión señalando una silla—. Querida, pídele a Tekla que traiga té y un tentempié para el joven.

—¿Por qué sólo té y un tentempié? —preguntó con voz cantarina la mujer—. Queda sopa y carne. Puede comer con nosotros.

—Gracias, pero ya he...

—No nos agradezca, y coma —me interrumpió ella—. Si quiere ir a Palestina necesitará mucha energía.

madre había sido en un tiempo una hermosa mujer. De ojos verdes, nariz pequeña y aire eslavo, las manchas de la edad afeaban ahora su piel. La hija tenía los ojos y la nariz de la madre, pero era más baja que ella. Su cabello castaño, muy corto, dejaba a la vista sus orejas, como las de un muchacho. Al sonreír, mostraba dientes muy separados. En su expresión había una mezcla de timidez y sarcasmo.

La criada me trajo un bol de sopa de tomate y unas rebanadas de pan. Meir Ahronson dijo:

—No es necesario que haga una ablución, pero tal vez desee bendecir el pan.

—Meir, deja tranquilo al joven —intervino la señora Ahronson—. Este hombre siempre está tratando de salvar a alguien para el mundo venidero.

—Con mucho gusto bendeciré el pan —dije, y murmuré la plegaria.

—¿Qué puede perder? —preguntó Ahronson—. Le viene bien recordar que es judío.

—Los demás no nos dejan olvidarlo —replicó su esposa.

Tomé la sopa procurando no hacer ruido, atento a la regla que había leído en alguna revista. De tanto en tanto miraba de soslayo a la señorita Minna. Ella bebía su té con la vista clavada en el vaso, sonriendo para sí misma. Su madre la instó varias veces a que probara el bizcochuelo que habían servido con el té, pero la muchacha no se molestó en contestarle. Saltaba a la vista que era hija única y muy mimada. Pese al fuerte vínculo que la unía a su familia, sentía una necesidad infantil de rebelarse. Aunque se la veía joven, había en su modo algo que inducía a pensar que rondaba los treinta años, o acaso ya los había superado. Entreví unas hebras grises en su cabello. Tenía labios finos y mentón angular y la cicatriz de una operación debajo de la oreja derecha. Su cuello era largo y delgado y sobre la blusa usaba un corbatín de estilo masculino. Abruptamente se puso de pie, y volviéndose hacia mí me dijo con tono severo:

—Cuando termine de comer venga a verme a mi cuarto.

Noté que la falda le llegaba apenas hasta las rodillas, y que los tacones de sus zapatos eran extraordinariamente altos. Sus piernas eran elegantes, pero demasiado delgadas. La madre la miró con expresión acusadora, aunque yo no acababa de entender de qué manera la había ofendido su hija. La señora Ahronson sacudió la cabeza, como embargada por una pena que no podía ni expresar ni ocultar.

—¿Qué piensa hacer allí, en la tierra de Israel? —me preguntó el señor Ahronson—. ¿Pastorear ovejas?

—Allá necesitan toda clase de trabajadores.

—¿Por ejemplo? ¿Por qué no se hizo usted rabino como su padre?

—No soy ortodoxo hasta ese punto.

—¿Acaso estuvo en el cielo y comprobó por sí mismo que Dios no existe? ¡Tonterías! Las cosas están mal para los judíos en Polonia. Pero ¿es que alguna vez estuvieron bien? Mientras nos aferramos al judaísmo, logramos salir adelante de algún modo. La generación actual no es ni una cosa ni la otra. No quieren ser judíos, y no se les permite ser gentiles.

—En Palestina se les permitirá.

—Ah, ¿de modo que es por eso por lo que usted quiere emigrar? ¿Para convertirse en un gentil? Pues tampoco allí se lo permitirán.

La señora Ahronson alzó sus impertinentes y dijo:

—Meir, hablas como si tú mismo hubieses estado en el cielo. ¿Quién necesitaba esta última guerra? Y fíjate lo que está ocurriendo en Rusia.

—La humanidad tiene libre albedrío.

—Y tú tienes respuesta para todo. ¿Dónde vive usted, joven? —preguntó la mujer volviéndose hacia mí.

—Por el momento en ninguna parte.

—¿Duerme en la calle? —inquirió Ahronson.

Les conté mis experiencias como maestro. Ahronson esbozó una sonrisa de escepticismo, como diciendo: «Ya conozco esa historia». Se acarició la barba y murmuró lo que me pareció una plegaria. Sin duda sus orígenes eran jasídicos, pero debido a su fortuna se había transformado a medias en un *maskil*, un judío ilustrado. Advertí que contenía un bostezo y dirigía miradas soñolientas hacia la puerta de su dormitorio. Como muchos judíos ricos de Varsovia, Meir Ahronson tenía la costumbre de echar una siesta después del almuerzo.

La señora Ahronson bajó sus impertinentes y me dijo:

—Vaya a ver a mi hija. Es la primera puerta a la derecha, por el corredor.

Llamé a la puerta de la señorita Minna y entré en una habitación cuyas paredes estaban cubiertas por tapices amarillentos y cuadros con pesados marcos dorados, entre ellos un retrato de la propia señorita Minna. Había un piano, libros encuadernados en cuero de Rusia, y otros en terciopelo y seda, de cantos dorados. Había también pequeños pedestales que sostenían figuras de porcelana y metal, un acuario con pececillos de colores, arañas de caireles, varios sofás pequeños, una *chaise longue* y dos butacas muy mullidas. Sobre la tapa de un elegante escritorio vi cartas desparramadas y recortes de diarios y revistas. No se trataba de un cuarto corriente, sino más bien del *boudoir* de una gran dama.

La señorita Minna se hallaba sentada en un sofá, con las piernas cruzadas. Sus medias de tonc vivo hacían juego con el color de los zapatos. Hizo ademán de que me acercara, pero no me invitó a sentarme.

—¿Está dispuesto a viajar a Palestina si consigue el pasaporte y el visado?

—Sí, por supuesto.

—¿Sus papeles están en orden?

—Todavía no los tengo.

—¿Su salud es buena?

—Muy buena.

—Kalmensohn dice que es usted escritor. ¿Qué escribe?

—En realidad, todavía soy un principiante.

—¿En qué idioma escribe? Por lo que veo, no entiende el polaco.

—Antes escribía en hebreo, pero ahora he comenzado a hacerlo en yiddish.

—¿En esa jerga?

—Llámelo como quiera.

—No se trata de cómo lo llame yo. El yiddish es una jerga, mezcla de alemán corrompido con

hebreo y polaco. También el hebreo es corrompido, y por cierto el polaco. Un idioma sin gramática ni sintaxis... ¿Para quién escribe usted? ¿Para los periódicos que utilizan esa jerga?

—Para nadie. Si logro encontrar editor, escribiré un libro; pero para eso aún falta mucho.

—Debo ir a Palestina, donde me espera mi prometido. Si conseguimos viajar con un solo certificado, usted y yo tendremos que casarnos. En cuanto lleguemos a destino nos divorciaremos y cada cual seguirá por su lado.

—Sí, claro.

—¿Entiende el hebreo?

—He escrito en hebreo.

—Yo estudié hebreo en un tiempo. Kalmensohn fue mi profesor. Es un idioma difícil, enteramente asiático. No hice grandes progresos, pero ahora estoy decidida a aprenderlo. No quiero perder un solo día. ¿Aceptaría darme clases?

—Si usted lo desea...

—Quiero que le dediquemos una hora diaria. Gramática, lectura, dictado y conversación. Necesito aprender un mínimo de veinticinco palabras por día. ¿Cuánto me cobrará la hora?

—Lo que usted me pague será suficiente.

—Ah, muy bien. ¿Qué libros necesitaré? Quiero empezar mañana.

Le indiqué los libros que necesitaba, el *Hadibur Hebrei* de Krinski y una gramática.

—Le daré el dinero para que me los compre —dijo ella—. ¿Dónde vive? ¿Tiene teléfono?

—Por el momento no vivo en ninguna parte.

—¿Qué significa eso?

Le di la misma explicación que le había dado a su madre. Me escuchó con una expresión de incredulidad no exenta de burla mal disimulada.

—No puede vivir en la calle —dijo—. Le adelantaré el dinero de una o dos semanas para que busque un sitio donde alojarse. Antes de gestionar sus documentos tiene que estar registrado en alguna parte. Este asunto ya se ha demorado demasiado por la torpeza de un muchacho con quien pensaba resolverlo. Un imbécil. Espero que usted no siga sus pasos. Kalmensohn lo elogia, y a mí me impresiona como una persona respetable. Compre un periódico y encontrará anuncios de cuartos que se alquilan. Le daré mi número de teléfono. Llámeme para informarme. Es indispensable que tenga un domicilio.

—Sí, comprendo.

—Aguarde un momento. —La señorita Minna se acercó a su escritorio y abrió un cajón del que sacó varios billetes de banco. Tras una imperceptible vacilación, volvió a guardar uno de ellos—. Esto es para una semana. No es necesario que pague por adelantado, pero sin duda querrán un depósito. Si no encuentra un cuarto, ¿dónde dormirá esta noche?

—Tengo un lugar.

—Encuentre un alojamiento lo antes posible. Lo espero mañana a las doce. Es la hora que más me conviene para la clase de hebreo.

—De acuerdo, y gracias.

—Y esto es para el *Hadibur Hebrei*. ¿Cuánto cree que costará? Confío en que le alcance.

—No costará tanto.

—Tráigame el cambio. Si no me equivoco, entre mis libros debe de haber una gramática hebrea. Echaré un vistazo y se lo confirmaré mañana.

—Muchas gracias.

Me dispuse a marchar. Sentí el impulso de volver la cabeza, pero me contuve. El milagro que acababa de suceder me llenaba de asombro. Debía agradecer a Dios Su benevolencia. También tendría que darle las gracias a Kalmensohn.

Salí al corredor y cogí mi mochila. Parecía pesar menos, y yo sabía por qué. También sentía mis piernas extrañamente ligeras. Al fin contaba con algunos contactos útiles en Varsovia, aunque sólo fuera por poco tiempo. Salí a la calle, compré un par de diarios y me detuve en la acera para leer los anuncios de cuartos en alquiler. En esa incómoda posición me costaba entender lo que leía. Lo mejor sería ir a algún lado a tomar una taza de café. Encontré un café en el 38 de la calle Leszno, y entré. Me senté a una mesa y subrayé con lápiz varias direcciones. Uno de los anuncios me interesó en especial. Se ofrecía una habitación no lejos de allí, en la misma calle donde vivía la señorita Minna. Rezaba:

CUARTO PEQUEÑO SIN VENTANAS
PARA CABALLERO SOLO. ALQUILER ASEQUIBLE

Era lo que yo necesitaba; pero me asaltó una inquietud: quizá ya lo hubieran alquilado. El periódico se imprimía muy temprano, antes del amanecer. No me atreví a perder ni un momento. Pagué el café y desanduve el camino que había hecho.

Aunque tenía mis dudas acerca de todos los dogmas religiosos, conservaba el hábito de la plegaria. Recé para que el pequeño cuarto sin ventanas aún no hubiese sido alquilado, recordando al mismo tiempo las palabras de la Gemará: aquel que reza para cambiar un suceso que ya ha ocurrido, reza en vano, pues ni siquiera Dios puede hacer que el tiempo retroceda.

Entré en un patio pequeño pero limpio, con suelo de asfalto. En el medio se erguía un solitario árbol cuyas ramas el invierno había desnudado. Pregunté por el número que buscaba y me indicaron la entrada correcta. Aunque aún era de día, en las escaleras ya reinaba la oscuridad.

Llamé a la puerta y oí pasos de inmediato. Dos mujeres salieron a recibirme. Una era alta, de unos treinta años, y la otra, más baja, rondaba los veinte. La mujer mayor tenía un rostro anguloso, cuello largo, nariz aquilina y ojos grandes y oscuros. Peinaba su rizado cabello como lo habría hecho un hombre, y también sus orejas parecían masculinas. Tenía un cigarrillo casi consumido entre los

labios y una mirada jovial. Al instante, no sé por qué, se me ocurrió que era comunista.

La mujer menor me pareció una estudiante. Al acercarme advertí que su nariz tampoco era recta, pero a diferencia de su compañera, delgada y enjuta, presentaba una figura regordeta, un busto opulento y unas mejillas sonrosadas. Parecía maravillosamente saludable y vivaz, como si acabara de volver de una dacha. Las dos mujeres jadearon un poco al reírse. Por lo visto habían corrido para abrir la puerta, procurando adelantarse la una a la otra. Sin darme tiempo a abrir la boca, la mujer mayor dijo:

—Viene por la habitación, ¿verdad?

—Sí.

—Adelante, pase.

Mis esperanzas renacieron. Las mujeres me condujeron por un pasillo oscuro hasta una habitación en la que había un mechero de gas encendido.

Se trataba de una estancia pequeña, que semejaba un nicho más que una habitación, con una cama, una mesa pequeña y una silla. También había tres estantes con libros.

—Helo aquí —anunció la mayor—. Si a usted le gusta tomar baños de sol en su habitación, esto no es lo que le conviene. Pero si lo que busca es un lugar para dormir, aquí lo hará plácidamente.

—No necesito baños de sol.

—Pues no le vendrían mal. Está demasiado pálido. Claro que en eso no podemos ayudarlo.

Me pidió un alquiler ridículamente bajo y me apresuré a decir:

—Lo tomaré.

—¿Cómo, tan rápido? Bien. Aquí vivía un hombre joven, un ingeniero. Consiguió un puesto en Danzig y nos dejó sus libros, libros técnicos y de matemáticas. No entiendo una sola palabra de ninguno de ellos. Si le interesan, son suyos. ¿Cuándo quiere mudarse?

—Ahora mismo.

—Vaya, sí que va usted deprisa. Queríamos limpiar un poco, aunque en realidad no hay mucho que hacer. Cambiaré las sábanas. ¿Dónde están sus cosas?

Señalé mi mochila. La chica más joven soltó una risita. La mayor preguntó:

—¿A qué se dedica usted? ¿Es poeta?

—Aspiro a ser escritor.

—Muchos aspiran a eso.

—¿Debo dejar un depósito?

—Si le parece, pague la mitad del mes. Con eso bastará.

Conté el dinero que me había dado la señorita Minna y se lo entregué. Ella echó una mirada a los billetes y se los tendió a la mujer más joven.

—Mi nombre es Bella, o Bayla —dijo—. Mi sobrina se llama Edusha, Elke en yiddish. Es una de las hijas de mi hermana, que vive en Londres con su segundo marido, un rabino. Ésa es la historia completa. ¿Qué clase de trabajo hace usted, además de dedicarse a la poesía?

—Me dispongo a emigrar a Palestina. Tengo un certificado y...

—En ese caso, ¿cuánto tiempo piensa quedarse aquí?

—Varios meses.

—Muy bien. Nuestros inquilinos nunca se quedan mucho tiempo. Se marchan, y tenemos que empezar de nuevo. ¿Verdad que si cuenta usted con un certificado puede llevar a otra persona?

—Ya he hecho un arreglo con una joven.

—¿Tiene usted respuesta para todo! ¿Es sionista?

—Mi propósito es ir a Palestina.

—¿Y qué va a hacer allí? ¿Comer algarrobas como las cabras? Inglaterra nunca abandonará ese lugar..., por lo menos de forma pacífica. Cuando se apoderan de algo, no lo comparten con nadie. Permitirán la entrada de unos pocos judíos y después instigarán a los árabes contra ellos. Ésa es la eterna política de Inglaterra: divide y reinarás. Los árabes, por su parte, también tienen derechos. Es su tierra, no la de ustedes. Allí vivieron y lucharon durante dos mil años, y ustedes lo único que tienen es un título de nobleza concedido por Dios. Dios le hizo una promesa a Abraham. Prometió muchas cosas y no cumplió su palabra. Es asombroso lo tonta que llega a ser la gente en ocasiones.

—Basta, Bella —intervino la sobrina.

—¿Acaso le hago algún daño? Sólo digo lo que pienso. Usted se ha dejado encandilar por falsas promesas. Como polaco, su país es éste. Es aquí donde hay que reorganizar la sociedad para que viva todo el mundo y no solamente unos cuantos cerdos que no paran de robar para su propio provecho. Nadie nos regalará una sociedad justa; hay que luchar por ella.

—Mi tía es una propagandista —dijo Edusha—. ¿Cómo se llama usted?

—David Bendiger.

—Bendiger, ¿eh? Si quiere ir a Palestina, pues vaya. El mundo es igual en todas partes. También allí hay obreros. Los obreros judíos y los obreros árabes acabarán por unirse. La historia marcha en esa dirección.

—Nadie sabe qué dirección tomará la historia —apunté.

—Oh, sí, desde luego que se sabe —replicó Bella—. La historia no es una fuerza ciega. Tiene leyes muy concretas. Bien, debo cambiar las sábanas. Por favor aguarde un momento en la sala. Edusha, acompáñalo.

—Venga conmigo.

Edusha abrió una puerta y entré a una habitación que parecía una mezcla de dormitorio, comedor y sala.

Había una cama, un armario, un sofá y una mesa con sillas. Todo tenía aspecto de viejo y gastado. La ventana daba a un pozo de ventilación.

—Siéntese y póngase cómodo —dijo Edusha—. En esta casa todos somos como una familia. El ingeniero que nos alquilaba el cuarto, Stanislas Kalbe, comía con nosotras. Mi tía y yo somos buenas cocineras. Mi madre se fue dejándome aquí, pero pronto me casaré. Mi novio está en viaje de negocios, pero cuando vuelva nos instalaremos en un apartamento. ¿Qué piensa hacer usted en Palestina?

—Todavía no lo sé.

—¿La mujer con la que viajará es su prometida, o se trata de uno de esos matrimonios de conveniencia?

—Ella tiene un novio allí.

—Ah, entiendo. Entre los sionistas todo es ficticio. El movimiento sionista no es más que una ficción. Pero no se aflija, no es culpa suya. Usted es una víctima de las circunstancias. El capitalismo lo ha torcido todo de tal manera que será necesario enderezarlo.

—¿Quién enderezará a quién? ¿Un jorobado enderezando a otro?

Edusha soltó una carcajada fuerte y cristalina.

—Eso ha estado muy bien —dijo—, pero no tiene razón. No todo el género humano está formado por jorobados. Las masas son rectas, aunque se hacen grandes esfuerzos para torcerlas mediante la religión, el nacionalismo y quién sabe cuántas cosas más. Mi madre es una judía devota que se casó con un rabino. Mi padre murió cuando la epidemia de tifus. Nuestra familia está dividida; la mitad es ortodoxa, la otra mitad, moderna. Mi abuelo es un judío muy piadoso, un erudito, discípulo de los *jasidim* de Alexandrov. Me refiero a mi abuelo paterno. Y usted, ¿qué escribe? ¿Poesía realmente?

—Estoy tratando de escribir cuentos.

—Léame algo. Me encanta la literatura. Uno de los amigos de mi tía es un famoso poeta yiddish. Tal vez haya oído hablar de él. Se llama Susskind Eijl.

—No lo conozco.

—Qué raro. Todo el mundo sabe quién es. Nació en Rusia y vino a Polonia después de la guerra Polaco-Bolchevique. ¿Sobre qué escribe usted? ¿Sobre la vida en las aldeas judías?

—Por ahora sólo soy un principiante.

—Todos fueron principiantes alguna vez. ¿Cómo es el refrán? «Cracovia no se construyó en un día». Disculpe, oigo sonar el teléfono.

Edusha salió corriendo al pasillo y seguí con la mirada el movimiento de sus caderas. Observé que sus pantorrillas eran gruesas pero tenía tobillos esbeltos. «Bien —pensé—, una izquierdista».

Sentado en el sofá, sentí que me invadía un sentimiento de asombro ante cuanto me ocurría. Mi propia vida se me antojaba una novela confusa. Yo no era ni de Varsovia ni de provincias. En mis dieciocho años y medio había peregrinado de un lugar a otro, había vivido guerras, me había convertido en un refugiado, y todo ello había dificultado mi educación. Había vivido esos años en un perpetuo estado de crisis, y ahora me disponía a abandonarlo todo para ir a Palestina. Tendría que escribir en hebreo, porque allí nadie necesitaba el yiddish. En rigor de verdad, ¿acaso alguien necesitaba mi hebreo? En ese país, la mitad de los judíos eran escritores.

De repente me sentí muy cansado. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. «Sí, todo está torcido —pensé—, y nadie lo enderezará». Sabía lo que habían hecho en Rusia en nombre de la revolución: millones de personas inocentes asesinadas, rabinos, comerciantes y simples ciudadanos judíos fusilados. Los comunistas judíos escupían sobre la historia de su pueblo. Para ellos, la verdadera historia de los israelitas comenzaba en octubre de 1917. Los campesinos se morían de hambre. Rusia depositaba todas sus esperanzas en que se produjera una revolución en Alemania. El lema de los enderezadores era: «Cortémosle la cabeza».

Bella y Edusha volvieron juntas.

—Ya he cambiado las sábanas —dijo la primera—, pero puede quedarse aquí. ¿Ha comido?

—Sí.

—Coma si lo desea. No le cobraremos mucho. Díganos qué platos le gustan, y se los

prepararemos. Ya nos pagará más adelante. Ése era el arreglo que teníamos con Stanislas Kalbe, y por cierto no nos aprovechamos de él. ¿Qué clase de cosas escribe usted?

—Cuentos —terció Edusha.

—He escrito un ensayo —dije—, *Spinoza y la Cábala*.

Bella se mostró interesada.

—¿Cursó estudios de filosofía?

—He leído bastante.

—Alguna vez intenté leer la *Ética* de Spinoza, pero es difícil y no tengo la paciencia necesaria.

Sólo me interesa lo que puede ayudar a las masas de forma directa.

—A las masas también les interesa el conocimiento.

—El conocimiento concreto, no las elucubraciones de Spinoza. Por encima de todo, las masas necesitan pan, y para conseguir pan, necesitan poder. Cuando uno carece de poder, pierde su pan. Sólo cuando las masas conquisten el poder tendrán tiempo para pensar qué fue primero, si la gallina o el huevo.

El teléfono volvió a sonar; las dos mujeres se precipitaron hacia el pasillo para responder y chocaron al intentar salir por la puerta. Bella exclamó:

—Edusha, por tu culpa me voy a romper una pierna.

Justo en ese momento se oyó el timbre de la puerta principal. Sin duda alguien deseaba ver el pequeño cuarto sin ventanas. Oí que Edusha decía:

—Demasiado tarde, ya está alquilado.

II

1

Estaba claro para mí que no debía endeudarme con esas mujeres, pues no tenía la menor posibilidad de devolverles el dinero. Me retiré a mi habitación y me quedé dormido enseguida. La noche anterior, que había pasado con Sonia, casi no había pegado ojo. Nos despertábamos a cada rato, y cuando eso ocurría nos abrazábamos. Ahora, solo en mi propia cama, caí en un sueño profundo y soñé que mi padre y yo estudiábamos un texto en el que se daban las normas para la salazón de la carne. En la introducción se hacía referencia a una obra antigua, *Así habló Mordejai*. En mi sueño ese texto se transformaba en un ser viviente, un hombre que explicaba las cosas y que por alguna razón estaba irritado conmigo. Vestía un caftán de terciopelo cuyos faldones arrastraban por el suelo, y un sombrero de piel de copa alta. La barba rubia le llegaba a las rodillas.

Edusha me despertó. Me pareció que se había cambiado de ropa y tenía las mejillas encendidas. Oí la voz de un hombre, evidentemente una visita.

—Si duerme ahora, ¿qué hará por la noche? —me preguntó Edusha—. Venga a comer con nosotros. La cena está lista. —Daba por sentado que yo ya formaba parte de la casa.

La perspectiva de enfrentarme con el visitante me intimidaba. Un destello en los ojos de Edusha me reveló que en aquella sala —si el nombre le correspondía— yo había sido el tema de una conversación divertida. Había cometido una tontería: no debería haberles confesado que era escritor.

Me incorporé, presa del malestar interior —y exterior— que provoca el dormir con la ropa puesta. Con voz algo ronca le di las gracias a Edusha y prometí que me reuniría con ellos de inmediato.

—La avena se enfría —me advirtió, y salió de la habitación.

De modo que habían cocinado avena para la cena. Me enderecé la corbata, ajusté mis tiradores flojos y me arreglé con las manos la pelirroja cabellera. En el espejito rajado que colgaba de la pared vi la imagen de un hombre pálido con el cuello de la camisa arrugado. Procuré alisar y acomodar mi ropa y salí al pasillo, donde oí reír al desconocido. Me sonó como la risa artificial de quien se propone ser gracioso. Esa clase de hilaridad me asustaba.

Al abrir la puerta vi que el visitante era un hombre joven de cabello rizado, que tenía puesta una camisa negra tejida en los bordes, al estilo de los revolucionarios rusos. Su rostro poseía la belleza blanda de una niña bonita, y en su mirada detecté una especie de frivolidad femenina. Me estudió con una sonrisa burlona en los labios.

—Éste es Susskind Eijl —dijo Bella—, y éste es nuestro nuevo inquilino. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Bendiger, David Bendiger.

—Bendiger, ¿eh? ¿Por qué no Kallisher, o Berditchever? —bromeó Eijl, tendiéndome la punta de sus dedos. Su tono y sus modales decían a las claras que se consideraba a sí mismo un personaje importante. Su rostro expresaba ora ironía, ora agudeza, ora envidia. Tuve la impresión de que imitaba a alguien. Sentado a la cabecera de la mesa, sostenía entre los labios femeninos un cigarrillo que parecía despedir humo por voluntad propia. En el extremo opuesto de la mesa había un plato con gachas de avena, media hogaza de pan, mantequilla, queso y cubiertos. Se trataba de mi cena. Di las gracias y me senté.

Pensé que debía lavarme las manos. Mi padre solía decir que durante el sueño desciende sobre las personas un espíritu maligno cuyo nombre es Jetuma, y que por eso debemos lavarnos las manos al levantarnos de dormir. Pero temí que ese sujeto volviera a soltar su vulgar carcajada en cuanto le diese la espalda.

—Camarada Bendiger —dijo Bella—, ¿puedo llamarlo camarada?... Susskind Eijl es un famoso poeta. Muéstrole sus escritos. Si son buenos, él los publicará.

Eijl aplastó el cigarrillo en el cenicero y preguntó:

—¿Qué escribe usted? ¿Las memorias de su futuro?

Las dos mujeres se echaron a reír.

—Usted y sus bromas —lo amonestó Bella—. Éste es un joven serio. Escribe sobre Spinoza.

—¿De veras?

—Es un ensayo, un comienzo —tartamudeé—. No es una obra madura.

—¿Y por qué no lo ha dejado madurar? Un ensayo es como una manzana; no hay que arrancarlo del árbol antes de tiempo, pues se corre el riesgo de que esté agrio. O tal vez a usted le gusten los ensayos agrios.

—Coma, coma —me alentó Bella—. A nuestro amigo le divierte mofarse, pero sin mala intención. A la edad de él —agregó señalándome— es imposible producir una obra madura. Pero si yo fuera directora de un periódico, publicaría esos trabajos juveniles. Ver cómo se desarrolla el intelecto resulta fascinante. Pensemos por ejemplo en los poemas tempranos de Byron. Eran un tanto torpes, en modo alguno geniales, y sin embargo en ellos se percibía al futuro Byron, con todos sus climas emocionales y sus caprichos estilísticos.

—Usted piensa así porque Byron llegó a ser Byron, Bella. Diez mil pobres diablos querían ser como él y no pasaron de pobres diablos frustrados. Tal vez sea preferible esperar un poco hasta ver qué es lo que emerge.

En ese punto Eijl hizo a Bella un guiño significativo y dio una calada a su cigarrillo. Miró hacia abajo parpadeando, como si estudiase su escultural nariz.

Aunque las gachas tenían salsa en abundancia, comí sin ganas. El sarcasmo de Eijl me asustaba.

—Yo no publicaría un trabajo que no estuviera maduro —declaré.

—¿No? Pero ¿y si el pueblo lo reclamara? ¿Qué pasaría si la gente gritara: «Queremos el ensayo de Bendiger. No nos iremos hasta que nos lo muestren en negro sobre blanco»? ¿Qué haría usted entonces? Recuerde el dicho según el cual el reclamo del pueblo es como el reclamo de Dios. Y estoy seguro de que no querrá usted enemistarse con Dios.

—Qué razonamiento enrevesado —dijo Bella—. No se crea en la obligación de contestar. Este

hombre tiene ideas demenciales.

Me di cuenta de que Susskind Eijl estaba decidido a hacerme aparecer como un imbécil ante las dos mujeres. Deseé replicar de modo mordaz e ingenioso, pero no di con las palabras adecuadas.

—Hablar de esto carece de sentido —dije—. La posibilidad de que ocurra algo así es demasiado remota.

—Se equivoca; puede ocurrir en cualquier momento. La humanidad necesita un ensayo sobre Spinoza. En especial sobre Spinoza y la Cábala. En su opinión, ¿es Spinoza un cabalista?

—La Cábala ejerció una gran influencia sobre su obra.

—Por lo que sé, no fue un místico, sino un racionalista.

—Creía en la intuición.

—La intuición y el misticismo son dos cosas completamente distintas, camarada... eh... Bendiger. Los grandes pensadores y los grandes creadores se valen a menudo de la intuición, pero el místico confía en apoderarse de Dios cogiéndolo por las solapas de raso de su abrigo, o pretende hacer manar vino de la pared. Tuve ocasión de hojear un libro de Jacob Boehme y llegué a la conclusión de que su nombre estaba mal escrito; el nombre correcto debía ser Jacob Baheime, es decir Jacob el estúpido.

—Creo que ni siquiera Lenin tiene el monopolio de la verdad —repliqué, asombrado y un poco asustado por mis propias palabras.

Susskind Eijl soltó una risotada. En la expresión de sus ojos percibí una mezcla de burla y desconcierto.

—Muy bien —dijo—, entonces escriba otro ensayo titulado «Lenin y la Cábala». Haga notar lo mucho que ha influido en usted el rabí de Gur, o algún otro alfeñique. Hay un mercado negro para esa mercadería. Hasta *Los protocolos de los sabios de Sión* cuentan con un buen número de lectores.

—Vamos Susskind, no se enfade —lo conminó Bella alzando un dedo admonitorio—. Al fin y al cabo, no es más que un muchacho, un niño casi.

—También Denikin y sus hordas de bandidos eran poco más que niños. Y si de veras es usted un ingenuo, permítame señalarle que para el hombre contemporáneo sólo hay dos posiciones posibles: de un lado de la barricada, o del otro. En nuestro tiempo la neutralidad no existe. Ni la patria, ni ningún otro invento por el estilo. El que no está con Lenin, está con Mussolini y con Pilsudski. Con Lloyd George, MacDonald y el resto de la basura fascista. Me identifico más con cualquiera de ellos que con esos artistas puros y venerables, habitantes de las esferas superiores, que no tienen idea, pobrecillos, de lo que está ocurriendo aquí, en esta tierra pecadora.

—¡Bravo Eijl, así se habla! —exclamó Bella, aplaudiendo.

—No considero fascista a mi padre —dije—, y tampoco creo que el suyo lo sea.

—Ignoro quién es su padre, pero el mío es un pobre hombre engañado, víctima de un sistema bestial. Por supuesto, no empuñará un arma para matar obreros, pero no lo hará, sencillamente, porque jamás tuvo un arma en la mano e ignora por completo cómo se dispara. Si otro se encargara de apretar el gatillo, mi padre diría: «Es la voluntad de Dios», tras lo cual aprobaría la matanza asintiendo piadosamente con la cabeza.

—El padre del joven es rabino —intervino Bella.

—Conque rabino, ¿eh? Ya vimos cómo el rabino de Iekaterinoslav le ofreció el pan y la sal al zar Nicolás. Se inclinó ante él como si hubiera estado recitando la plegaria *Modim Anajnu* en la sinagoga. Todos los sábados se celebraba en las sinagogas un servicio de *Mi Shebeiraj*, no sólo para el zar sino para el tío de éste, su esposa y toda su parentela. Habrían bendecido a Rasputín y desfilado sin vacilar ante él llevando en procesión la Torá, de haber creído que eso serviría a sus fines.

—¿Y qué pasa con los que no eligieron ni a Lenin ni a Mussolini? ¿Deberían suicidarse?

—No tendrán necesidad de nada semejante.

—¿Significa eso que las tres cuartas partes de los habitantes del planeta han de morir porque no creen en Lenin?

—En el conflicto actual cada uno tendrá que encontrar su lugar. Cuando llegue la revolución, los obreros de Alemania, Francia, China y la India no se meterán en un agujero, ni escribirán ensayos sobre Spinoza y la Cábala. —Eijl volvió a soltar una de sus características risotadas, que parecían bufidos.

—¿Qué conseguirían los judíos con la revolución? —pregunté—. La mayoría de los judíos no son obreros, y entre nosotros no hay campesinos. Según Lenin, todos somos pequeñoburgueses, oficinistas, simple basura para la revolución. ¿Por qué habríamos de luchar para contribuir a nuestra propia destrucción?

—¿A quién se refiere usted? Los obreros judíos tienen los mismos intereses que las masas de aquí y de allá. Y todos esos mercaderes, contrabandistas e inútiles que llenan las sinagogas significan tan poco para mí como la nieve que cayó el año pasado. Si son incapaces de encontrar la manera de servir de algo aquí, en esta tierra, más les vale irse con Dios. Él los protegerá. Siempre lo ha hecho: los protegió contra Jmielnitzki, contra Petliura. Es un buen Dios, sobre todo con los pequeños judíos piadosos.

Eijl dio una calada a su cigarrillo, pero se le había apagado. Le guiñó un ojo a Edusha. Era evidente que estaba irritado consigo mismo por haberse enredado en una discusión con un muchacho provinciano.

—Coma, camarada Bendiger —dijo Bella—. No se acalore. Usted es joven todavía y tiene mucho tiempo para pensar en estos asuntos. También en Palestina hay capitalistas y obreros, y a fe mía que no será usted uno de los primeros.

—Tampoco seré comunista.

—Bueno, algo habrá de ser, eso está claro. La historia depara sus propias sorpresas. Pero una cosa es segura: la avena caliente es más sabrosa que la fría. Hasta un capitalista convendrá en ello.

Llegaron otras visitas y me retiré a mi habitación. Me desvestí y me acosté, pero de inmediato me atacaron las chinches. Recordé un aforismo de Otto Vaninger: «Dios no creó a las chinches». ¿Quién lo hizo, entonces? Y ¿quién creó a los crueles, los alucinados, los locos? ¿Quién creó a Petliura, a Dzerzhinski, a los ladrones, los bandidos, los asesinos?

Había apagado el mechero de gas y no tenía una cerilla para volver a encenderlo. De la otra habitación me llegaban voces y risas. Advertí que se habían embarcado en una discusión literaria. Oí mencionar varios nombres: Blok, Maiacovski, Lunacharski, Esenin. Por lo visto Eijl había recitado uno de sus poemas, porque lo aplaudieron.

«¿Por qué no eliminan las chinches en vez de ofrecerle al mundo una revolución?», me pregunté. En 1917 yo había estado del lado de los revolucionarios. Me alegró el derrocamiento del zar Nicolás y la caída de Purishkevich. Pero en 1920, cuando los bolcheviques ocuparon Byaledrevne durante unos días, fui testigo de lo que hicieron. Mataron a varios judíos. Nombraron comisario a un vagabundo. Jóvenes comunistas destruyeron imágenes sagradas en la iglesia polaca e instigaron a los campesinos a cometer actos de violencia. Mi tío Gabriel, el rabino, se salvó por los pelos de ser fusilado. Los revolucionarios se mostraron tan arrogantes y cometieron tantas atrocidades que la ciudad dio gracias a Dios cuando retornaron los soldados polacos, aunque también ellos se habían ensañado con los judíos. La mayoría de los comunistas abandonaron el pueblo junto con el Ejército Rojo; algunos fueron encarcelados, y uno de ellos ejecutado en la horca. Al cabo de un par de días su padre murió de un ataque cardíaco.

Ya era bien entrada la noche cuando las visitas se marcharon, pero al parecer Susskind Eijl se quedó. Los oí susurrar y percibí su risa asordinada en la otra habitación. Allí no había más que una cama y un sofá, por lo que supuse que dormiría con Bella.

«Todos tienen ansias de sangre —pensé—, las chinches, los comunistas, los fascistas». En los últimos tiempos me había hecho pacifista. Había leído a Tolstói, a Ferster, a Nogdehn, y hasta coqueteé con la idea de hacerme vegetariano. Y bien, ¿qué había que hacer con las chinches, las pulgas, los piojos? ¿Qué ocurriría si los animales salvajes se multiplicaban, como había sucedido en la India, y los tigres devoraban niños? Y ¿qué actitud había que adoptar con los países que atacaban a sus vecinos más débiles?

Mi propia vida se presentaba sombría, tanto en lo personal como en lo ideológico. Me había peleado con mis padres y con mis parientes.

Permanecí tendido en la cama y dejé que las chinches me picaran. Imaginé a Susskind Eijl quitándose la ropa y haciéndole el amor a Bella delante de Edusha, acostada en el sofá. Y quién sabe si no se estaba preparando para una orgía con las dos. Recordé lo que solía decir mi padre: «Hoy te pones una corbata y mañana pecas con una mujer. Una vez que empieces a imitar a los gentiles no pasará mucho tiempo hasta que seas igual a ellos».

Mentalmente respondí: «Sí, padre, desde tu punto de vista tienes razón. Pero tú lo basas todo en la premisa de que cada palabra de la Torá, de la Gemará, del Shulján Aruj, fue dada a los hombres en el monte Sinaí. Y si eso resultara no ser cierto, la estructura entera de tu pensamiento se derrumbaría. ¿Sobre qué base puedo construir yo? ¿Sobre el método geométrico de Spinoza o sobre los comentarios de Immanuel Kant? ¿Sobre las frases de Nietzsche? Dios mío, me encuentro a la

deriva en un mar insondable. Física y espiritualmente a la deriva».

Me quedé dormido y desperté por la mañana cubierto de sudor, apesadumbrado y con el cuerpo acribillado por las chinches. «Aquí no hay aire —murmuré—, me asfixio». Salté de la cama y abrí la puerta que daba al pasillo. Oí ronquidos procedentes de la sala. Roncaban los tres: Susskind Eijl Bella, Edusha. De pie en medio de la oscuridad, vestido únicamente con mi camisa, respiré el aire que olía a gas y ropa sucia.

No había una sola ventana abierta. Todos inhalábamos veneno. Volví a acostarme.

Edusha vino a despertarme un rato más tarde. Llamó a la puerta, y sin darme tiempo a responder entró y encendió la luz. Calzaba pantuflas y el borde de su camisón asomaba por debajo de la bata. Tenía aspecto de haber dormido bien e irradiaba una frescura virginal, cálida y deseable.

—¡Lo he despertado! —exclamó.

—No, no dormía.

—Le hemos preparado el desayuno. Son las diez. ¿Cómo ha pasado la noche?

—Bien.

—Tengo que limpiar la habitación. Cuando Stanislas Kalbe se marchó, dejó todo hecho un asco. Ah, los hombres, qué criaturas sucias. Si no fuese por nosotras, las mujeres, no sé cómo se las arreglarían.

—¿El poeta vive aquí? —pregunté sin saber bien qué decía, o por qué.

—¿Eijl? ¿Cómo se le ocurre? Se fue anoche. Estuvo con nosotras hasta las tres. Así es él. Un tipo interesante, de enorme talento. Sin embargo, más vale no discutir con él. Se lleva bien con mi tía, pero no soporto a la gente tan arrogante. Es poeta, ¿y qué hay con eso? Los poetas también son de carne y hueso, ¿o no?

—Claro que sí.

—Usted, en cambio, es demasiado introvertido. Ya que sólo vivimos una vez, me parece que hay que disfrutar de la vida todo lo posible. ¿Qué sentido tiene plantearse tantas preguntas? Lo único que se consigue es perder un día más.

—¿Qué clase de mujer es su tía?

—Oh, Bella también es un caso interesante. Quiere imponerse por encima de todo y de todos. Estuvo casada, pero se divorció. Su marido era un *jasid*. Discípulo de... ¿Cómo se llama...? El rabí de Solokov. Mi tía echa de menos a su hijo, que vive con el padre. No mencione ni una palabra de esto. Ella misma se lo contará. No quiere que lo haga yo. La pone fuera de sí. Pudo haber hecho un buen matrimonio. Tuvo pretendientes ricos, pero desprecia el dinero. A decir verdad, yo soy igual. Si alguien me gusta, no me importa que sea un mendigo.

—¿Su novio lo es?

—¿Lipmann? Bueno, sólo es un decir. Los padres de mi novio son muy piadosos. Él estudió derecho, pero no quiere ser abogado. Se trata de una larga historia. Lo que le digo es muy reservado, y espero que no lo divulgue. Lipmann viajó a la Unión Soviética por un par de meses. Cuando regrese, nos casaremos. Pero no me mal-interprete cuando hablo de casamiento. Yo no necesito la bendición de ningún rabino, y él menos aún. Alquilaremos un apartamento y viviremos juntos.

—¿Y qué hará en la Unión Soviética?

—Es un hombre muy instruido, muy activo. Dictará un curso y dará conferencias. Yo iba a acompañarlo, pero a último momento tuvo que cambiar de planes. Y ahora estoy aquí, sola. Pero no importa, eso no perjudicará a la revolución. Además, ¿qué son unos pocos meses? Pasará el invierno, y para cuando llegue la primavera él habrá regresado. Allí estará demasiado ocupado y no le quedará tiempo para otras mujeres. Y si no es así, ¿qué más da? El hombre es como una abeja, siempre en busca de otra flor donde libar. Ésa es su naturaleza. Y la flor, por su parte, brinda su néctar a toda abeja que se le acerque. —Un brillo risueño iluminó los ojos de Edusha, quien prosiguió—: Vaya a la cocina a higienizarse y después venga a desayunar. Si piensa vivir con nosotras tendrá que comer. No permitiremos que un joven como usted vaya a un restaurante, donde le cobran el doble y la comida ni siquiera es fresca. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Quién es la mujer que viajará con usted?

—Es hija de un hombre que en otro tiempo fue rico. Tiene un novio en Palestina y quiere reunirse con él.

—Comprendo. Usted se casará con ella y después se divorciarán.

—No es más que una formalidad.

—Tenga cuidado. A más de uno lo han atrapado de esa manera. ¿Cómo es ella? ¿Una vieja solterona?

—No es vieja.

—¿Y por qué el novio no manda llamarla?

—Supongo que no puede hacerlo.

—Hay algo en todo eso que no está bien, pero no es asunto mío. Aunque no me intereso tanto por los problemas sociales como mi tía, mantengo los ojos bien abiertos y sé quién es quién. El proyecto sionista no es más que una estafa, una fantasía estéril. ¿Qué hará usted en Palestina? Una amiga mía, una chica encantadora, y rica, además, emigró a ese país. Se le metió en la cabeza que quería ayudar a los judíos a convertirse en un pueblo productivo, y tonterías por el estilo. La pusieron a trabajar en el campo. El calor era tan atroz que los pies prácticamente se le calcinaron. Para colmo, enfermó de malaria. Después uno de los *jalutzim* empezó a cortejarla y, ni corto ni perezoso, la dejó embarazada. Enseguida desapareció, el diablo sabe dónde. Mi amiga regresó a Varsovia dejando al niño en Palestina, pero no tardó en empezar a añorarlo. Una noche vino a verme y me dijo: «Edusha, hazme una trenza. Quiero estar bonita mañana». No había adoptado la moda del pelo corto, y la cabellera le llegaba a la cintura. Le hice dos trenzas y conversamos un rato. Luego nos despedimos con un beso y ella volvió a su casa. A la mañana siguiente sonó el teléfono. Ana, esa mujer que era como una rosa, se había envenenado.

—La gente también se envenena en Rusia.

—Oh, no. Allá la vida tiene sentido. Vaya a lavarse.

Edusha salió de la habitación. Vacilé en ir a la cocina, pues no tenía pijama, ni bata, ni pantuflas. Finalmente me animé a hacerlo. Me lavé lo más rápido que pude, me vestí y me dirigí a la habitación que hacía las veces de sala, comedor y dormitorio.

¡Qué extraño! Las dos mujeres estaban esperándome, lo que provocó que me sintiese incómodo. Para empezar, yo no tenía la menor idea de cómo iba a pagarles por la comida. Además, ¿por qué

debían esperarme para desayunar? Se me ocurrió que lo que estaba en juego era algo más que generosidad: había un elemento de dependencia. Por lo visto esas dos mujeres no soportaban estar solas. Siempre, de noche y de día, necesitaban a alguien a su lado. Todo eso se vinculaba con la situación de la humanidad contemporánea, con el colectivismo y con la idea de que las personas eran meras piezas de una enorme maquinaria.

En la mesa, Bella y Edusha hablaron de toda clase de encuentros izquierdistas: mítines, manifestaciones y marchas. Era obvio que leían todos los periódicos de Varsovia, pues sabían qué había dicho cada diputado en el parlamento.

Hablaron de los teatros de Varsovia, de cantantes y conferenciantes a quienes habían escuchado últimamente en la radio. Hablaron de sucesos que habían tenido lugar en Berlín, París, Londres Moscú... y hasta Pekín y Manchuria, como si hubiesen ocurrido a la vuelta de la esquina. En la expresión de sus ojos percibí a un tiempo orgullo y servilismo. Cuando pronunciaban las palabras «Rusia soviética» les brillaban los ojos, como si hablar de ese tema sin fervor constituyese un pecado.

Bella probó un trozo de pan, bebió un sorbo de café y fumó un cigarrillo. Soltó tres anillos de humo y dijo:

—Todo acabará patas arriba. La revolución lo seguirá a usted a Palestina...

3

Pasaron varios días. Vi a Sonia y le hablé de la señorita Minna y de la pequeña y oscura habitación a la que me había mudado. Los sábados, la tienda en la que Sonia trabajaba vendiendo ropa de mujer estaba cerrada, y ella era libre de hacer lo que le apeteciera. Como estaba nevando fuimos a tomar un café cerca del puente de Carlos.

Sonia me formuló serias quejas. ¿Por qué no le había contado yo lo del matrimonio de conveniencia? Ella misma habría viajado a Palestina conmigo. ¿Cuánto tiempo más trabajaría como empleada en aquella tienda? Todos los clientes eran mujeres, de modo que no existía oportunidad de conocer a ningún hombre. En Palestina había pocas mujeres y sería fácil casarse. Además, Sonia amaba la vida al aire libre, los campos y los bosques, las pequeñas aldeas. ¿Qué tenía de bueno andar por las calles de Varsovia? Sólo servía para aturdirse, para fatigarse hasta el agotamiento.

—No te verías obligado a conservarme a tu lado como esposa —declaró—, yo te devolvería tu libertad.

—No puedo dejar en ridículo a la señorita Minna. Por otra parte, el hombre que llevó a cabo la gestión fue su profesor de hebreo, y consiguió el certificado para ella, no para mí. Si no cumplo mi palabra, no habrá certificado.

—¿Y qué será de mí? Me despierto en mitad de la noche y no logro volver a dormirme. Pienso en mi vida, en lo triste que es todo.

—Yo te llevaré a Palestina.

—¿Cómo? No, me olvidarás, lo olvidarás todo. Te marchaste para trabajar como maestro y nunca escribiste, aunque prometiste que lo harías. Pero no lo hiciste. Cuando llegues a Palestina ni siquiera recordarás que en alguna parte existe una Sonia.

Quise pagar el café, pero comprobé que sólo tenía unas cuantas monedas sin valor. Ni siquiera me alcanzaban para coger el tranvía. Sentí sobre los hombros todo el peso de las acusaciones de Sonia.

De alguna manera, yo la había usado. Me había ayudado en mi peor momento, y de no ser por ella yo estaría solo y perdido.

Recordé que la señorita Minna me había tratado igual que la esposa de un noble a un judío de la corte. Yo le enseñaba hebreo, pero ella se burlaba de mi polaco deficiente. Se disponía a casarse conmigo y había solicitado los papeles necesarios, pero me trataba con desdén. No hacía más que corregir mis modales, indicándome cómo sentarme, cómo comer, cómo saludar a la gente. En el barco compartiríamos un camarote, pero me advirtió que tendría que buscarme otro lugar para pasar la noche. A veces me hablaba seriamente, pero de pronto, como si recordara quién era yo, abandonaba su tono respetuoso.

No tardé en advertir que mi aspecto y mi comportamiento la incomodaban. Yo estaba resfriado, me sonaba la nariz a cada rato..., y no tenía suficientes pañuelos. Había comprado una maquinilla de afeitar con cuchillas de recambio, pero cada vez que me afeitaba me cortaba la barbilla. Enviaba mis camisas a un lavadero, pero el dinero no me alcanzaba para que las plancharan.

Y allí estaba Sonia, sentada frente a mí, airada, con la expresión de una mujer que no podía seguir conmigo pero tampoco se decidía a marcharse de mi lado. «¿Es esto amor? —me pregunté. Y respondí—: No, es soledad».

Permanecí un rato en silencio, absorto en mis ensoñaciones. Encontraría un tesoro que me permitiría saldar mi deuda con Sonia y con cuantos alguna vez me habían hecho un favor. Pensé en la novela que escribiría acerca de la situación por la que pasaba; pero, mal dormido y acosado por las preocupaciones como estaba, ¿cómo conseguiría escribir siquiera una línea? El minúsculo cuarto que alquilaba carecía de calefacción, y por las noches hacía allí casi tanto frío como en el exterior. Ya padecía una tos seca.

De repente mis pensamientos derivaron hacia el suicidio, la idea del cual me rondaba desde que había abandonado mi hogar. A veces sentía que para mí no existía otra opción; pero ¿qué dirían mis padres cuando recibieran la noticia? ¡Buen Dios! Ni siquiera le había escrito a mi familia. Mi madre sin duda estaría preocupadísima. Todas las noches recordaba que no sabían nada de mí y me juraba solemnemente que por la mañana escribiría una carta o una postal, pero al llegar la mañana olvidaba hacerlo. «Eres un asesino —me decía a mí mismo—. Un asesino».

—¿Te gustaría ir al teatro esta noche? —preguntó Sonia—. Dan una opereta, *La princesa de las czardas*.

—No, Sonia.

—Ya te invito yo.

—No puedo aceptarlo.

—¿Qué vamos a hacer, quedarnos aquí todo el día? La gente ya está mirándonos.

Era cierto. Las camareras nos dirigían miradas de irritación. Sonia pagó la cuenta y salimos a la calle.

¿Y si me colgara? Pero ¿dónde? ¿O debía arrojarme al Vístula?

Qué extraño, temía menos a la muerte que al agua fría. Me estremecí. Por la noche me tapaba con dos mantas, pero nunca conseguía entrar en calor. ¿Veneno? Pero ¿de qué clase? Lo mejor sería tirarme al mar desde el barco que me llevara a Palestina. Las aguas del Mediterráneo son cálidas, y era poco probable que alguien acudiese a rescatarme.

Sonia me tomó del brazo diciendo:

—No estés tan triste. Recuerda el refrán: «La oscuridad más profunda es la que precede al amanecer».

¿Cómo iba a haber un amanecer para mí? Yo ya sabía la verdad: no era apto para hacer nada en Palestina. Cuando visitaba la asociación de *jalutzim*, me miraban con expresión de asombro. Sonreían y parecían preguntarse: «¿Qué hace este tipo aquí?». No entendían por qué Dov Kalmensohn se tomaba la molestia de ocuparse de mí. Lo mismo me había ocurrido unos años antes en el seminario rabínico, y aun antes de eso en el *jéder*.

Regresé con Sonia al barrio judío.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto—. Llevo encima la llave de la tienda.

Ir a la tienda un sábado, a plena luz del día, cuando todos los comercios judíos estaban cerrados, era un disparate. Pero no teníamos otro lugar. Sonia abrió con su llave, y entramos. En el interior, bajo una luz débil y vacilante, vimos los estantes cubiertos de cajas que contenían medias, camisas y chaquetas de mujer.

Nos sentamos y al cabo de un rato nos abrazamos.

—¡Si el viejo nos viera ahora...! —exclamó Sonia—. Se ahorcaría. —Su risa resonó en la penumbra. De vez en cuando aguzaba el oído, por si algún pariente del dueño, al pasar por allí, advertía que la puerta no tenía echado el cerrojo. Hasta era posible que un policía quisiese entrar, o a un miembro del grupo de Guardianes del *shabbat* se le ocurriese verificar si algún comerciante había violado la santidad del sábado.

Se trataba de una situación absurda, pero ¿a qué otro sitio podíamos ir?

Ambos conservábamos nuestra timidez provinciana. Yo no me atrevía a invitar a Sonia a mi pequeña y oscura habitación, y de todos modos ella no hubiese aceptado.

Nos besamos y abrazamos. Ella no prestaba atención a mis susurros seductores y me advertía a cada rato que contuviera mis impulsos. Estaba decidida a llegar a su noche de bodas como una novia *kosher*, aunque le daba igual quién fuese el novio.

Al cabo de una hora me indicó que saliera de la tienda. Después, tras cerrar, se reunió conmigo en la esquina y reanudamos nuestro paseo. Pasamos por delante de la casa de los *jalutzim* y se me ocurrió visitarlos. Era improbable que Dov Kalmensohn se encontrara allí. Sonia vaciló por un instante, pero al fin aceptó acompañarme.

Mientras subíamos por la escalera oímos el bullicio. Aunque era sábado, las lámparas eléctricas estaban encendidas. Los *jalutzim* se afanaban llenando cajas, clavando clavos, precintando baúles,

escribiendo etiquetas con gruesos rotuladores. Leí nombres de lugares como Constanza, Jaffa, Haifa. Un joven corpulento, pelirrojo y pecoso, cuya camisa abierta dejaba ver el vello rojo que cubría su pecho, estaba sellando una caja con lacre. Mientras lo hacía, fumaba un cigarrillo. Una joven militante planchaba una blusa. Sonia miraba alrededor, llena de asombro. Por suerte Kalmensohn no se encontraba allí. Me habría sentido incómodo si hubiese tenido que presentársela.

Un joven al que no conocía se acercó y me preguntó:

—¿Cuándo parte tu barco?

—Falta mucho. Todavía no tengo el pasaporte.

—Tal vez precisas de alguien bien relacionado. —Me dio la dirección de un gestor de la calle Nowolipki capaz de proporcionar a un *jalutz* cuanto necesitaba: partida de nacimiento, pasaporte, cartilla militar, documento de renuncia a la ciudadanía polaca y muchos otros papeles, tanto auténticos como falsificados. El joven era alto y erguido y tenía la rubia cabellera alborotada. Le presenté a Sonia y preguntó:

—¿Viajáis juntos los dos?

—Desgraciadamente, no —repuso Sonia. «Desgraciadamente» era una de las palabras favoritas entre los intelectuales de pueblo.

—¿Por qué? El hombre que cuenta con un certificado puede llevar consigo a una mujer.

—Él ya se ha conseguido una mujer.

—En ese caso... Venid, sentaos y poneos cómodos. Nunca echamos a nadie. Yo me embarco el miércoles próximo.

—¿También viajas con alguien?

—Venid a la otra habitación. Estaremos más tranquilos.

Entramos en una habitación con aspecto de biblioteca. En ese momento no había nadie. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros en hebreo, yiddish, polaco y alemán. Nos sentamos, y el joven dijo:

—Pensaba emigrar con mi novia, pero la verdad es que no tenemos dinero para los gastos, de modo que viajaré con una esposa ficticia.

—¿Y si acabas enamorándote de ella? —aventuró Sonia.

—Jamás —repuso él meneando la cabeza. Tras una pausa, me preguntó—: ¿Fumas?

—No, gracias.

—¿Qué harás en la Tierra Prometida? Los trabajos físicos no parecen lo tuyo.

—Es escritor —intervino Sonia, delatándose.

El joven se puso muy serio y, enarcando las cejas, señaló:

—También necesitaremos escritores. Somos el Pueblo del Libro.

Seguimos conversando un rato los tres, mientras caía el crepúsculo. Las sombras ocultaban en parte el rostro del joven. Cada vez que daba una calada a su cigarrillo, el fugaz destello revelaba cierta melancolía en su expresión. Sus ojos azules reflejaban tenacidad y resolución.

Aunque yo había renunciado a creer en la santidad del *shabbat*, me resultaba imposible olvidar el carácter especial de ese día. No lejos de donde nos encontrábamos, los judíos ya habían hecho las tres comidas prescritas y habían entonado el *B'nai He Jala*. En un pequeño pueblo de Galitzia mi

madre murmuraba la plegaria *Dios de Abraham*. Me parecía ver su rostro sombrío y oír sus palabras sentidas, heredadas de abuelas y bisabuelas:

«Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, protege a tu pobre pueblo de Israel. Tu sagrado *shabbat* se aleja. Llegue a nosotros tu bendita semana, trayendo salud y prosperidad, riqueza y honor, sabiduría, buenas acciones y valiosas recompensas para todos».

Era la plegaria que mi madre elevaba por mí, su hijo errabundo, expulsado de la mesa de su padre, perdido en una gran ciudad, apartado del judaísmo pero aún no ganado por los gentiles.

¡El Pueblo del Libro! ¿Qué clase de libros podía escribir yo? ¿Qué podía enseñarle a mi pueblo? ¿Para quién serían mis relatos un modelo de conducta?

Sonia parecía haberse vuelto rígida. Sus ojos, protuberantes en la oscuridad como los de algún ave nocturna, centelleaban. Tuve la sensación de que de pronto había adquirido poderes de vidente. A su manera femenina, se despedía del *shabbat*, que continuaba siendo sagrado por mucho que se lo violase. Era el día de descanso del Señor, el día en que el judío hace el inventario de su alma.

El *jalutz* dio una larga calada a su cigarrillo y acto seguido aplastó la colilla contra el borde de la mesa.

—Mi última semana en la diáspora —dijo.

4

Esa noche, cuando Edusha me llamó para cenar, encontré a su prometido o, Hertz Lipmann, de pie en el medio de la habitación. Era un hombre de estatura mediana, ancho de espaldas, cabellos ralos, nariz algo gruesa, labios carnosos y cejas pobladas, mentón cuadrado, cuello corto. Su cabeza estaba firmemente asentada sobre los hombros, sus manos eran grandes y sus piernas cortas, y usaba zapatos de punteras redondeadas. Me hacía pensar en esos soldados de pies fatigados que vuelven a su casa con permiso. Transmitía fuerza, la propia de hombre que no le teme a ningún trabajo por duro que sea. Sus ojos eran acerados y su mirada recelosa como la de un agente secreto.

«¡La Cheka!», pensé en cuanto lo vi.

Edusha nos presentó, pero él se limitó a murmurar algo sin tenderme la mano y, tras sentarse en la silla que habitualmente ocupaba Bella, encendió un cigarrillo. Era evidente que había resuelto no hablar de nada en mi presencia. Sólo afirmaba o negaba con un movimiento de la cabeza. Se mordisqueaba el grueso labio inferior y arrojaba humo en dirección a mí. Cuando emitía alguna palabra, lo que ocurría raramente, su voz sonaba ronca y grave.

Edusha y Bella hicieron todo lo posible por que Lipmann y yo iniciáramos una conversación, pero él ni siquiera me miraba. Pensé que su hostilidad se debía, en primer lugar, al hecho de que las mujeres le habían alquilado el cuarto a un hombre, y también a mi inminente viaje a Palestina, un lugar poco recomendable para un comunista judío.

Comí rápidamente y volví a mi pequeña y oscura habitación. Sólo entonces la charla se animó en

la sala. Las que más hablaban eran las dos mujeres, y la voz de bajo de Lipmann retumbaba como un trueno distante. ¿Qué clase de madres tienen hijos como él? —me pregunté—. ¿Cómo es posible que dos mil años de exilio produzcan semejante confianza en sí mismo?

La existencia de un Hertz Lipmann no confirmaba mi teoría acerca de los judíos y la índole judía. En mi opinión, el judío se encontraba fuera de lugar en el mundo real. Los judíos como grupo (y yo como individuo) constituían una especie degenerada, una anomalía entre las naciones, «un pueblo que vive solo». Pero por lo visto ese individuo rechoncho estaba firmemente asentado sobre sus dos pies.

Poco después llegó Susskind y el bullicio creció. Eijl sanaba pendenciero, gritaba y soltaba sus características risotadas. Lipmann se embarcó en un largo monólogo. Varias horas después me quedé dormido. Al despertar oí a café y oí pasos en la cocina y el pasillo. Era Edusha que venía a despertarme, ya que en esa habitación oscura no había forma de saber si era de día o de noche. Se quedó junto a la puerta y preguntó:

—¿Todavía duerme? Son las nueve.

—No, estoy despierto —repuse—. Gracias.

—Vístase. Lo esperamos para desayunar. ¿Cómo ha dormido?

Deseé decirle que las chinches se habían ensañado conmigo toda la noche y que sólo pude dormirme al amanecer, pero me lo callé. Yo no tenía modo de cambiar mi situación. Les debía a esas mujeres el precio de muchas comidas. No había pagado el alquiler correspondiente a la segunda mitad del mes. No, no mantenían limpio el apartamento; ya había advertido que las sábanas de Bella estaban sucias, el relleno del sofá asomaba por algunos rotos de la tela, y al sillón le faltaba una pata que había sido reemplazada por una pila de libros. En una ocasión había visto a Bella cortar con tijeras, en lugar de usar cuchillo, la carne que se disponía a freír.

Sufría todas las mañanas al lavarme en la cocina, pues de un momento a otro podía aparecer una de las mujeres. Además, hacía tanto frío en la casa que el agua y las cañerías estaban heladas. La toalla con que trataba de secarme siempre estaba húmeda. Me afeitaba con agua fría y me cortaba a menudo.

Esa mañana, mientras me lavaba, oí a Edusha entonar con su voz melodiosa una canción popular que se había puesto de moda. Aunque no tenía tiempo para limpiar el apartamento, iba a menudo al teatro a ver operetas y comedias musicales, y conocía todas las canciones que emitían por radio.

Durante el desayuno Bella se mostró extrañamente retraída. Apenas pronunció palabra. Mordisqueó un trozo de pan y fumó un cigarrillo. Poco después se vistió y salió. Su abrigo corpresilla en la espalda y el sombrero parecido a un casco le conferían el aspecto de una elegante amazona. Edusha desayunó en bata y chinelas.

Después de que Bella se hubo marchado, Edusha y yo charlamos un rato. Ella se interesó por mi certificado y me preguntó qué papeles me faltaban todavía.

—Qué raro —dijo—, nací en Varsovia y he pasado aquí toda mi vida, y sin embargo tengo la sensación de encontrarme en una ciudad extraña, como si sólo fuera un lugar de paso, camino a otra parte.

—¿Usted también?

—Desde que mi madre se fue todo me parece temporal. Hertz se va, y Bella tampoco se quedará

aquí por mucho tiempo. Usted también se marcha. Uno de estos días me encontraré completamente sola.

—Pero su prometido volverá.

—En eso confío, sin embargo... Hertz tiene toda clase de planes. No debería decirle esto, pero en el Partido nunca se puede estar seguro de nada. Si deciden mandarlo a uno a Brasil o a Johannesburgo, hay que hacer las maletas y partir. Es como estar en el ejército.

—Hay algo de militar en él.

—Sí, es cierto. ¿Cómo lo advirtió tan pronto? Tiene una voluntad de hierro. Sus padres son pobres y muy religiosos. Pero él se formó solo, estudiando por las noches. Es disciplinado como un soldado. Cuando resuelve hacer algo, lo considera una meta sagrada. Lo triste es que yo soy todo lo contrario.

—Dicen que los opuestos se atraen.

—Sí, pero a veces es difícil. ¿Qué clase de persona es usted?

—Carezco por completo de voluntad.

—Oh, no diga eso, le sobra carácter. ¿Tiene novia? Me refiero a una novia de verdad, no la ficticia.

Le hablé de Lena, la hija de Yekutiel, el relojero de Byaledrevne.

—¿Está seguro de que ella lo esperará? —preguntó Edusha.

—Nada es seguro.

—Eso es muy cierto. Lo mejor es no hacerse ninguna ilusión. Mi filosofía es: «Escupe sobre todo».

—Es más fácil escupir sobre los demás.

—Sobre todo, insisto. A veces nada sale bien, pero cuando llega la noche me visto y voy a la ópera donde me dejan entrar *na gape*. ¿Sabe qué significa eso? Colarse. Le doy unos *groschen* al acomodador y paso. Por muy deprimida que esté, en cuanto Digos o Gruschtshinski cantan un aria, olvido mis tribulaciones y canto con ellos. Los *na gapniks* somos un montón. Cuando uno de nosotros tiene una entrada, la hace correr de mano en mano. Conocemos toda clase de triquiñuelas para entrar sin pagar. A veces, desde la cuarta galería miro hacia abajo, a los palcos. Sé que la revolución barrerá con toda esa basura capitalista, pero resulta interesante contemplar a esas mujeres hermosas y a sus acompañantes. Es otra clase de ópera: perlas, diamantes, largos cuellos, cabelleras rubias que lucen artísticos peinados. Los hombres son altos y erguidos, como si pertenecieran a otro mundo. Los observo desde arriba, veo sus reverencias, los veo besar la mano a las mujeres, y siento ganas de reír. Son como niños adultos jugando. Y luego está la ópera que se desarrolla en el escenario: el verdugo se dispone a cortarle la cabeza al héroe, y el héroe, acompañado por la orquesta, entona un aria. Oh, sí, adoro la ópera.

—Nunca he visto una.

—¿Nunca? Ah, tendré que llevarlo conmigo algún día. En Palestina no hay ópera. Sin embargo me gustaría ir para ver cómo es aquello. Una vez oí unas canciones árabes por la radio y al instante me sentí transportada a esas tierras, entre las tiendas de campaña y los camellos, en el desierto. Una terrible nostalgia se apoderó de mí, como si yo misma hubiese nacido allí.

—La verdad es que usted y Hertz Lipmann no forman una pareja. —Mis propias palabras me sorprendieron.

Edusha me miró con expresión de ansiedad y de cierta tristeza.

—¿Por qué dice eso? —preguntó.

—Bueno, él es todo razón y usted es toda sentimiento.

—Así debe ser. Usted mismo dijo hace un rato que los opuestos se atraen. Hertz también tiene sentimientos, pero sabe controlarse. ¿Acaso es posible jugar con los sentimientos en un mundo como el nuestro? Unos cuantos burgueses pueden desatar a su antojo una guerra mundial en la que pierden la vida veinte millones de personas. Mi propio padre murió de tifus en esa guerra. ¿Y por qué se combatió? Porque Inglaterra y Alemania no acababan de ponerse de acuerdo sobre cómo repartirse el petróleo. ¿Es cierto, o no?

—No, no lo es.

—¿Por qué?

—Porque el petróleo sólo fue una excusa. Si no guerrear por el petróleo encontrarán otro motivo.

—Lo que usted está diciendo es que no hay esperanza para la humanidad.

—Me temo que no.

—¿Ésa es su experiencia? En tal caso, lo compadezco.

—La peor verdad es preferible a la mejor excusa para engañarse y no verla —repliqué, sin saber a ciencia cierta si creía en lo que decía o si simplemente quería fastidiar a la muchacha. Ella se puso de pie y me dirigió una mirada triste e interrogante. En ese momento sonó el teléfono, y salió al pasillo para contestar la llamada.

Volví a mi habitación. Bajo la luz amarilla de la lámpara de gas no era de día ni de noche. Cogí del estante, al azar, uno de los libros que había dejado Stanislas Kalbe. Se trataba de un tratado de matemáticas y mientras lo hojeaba se me ocurrió de pronto que Edusha y Kalbe habían sido amantes. Al fin y al cabo, ¿qué podía frenar a una mujer como ella? El temor a Dios desde luego que no, y en los últimos tiempos ni siquiera el miedo a quedar embarazada. El sexo se había convertido en un juego infantil para adultos. Yo mismo acababa de iniciar algo así como una relación con Edusha. ¿Por qué, si no, le había dicho que Hertz Lipmann y ella no formaban una pareja?

Me senté en el borde de la cama y pensé en Lena.

Una melancólica noche de otoño nos habíamos jurado amor eterno. Cogidos de la mano, caminamos en la oscuridad hasta el molino de agua. De vez en cuando nos deteníamos para besarnos bajo la llovizna. En aquella época de mi vida, yo anhelaba tener todo el tiempo ante mis ojos su rostro ovalado, sus ojos oscuros en los que la dulzura virginal y la inocencia infantil sumaban su fulgor al de una ansiedad tan antigua como la existencia misma de la mujer. Cuando la tomaba en mis brazos, temblaba como un ave a la que se prepara para el sacrificio de Yom Kippur. «Si no me quieres de verdad —susurraba—, dímelo. No creo que el amor sea un juego».

Le di mi palabra de honor de que la amaba. Le juré que me casaría con ella. Que le sería fiel hasta el último aliento. Y sin embargo, hasta había dejado de escribirle. Una depresión me paralizó en la ciudad donde trabajé como maestro. Durante días ni siquiera salía a la calle. Dejé de dirigirle la palabra a la gente en cuya casa me alojaba. Se apoderó de mí una suerte de timidez enfermiza, una

necesidad de esconderme de todo el mundo. Estaba tan estreñado que no había medicina capaz de aflojar mis intestinos. Parecía haberme vuelto sordo y medio ciego. Las cosas se me caían de las manos. Cuando escribía, dejaba sin completar ciertas letras y a veces palabras enteras. Tenía la dolorosa sensación de que había dejado de ser yo mismo y era incapaz de transformarme en otro.

Toqué el timbre y la criada abrió la puerta.

—La señorita Minna no está en casa —me dijo.

—¿No está?

—Tuvo que salir. Pidió que la espere.

Me senté en la silla del pasillo y me puse a hojear la misma revista que había leído en mi primera visita, pero, tal como ocurrió aquella vez, Meir Ahronson se presentó con el mismo bonete y la chaqueta que le iba demasiado larga.

—Venga a mi habitación —me invitó—. Minna no tardará en volver. Tekla, tráenos dos vasos de té.

Entré en el estudio de Ahronson. Había una raída alfombra en el suelo, y libros viejos. Las ventanas dobles estaban cerradas y la habitación olía a polvo y al carbón recientemente encendido en la estufa.

Meir Ahronson se sentó en un sillón antiguo, que se remontaba a los tiempos del rey Sobieski. Tenía un reposacabeza y tapizado capitoné con botones de hueso. Yo me acomodé en un sofá con tapizado de cuero en el que se veían varias grietas. Tekla, la criada polaca de mejillas sonrosadas, nos trajo té y un *kijel* duro como una piedra. Al morderlo estuve a punto de romperme un diente. Ahronson bebió un sorbo de té y suspiró.

—Y bien —preguntó—, ¿mi hija progresa con el hebreo?

—No es fácil —repuse—. Sobre todo la gramática.

—Yo estudié gramática en mis tiempos. ¿Le parece que la de hoy en día es gramática? Todo ha sido abreviado, simplificado.

—Mi padre era un *jasid*, pero aun así quería que conociéramos las Escrituras. Contrató a un profesor lituano para que nos diera lecciones de gramática. El indicativo, el subjuntivo..., todo nos entraba por un oído y nos salía por el otro. Era una Varsovia diferente. Los judíos eran judíos y no gentiles. El dinero era fácil de obtener. Los rusos construían ferrocarriles y los judíos se enriquecían.

—La Varsovia que usted ve ahora fue construida por judíos. En aquellos tiempos nadie sabía nada de impuestos. Cuando el zar necesitaba dinero, por lo general se lo pedía a Rothschild o a algún otro banquero. Hoy en día a uno lo desuellan vivo. A cada rato me citan de la oficina de impuestos y les muestro mis libros. Pero no sirve de nada. Los gentiles dicen: «Mientes, judío. Eres un estafador». Así es como le hablan a Meir Ahronson en la nueva Polonia. Los padres de estos funcionarios eran los sirvientes que los judíos empleaban para el *shabbat*, conserjes. ¿Qué será de

nosotros, eh? Pretenden arrancarnos de raíz.

—Los sionistas tienen razón —dije por decir algo.

—¿En qué tienen razón? Nadie les regalará Palestina. Nadie da nada a cambio de nada. Sueños fantasías estériles. Han nombrado alto comisionado a un judío, pero no responde a los deseos de Najum Sokolov, sino que obedece las órdenes de Inglaterra. Es absurdo, una estupidez. Ese Zbigniew Shapira, el prometido de Minna, tiene tanto que ver con Palestina como usted con el conde Potocki. Se está destruyendo. Fue allá para destruirse. Minna lo ha contado, supongo.

—No me ha contado nada.

—Shapira es ingeniero. Estudió en Cracovia y en la Sorbona. En 1919 se alistó en el ejército polaco y al cabo del tiempo fue ascendido hasta llegar a comandante. Nunca se dan prisa en ascender a un judío, pero él es un hombre muy inteligente. Los ayudó a construir puentes y quién sabe cuántas cosas más. Su padre ha muerto. Su madre es anciana y padece una invalidez parcial. Zbigniew es su único hijo, alto, apuesto, instruido. Sabe muy poco lo que significa ser judío, pero así es la generación actual. Le tienen miedo a la palabra «judío». Conoció a mi Minna en Tsapat y se comprometieron enseguida. No tuvieron necesidad de casamentero. ¿Qué es lo que quiere un padre? Que sus hijos le brinden un poco de felicidad. Tuve otra hija, menor que Minna, pero murió, de peritonitis. Fue un golpe muy duro para su madre.

—Ya no es la mujer que era. En fin, ¿qué se puede hacer? Todas las cosas nos las manda Dios. Creíamos que con Minna no habría problemas, pero Zbigniew cometió una verdadera locura. Se hirió adrede con un cuchillo para evitar que volvieran a convocarlo a filas. Tuvo que abandonar Polonia, pues de lo contrario lo habrían encarcelado. Ahora está en Palestina con un nombre falso, y tampoco se quedará allí. Ésa es la historia. Minna está estudiando hebreo, pero ahora Zbigniew quiere ir a Suráfrica o a Brasil. Es un exaltado. Cada día se le mete en la cabeza un nuevo proyecto.

—Vaya donde vaya, como ingeniero siempre podrá ganarse la vida.

—Ganarse la vida no le basta. Quiere ser rico, millonario... y cuanto antes. No puede esperar. Ya he dicho que es muy inteligente, una especie de filósofo, y sin embargo hace tonterías como ésa. Un hombre sano confinándose a un lecho de enfermo por voluntad propia. Su madre ha quedado sola. No puede caminar, la pobre, de tanto que se le hinchan los pies. Necesita que le lleven todas las cosas a su casa, y no tiene dinero para pagar nada. De un momento a otro la echarán del apartamento. ¿Adónde irá entonces? En los pueblos pequeños hay casas de caridad, pero en Varsovia no existe nada semejante. Aquí uno puede morir sin que nadie se dé por enterado. Problemas. La gente es la peor enemiga de sí misma. Le hablé a mi hija con franqueza: «Si te casas con un individuo como ése, corres un serio peligro». ¿Quién sabe adónde la arrastrará? Pero ella está enamorada. Hay una nueva locura en el mundo: el amor... Dos personas intercambian una mirada y se obsesionan. Cuatro semanas después de la boda no hay más que peleas y golpes. Bueno, ¿y qué me cuenta de usted? ¿Ya ha conseguido sus documentos?

—Un gestor está trabajando en ello. Su nombre es Barish Mendl.

—Sí, lo conozco. Administra una casa para un amigo mío. Alterna con la nobleza, tiene contactos con todo el mundo. Aquí en Polonia, la única manera de que las cosas se hagan es ofrecer sobornos. Todos tienen manos tendidas y bocas voraces... Oh, suena el timbre. Debe de ser Minna. No le diga

que le he hablado de Zbigniew. Ella lo considera incapaz de equivocarse. Cree en él como si fuera un rabí que hace milagros.

—Voy a su encuentro.

—Sí. Si lo ve conmigo sospechará que he estado contándole cosas. Aunque, en realidad, todo lo que le he dicho es un secreto a voces.

Dejé medio vaso de té y un trozo de *kijel* mordido y salí al pasillo. En ese momento la criada le abrió la puerta a Minna, quien llevaba un abrigo de piel con sombrero y bolso a juego. Parecía una dama de la nobleza provinciana. La criada la ayudó a quitarse los chanclos. El frío había enrojecido sus mejillas. Al verme, sus ojos verdes se ensombrecieron e hizo una mueca como si hubiera probado algo agrio.

—¿Por qué está esperando en el pasillo? Entre en mi habitación.

Hice lo que me indicaba y aguardé largo rato. Hojeé los libros de los estantes. Había flores secas entre las páginas. Por lo visto Minna leía mucha poesía. Algunos versos estaban subrayados. Minna sabía perfectamente que yo era escritor, pero nunca había hablado conmigo de literatura. Por lo general me hablaba de gramática hebrea o de los documentos que necesitábamos. Cada nuevo retraso la irritaba.

Leí al azar algunos versos, las primeras frases de un par de cuentos, aforismos o fragmentos de ensayos. Había también en la librería diversos papeles y cuadernos con los apuntes de la universidad de Minna.

Sobre una mesita vi un álbum enorme. Lo abrí y lo primero que atrajo mi atención fue una fotografía de Zbigniew Shapira. Se lo veía de pie junto a Minna, abrazándola. Le sacaba una cabeza y era un dandi de bigote fino, bastón y gorra de visera rígida. Había un trasfondo de falsedad e impaciencia en la expresión risueña de sus ojos.

Oí acercarse a alguien por el pasillo y me apresuré a cerrar el álbum. Minna entró en la habitación y en cuanto cruzó el umbral me preguntó con tono de enfado:

—¿Qué pasa con sus documentos? El trámite se está alargando demasiado.

—El gestor asegura que hace todo lo posible.

—La ceremonia ha de celebrarse los primeros días de la semana próxima como muy tarde.

—De acuerdo.

—He decidido suspender el estudio de la gramática hebrea. Límitese al vocabulario y la pronunciación.

Nos pusimos a estudiar, hasta que al cabo de una media hora, Minna me preguntó abruptamente:

—¿Mi padre estuvo hablando con usted?

—Un poco.

—¿Qué le contó?

—Habló de los buenos viejos tiempos.

—Los buenos viejos tiempos no fueron tan buenos como él cree, pero no hay modo de convencerlo de lo contrario. Yo creía que la gente de su clase y su edad decía la verdad, pero he descubierto que miente como todo el mundo. Hoy afirman una cosa y mañana otra totalmente distinta. Y también son propensos a olvidar. A mí siempre me hablaron de mi abuelo Abraham Moishe como

de un magnate. Luego nos enteramos de que cuando fue a ver a su rabí hizo el trayecto a pie porque no tenía dinero para pagarse el viaje. ¿Cómo encajan las dos historias? He prometido solemnemente que cuando sea vieja no contaré historias. ¿Y qué me dice de usted? Sus historias también están llenas de contradicciones.

La forma en que me hablaba Minna me asombró. Hasta ese momento había evitado hablarme de temas personales.

—Mi vida está llena de contradicciones —repliqué.

—No sólo la suya. En realidad, ¿qué piensa hacer en Tierra Santa? Me temo que en cuanto lleguemos allá usted se verá en problemas para ganarse la vida.

—No tiene por qué preocuparse, no será una carga para nadie.

Minna permaneció un momento pensativa. Luego dijo:

—Ese individuo, el *jalutz...*, ya no recuerdo su nombre, era demasiado agresivo. Usted es todo lo contrario, capaz de tenderse en la calle y dejarse morir de hambre. Yo soy igual. Y lo peor es que estudié en una de esas escuelas privadas para señoritas distinguidas. Una chica judía entre cincuenta gentiles. Casi todas mis compañeras dormían en un dormitorio común, pero yo insistí en tener mi propio cuarto. Por poco me obligaron a abandonar la escuela, pero finalmente me encontraron una habitación. En verano era calurosa como un horno, y en invierno helada. Viví durante un año en esa especie de buhardilla, y aún hoy no sé cómo salí de allí con vida. Sin embargo, nunca les dije nada a mis padres. Poco a poco mis compañeras dejaron de hablarme. Jamás supe por qué. También los profesores me evitaban. No se debía a mi condición de judía. Otra chica judía ingresó más tarde en la escuela y la trataron como a una reina. Yo asistía a todas las clases y sacaba las mejores notas, pero me hicieron sentir que no existía. A veces yo misma dudaba de mi existencia. Ya que usted piensa ser escritor, todo esto quizá le resulte de interés. En aquel tiempo leíamos el *Krul Duj* de Slovatski y otras obras místicas, y empecé a creer que yo era un fantasma invisible para los demás. No sé por qué le cuento estas cosas. Quiero aprender cincuenta palabras por día.

—Tengo la impresión de que nuestro matrimonio de conveniencia es tan inasible como los espectros de una obra de teatro. A veces me invade la inquietante sensación de que usted jamás obtendrá sus documentos. Es como si fuerzas malignas se empeñaran en frustrar mis planes.

Minna hablaba rápidamente y me traspasaba con la mirada. Sentí que me ruborizaba. Atiné a decir:

—Le aseguro a usted que no estoy confabulado con ningún espíritu maligno.

—No acabo de creérmelo. A lo largo de mi vida, cada vez que quise conseguir algo una fuerza de signo opuesto obró contra mí y me hizo fracasar. Si su propósito de dedicarse a la literatura es serio, yo podría contarle algunas historias de alguien que fue perseguido por un fantasma.

—Oh, sí, señorita Minna, hágalo.

—Ahora no. Quizá cuando estemos a bordo, si es que llegamos a embarcarnos. A veces temo que jamás saldremos de Varsovia. Algo inesperado sucederá y quedaré varada aquí, aprisionada como en una trampa.

Todo transcurrió como en una verdadera boda. Yo vestía una túnica blanca de lino para recordarme el día de mi muerte (como si hubiese modo de olvidarlo) y a Minna le hicieron dar siete vueltas alrededor de mí en cumplimiento del precepto *Ve nekeve t'sovev gever* («y la mujer girará en torno a un hombre»). El rabino, de mirada inteligente y mundana y larga barba plateada, recitó las plegarias y nos hizo beber de una copa de vino. Yo había llevado una botella de coñac y algo de *kijel* para convidar a los judíos que ayudaban a completar el quórum exigido por el ritual.

Minna, en actitud desafiante, llevaba un vestido viejo y no se había tomado la molestia de peinarse apropiadamente. De vez en cuando me hacía un guiño. Nuestra relación era un poco más amistosa. Me había contado cómo se había prendado de ella Zbigniew Shapira, de quien hablaba con ese aire de adoración característico de las mujeres enamoradas. Nunca había conocido a un hombre más apuesto, ni más inteligente. Zbigniew se había graduado en la escuela secundaria con medalla de oro. En el ejército polaco había alcanzado el rango de comandante, aunque de hecho cumplía los deberes de un general. Cuando llevaba a Minna al teatro, sus comentarios sobre las obras coincidían con los que más tarde publicaban los críticos profesionales. Lo mismo ocurría cuando la llevaba a la inauguración de una exposición de pintura. Le habían ofrecido una cátedra en la Universidad de Varsovia. Las mujeres más hermosas, las más acaudaladas, las que pertenecían a las familias más distinguidas se volvían locas por él. Pero había un punto sobre el que Minna guardaba silencio: el motivo por el cual su prometido debía abandonar Polonia.

En ese momento Minna se hallaba de pie bajo el palio nupcial, cuyas varas eran sostenidas por cuatro judíos que pasaban por ahí: dos porteros, un mendigo y un vendedor de diarios. Su expresión retraída y distante me recordó la que había visto por primera vez en el rostro de su padre. Sus labios dibujaban una sonrisa burlona y algo melancólica. En un momento dado hasta sacó la punta de la lengua. Traté de devolverle la sonrisa, pero ese día mi cara estaba curiosamente rígida. Yo sabía que estaba engañando no sólo a Inglaterra, sino a Dios. Las ropas blancas que me cubrían, las palabras sagradas que se pronunciaban, los candelabros de plata cuyas velas había encendido la esposa del rabino, todo eso me hacía vacilar. ¿Qué dirían mis padres si se enteraban? El rabino leyó en voz alta el nombre de mi padre, inscripto en el contrato nupcial en el que yo había asentado, en arameo, la promesa de pagar a la novia, Minna, hija de Meir Elimelej, la suma de doscientos *golden* si alguna vez me divorciaba de ella. Mis herederos tenían la obligación de abonar esa cantidad si yo moría. Me comprometía a mantenerla, vestirla y cumplir los deberes conyugales del marido para con su esposa.

Gracias a Dios, la ceremonia terminó rápidamente. El rabino nos deseó *mazel tov*. El palio nupcial fue desarmado. Los hombres bebieron coñac, comieron *kijel* y no tardaron en marcharse. La esposa del rabino nos felicitó y apagó las velas. Salimos a la calle, donde el aire era frío.

—Bien —dijo Minna—, ¿qué hacemos ahora?

—Debemos ir a ver al gestor.

—Tomemos un *droshki*.

El gestor, Barish Mendl, me había conseguido varios documentos, pero según él aún faltaban algunos. No resultaba nada fácil engañar al cónsul inglés y el Gobierno polaco no tenía ninguna prisa en otorgar visados de salida. Mendl, un hombrecillo de frente despejada y nariz pálida en forma de pico de loro, nos pedía dinero para timbres, presentación de peticiones, documentos que ayudarían a conseguir más documentos. Los gastos superaban en mucho lo previsto. Una y otra vez Minna había tenido que efectuar pagos complementarios, y ya había hecho el depósito para la reserva de nuestros pasajes de barco. Ahora debíamos obtener el documento que nos convertiría oficialmente en marido y mujer.

Me pareció advertir que no sólo yo sentía cierta timidez, sino que lo mismo le ocurría a Minna. Evitaba mirarme a los ojos, cuando caminábamos se mantenía apartada de mí, y no aceptaba que la tomara del brazo para cruzar la calle. Sin embargo, como si alguien lo hubiera hecho a propósito para que nos fastidiáramos mutuamente, teníamos que seguir juntos todo el día. Estábamos citados con Dov Kalmensohn en las oficinas de los *jalutzim* y debíamos pasar por una agencia de viajes de la calle Krulevski.

Entramos en un restaurante. A la lista de mis humillaciones se sumaba la más reciente: una mujer me pagaba cada viaje en *droshki*, cada vaso de té, cada billete de tranvía. La comida se me atragantaba y una y otra vez le aseguré a Minna que no tenía hambre, ni sed, que prefería caminar. Me percaté de que se avergonzaba de mi ropa raída, de mi gorra plana, de mi abrigo, al que le faltaban dos botones, de mis zapatos viejos, de mi gastada corbata. Cada día afilaba mis cuchillas de afeitar en el interior de un vaso, pero luego, a medida que pasaban las horas, me veía desaliñado, con restos de barba que no había advertido al afeitarme en la oscuridad.

Esa noche, cuando me separé de Minna y emprendí el regreso a mi habitación sin ventanas, estaba demasiado cansado para entregarme a mis habituales fantasías de grandeza. Empecé por pensar en un diamante de media tonelada que encontraría en la Luna, pero la idea ya no me reconfortaba. No, lo más sensato sería terminar con todo. Aunque había llegado a un punto en que ya no podía hacer ni siquiera eso con la conciencia tranquila.

Minna había invertido en mí una suma de dinero considerable, y no estaba bien que muriese como un vulgar estafador. Tenía que procurar que ella por fin se reuniese con Zbigniew Shapira.

Caminé sobre la nieve húmeda, sintiendo que me hundía en el Nirvana. Mi aspecto era el de un ser vivo, pero en realidad estaba muerto. Ya no tenía necesidades ni ambiciones. Era lo que los materialistas definían como un proyecto de hombre, un autómatas. ¡Qué extraño! Desde mi infancia me había preguntado cómo sería la esposa que me estaba destinada. Jamás se me había cruzado por la cabeza que la mujer que se encontraría a mi lado bajo el palio nupcial en realidad amaría a otro hombre, y que la boda como tal sería una burla, una farsa.

Toqué el timbre y Edusha abrió la puerta. Por lo general me recibía con una sonrisa, pero en esta ocasión se la veía muy seria y un poco llorosa.

Yo conocía el motivo: aún no le había pagado ninguna de mis comidas.

Fui directamente a mi habitación y entré sin encender la luz. Tanteando en medio de la oscuridad igual que un ciego, me eché en la cama. Casi siempre se oía el bullicio procedente de la sala, voces y

risas, pero esa noche reinaba el silencio. Aunque no tenía hambre, me sentía débil y vacío por dentro.

Permanecí tendido un rato, con los ojos cerrados, envuelto en las sombras.

Mil veces me había prometido a mí mismo escribir a mis padres, pero una fuerza desconocida me lo impedía. Sabía que debía hablarle por teléfono a Sonia, pero no lo hacía. Me aquejaba una especie de parálisis espiritual.

Abrí los ojos y pregunté en voz alta: «¿Es absoluta esta oscuridad? ¿No se ha filtrado ni siquiera un minúsculo rayo de luz? No, ninguna luz ha penetrado aquí». Pese a ello, tenía la sensación de estar viendo una especie de reflejo, una luminosidad, un color. Puntos purpúreos flotaban ante mis ojos y se agrupaban en toda clase de formas cambiantes. Una corona dorada, más brillante que nada que yo hubiese visto nunca, resplandecía en la oscuridad creando una mezcla extraterrena de fuego y oro. Su borde exterior era rojo, y su centro negro como la pupila de un ojo. «¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Un sueño? ¿Una visión? ¿Una ilusión óptica?».

Aún confiaba en que Edusha me llamara a cenar. Aunque había comido con Minna, el frío había despertado nuevamente mi apetito. Tal vez mi hambre sólo fuera un problema nervioso. Sentí una punzada en la boca del estómago y me pareció percibir el olor de un guiso con setas. Algo rió dentro de mí. Un novio hambriento en su noche de bodas, y la novia ha vuelto a casa de sus padres. ¡Qué disparatadas situaciones puede maquinarse la vida!

Por lo general había una pequeña lámpara encendida en el pasillo, pero esa noche todo estaba a oscuras. De pronto oí pasos. Edusha venía a llamarme para la cena. Me incorporé y busqué las cerillas en la mesa de noche. La puerta se abrió y oí la voz de Edusha:

—¿Está usted durmiendo?

—No, no.

—¿Por qué no encendió el gas?

—Me gusta estar sentado en la oscuridad.

—¿Por qué? No he preparado nada para comer. Venga al salón. Tengo que hablar con usted.

Sin duda quería hablarme de dinero. Me reclamaría el pago de las comidas y me pediría que dejara libre la habitación. Su voz sonaba apagada, distante y triste. Algo ocurría.

Encontré las cerillas, encendí una y seguí a Edusha al salón.

Sobre la mesa había una hogaza de pan. Nunca había visto esa habitación tan vacía, tan oscura. De alguna manera me hacía pensar en Tisha Bov.

—¿Dónde está Bella? —pregunté.

Edusha me lanzó una mirada inquisitiva, y luego, con cierta vacilación, dijo:

—No tiene sentido ocultarlo. A Bella la han arrestado.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Cuándo ha sucedido?

—No lo sé. Anoche no volvió a casa. Hoy vinieron a registrar el departamento. Es una suerte que usted no estuviera aquí. Irrumpieron como bandidos. Ella no había hecho nada malo. ¡Asesinos, perros fascistas!

—¿Dónde se encuentra?

—Lo ignoro. Lo primero que hacen casi siempre con los detenidos es llevarlos a la cárcel de la calle Danilowiczalski. Pero no estoy segura.

—¿Es probable que vuelvan? —Era en parte una pregunta y en parte una afirmación.

—Sí. Es por eso por lo que quiero hablar con usted. Son capaces de llevarse a cualquiera.

Querían arrestarme a mí; a duras penas logré disuadirlos.

—En ese caso, debo irme de inmediato. Pero en este momento no estoy en condiciones de pagar mi cuenta.

—No le estoy pidiendo dinero —dijo Edusha—. Conozco su situación. Es imposible vivir en este sistema. La verdad es que lo asfixian a uno. —Se llevó una mano a la garganta.

Yo sabía muy bien lo que debía hacer: ponerme el abrigo, coger mi mochila y marcharme. Pero ¿adónde iría? ¿Si por lo menos no hubiera perdido todo contacto con Sonia! No tenía donde ir, y sobre todo no podía ir a casa de Minna, mi falsa esposa. Prefería dormir en la calle antes que llamar a su puerta y pedirle albergue. Después de pensarlo un momento, pregunté:

—¿Le molesta que me quede aquí?

—¿Por qué iba a molestarte? Si quiere correr el riesgo, es asunto suyo. Sin embargo, mi deber es advertirle que hay un policía apostado en la entrada.

Yo no había visto a nadie, pero los policías de paisano saben disimular muy bien su presencia. Las palabras de Minna acerca del destino y de la trampa en la que se sentía atrapada resonaban en mis oídos como una profecía. Si me arrestaban, sería el fin de todo: el visado de salida, el certificado. Minna ni siquiera podría casarse con otro, ya que legalmente era mi esposa.

En medio de mis tribulaciones, me asombraba la jugarreta que me había jugado el destino al disponer las circunstancias de esa manera diabólica. Me prometí a mí mismo que, si sobrevivía, algún día escribiría un libro acerca de todo lo que estaba viviendo. Un escritor, pensé, debe urdir una trama que por un lado tenga la apariencia de la realidad corriente, y por el otro revele la presencia y el discernimiento de las fuerzas que manejan el mundo.

Me acerqué a la ventana y contemplé la estrecha franja de cielo que se veía por encima de la pared del patio. La nevisca se había convertido en lluvia y sobre los techos se cernía una niebla húmeda y fría. Me volví hacia Edusha y dije:

—Que me arresten. De todos modos, soy un alma perdida.

3

Después de que decidí quedarme, Edusha se animó un poco. Sólo entonces caí en la cuenta de que estábamos solos en la casa. Edusha fue a la cocina a preparar mi cena. Experimentábamos esa clase de renacimiento del ánimo que sienten quienes lloran a un muerto, cuando el cadáver acaba de ser retirado. Edusha puso sobre la mesa huevas de arenque, queso y mantequilla. Mientras me servía el té, inició un monólogo:

—¿Qué quieren esos malditos fascistas? ¿Hasta cuándo seguirán oprimiendo a las masas? El

pueblo es paciente, demasiado paciente, pero llegará un día en el que los sufrimientos del proletariado se harán insoportables. Fíjese en lo que ocurrió en Rusia. Nada logró detener la revolución, ni los Denikin ni los Petliura ni la intervención de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. También aquí ocurrirá. Sólo es cuestión de tiempo.

—Bella era muy consciente del riesgo que corría. Pero es una gran persona; no podía permanecer junto a su marido, ese insignificante *jasid*, y ocuparse de sus hijos en un momento en que la humanidad se prepara para la batalla final. Yo soy mucho más egoísta que ella. Sé que soy una burguesa. Me gusta la ópera y vestirme de punta en blanco, adoro la buena pintura, los muebles finos y otras tonterías por el estilo. No obstante, en todo momento tengo presente la verdad, y sé que nada de eso vale un pimiento.

De pronto pareció recordar algo y me preguntó:

—¿Cómo marcha el tema de su certificado?

—Hoy se llevó a cabo el matrimonio ficticio.

A Edusha se le iluminó el rostro.

—¿Se ha casado? ¿Dónde?

—En la casa de un rabino.

—Pues en ese caso, tiene derecho a un *mazel tov*.

—¿Qué puedo responderle? «¿Ojalá le suceda a usted?». No, le deseo algo mejor que eso.

Edusha se sentó a mi lado y pidió:

—Cuénteme cómo ha sido.

Le di todos los detalles de la boda. Ante Bella siempre me sentía intimidado, pero Edusha tenía mi misma edad y ambos estábamos solos. Susskind Eijl y los otros comunistas se cuidarían muy bien de aparecer por allí; la primera ley de los conspiradores es evitar una casa peligrosa.

De vez en cuando interrumpíamos nuestra conversación para aguzar el oído por si alguien llamaba a la puerta. La policía podía presentarse de un momento a otro. Entretanto, seguíamos charlando sosegadamente, como una pareja.

—¿Por qué no me presenta a su esposa? —propuso Edusha—. Sería interesante.

—No es mi esposa. Tiene novio y está enamorada de él.

—Bueno, nunca se sabe. Toda esa historia del novio podría ser una mentira. Las mujeres son muy taimadas. Ningún hombre imagina hasta qué punto lo son.

—¿Por qué habría de pagar los gastos de un joven pobre?

—La gente tiene sus propios motivos. De todos modos, éste es un sistema absurdo. Aquí estamos, hablando tranquilamente, y dentro de un par de horas podrían arrestarnos y acusarnos de los crímenes más horribles. Quiero que usted se quede aquí. Me da miedo estar sola. Aunque también me aterra pensar en lo que le ocurriría si lo arrestasen.

—Recuerde una cosa: hable lo menos posible. Dígales que no es más que un inquilino en esta casa y que no sabe nada de nuestras ideas políticas. El que le hayan extendido un certificado para viajar a Palestina lo ayudará. A la gente de izquierdas no le otorgan certificados..., y disculpe que sea tan franca. Al fin y al cabo, también usted es una víctima del régimen capitalista, aunque no lo entienda. Hay millones de personas como usted, y es por eso por lo que el fascismo triunfa. Tómese

el té. Nadie se ha muerto por pasar un par de días entre rejas. De algún modo, una prisión fascista es la mejor universidad.

—No necesito una universidad, pero la verdad es que no tengo ningún lugar adonde ir. Hasta la cárcel sería mejor que morir congelado en la calle.

—No se lo tome tan a pecho. Tal vez no vengan. Ya han conseguido lo que buscaban. Para la ley, ambos somos menores, y a la policía no le conviene enredarse con menores. Yo he aprendido a vivir estrictamente al día. Ya ve, Hertz se ha marchado y no regresará hasta dentro de varios meses. Mi madre vive en algún lugar de Londres con un rabino. Mi padrastro quiso llevarme con ellos a Inglaterra, pero soy demasiado impaciente para vivir en la casa de un rabino. Por supuesto, la idea de él era casarme.

—¿Cómo conoció su madre al rabino?

—Ah, se trata de una larga historia. Él es una especie de pariente lejano. Quiso casarse con mi madre cuando ella aún era una niña. Mi madre es una mujer hermosa, mucho más hermosa que yo. Cuando paseábamos juntas los hombres se paraban para mirarnos, no por mí, sino por ella. Ha pasado por toda clase de situaciones difíciles, y no obstante sigue siendo como una rosa. Mi tía Bella también es bonita, aunque se parece a la abuela. Pero la persona verdaderamente bien parecida de nuestra familia fue el abuelo Waldbram. Nadie ha visto nunca hombre más apuesto que él. Motele Lemberger, mi padrastro, se radicó en Londres hará unos veinte años, y allí se casó, pero jamás olvidó a mi madre. Es un hombre piadoso; sin embargo... ¿cómo es aquel dicho ruso? «El amor se empeña en perdurar». Empezó a cartearse con mi madre en cuanto murió su esposa. Es rabino en una sinagoga y cuenta con buenos ingresos. Así son las cosas en Inglaterra. Pero tiene un montón de hijos de su primer matrimonio. ¿Qué haría yo allí? A veces lamento no haberme ido de Polonia. Es aquí donde arderán las primeras llamas. Más tarde o más temprano la revolución llegará también a este país.

—No me molestaría que no llegara nunca.

—¿De modo que es así como piensa usted? Pues le diré que el escepticismo es parte integral de la ideología capitalista. Ya que de todos modos la vida carece de sentido, ¿qué objeto tiene luchar contra los chupasangres y los imperialistas? Los explotadores se comportan como si estuviesen más allá del bien y del mal, pero trate usted de sacarles aunque sólo sea un *groschen* y lucharán como leones. Inglaterra domina la mitad del mundo, y aun así necesita agregar Palestina a la lista. Ya que aprobaron la Declaración Balfour, ¿por qué no mantienen su promesa?, ¿por qué no permiten que el pueblo de la Biblia regrese a su tierra? Ah, no, a mí ya no pueden engañarme. A veces envidio a la gente como usted.

—No hay nada envidiable en mí, Edusha.

—No se desespere tanto. En Palestina se convertirá en un rico colono o en un escritor famoso. Cuando uno es joven siempre tiene problemas, que se olvidan al ir envejeciendo. No se preocupe, el socialismo creará un hombre nuevo, un hombre consciente para quien el dinero no será la única meta. Hasta entonces, deberemos soportar nuestras tribulaciones. Así que... ¡al diablo con todo! —concluyó Edusha haciéndome un guiño.

—¿Querrá engañar a Lipmann? —me pregunté—. Quién sabe, esta gente no tiene reglas». Sentí

miedo y timidez. Una cosa era besar a una chica como Sonia, pero Edusha era una joven inteligente, con estudios secundarios. Jamás le había hecho el amor a una persona como ella.

Terminé de comer, le di las gracias por la cena y me puse de pie, dispuesto a regresar a mi habitación. Edusha me miró de soslayo.

—No quiero molestarla —dije.

—Espere un poco; ¿qué prisa tiene? Supongo que ha traído pastel y coñac de la boda, ¿verdad?

—Los hombres que reunimos para la plegaria acabaron con todo.

—¿Cómo se siente alguien que ha estado bajo el palio nupcial? De acuerdo con la ley judía, usted es un hombre casado.

—No fue más que una farsa.

—Una farsa como ésa puede terminar en un montón de chiquillos. Antes de conocer a Lipmann yo salía con un muchacho. Habíamos hablado de casarnos y pensábamos hacerlo pronto. Mi novio estudiaba en la universidad y pertenecía a una familia acaudalada. Era apuesto y, como suele decirse, un dechado de virtudes. Pero entonces Hertz Lipmann se cruzó en mi camino y supe de inmediato que entre Edek y yo todo había terminado. Con Lipmann nos entendimos al instante, sin necesidad de palabras. Ni siquiera estoy segura de que a eso se lo pueda llamar amor. No es mi tipo, en absoluto. Además es un hombre terriblemente serio, que vive por entero para la revolución. Ahora se ha ido a Rusia, pero si se hubiese quedado aquí, tarde o temprano habría terminado en la cárcel. No tiene el mínimo sentido del humor. Para él todo es negro o blanco, y yo soy lo contrario. Soy capaz de comprender cualquier punto de vista, incluso lo que siente un fascista, pero una misteriosa intuición me dijo que Hertz habría de ser mi marido. A la mañana siguiente, cuando Edek me llamó por teléfono, me preguntó con insistencia: «¿Qué pasa? ¿Qué es lo que anda mal?». Hasta el día de hoy ignoro qué fue lo que despertó sus sospechas. Por lo visto notó algo raro en mi voz. Más tarde, ese mismo día, nos encontramos y le dije: «Edek, otra persona ha ocupado tu lugar». Edek es un hombre alto, me saca una cabeza. Allí, de pie en la acera, rompió a llorar. Yo también lloré. La gente que pasaba nos miraba. Pensaban que veníamos de un funeral.

—¿Qué fue de él?

—Tres meses después se casó con una mujer rica.

—Ah.

—Sí, así es la vida.

—Sin duda hay alguna clase de fuerza que maneja el mundo. —No existe tal fuerza— replicó Edusha. —Todo es naturaleza, y no hay forma de escapar de sus leyes. Existió el feudalismo, luego llegó el capitalismo, y ahora es el tiempo del comunismo. Así de sencillo. Al cabo de un rato volví a mi habitación y me eché en la cama sin quitarme la ropa. Si se presentaba la policía no quería tener que vestirme en presencia de ellos.

Tres cosas habían hecho renacer en mí el deseo de vivir: el certificado que me llevaría a Palestina, haber encontrado una habitación y el matrimonio de conveniencia con Minna. Pero de pronto veía con claridad que mis esperanzas carecían de fundamento. La esperanza, pensé, es la espuela con la que los poderes rectores del mundo manejan a los hombres.

¿Cuántas veces había prometido solemnemente que me sometería por entero al destino? Me sentía

culpable por haber quebrantado ese voto dejándose seducir por las migajas que el destino me arrojaba.

«Soy un cadáver —pensé—, un cadáver viviente. Si todavía sigo en este mundo es porque no quiero apenar a mis padres».

Una voz interior me dijo: «Si no quieres apenarlos, ¿por qué no les escribes?». Me incorporé, dispuesto a encender la luz, buscar tinta y pluma y superar la pasividad que me paralizaba desde hacía semanas. Sin embargo, algo me impidió levantarme de la cama. Una fuerza invisible mantenía mis manos atadas y me forzaba a apoyar nuevamente la cabeza en la almohada. Hasta para escribir una carta hace falta inspiración, y yo me sentía vacío por dentro.

Por fin conseguí levantarme y anduve a tientas en la oscuridad hasta que encontré mi mochila y saqué de ella una cuchilla de afeitar. La metí bajo la plantilla de mi zapato. No tenía la intención de languidecer en la cárcel, acusado de comunista. Si me arrestaban, me cortarían las venas con aquella cuchilla.

El teléfono sonó en el pasillo. Era Sonia.

—Así que ya te has olvidado de mí, ¿verdad? —dijo.

—No, Sonia querida —repuse—, no he dejado de pensar en ti ni un solo instante.

4

Pasaron varios días sin que apareciera ningún policía para arrestarme. Minna y yo habíamos solicitado finalmente nuestros permisos de salida. Cada vez que empezábamos una clase de hebreo, nos interrumpían. Meir Ahronson había encargado para su hija un equipo de viaje a la antigua usanza. Llegaban sastres para tomarle las medidas, y yo observaba a Minna mientras le probaban un vestido de seda, un vestido de terciopelo, un traje de novia blanco... Minna y Zbigniew Shapira planeaban una boda con palio según el ritual judío, apenas ella se divorciara de mí.

Mientras Minna se probaba ropa, yo echaba un vistazo a sus libros. También me permitió hojear su álbum de fotos. Vi a Shapira en toda clase de poses y con toda clase de expresiones: como estudiante, como oficial de caballería del ejército polaco, durante una cacería en Zakopane, en la que obtuvo un premio. Aún no había cumplido treinta años pero poseía innumerables talentos. Hablaba a la perfección ruso, polaco, alemán, francés e inglés. Era un distinguido atleta y había terminado sus estudios de ingeniería. Bailaba, tocaba el piano y estaba capacitado para alternar en cualquier círculo social. Minna llegaba incluso a alardear de las conquistas amorosas que había hecho su novio antes de conocerla, que incluían no sólo jóvenes judías de familias acaudaladas, sino también hijas y esposas de aristócratas polacos.

Minna se comportaba como si estuviera borracha. Repetía las palabras hebreas que yo le enseñaba, pero las olvidaba de inmediato. Cuando hablaba de Zbigniew Shapira parecía enajenada. En realidad, más que por enseñarle hebreo, me pagaba por escuchar sus interminables alabanzas.

«¿Ha visto usted alguna vez un hombre más apuesto? ¿Acaso hay en su cuerpo un solo nervio que no sea perfecto? ¿No expresa su mirada nobleza, orgullo, inteligencia?». Ella, en cambio, había perdido el orgullo. Me sacaba de las manos la fotografía de Zbigniew y la besaba, me confiaba secretos íntimos.

Yo era testigo del cambio —o tal vez la destrucción— de un carácter. Sí, no había duda de que Minna se había entregado a su prometido. ¿Qué motivo tenía para esperar? La promesa de posible embarazo, pero él no se lo permitió. Sus enemigos habían formulado falsas acusaciones contra él y querían arrastrarlo por el lodo. Colegas en los que tenía confianza ilimitada le habían dado a firmar papeles que él había rubricado sin leerlos. Existía una conspiración en su contra, y si el escándalo salía a la luz sacudiría a Polonia entera.

Minna había efectuado un depósito a cuenta de los billetes de barco y yo había obtenido mi pasaporte interior. También había hecho un pago como reserva de mi pasaporte para salir del país. Barish Mendl, el gestor, hacía maravillas. Tenía contactos en todos lados, incluso en la ciudad donde vivía mi padre. Nada podía detener a ese hombrecillo. Le bastaba con levantar el auricular y hablar con un gobernador de provincia, con altos funcionarios de intendencias regionales, con el cónsul inglés. Sólo hablaba unas pocas palabras de polaco. Aunque al parecer nunca había estudiado gramática polaca, con sus declinaciones y conjugaciones, se las arreglaba para que lo que decía sonara importante, como si su dignidad no le permitiese pronunciar con claridad las palabras de esa lengua inferior. Sobornaba a medio mundo. Más de una vez le oí preguntar: «¿Qué marca de coñac es la preferida del señor conde? ¿Qué clase de medias usa su esposa?», guiñándome el ojo mientras hablaba.

Resignado como estaba, yo no podía dejar de observar a la gente con la que debía tratar. Barish Mendl era bajo de estatura; su mujer alta. Hablaba rápidamente y arrastraba las palabras. La escena se repetía en cada oportunidad: la esposa entraba para anunciarle que el almuerzo estaba servido y la sopa se enfriaba. Barish Mendl le indicaba con un enérgico movimiento de la cabeza que no estaba disponible, arrojaba el humo del cigarrillo en dirección a ella y gritaba algo en el teléfono. Sus cigarrillos estaban sobre una pila de papeles que cubrían la mesa, pero cuando buscaba un documento introducía el pulgar y el índice debajo del montón y sacaba exactamente lo que necesitaba. A veces se presentaba para pedirle dinero su hija, una estudiante de instituto vestida con un traje con ribetes de seda y medias negras. Mendl le tendía un fajo de billetes sin contarlos, y ella los recibía sin una palabra de agradecimiento. Sus oscuros ojos expresaban desdén. Yo sabía lo que pensaba: «Son un par de infelices judíos». La joven padecía la enfermedad del judío moderno: el odio a sí mismo. Incluso Minna, cuando alababa a Zbigniew Shapira, solía decir: «¿Sabe?, no tiene nada de judío».

No eran sólo los gentiles quienes odiaban a los judíos; la nueva generación de judíos los aborrecía del mismo modo. Saltaba a la vista que Minna se avergonzaba de su padre. Cuando él le hablaba, lo escuchaba con una sonrisa en la que se mezclaban la culpa y la lástima. Aunque entendía el yiddish, simulaba lo contrario. Y pese a que se disponía a viajar a Palestina, no perdía oportunidad de anunciar que todo el mundo la tomaba por gentil. Edusha parecía preocuparse por las masas judías, los zapateros, los sastres, los vendedores ambulantes, pero rechazaba el judaísmo y no

se andaba con rodeos cuando hablaba del tema. «¿Qué es el judaísmo? Una reliquia del medievo. En la sociedad socialista no habrá judíos ni gentiles, sólo una humanidad unida». Compartía la posición de los comunistas judíos: «No necesitamos sinagogas ni casas de estudio. No necesitamos el idioma hebreo ni toda esa escenografía religiosa. La escoba de la revolución barrerá toda la basura tradicional».

Volví a encontrarme con Sonia. Sus viejos empleadores se habían ausentado para pasar unos días en una pensión de Otvotsk. Esa noche Sonia me invitó a ver una película basada en una novela de Victor Hugo. Aunque hacía años que había oído hablar de la existencia de cinematógrafos, era la primera vez que entraba en uno. Las imágenes bailaban ante mis ojos, y me costó entender lo que veía. Una especie de jorobado, ágil como un mono, trepaba por las torres de una iglesia. Los personajes se sacudían como si padecieran paludismo y movían los labios sin emitir sonido. Los músicos ejecutaban brillantes ritmos bailables de jazz americano. De pronto algo ocurría con el proyector y la pantalla se llenaba de chispas de luz que semejaban una lluvia dorada. Sentado en la penumbra, la preplejidad y el asombro me paralizaron.

Más tarde fuimos a la casa. Entramos a hurtadillas por el portón con mucho cuidado de que el portero no nos descubriera. Todas mis acciones eran clandestinas: me encontraba en una vivienda de desconocidos, comía su comida, me bañaba en su bañera y dormía con Sonia en la cama de su patrón, con cuyas mantas me abrigaba. Sonia trató incluso de que me pusiera el pijama de su anciano empleador. Ella, por su parte, se puso el camión bordado de la dueña de casa y usó su perfume y su maquillaje en polvo. También se probó la ropa de aquella: vestidos de seda y terciopelo, abrigos de pieles, bufandas, manguitos y anticuados sombreros de antes de la guerra adornados con plumas de avestruz.

Nos besamos, y cada vez que sonaba el reloj de la iglesia aguzábamos el oído. Tal vez los ancianos decidieran volver antes de lo planeado. Sonia se reía, pero tenía miedo, y dejó encendida una luz. El teléfono sonó dos veces. La primera vez era la dueña de casa, que quería saber cómo andaban las cosas. Sonia respondió que todo estaba en orden. La segunda llamada fue de un joven del pueblo de Sonia, un cortador de polainas. Sonia me dijo después que el muchacho había querido casarse con ella. Salieron juntos varias veces después de la comida sabática de la tarde, y al parecer él no conseguía olvidarla. Quedaron en verse al día siguiente en la tienda.

Todo se convertía en una fantasía: mi matrimonio con Minna, mi intimidad con Edusha, hasta mi viaje a Palestina. Era como si representásemos papeles en una comedia. Intenté demostrarle a Sonia que su negativa a entregarse a mí constituía una actitud hipócrita, pero me dijo:

—No eres más que un egoísta, eso es todo.

Sus patronos se quedarían a pasar el sábado en Otvotsk, de modo que no volví a mi pequeña habitación oscura en casa de Edusha, sino que pasé la noche con Sonia. Tampoco telefoneé a Edusha, ya que era posible que la policía hubiese intervenido la línea. En cambio, llamé a Minna para decirle que no me sentía bien. Puesto que todo era temporal, bien podía ser temporalmente libre. A la mañana siguiente Sonia fue a trabajar a la tienda, y yo me quedé en la cama hasta tarde. El teléfono sonó, pero no atendí. Di cuenta de la comida que Sonia me había dejado sobre la mesa de la cocina y me preparé una taza de té.

En un cajón encontré una postal en blanco y decidí enviársela a mis padres. «Queridos padres — escribí—, no os preocupéis. Todo va bien. Me han otorgado un certificado para viajar a Palestina, lo cual es una suerte extraordinaria. Allí trabajaré, y también estudiaré...». Les prometí que iría a verlos para despedirme de ellos, que sería un buen judío, y les juré amor eterno. No sabía si estaba mintiendo o si decía la verdad.

Me vestí y me puse a mirar por la ventana. Había nevado y se veían carámbanos colgando de los techos. Aquí y allá la helada había dibujado árboles y otras formas en los cristales de las ventanas. Abajo, en el patio, una mujer se inclinó sobre un cubo de basura del que sacó un trapo.

Una vez más me asombraba ante el misterio del universo. ¿Qué era el mundo que me rodeaba? ¿Quién hacía girar esa esfera sobre su eje? ¿Quién movía la Tierra alrededor del Sol? ¿Quién hacía que la sangre fluyera por mis venas y las ideas cruzaran por mi cerebro? Sentí que había un Dios. Un Dios que se ocultaba junto a mí, por encima de mí, dentro de mí, y por primera vez me pareció extrañamente cercano. Creía percibir Su infinita grandeza, Su eterno silencio, Su vasto poderío sobre un cosmos del cual era responsable y del que no podía apartarse ni por un segundo. Dios sostenía las riendas del universo como si fueran las de un caballo ingobernable que amenazaba a cada momento con arrancarse el arnés. Los ojos se me llenaron de lágrimas. «Querido Dios que estás en el cielo, perdóname».

Dios no respondió, pero me oyó. Como dicen los libros, el Señor había dominado Su ira, pero mi obstinación estaba debidamente registrada y no me libraría de un seguro castigo.

«Padre, muéstrate ante mí —imploré—. Permite que te vea por un instante. La desesperación me está volviendo loco». Sin embargo, Dios tenía cosas más importantes que hacer que dialogar conmigo, como por ejemplo conferir a cada copo de nieve su forma particular.

Me pareció oír la voz de Dios diciendo: «Aguarda, ten paciencia. Cada hombre tiene ante sí la eternidad».

El sábado pasó, los patrones de Sonia regresaron a Varsovia y yo volví a mi pequeña habitación. Aunque estaba descansado y había comido bien, me flaqueaban las piernas y creía ver pavesas ante mis ojos. Me tambaleaba al caminar, cual quien acaba de abandonar su lecho de enfermo, y veía las cosas como a través de una niebla. Tropezaba con los vendedores ambulantes y al cruzar la calle poco faltó para que un automóvil me atropellara. En casa de los empleadores de Sonia había encontrado en un estante un libro titulado Fantasmas vivientes, traducido del inglés. Lo leí casi de una sentada, hasta que se me cerraron los ojos. Al despertar, reanudé la lectura. El libro describía poderes cuya existencia yo conocía desde la infancia, pero de los que nunca me había atrevido a hablar. Mucho antes de nacer yo, diversos autores habían investigado misterios como la adivinación

del futuro, la clarividencia, las premoniciones, los fantasmas. Madres muertas alertaban a sus hijos sobre un peligro, padres muertos revelaban el lugar donde se encontraba un testamento extraviado o el escondite de dinero o documentos. Hasta se sabía de animales muertos que habían regresado para decir adiós a sus queridos amos. Sí, existía un cuerpo astral capaz de abandonar el cuerpo físico y errar por calles y pueblos, y hasta cruzar los mares.

La lectura de ese libro me causó el efecto de una borrachera. Cuando Sonia me hablaba apenas si la oía. Mis sueños se poblaron de una extraña imaginería, de ambigüedades y actos secretos. Desperté con la cabeza llena de palabras y frases insólitas cuya procedencia y significado ignoraba. Después de esa lectura fascinante hasta Sonia cobró ante mis ojos un aspecto diferente. La presencia de semejante obra en casa de sus patronos, entre un montón de libros de cocina y novelas de Paul de Kock, era un hecho increíble. Pero comprendí que se trataba de la mano del destino. Si los panteístas estaban en lo cierto y todo era Dios, entonces nada en el universo era accidental. Millones de años atrás se había decidido que yo creyera ese grueso volumen que encerraba los secretos de la existencia. Causa y finalidad eran una y la misma cosa. Toda criatura, ya fuese un microbio o un serafín del séptimo cielo, tenía su misión. Me rebelé contra las ideas de Spinoza. ¿Por qué no podía Dios tener voluntad, designios, sentimientos? ¿Qué le impedía a un Dios de ilimitados atributos crear almas, premiar y castigar? ¿Por qué debía ser Dios una máquina ciega? En Él tenía que haber cabida para Satán, los fantasmas y los demonios.

En medio de la noche desperté a Sonia y nos unimos tumultuosamente intercambiando caricias desenfundadas. Inventamos nuevas formas de ternura, infantiles y divertidas.

Después Sonia se marchó a su trabajo y yo volví a mi pequeño cuarto. De camino, vi en un portal a un ciego y le oí cantar una canción acerca del *Titanic*, que había naufragado unos diez años antes. Luego pasé por un mercado al aire libre. ¿Era posible que todas esas mujeres judías albergaran almas que habían transmigrado y vivido en épocas anteriores? Sí, esa vendedora de tomates machucados había sido en otro tiempo un hombre, un tirano, o tal vez un pirata. Y su castigo había consistido en reencarnarse en una verdulera de Varsovia. También yo, sin duda, había vivido muchas vidas y cometido enormes pecados.

Al llegar a destino eché un vistazo alrededor para asegurarme de que no había ningún policía de paisano, pero no detecté ninguno. Subí la escalera y llamé a la puerta. Edusha me abrió. Llevaba una bata y chinelas. Se asombró al verme.

—Pero ¿dónde se había metido? Creí que se había marchado a Palestina sin despedirse.

—Dios no lo permita; le debo dinero.

—¿Dónde ha estado? Probablemente se ha ido a vivir con su esposa ficticia.

—No, para nada.

—Bueno, pase. Alguien llamado Dov Kalmensohn le telefoneó. Quiere que lo llame.

—Oh...

—¿Dónde se había metido? —insistió—. Creía que era usted una persona tranquila.

—¿Qué noticias hay de Bella?

—Sigue en prisión. ¡Malditos cerdos fascistas! Pero existe alguna posibilidad de que la pongan en libertad bajo fianza.

La lectura de *Fantasma vivientes* me había impresionado tanto que buena parte de mi timidez había desaparecido. Cuando Edusha me preguntó dónde había estado y qué había hecho, decidí contarle lo de Sonia.

—Para usted es un juego —dijo ella—, pero las mujeres se toman esas cosas muy en serio. No todas, por supuesto, no ha nacido el hombre que sea capaz de engañarme a mí. Conozco todas sus tretas.

Bebimos té y charlamos. Mi ausencia de varios días había servido para acrecentar nuestra intimidad. Después del té, nos sentamos en el sofá y Edusha empezó a regañarme por mi falta de formalidad. La rodeé con mis brazos, seguro de que se enfadaría, pero se limitó a dirigirme una mirada entre curiosa y divertida. Cuando la besé, me dijo:

—¿Por qué ha hecho eso? Conmigo no le dará resultado. Sonó el teléfono. Era Dov Kalmensohn.

—¿Dónde demonios estabas? —me increpó—. Ve de inmediato a casa de los Ahronson y después comunícate conmigo. Hay problemas.

—¿Qué ha sucedido?

—Date prisa. Ahora no puedo decirte nada.

Cuando subí la escalera y llamé a la puerta de los Ahronson, oí pasos pero esta vez nadie acudió a abrir. Esperé un momento y volví a llamar. Tras insistir varias veces, sonaron unos pasos vacilantes. Meir Ahronson, en bata y calzando unas viejas pantuflas, abrió por fin. Su palidez amarillenta le confería un aspecto enfermizo; llevaba la barba sin peinar y el gorro torcido. Me miró con la confusión de alguien a quien acaban de arrancar del sueño. No dio señales de reconocerme.

—Soy David Bendiger —dije.

—Bendiger, ¿eh? Bien, pase. Estoy en medio de un desastre.

El pasillo parecía extrañamente yermo. La enorme alfombra china había desaparecido, dejando a la vista el parquet gastado y polvoriento. También se habían esfumado la mesa y la silla donde me había sentado en mi primera visita.

—Ya ve usted lo que ha pasado —dijo Ahronson—. Se lo han llevado todo, me han dejado en cueros. Está escrito: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me iré».

—¿Quién se ha llevado todo?

—Nuestros buenos polacos, los recaudadores de impuestos. Vinieron con dos camiones y vaciaron el apartamento. Sólo quedan las camas. ¡Qué monstruos! No conviene que usted visite a Minna en este momento. Le da vergüenza mostrar la cara. Me exigieron el pago de impuestos sobre ingresos inexistentes. Sostuve que no existían tales ingresos, y ellos aseguraron que sí. ¿Cree usted que saben lo que hacen? Autorizan a un par de párvulos gentiles a juzgar cómo llevo mis negocios. Yo digo «suelo» y ellos contestan «techo». Me obligaron a firmar un documento oficial que es tan falso como un ídolo. Hoy hicieron el inventario de mis muebles y mañana los subastarán. Es todo una burla. Lo único que quieren es librarse de los judíos.

—Lo lamento muchísimo. Me iré ahora mismo.

—Aguarde un momento. Le preguntaré a Minna si quiere verlo. Ahora usted y yo nos hallamos er

el mismo nivel, entre los pobres.

Ahronson fue hasta la habitación de Minna, llamó a la puerta y entró. Vi abrirse otra puerta, por la que asomó la señora Ahronson, muy pálida y sosteniendo sus impertinentes. La puerta volvió a cerrarse de inmediato. Un momento más tarde reapareció Ahronson.

—Puede pasar —dijo.

Enseguida, murmurando y arrastrando las pantuflas, se dirigió hacia la habitación donde yo acababa de ver a la señora Ahronson. Llamé a la puerta de Minna sin obtener respuesta. Abrí y vi una habitación semivacía. Se lo habían llevado todo: alfombras, cuadros, muebles. Desparramados por el suelo había un catre de campaña y un montón de libros y manuscritos.

Minna estaba sentada en una silla de cocina, cerca de la ventana. Me miró de reojo. Esbozó una sonrisa y su rostro transmitió una suerte de exaltación, como la de alguien que ha perdido toda ambición, toda vergüenza. La palabra «Nirvana» acudió a mi mente.

—Puede acercarse —dijo Minna.

Di un par de pasos hacia ella. Minna me miró de arriba abajo y añadió:

—No sé dónde ha ido a parar el libro de vocabulario hebreo. De todos modos, no puedo seguir estudiando.

—Pues aprenderá el idioma en Israel.

—¡Ja! ¿Cómo dice la Biblia? «Quien siembra vientos, recoge tempestades». El judaísmo es absurdo, aquí, en Polonia, y en todas partes. Los polacos sólo tienen una meta: echar a los judíos.

—En Palestina se está escribiendo un nuevo capítulo.

—¡Ja! No lo creo. Ya no creo en nada. No somos un pueblo. No somos más que una banda de gitanos. ¿Por qué desapareció usted tan de repente? ¿Acaso se enteró de lo que sucedía aquí?

—Estuve enfermo.

—Mentira. Llamé por teléfono y la joven que contestó (¿cómo es que se llama?), me dijo que usted no había dormido en su habitación. ¿Qué estuvo haciendo con sus noches?

Permanecí en silencio.

—No se preocupe —continuó—. Usted es un hombre libre y puede hacer lo que le venga en gana. Por mi parte, lo único que deseo es marcharme de aquí lo antes posible. Mis padres morirán antes de que pase mucho tiempo, y no quiero estar aquí cuando eso suceda. Alguien se encargará de sepultarlos. Mi padre ni siquiera tuvo la sensatez de asegurarse un lugar en el cementerio.

—No se deje vencer por la desesperación, Minna. Las cosas saldrán bien, Dios mediante.

—Dios no existe. ¿Por qué se retrasan sus documentos para emigrar?

—Se ha producido una especie de aplazamiento.

—Sospecho que su gestor es un estafador. Demora las cosas para seguir sacándome dinero. Pero más le valdría sacarle dinero a un muerto. Ya no nos queda nada para vender. Será un milagro si el dinero nos alcanza para llegar a Constanza.

—¿Quiere que me vaya ahora?

—Aguarde un momento. No puedo ofrecerle un asiento. Haga una pila con algunos libros, ¿quiere? Hasta se han llevado mi retrato, los muy idiotas. ¿Y qué me dice de sus finanzas? Supongo que no debe de tener ni un *groschen*.

—Por favor, Minna, no se preocupe por eso.

—Ha llamado Kalmensohn y no he podido evitar decirle la verdad. Estaba escrito que tendría que soportar esta catástrofe antes de abandonar el país. Creí que echaría de menos Polonia, pero ahora la detesto. No veo la hora de escapar. A decir verdad, odio por igual a Palestina.

—¿Y qué es lo que le gusta?

—Zbigniew. Es al único a quien amo. Todas nuestras desgracias son culpa de mi padre. En cuanto a mi madre, cuanto menos se diga mejor será. ¿Qué le pasa? Parece que hubiera estado ayunando.

—No, como bien.

—¿Dónde? Hemos despedido a Tekla. No hay nadie para preparar té. Bueno, ya que quiere irse, hágalo. Pero no vuelva a desaparecer. Ahora, su certificado es mi única esperanza.

6

Salí al pasillo y allí estaba Meir Ahronson. Me acompañó hasta la puerta y me miró como si deseara confiarme algún secreto.

—¿Qué le ha dicho Minna? —preguntó en voz baja.

—¿Qué se puede decir? Estamos esperando mis papeles.

—Tal vez podría invitarla usted a salir un poco. ¿Por qué no la lleva a un café? Sea como fuere, por el momento sigue siendo su esposa «según las leyes de Israel».

—Ella no querrá ir a ningún lado conmigo.

—Se pasa el día sentada en su habitación, como si hiciese duelo por la destrucción del Templo. ¿A quién le importa que se hayan llevado las rejas de las ventanas? ¿Se las han llevado? ¡Pues muy bien! ¿Quién necesita más que un pedazo de pan, un vaso de agua, un lugar donde acostarse? He publicado un anuncio en los diarios ofreciendo habitaciones en alquiler. Tenemos tres desocupadas, y cuando Minna se vaya, también dispondremos de la de ella. Mi esposa y yo nos arreglaremos con la cocina y un dormitorio. Sólo nos interesa una cosa: la felicidad de nuestra hija. ¿Qué más nos queda? He tenido mi parte de lo que el mundo llama buena vida: viajes, cama caliente, trenes de primera clase, y cosas por el estilo. Nada de eso vale ni la pólvora que se necesita para hacerlo volar. Ahora ha llegado el momento de experimentar la pobreza. Tal como están las cosas, no hay un solo judío en Polonia que no vaya a perder su fortuna. Los polacos se adueñarán de todo. Eso es lo que quieren, y ni siquiera se molestan en disimularlo.

Me marché y fui en busca de Dov Kalmensohn. Subí la escalera y encontré todo tal como lo había dejado: los *jalutzim*, varones y mujeres, los bultos, los cajones, las colchonetas, las sogas. Se oía hablar yiddish, hebreo, polaco. Una joven le sacó el cigarrillo de la boca a un muchacho, dio una larga calada y volvió a ponerlo entre los labios de él. El muchacho, cuyo cabello era tan erizado que

parecía de alambre, extrajo del bolsillo un clavo grande y lo colocó sobre la tapa de un cajón. Alguien le alcanzó un martillo. Una joven con gafas de cristales muy gruesos estaba sentada sobre una enorme bolsa, leyendo una carta.

Le pregunté a uno de los *jalutzim* si había visto a Dov Kalmensohn.

—Dov está aquí, allá y en todas partes —contestó.

—Hace un minuto estaba aquí —intervino una mujer con acento lituano.

En ese momento apareció Kalmensohn, cargado con una pila de documentos.

—Me alegra verte —dijo—. Ven conmigo.

Lo seguí hasta una habitación donde había un montón de revistas desparramadas por el suelo. Como en la anterior ocasión, Kalmensohn despejó una silla cubierta de papeles en desorden y me indicó que me sentara.

—Tal vez sepas lo que le sucedió a Meir Ahronson —dijo—. En realidad no es una novedad. Hace tiempo que está en la ruina. Nunca tuvo talento para los negocios. Después de la muerte de su hermano, todo se fue al garete. ¿Qué impresión tienes de Minna? Es una joven extraña.

—Hija única.

—Yo la conocí cuando estaba en su mejor momento. También conozco a Zbigniew Shapira.

—Minna habla de él como si fuera Dios.

—Una estudiante se suicidó por Shapira unos meses antes de que él abandonara Polonia. Se metió el cañón de una pistola en la boca y apretó el gatillo. Es un hombre que trae mala suerte a quien se relacione con él. Asimilacionista de alma y un timador de cuidado. No entiendo qué puede hacer en Palestina una persona como él. Minna trató de interesarse en temas de judaísmo, pero desistió. ¿Cómo marchan las lecciones de hebreo?

—No muy bien.

—El padre es un conocedor de la Torá, y en cambio la hija no parece judía. Pero ¿qué te ocurre? No tienes buen aspecto. En Palestina necesitarás estar fuerte. Oye, imagino que sabrás que ayudamos a nuestros *jalutzim* a ganar dinero de las maneras más diversas.

Lo que quiero decir es que muchos nos piden que les mandemos gente para trabajar y los *jalutzim* no rechazan ninguna tarea. En primer lugar, necesitan el dinero y, además, les conviene acostumbrarse a hacer toda clase de cosas. Si quieres ganar algo de dinero, te conseguiremos un trabajo; pero has de prometer que no lo rechazarás, sea cual sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Aunque me hagan barrer las calles.

—Muy bien. Hay una compañera que se ocupa de eso. Pregunta por Shoshana. El trabajo no te hará rico, pero cada *groschen* es importante.

Nunca hubiese creído que conseguiría arreglármelas, y sin embargo lo hice. Abrí la ventana y, de pie en el antepecho, me puse a limpiar los cristales con un trapo. Acababan de pintar las habitaciones del apartamento y en los cristales había manchas de pintura, que rasqué con un cuchillo. Cuatro pisos más abajo vi un patio angosto cuyo húmedo suelo de asfalto semejaba agua. Ya me dolía la cabeza, pero estaba decidido a no ceder a ninguna debilidad. Si los *jalutzim* podían hacerlo, yo también aprendería.

Sentía náuseas. Un fluido desagradable me llenaba la boca y me temblaban las rodillas. Una voz,

la de mi madre, me advirtió: «Baja de ahí». El joven Binyomin, que limpiaba otra de las ventanas, fumaba un cigarrillo tranquilamente. Se sostenía del marco con una mano, mientras con la otra rascaba la pintura. De vez en cuando me lanzaba una mirada burlona. También él procedía de una familia de *jasidim*, pero había aprendido el oficio de carpintero a fin de ser útil en la tierra de Israel. Asimismo, le habían enseñado a manejar un rifle, para que llegado el caso se desempeñara como guardia. Binyomin había tratado de convencerme de que todos los infortunios de los judíos nacían del hecho de que consideraban «impuras» las armas. Si en los hogares judíos hubiera un fusil, un revólver, o por lo menos un cuchillo filoso, los pogromos no existirían. Binyomin tenía el cabello tan negro que casi parecía azul. En sus ojos oscuros siempre asomaba una sonrisa. Cantaba continuamente canciones en yiddish, hebreo y polaco, y a veces en ruso. También él tenía planeado un matrimonio de conveniencia con una joven a la que llamaba «mi mujercita», y había dejado a una novia en su pueblo natal.

Me aferré con tanta fuerza al marco de la ventana que empezó a dolerme la mano. Seguí rascando y rezando: «Padre que estás en los cielos, sé que no merezco tu compasión, pero por favor no permitas que muera de este modo». Juré que daría limosnas a los pobres. Cuando terminamos de limpiar los vidrios, nos pagaron, tras lo cual mi compañero me llevó a un restaurante donde servían comidas baratas. Al igual que yo, estaba a la espera de sus documentos, pero su situación era peor que la mía, pues para eludir el servicio militar había renunciado a la ciudadanía polaca. Pese a ser provinciano, conocía Varsovia mejor que yo. Tenía toda suerte de contactos y podía conseguir entradas sin cargo para los teatros yiddish y ropas gratuitas que distribuía una organización judía. «Oye, amigo, el *jalutz* tiene que adaptarse —solía decir—; de lo contrario, va listo».

Comprendí que su adaptabilidad no era una cuestión de estrategia, sino que nacía de una especie de desenfado con el que alguna gente nace. No paraba de contar historias sobre su pueblo, su organización, sus padres, sus hermanos y hermanas, su novia, Basha, que también militaba en el *Jalutz*. Si Basha hubiera tenido dinero para el viaje, Binyomin no se habría visto obligado a ir a Palestina con una esposa ficticia. Pero daba igual, mandaría a buscar a Basha. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Se habían jurado amor eterno.

Pasamos ese día juntos. Por la noche Binyomin me llevó a una reunión de jóvenes que vestían camisa de cuello abierto. Las muchachas llevaban el pelo corto y cadenas con la Estrella de David en torno al cuello y fumaban cigarrillos. Uno de los jóvenes acompañaba en la mandolina a una chica que entonaba una canción hebrea.

Un joven pálido de barbita rubia pronunció un discurso. «¿Hasta cuándo seguiremos soportando nuestro exilio? ¿Hasta cuándo seguiremos siendo huéspedes indeseables en la mesa de extraños? Nadie puede negar que después de ochocientos años aún somos ciudadanos de segunda clase en Polonia. La mayoría de los judíos de este país ni siquiera sabe hablar el polaco correctamente. ¿Es eso normal? Debemos convertirnos en una nación igual a las demás naciones. Tenemos una tierra, la tierra de Israel. Tenemos una lengua, y esa lengua es el hebreo». El orador se mostró de acuerdo con Max Nordau en la necesidad de enviar a Palestina a cien mil judíos. Atacó a Weizmann por su actitud complaciente. Denunció que Inglaterra había transformado la Declaración Balfour en una burla. Citó a Jabotinski y señaló un retrato de Iósiv Trumpeldor.

Más tarde todos cantaron el *Hatikva* y *Allá, en la Tierra*. Si bien yo estaba de acuerdo con cuanto se decía en la reunión, me sentía fuera de lugar. «¿Cómo es posible? —me dije—. Debo sentirme parte de algo». Me dolían las manos y las rodillas. ¿Estaría enfermado? ¿Tendría fiebre? Me llevé una mano a la frente y me pareció que ardía.

Binyomin se acercó y dijo:

—¿Qué te parece el grupo? Son buena gente. Ven, te presentaré a mi «mujercita».

Me cogió del brazo y me condujo a otra habitación en la que dos muchachas estaban sentadas en un banco. Una era de baja estatura y espesa y rizada cabellera. Tenía un libro en el regazo: *Introducción a la biología*. Apoyada contra ella había una mujer más alta, de rostro vivaz, nariz pequeña, ojos oscuros y cabello cortado a la *garçon*. Sostenía un cigarrillo entre los labios y consultaba un diccionario polaco-hebreo. Llevaba un lápiz detrás de la oreja.

—Tsila, éste es David Bendiger —me presentó Binyomin—. Nos pasamos el día lavando cristales a cinco pisos de altura. Y esta camarada se llama Yehudit —añadió señalando a la joven más baja, la que estudiaba biología. Evidentemente, la más alta era su «mujercita».

Quitándose el cigarrillo de la boca, Tsila dijo:

—No tienes el aspecto de alguien capaz de lavar ventanas.

Binyomin sonrió y un brillo divertido iluminó sus ojos al comentar:

—Las mujeres poseen un instinto...

Alguien le avisó que lo llamaban por teléfono. Binyomin se marchó y, al regresar al cabo de varios minutos, su expresión era más alegre que nunca. Con un aire maligno y de triunfo a la vez, dijo:

—Bueno, amigo, si pensabas volver a tu casa esta noche, tendrás que cambiar de planes.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha ocurrido?

—Acaba de llamarme Shoshana. Nos mandan a hacer otro trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—¡Cuidar un cadáver!

IV

1

Aunque conocía a los suegros de mi hermano mayor, Aarón, que vivían en Varsovia, trataba de eludirlos. Después de regresar de la ciudad donde trabajé como maestro, había pasado la noche en su casa, durmiendo en una silla, y desde entonces no había vuelto a verlos. No es que les guardara rencor; sencillamente, no tenían lugar para mí. Eran cinco de familia —madre, padre y tres hijos—, y vivían encerrados en un espacio minúsculo formado por una habitación con cocina y una especie de gabinete que era poco más que un hueco. Las hijas dormían en una cama, los padres en otra, y el hijo en un catre. No había lugar para un huésped.

Otro de los motivos por los que no los veía era que los suegros de mi hermano se sentían desdichados con su yerno. Mi hermano se había llevado a Rusia a la hija preferida del matrimonio, Ida, y pasaron dos años sin tener noticias de ella. Un día recibieron una carta de mi cuñada informándoles de que se encontraba en una situación de extrema pobreza en Rusia. Mi hermano se había dedicado a escribir y no ganaba lo suficiente para mantener a su familia. Lo peor era que frecuentaba a un grupo de escritores y pintores y rara vez pasaba la noche en casa. Habían tenido un hijo, pero Aarón ni siquiera había estado presente en la circuncisión del niño. Y por si no bastara con eso, Ida insinuaba que mi hermano tenía una amante.

Aunque el suegro de Aarón, Reb Leizer Tsinamon, nunca se quejaba ante mí de su yerno, Shéindele, su esposa, tenía mucho que decir.

Me alertó para que no siguiera los pasos de mi hermano. «¿Cuál es la hazaña de meter en problemas a los demás? —me dijo—. Si pretendes llevar una vida disoluta, no te cases».

Pensé que estaba en lo cierto, pero nada de lo que dijera conseguía enturbiar la imagen que yo tenía de mi hermano. Aarón nunca había querido contraer matrimonio con Ida. Por lo que yo sabía, en realidad no se había casado con ella en Varsovia, y por cierto no había acudido a un rabino ni en Kíev ni en Moscú. Yo había visto a mi hermano por última vez en 1917, cuando me trasladé con mi madre y mi hermano menor a Byaledrevne, dejando a Aarón y a mi padre en Varsovia.

Por las raras cartas que mis padres recibían de Aarón supe que en Rusia había pasado por los horrores de los pogromos y que había sufrido los embates del hambre, el tifus y los saqueos. Había escrito para un periódico de Kíev y trabajado en una revista de Moscú. Cuando dejó de ser comunista, sus colegas escritores lo persiguieron. Muy de vez en cuando recibíamos algunas palabras de saludo de su parte, y algo más a menudo veía su nombre en el periódico. Curiosamente, había escrito un relato sobre el rabí de Kotsk para un diario de Járkov.

Yo no tenía ninguna foto de mi hermano y no recordaba con claridad su aspecto, pero para mí se

había convertido en una suerte de leyenda. Por las noches soñaba con él. En mis sueños Aarón me hablaba de filosofía, me enseñaba a andar en bicicleta y se deslizaba conmigo en trineo, colina abajo, a una velocidad asombrosa. El trineo tenía algo de sobrenatural, y nos precipitábamos a un abismo.

Sabía por sus suegros que estaba tratando de regresar a Polonia, pero era raro que los soviets permitiesen a alguien salir del país.

Esa noche volví a soñar con mi hermano. En mi sueño Aarón me traía una bicicleta nueva. Yo quería probarla, pero era la noche de *Yom Kippur*. No nos encontrábamos en Byaledrevne sino en un pueblo pequeño de Galitzia, donde mi padre era rabino. Mi hermano insistía: «No puedes probar la bicicleta ahora; todo el mundo va a oír el *Kol Nidre*».

¡Qué extraño! El sueño tenía dos lados. En uno, había un pequeño pueblo. En el otro, había automóviles, tranvías y tiendas como en el bulevar Marszalkovsky. Yo quería coger mi bicicleta y escapar con ella al otro lado del sueño, pero los judíos austríacos, con sus gorras de piel y sus abrigo con forro de angora, me advertían que si yo profanaba la santidad de ese día, ellos se vengarían en la persona de mi padre. Sentados en los umbrales de las casas, varios mendigos recogían las limosnas que dejaban caer los miembros de la congregación, destinadas a los enfermos, las novias sin dote y la Sociedad de Servicios Fúnebres.

Algo me despertó. Encendí una cerilla y miré mi reloj; eran casi las nueve. El teléfono del pasillo volvió a sonar. Oí que Edusha contestaba, y poco después abrió la puerta de mi habitación y preguntó:

—David, ¿duermes? Es para ti.

—¿Quién es?

—Tu hermano.

No podía creerlo. Salté de la cama y me puse los pantalones en la oscuridad. Aunque a esas alturas teníamos confianza con Edusha, yo era demasiado tímido para permitir que me viera desvestido o descalzo. Ya en el pasillo, cogí el auricular con mano temblorosa. Oí la voz de mi hermano.

—Soy yo, Davidche. Aarón.

Por un instante ambos guardamos silencio. Contuve el aliento y a continuación pregunté:

—¿Dónde estás?

—Aquí, en Varsovia, en casa de los padres de Ida.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace unos días.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Por Susskind Eijl.

—Hace un momento estaba soñando contigo. Soñé que me traías una bicicleta.

—¿De veras? Eijl me dijo que estás totalmente absorbido por Spinoza.

Mi hermano hablaba el yiddish propio de Polonia, pero se le había sumado un leve acento ruso. Sentí una oleada de felicidad, mezclada con un poco de miedo. Aunque ansiaba ver a mi hermano, las complicaciones de mi vida me avergonzaban. Aarón tenía casi treinta años, once o doce más que yo.

La última vez que nos vimos yo aún era un niño que acababa de celebrar su *bar mitzvá*. Y seguía dirigiéndose a mí por el diminutivo Davidche. Me llamaba desde la casa de un vecino, ya que en la de sus suegros no había teléfono. Convinimos en que iría a verlo al mediodía. Percibí en su voz una calidez fraternal, al igual que un dejo de ironía adulta.

Colgué el auricular, sin acabar de creerme que lo ocurrido era real. «¿Qué haré ahora?», me pregunté.

Regresé a mi habitación y encendí el mechero de gas. De pronto lamenté marcharme a Palestina. ¿Qué sentido tenía irme? Durante largo tiempo había albergado la esperanza de que mi hermano volviera.

Fui a la cocina a lavarme y afeitarme. Allí estaba Edusha, llenando la tetera de agua.

—Te felicito por las buenas nuevas —dijo.

—Que la suerte sea contigo —repuse, conforme a la antigua fórmula.

—Dile que venga; tiene una voz agradable. —Edusha me hizo un guiño y soltó una carcajada.

Me hubiera gustado abrazarla, pero la idea de que mi hermano estaba en la ciudad de alguna manera me lo impedía. Mientras él se encontraba lejos, me sentía un adulto seguro de sí; de pronto, su presencia me convertía nuevamente en un niño. Tenía la extraña sensación de que me vigilaba y se reía de mí.

Como si hubiera adivinado mis sentimientos, Edusha dijo:

—El hecho de que tu hermano esté aquí no significa que no puedas besarme, ¿o sí?

Me acerqué y la besé, pero no como antes; no como un hombre, sino como un chico. Edusha también lo percibió:

—Besas igual que un niño del *jéder*.

¡Dios mío! ¿Es que no había modo de ocultar nada? ¿Me parecía yo a uno de esos tontos cuyos pensamientos cualquiera puede leer? ¿Acaso mi cráneo era transparente? Claro que, de todas maneras, ¿qué sentido tenían mis besos si ella era novia de otro?

Edusha salió de la cocina canturreando una canción acerca de Charlie Chaplin. En la puerta volvió la cabeza y me sacó la lengua.

«Esta mujer es una insolente —me dije—. El demonio habita en ella». Empecé a afeitarme. Ese día no debía cortarme ni dejar un solo pelo sin quitar. Quería que mi hermano me viera joven, tal vez porque desde nuestra separación yo no había conseguido nada. Intenté llevar a la práctica el sistema de autosugestión de Coué y me ordené a mí mismo conseguir un afeitado perfecto. Para contribuir a ese fin usé una cuchilla de afeitar nueva.

El agua de la tetera hirvió y cerré el gas. Cuando Edusha volvió a la cocina, me dijo:

—Tu hermano acaba de llegar y tú estás por partir a Palestina. No tiene sentido.

Nos sentamos a la mesa y desayunamos juntos como una vieja pareja de casados.

Edusha había conseguido trabajo en una mueblería, pero no empezaría hasta el lunes. No había recibido ni una sola carta de Hertz Lipmann. Él había prometido que le escribiría, pero hasta ese momento guardaba silencio. ¿Guardaría eso relación con sus actividades comunistas? ¿Le habría ocurrido algo en Rusia?

Aunque entonaba canciones de cabaret, Edusha decía que la revolución era más importante que

las trivialidades de la vida, pero en cuanto pronunciaba aquellas palabras se le llenaban los ojos de lágrimas. Su madre y sus hermanas se encontraban en Londres, Bella en prisión —en la sección de mujeres conocida por el nombre de Serbia—, y ella se sentía completamente sola. Se había comportado conmigo tal como lo hiciera Sonia. Yo tenía trato íntimo con dos mujeres, y sin embargo aún no había probado el fruto del árbol del conocimiento, como habrían dicho en Byaledrevne. ¿Acaso esa conducta disoluta era típica de las mujeres jóvenes, o se trataba de cosas que sólo me sucedían a mí y ésa sería mi suerte para siempre?

Bebí el café y comí un panecillo mientras toda clase de ansiedades se agitaban en mi cabeza. Quizá yo no fuese un hombre de verdad. ¿Y si era incapaz de producir algún día una obra verdaderamente madura? Tal vez en mi destino ya estuviera escrito que me caería del antepecho de una ventana. En una ocasión estuvo a punto de ocurrirme.

De pronto me asaltó la idea de que mientras Edusha y yo comíamos y conversábamos, centenares de miles de personas aguardaban la muerte. Millones de enfermos graves se hallaban próximos a exhalar el último aliento. Recordé que yo casi había muerto aquella noche en que Shoshana nos encargó que cuidáramos un cadáver en una clínica privada. Binyomin había levantado la sábana que cubría a la muchacha muerta, y por poco me desmayé al ver la viviente cabellera negra que enmarcaba la máscara blanca y ultraterrena. Los labios agrietados contenían un grito silencioso. Me estremecí. Sentí que el mundo entero era un gran cementerio.

Me despedí de Edusha y fui en busca de mi hermano. Sus suegros vivían en la calle Panska, pero no cogí el tranvía. Pensé que caminar calmaría mi agitación. ¿Qué era mi hermano al fin y al cabo? Carne y huesos. Mi meta en la vida no consistía en vivir en familia, sino en descubrir el secreto de la creación. Al mirarme en un escaparate me asustó el reflejo de mi rostro, pálido como el de un cadáver.

Subí la escalera y llamé a la puerta. Me abrió Lola, la cuñada más joven de mi hermano. Era una mujer alta, de cabeza grande, nariz aguileña y busto y caderas demasiado opulentos. También era estevada. Sin embargo, a pesar de su fealdad yo había descubierto cierta belleza en ella. Lola conservaba una candidez infantil, y al mismo tiempo poseía un aura profundamente femenina. Sus labios parecían hechos para besar. Había abandonado el instituto y hacía meses que buscaba trabajo. Al verme, sus ojos ligeramente saltones se iluminaron.

Entonces los vi a todos: Ida, la esposa de mi hermano, la madre, padre y el hijo varón. Aarón tenía casi el mismo aspecto de siempre, aunque estaba calvo y se lo veía pálido, como después de una enfermedad. Me dirigió una mirada penetrante. Los dos nos asombramos de lo que los años nos habían hecho. Advertí en su rostro arrugas desconocidas y que se repetían en él rasgos de mi madre y del hermano de ésta, Gabriel: la frente despejada, el mentón saliente, la nariz afilada y las mejillas hundidas.

Aunque yo los había olvidado, los signos de su herencia estaban a la vista.

—Vaya, no hay duda, has crecido —dijo, y me di cuenta de que el sonido de su voz casi se había borrado de mi memoria

Comimos una comida casera: sopa de fideos, carne hervida con zanahorias, compota de manzanas y té. Los cubiertos tintineaban contra los platos de loza. El hijo de Aarón, a quien él llamaba Gershon, y la madre de éste, Grisha, dormían en el pequeño nicho. Exceptuándome a mí, todos estaban unidos por una auténtica relación familiar. Tenían tantas cosas que decirse, que permanecí en silencio. Los muchos acontecimientos que habían vivido mi hermano y su mujer hacían que no supieran por dónde comenzar su relato. La suegra de Aarón, Shéindele, pasaba los platos de comida y seguía la historia asintiendo con la empelucada cabeza, confirmando la verdad de que las mujeres cobran su real dimensión cuando se convierten en abuelas. Había bolsas bajo sus ojos pardos y su expresión era a un tiempo despierta y mordaz. Conocía los defectos de cada uno. Su marido, Reb Leizer, nunca había aprendido a ganarse la vida. En Varsovia había trabajado como agente inmobiliario, pero llevaba años sin cerrar ninguna operación. Dedicaba sus días a leer periódicos viejos o estudiar un almanaque en el que figuraban todas las ferias de la Rusia prerevolucionaria. Visitaba a los enfermos y acompañaba a los muertos en su último viaje.

Reb Leizer Tsinamon, un hombre apuesto, alto, erguido, lucía una barba castaña y tenía el aire imponente de un respetable jefe de familia. Descendía de una familia próspera e ilustrada y de niño había estudiado la Torá con mi padre. Su esposa, Shéindele, también procedía de una familia acomodada, y en su juventud se la había considerado una belleza. Cómo era posible que esas dos personas hubieran engendrado una hija tan fea como Lola constituía todo un misterio.

La hija mayor, Káiele, no era desagradable, pero aún no se había casado, tal vez porque no tenía ni un *groschen* de dote. Trabajaba de vendedora en una chocolatería. Max, el mayor de los hijos, estaba empleado como tipógrafo en un periódico ruso que seguía apareciendo en Varsovia. Tenía una sonrisa equívoca y le encantaba contar historias divertidas sobre los tipógrafos y redactores.

Yo recordaba a Ida como una muchacha delgada, pero en Rusia había engordado, no obstante la escasez de alimentos. Ella atribuía su aumento de peso al embarazo. Era una belleza clásica y poseía la mirada intensa de las mujeres judías. Mi hermano le sacaba una cabeza, y por la forma en que ella le ofreció su ración de carne me di cuenta de que estaba enamorada de él y que la hacía feliz servirlo. Las miradas de devoción que le dirigía, en las que se filtraba también algo de reproche, parecían prometerle el perdón de todos los pecados si él renunciaba a su conducta imprudente.

Aarón se volvió hacia mí y dijo:

—Sigo sin saber qué estás haciendo en Varsovia.

—Estoy preparando mi viaje a Palestina. He conseguido un certificado.

—¿Qué vas a hacer tú en Palestina? Eijl me ha dicho que eres escritor.

—Lo intento.

—¿Quién es la mujer en cuya casa vives? Eijl me ha contado no sé qué historias acerca de ella. Han arrestado a la hermana, ¿verdad?

—Es la tía.

—¿La tía? Ve con cuidado. ¿En qué escribes? ¿En yiddish? ¿En hebreo?

—Ahora he cambiado el hebreo por el yiddish.

—Conque has cambiado, ¿eh? Por lo visto todos somos literatos. Yo esperaba que tú por lo menos te convirtieras en un hombre práctico.

—La única otra posibilidad a mi alcance era hacerme rabino.

—Tampoco necesitamos eso.

—¿Qué está pasando en Rusia?

—Bueno..., se están degollando unos a otros... en nombre de la revolución..., en nombre de la contrarrevolución..., en nombre del zar..., en nombre de Dios. Ahora se dedican a soltar discursos, discursos terriblemente largos. —Aarón me dirigió una mirada penetrante, en la que vislumbré la muda tristeza que había en los ojos de mi madre.

—Leí que te habías hecho comunista —dije.

—Pues no.

Cuando terminamos de comer quise ver al bebé de mi hermano. Me acerqué a la cuna —préstamo de un vecino— y lo estudié mientras dormía. Encontré en su rostro diminuto un aire de familia y una seriedad adulta. Permanecí un rato contemplándolo. Los otros también acudieron a mirar al niño. Por fin mi hermano anunció:

—Voy al Club de Escritores a buscar a Susskind Eijl. ¿Quieres acompañarme?

—¿Me dejarán entrar?

—Estarás conmigo.

Conocía de oídas el Club de Escritores, pero nunca había estado allí. En una ocasión Edusha se había ofrecido a llevarme, pero no quise correr el riesgo de cruzarme con Susskind Eijl. Me intimidaba encontrarme con escritores conocidos, gente cuyos nombres aparecían en letra impresa. Una parte de mí despreciaba a los escribas que se pasaban la vida salvando al mundo con sus recetas de papel.

Esta vez decidí ir porque el deseo de pasar unas horas más con mi hermano superaba mi timidez. Para ir a ver a Aarón y su familia me había puesto una camisa limpia y una corbata que me había regalado Minna. Además, sabía que jamás se me presentaría una oportunidad mejor que ésa para ir al Club de Escritores. Hasta era posible que me diesen un pase. Por qué no. Sabía que algunas personas que ni siquiera eran escritores iban al club a comer o jugar al ajedrez. Alguna vez, al pasar de noche por allí, había alzado la vista hacia las ventanas brillantemente iluminadas. En aquella casa tenían lugar charlas y debates, la gente departía plácidamente hasta altas horas de la noche. El club organizaba un baile de máscaras todos los años y ofrecía banquetes en honor de escritores de Nueva York, Berlín, París, Londres, Buenos Aires. El lugar también estaba frecuentado por actores y actrices. Cobré ánimo.

—Bueno, ponte el abrigo —me urgió mi hermano.

—No te comportes como un extraño. Vuelve a vernos pronto —me dijo la suegra de Aarón cuando salíamos.

—Y no te vayas a Palestina sin despedirte —apuntó Káiele, la hermana de Ida. Lola, la menor, sonrió. Cuando yo estudiaba en el seminario rabínico, ella me había prestado un ejemplar de *Pan*

Tadeusz. Para agradecerse, la besé mientras bajábamos la escalera. Ese beso era nuestro secreto.

Aunque había una distancia considerable entre la calle Panska y el Club de Escritores, fuimos a pie pues mi hermano no tenía dinero para los billetes de tranvía. Aarón caminaba muy rápido, señalando los cambios que se habían producido en Varsovia durante su ausencia. Conocía cada rincón y cada tienda y mencionaba nombres que yo jamás había oído. Había pasado los años de su primera juventud en esa ciudad, mientras yo todavía iba al *jéder*. Aunque yo había crecido, seguía siendo más bajo que él.

Recordé que Aarón me había llevado al *jéder* para mi primer día de clases en casa de Móishe Itzjak, en el número 5 de la calle Grzybowska. Mi hermano tenía dieciséis años, y yo cinco. Aarón caminaba a grandes zancadas, y yo trotaba tras de él, intentando darle alcance con mis pasos minúsculos. Habían pasado los años, pero seguía causándome ansiedad la perspectiva de encontrarme con desconocidos. Sabía leer demasiado bien en los rostros las expresiones de burla, incomprensión, desdén, codicia. Las mujeres se reían con frecuencia, pero dejaban de hacerlo apenas me las presentaban; entonces me miraban maternalmente y, a veces, con compasión.

—No le digas a nadie que soy escritor —le pedí a mi hermano.

—Para esa gente soy tan desconocido como tú —replicó él.

Poco a poco Aarón fue mostrándose más comunicativo. Me dijo que en Rusia se estaba haciendo mucho por la lengua yiddish; había escuelas, editoriales, bibliotecas, periódicos, revistas, y hasta centros de enseñanza secundaria. Sin embargo, era indispensable ser comunista para acceder a esos lugares, y él nunca se había decidido a afiliarse. Tal vez Marx y Lenin estuvieran en lo cierto, pero convertirse en uno de sus discípulos, escribir beatos artículos sobre marxismo, hacer constantes referencias al rabinato marxista, no estaba en su naturaleza. No había abandonado una corte jasídica para ingresar en otra. Por lo menos los *jasidim* creían en Dios. Los comunistas judíos habían transformado el ateísmo en una forma de jasidismo: la misma mirada volcada hacia lo interior, los mismos relatos moralizantes, la misma repetición de su Torá y la misma idolatría de sus rabís. A cada uno de sus líderes los transformaban en hombres santos y objetos de culto: Lenin, Trotski, Dzerzhinski, Bujarin, Ríkov, Kámenev. Todo escritor tenía sus propios seguidores y ayudantes. Los «yiddishistas», obvio es decirlo, eran más papistas que el Papa. De la mañana a la noche entonaban canciones comunistas de alabanza y maldecían con saña a los reaccionarios. Se jactaban de lo que habían hecho por la revolución.

—Fíjate en Susskind Eijl —dijo Aarón—. Sus mamotretos no los entiende nadie, y aun así, aquí en Polonia, la juventud de provincias lo considera un líder espiritual. Los polacos son antisemitas, ciertamente, pero tienen razón cuando afirman que los judíos propagan el comunismo. En realidad, los judíos siempre son las primeras víctimas de cualquier revolución.

—¿Qué puede hacer el judío que ha perdido su fe en el Shulján Aruj? —pregunté.

—La historia tiene sus designios —repuso Aarón—. Ven.

Habíamos llegado al Club de Escritores y subimos las escaleras embarradas. Un poco más arriba se encontraban las oficinas de la Mizraji, que yo solía frecuentar cuando estudiaba en el seminario rabínico. Habían sido ellos quienes me habían dado la carta de recomendación que me había permitido conseguir el puesto de maestro. Desde el colapso de mi carrera docente evitaba visitarlos.

Mientras pensaba todo eso vi a un rabino «moderno» dirigirse hacia allí. Lucía una barba bien recortada y abrigo de pieles, sombrero y chanclos. Llevaba un maletín y fumaba un cigarrillo. Los rabinos como él habían encontrado la forma de adaptar el mundo secular al judaísmo.

No querían esperar a que llegara el Mesías a lomos de su asno. Mantenían tratos con los ingleses y con la Liga de las Naciones. Viajaban a todas partes para participar en congresos sionistas. El rabino nos miró. Cada uno expresó en silencio el juicio negativo que le inspiraba el otro.

Creí que tendríamos que llamar a la puerta, pero mi hermano se limitó a empujarla y entramos así en el Club de Escritores. Me detuve en el umbral hasta que Aarón dijo:

—Pasa, no te quedes ahí.

Al adelantarme vi una gran cantidad de gente y percibí olor a comida. Los escritores estaban almorzando. Se oía el tintinear de platos y cubiertos y pasaban camareras cargadas con bandejas. Las barbas se meneaban con algún que otro fideo enredado en ellas. Las calvas relucían, los ojos brillaban. Yo tenía la sensación de conocer a todo el mundo. Recordaba haber visto fotografías de esa gente en diarios o revistas. Reconocí a un músico de larga cabellera y ojos rasgados de tártaro. Luchaba con el trozo de pollo que tenía en el plato.

Mi hermano me condujo a un segundo recinto, más amplio, con cortinas marrones y cuadros en las paredes. Sobre un piano se veía un retrato de Peretz.

Un gramófono difundía una canción de moda. Un hombrecillo minúsculo bailaba con una mujer alta. De pronto, como salido de una chistera, apareció Susskind Eijl, quien abrazó a mi hermano y echándome una mirada dijo:

—Vaya, aquí está el cachorro. Tímido, pero impertinente.

3

Mi hermano hablaba con Eijl y yo los escuchaba a medias. Criticaban a los escritores rusos que pese a su beatería comunista removían cielo y tierra para poder viajar al extranjero. No pocos de ellos habían conseguido llegar a París, Varsovia, Berlín, y no mostraban ninguna prisa por volver. Pero Susskind Eijl no quería regresar a la Unión Soviética y afirmaba tener vinculaciones con figuras políticas de primer orden. La conversación giró luego hacia una antología que Eijl estaba preparando y un significativo encuentro literario del que debía participar Aarón.

Salvo yo, todos los que se encontraban en el salón eran personas importantes. Susskind Eijl fue señalándomelos: éste era un poeta, aquel otro, un periodista. El hombre mayor de bigote canoso escribía libros de texto en hebreo, y el sujeto menudo con gafas de montura dorada era un poeta que escribía en esta lengua. Eijl decía todo eso con mal disimulada ironía. En realidad pensaba que los allí presentes, con excepción de él mismo, eran individuos insignificantes. Incluso acusó a mi hermano de distanciarse de los escritores revolucionarios, y añadió:

—Hasta un ciego puede ver que los reaccionarios se hallan en plena retirada.

Poco después pidió té y *kijel* para los tres.

¡Dios mío! El día anterior la mera idea de ir al Club de Escritores era inimaginable, y ahí estaba yo, bebiendo té. Los escritores que pasaban me miraban, algunos se detenían ante nuestra mesa y mi hermano me presentaba. Cada vez que eso ocurría, Eijl decía con un guiño cómplice:

—Él también escribe.

Sabía que debía considerarme afortunado. ¿Cuánto tiempo había andado por Varsovia como un alma perdida? Sin embargo, me sentía desvalido y sabía que se reían de mí. A Aarón apenas lo conocían en ese lugar, y yo era su hermano. Para empeorar las cosas, temía que en cualquier momento entrara Edusha. Sabía que si ella aparecía yo no podría evitar sonrojarme. Hasta me asustaba la posibilidad de que alguien mencionara su nombre. A solas con una mujer, yo no tenía problemas para manejar la situación, pero en presencia de otros reaparecía mi timidez infantil y empezaba a tartamudear. Hablaba a tontas y a locas, provocando risas. Sólo de pensar en ello, noté que me ruborizaba. Estaba acalorado, y aunque me había cambiado de camisa, tenía el cuello húmedo y me molestaba. Había deseado estar allí, habría pasado horas enteras observando a los escritores, pero al mismo tiempo me sentía incómodo y deseaba marcharme.

Quería participar en la conversación de Aarón y Eijl, pero no tenía ocasión de intervenir. Los dos reían, contaban chistes, y yo los escuchaba en silencio. Sabía que Spinoza definía el estado en que me encontraba como una situación emocional. Sí, los sentimientos me dominaban por completo. Aunque había estudiado cuidadosamente el capítulo quinto de la *Ética*, aún era incapaz de controlar mis emociones. ¿Dónde encontraría ideas capaces de ahuyentar los sentimientos? ¿Cómo conseguiría liberarme del orgullo, la vergüenza, la depresión?

No, Baruj Spinoza, los tuyos son falsos remedios. El joven que baila el *shimmy* con la mujer a la que ha apartado de su marido, el viejo escritor con quien ella ha venido al club, no pone en práctica los consejos que das en tu *Ética*. Se siente seguro porque va bien vestido, habla el polaco con fluidez, trabaja en un periódico y tiene dinero en el bolsillo. Yo me siento agitado pero él, por lo visto, está tranquilo. Baila pausadamente. Lleva los zapatos lustrados, polainas impecables y la raya de su pantalón es como el filo de una navaja. Rodea con un brazo la cintura de la mujer y las miradas de los desconocidos lo dejan indiferente. Habla con ella, sin duda intenta seducirla. La mujer alza la mirada hacia él y sonrío. Es una sonrisa mundana, afectada, engañosa.

¿Seré capaz alguna vez de hacer lo mismo que él? Nunca. Es un hombre de mundo, y yo parezco uno de esos que se pasan el día en el *jéder*.

Aunque la he abandonado, no me he librado de ella. La vida mundana no es para mí, pero tampoco lo es el *jéder*. Para esto último me falta fe.

Mi hermano me dirigía miradas inquisitivas. Me di cuenta de que le contagiaba mi confusión y hacía que se sintiese incómodo. También Susskind Eijl advirtió mi agitación y una chispa burlona cruzó por sus ojos. Por lo visto en el club era un personaje y todo el mundo lo saludaba. Cada vez que alguien se acercaba para alabarlo, le daba las gracias con aire divertido. Todos trataban de congraciarse con él, incluso los escritores que trabajaban para periódicos burgueses y los hebraístas. En el club, la revolución había triunfado.

Fue entonces cuando ocurrió lo que yo temía: entró Edusha y se dirigió hacia nuestra mesa. Me

sentí tan horrorizado que hasta olvidé ruborizarme. Susskind Eijl se puso de pie y tendió la mano hacia él. También mi hermano se puso de pie. Yo permanecí en mi silla, paralizado. Edusha iba muy acicalada; llevaba manguito, abrigo con cuello de piel y un sombrero que la hacía parecer mayor, más alta, elegante. Su sonrisa era desenvuelta, coqueta, inteligente. Se había empolvado y tenía los labios pintados.

Susskind Eijl hizo las presentaciones y volviéndose hacia mí dijo:

—Al fin y al cabo, es su casera.

—Ah, es usted —dijo Aarón—. Esta mañana hablamos por teléfono.

—Claro.

—Pues te has encontrado una casera muy bonita —bromeó mi hermano.

Ésa no era la Edusha a la que yo había besado. Más bien se asemejaba a la mujer que bailaba el *shimmy*. Saltaba a la vista que era muy conocida en el Club de Escritores. Después de que se hubo sentado a nuestra mesa, otros escritores arrimaron sillas y se unieron al grupo. Alguien me ofreció un cigarrillo y lo acepté, aunque no fumaba. Di una calada y exhalé el humo lentamente.

—No sabía que fumabas —dijo Edusha.

—Ah —comentó alguien—, de modo que se tutean ustedes.

—Son amantes —apuntó con sorna Susskind Eijl.

—¡Qué idea! —exclamó Edusha dándole un leve golpe en la muñeca—. Tengo novio.

Yo sabía que debía tomar parte en esa conversación trivial, que debía sonreír y pronunciar alguna frase ingeniosa, pero la voz no me respondía. Lo único que deseaba en ese momento era escapar. Noté que la camisa se humedecía sobre mi espalda. Di otra calada, más larga esta vez, y advertí que el cigarrillo ya estaba prácticamente consumido.

—No sabe fumar —dijo mi hermano entre risas. Todos se carcajearon, y agregó—: Cuando me marché, era un niño, y ahora escribe artículos sobre filosofía y Cábala.

Uno de los escritores me preguntó qué estaba leyendo y a qué autores había estudiado. Mencioné a Spinoza, Descartes, Berkeley, David Hume, así como a El Ari y Moshe Cordovero.

—Tal vez tenga algo para que lo publiquemos en nuestra revista —dijo.

—Excelente idea —intervino Susskind Eijl—. Ya que quiere ser escritor, lo mejor es que empiece cuanto antes.

—Tráigame el material a la revista —sugirió el escritor.

Era la primera vez que lo veía. Tenía el pelo largo y la cara redonda. Las gafas se le habían deslizado hasta la punta de la nariz. En lugar de corbata, llevaba un pañuelo anudado al cuello.

Susskind Eijl abandonó la mesa para contestar una llamada telefónica. El escritor siguió hablando:

—Habitualmente publicamos ensayos literarios, pero Spinoza y la Cábala constituyen temas interesantes. ¿Cuál es su punto de vista? ¿Piensa que Spinoza creía en la Cábala?

—No —respondí—, pero su definición de Dios y de la Creación la tomó de los cabalistas.

—Por lo general se considera que Spinoza era ateo.

—El ateísmo es una suerte de misticismo atrofiado —apunté, sin saber si expresaba una idea original o si lo había leído en alguna parte.

—¿Qué quiere decir?

—La naturaleza ciega creó todo lo que vemos, y también lo que no vemos. Ésta es una idea mística.

—Davy —intervino mi hermano—, ¿eres tú realmente? Por algún motivo no acabo de creerlo. Cuando te fuiste a Byaledrevne aún eras un chicuelo de aladares pelirrojos.

Edusha, que me observaba con simpatía, pareció sorprendida por mis palabras, pero asintió en señal de aprobación. Ya no parecía una dama refinada, sino más bien una colegiala de familia jasídica.

Mi camisa húmeda se estaba secando. Aplasté la colilla del cigarrillo contra el cenicero; ya no tenía necesidad de fumar. Mi depresión se había desvanecido, reemplazada por una sensación de euforia. Alguien se había ofrecido a publicarme un trabajo.

—Venga mañana a esta hora —propuso el escritor—. Almorzaremos juntos.

—*Mazel tov*, David —dijo Edusha—. Ojalá sea éste un comienzo auspicioso.

Sí, el destino me hacía extrañas jugarretas. Como a los condenados en el infierno, la suerte me arrojaba del hielo al fuego. Bebí el té que había dejado enfriar, y comí un bocado de kijel. Susskind Eijl volvió, y observé un cambio en su expresión. Se lo veía serio, preocupado. Por un instante permaneció de pie junto a la mesa, con aire sombrío. Era evidente que le habían dado malas noticias por teléfono. Sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió. Luego dijo:

—Edusha, debo hablar contigo.

—¿Conmigo? Claro. Discúlpenme, por favor. —Edusha se levantó y siguió a Eijl al otro salón. Poco después se retiraron las personas que nos acompañaban en la mesa. El director de la revista me tendió una mano blanda y húmeda, y enseguida me quedé solo con mi hermano.

Tras un breve silencio, Aarón me dijo:

—No creas a ninguno de ellos.

4

Supuse que Edusha y Susskind Eijl no tardarían en regresar, pero pasaron quince minutos y no volvían. ¿Qué clase de secretos compartían? Yo no estaba enamorado de Edusha, pero aun así me sentí un poco celoso. Eijl la había tomado del brazo; se comportaban como una pareja.

Cogí la colilla del cenicero, pero no tenía cerillas para encenderla. También mi hermano parecía aguardar el regreso de Susskind. Dirigió varias veces la mirada hacia la puerta, y me dijo:

—Si todavía no es demasiado tarde, no te enredes con esta gente. Te volverán loco.

Al cabo de un rato Eijl regresó, pero Edusha no estaba con él. Me di cuenta de que quería hablar con mi hermano, y me despedí.

—Tengo que irme.

—No olvides venir mañana —dijo Aarón—. Tal vez publiquen tu trabajo.

—No lo olvidaré.

Susskind Eijl me miró sin abrir la boca. Le estreché la mano y pasé al otro salón, donde varios escritores jugaban al ajedrez. Me quedé observándolos durante un rato.

—¿Y adónde irás ahora? —dijo uno de ellos—. Tu reina está *kaput*. Yo en tu lugar recitaría el *Kaddish* por ella.

—No te adelantes —replicó el otro—. Moveré pieza dentro de un momento —añadió, y de pronto, con la melodía de un lector de la Meguilá, entonó un cántico triunfal.

Me hubiera gustado seguir observándolos un poco más, pero un escritor alto que fumaba en pipa me miraba con recelo, y temí que le echaran. Al bajar la escalera me sentía tan exaltado ante la idea de volver al día siguiente y de que alguien quisiera publicar un trabajo mío, que murmuré para mí mismo, temblando: «No cuentes con ello. Lo más probable es que de esas promesas no resulte nada».

¡Dios, de qué manera extraña se dan las cosas! Tenía un certificado, había varias mujeres en mi vida, mi hermano estaba en Varsovia y se hablaba de publicar un artículo mío. Pensé que si en lugar de hablarle por teléfono a Sonia aquel día hubiese cogido el tren de regreso a Byaledrevne, nada de todo eso habría ocurrido. Estaría viviendo en alguna aldea y me mantendría dando clases.

¿Debía creer entonces que el destino de cada hombre está determinado? ¿O el hecho de encontrarme allí era una simple coincidencia? ¿Qué habría ocurrido, por ejemplo, si mi madre se hubiese casado con el joven de Lublín que le presentaron, en lugar de hacerlo con mi padre?

Emprendí el regreso. Tal vez Edusha ya se hallara en casa. Ella había sido testigo de mi cambio de fortuna. Había oído la invitación que había recibido para publicar en una revista. Cualquiera que fuese la suerte que Bella corriera, en adelante Edusha me trataría bien.

Al llegar a mi portal miré alrededor pero no vi ningún policía. Subí la escalera y pulsé el timbre. No obtuve respuesta. Por lo visto Edusha aún no había vuelto. Abrí la puerta con la llave que ella me había dado. Mientras entraba sentí que me había convertido en una persona muy madura.

Desde el arresto de Bella yo había vivido como si aquel apartamento me perteneciera. Leía los libros de Edusha y su tía y a menudo me echaba en el sofá donde la primera solía dormir. Prácticamente nadie nos visitaba ya, de modo que yo era el único hombre de la casa. A veces tenía la impresión de que Sonia y yo éramos náufragos que el mar hubiese arrojado a una isla.

Sonó el teléfono y me dispuse a contestar, tal como Edusha me había pedido que hiciera. Había dejado una libreta y un lápiz junto al aparato.

Era Sonia.

—Me he enterado de que tu hermano está en la ciudad —dijo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me ha llamado Ida. ¿Por qué no me lo dijiste?

Sonia tenía cierto parentesco con los suegros de mi hermano. En un tiempo, Ida y ella habían sido amigas íntimas. Cada cosa estaba relacionada con todas las demás. Le expliqué que me había enterado de la llegada de Aarón esa misma mañana. También le dije que acababa de volver del Club de Escritores y alardeé de que alguien quería publicar uno de mis trabajos.

—Querida Sonia —añadí—, te estaré eternamente agradecido.

—Sí, me estarás agradecido pero te casarás con otra. Así es mi suerte.

Después de quedar con Sonia para la noche siguiente, me recosté en el sofá y esperé a que llegase Edusha. Aguzaba el oído al menor sonido procedente de la escalera. Me preguntaba qué le habría ocurrido. ¿Acaso estaba enamorado de ella? No, Edusha no era mi tipo. Era demasiado mundana, demasiado izquierdista, demasiado moderna para mí. Yo sólo sería capaz de amar y respetar a una mujer que fuese como mi madre, una hija devota de familia judía. Una joven que besaba a un hombre un día y a otro al siguiente jamás merecería mi respeto. Pero ¿y qué cabía decir de mí?

¿Acaso mi conducta era diferente?

Me adormecí y soñé. Al rato me despertó el ruido de la llave en la cerradura. El día invernal se había vuelto gris. Miré por la ventana y vi que estaba nevando. Edusha entró, y con ella una ráfaga de aire frío. Permaneció un momento de pie sin quitarse el abrigo ni el sombrero. Apenas distinguía su rostro en la penumbra.

—¿Por qué no has encendido el gas? —preguntó—. No importa, no te preocupes. ¿Me ha llamado alguien?

—No, Edusha, nadie.

Su voz, por lo general alegre, sonaba apagada. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre la cama. Se movía en silencio, igual que una sombra.

—¿Quieres recostarte en el sofá? —pregunté.

—No, quédate donde estás. Tu hermano se parece muchísimo a ti. Mayor, por supuesto. Y no es un gallina como tú.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, simulaste que no me conocías.

«Se debió a que me sentí intimidado», quise replicar, pero lo que salió de mi boca fue:

—Me ofendes, Edusha.

—Está bien, no tiene importancia. Hay cosas más importantes que me preocupan. David —agregó cambiando de tono—, todo se derrumba a mi alrededor. Como un castillo de naipes.

—¿Qué ha ocurrido?

—No debería decírtelo. Te dará un placer maligno. Pero he de hablar con alguien.

—¿Qué pasa?

—Han arrestado a Hertz. —Se echó a llorar, y distinguí la angustia en su rostro.

Guardé silencio un instante, y luego pregunté:

—¿Dónde? ¿En la frontera polaca?

—En Rusia.

Sólo entonces comprendí.

—¿Los bolcheviques?

—Sí. En Moscú.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?

—Eso es todo lo que sé.

Edusha se sentó en la cama, o más bien se dejó caer en ella. Pese a lo que me había dicho, yo no

sentía ningún placer maligno. Al contrario, experimentaba la pena que nos invade cuando tomamos conciencia de una injusticia.

Edusha sollozaba cubriéndose la cara con las manos. Vi estremecerse sus hombros y tuve ganas de acercarme, pero me contuve.

—Ha de haber algún motivo —dije, y al instante lamenté haber pronunciado aquellas palabras.

—¿Qué motivo? Hertz era leal al movimiento. Sacrificó su vida por la causa. Sin duda es víctima de acusaciones falsas. Los provocadores abundan.

Los sollozos de Edusha se hicieron más intensos, y noté que se me llenaban los ojos de lágrimas. Las tragedias se sucedían en la vida de esa muchacha. Los polacos habían arrestado a su tía; los rusos, a su novio. La detención de Hertz Lipmann era un golpe terrible para ella.

Yo tenía noticias de otros episodios similares. Los diarios informaban sobre deportaciones en masa de campesinos a Siberia. Habían fusilado a comerciantes judíos, rabinos, maestros hebreos y socialistas, pero jamás hubiese imaginado que arrestarían a Hertz Lipmann. Era un bolchevique a ultranza. Cada palabra que pronunciaba destilaba animosidad contra el sistema capitalista. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese por la revolución. ¿Qué clase de personas eran esos rojos? Bestias que devoraban a los de su propia especie. Deseaba consolar a Edusha, pero no sabía cómo. Y dije lo peor que pudo ocurrírseme:

—Esto debe servirte de lección, Edusha.

—¿Qué clase de lección? En todo movimiento hay provocadores.

—Es, una vez más, la historia de Robespierre y Marat.

—Por favor, te lo ruego, cállate.

Me retiré a mi habitación. Edusha permaneció sentada en la oscuridad; lo supe porque si hubiera encendido la lámpara de la sala la luz se habría filtrado al pasillo. No se oía el menor ruido. Tal vez se hubiera dormido. También yo me sentía abrumado. Desde mi primera infancia había oído hablar del advenimiento de tiempos mejores, de la redención de la humanidad, pero bastaba que un hombre adquiriera algo de poder para que surgiese el tirano que llevaba dentro. Por mi cabeza cruzó la imagen de Hertz Lipmann en la celda de una prisión rusa inmovilizado por el hambre y el miedo, agotado por la falta de sueño, tan destruido por el dolor que para él no había ya consuelo posible.

Me quedé dormido, y volví a la realidad cuando alguien me despertó.

Abrí los ojos y por un instante no logré recordar dónde me encontraba. Estuve a punto de gritar «Sonia», cuando vi a Edusha de pie a mi lado.

—David, estoy asustada. —Su voz sonaba quebrada por el llanto. Temblaba y le castañeteaban los dientes. La atraje hacia mí y no opuso resistencia. Besé su rostro húmedo y febril.

—¿Qué haré ahora? Dímelo, David —exclamó—. ¿Es esto el fin para mí?

—No hables así, Dios mediante, tú...

—Dios no existe. Nada existe. Todo es oscuro y desolado. David, me ahogo...

—Te dije que los bolcheviques eran asesinos.

—¿Quién no lo es? ¿En quién voy a creer? Si algo así pudo sucederle a Hertz, no quiero vivir. Si

esta noticia llega a Bella, la matará.

—No le digas nada.

—Los detenidos se enteran de todo. Ahora que han arrestado a Hertz, el paso siguiente será acusarlo de provocador, y dirán que hay otros provocadores dispuestos a traicionar a la gente honrada.

—No debes mezclarte con ellos.

—¿Con quién, entonces? ¿Qué esperanza nos queda? ¿La Declaración Balfour?

—No hay por qué esperar nada.

—Tú tal vez seas capaz de vivir así, pero yo no. Si debo abandonar la esperanza de que la justicia se imponga en este mundo, moriré. Hace horas que vengo pensando en ello. Hertz lo sacrificó todo por un ideal, y ahora esta catástrofe... Es insoportable. Morirá allí antes de que se descubra la verdad.

—Si su destino es vivir, vivirá.

—No creo en esas ideas sobre el destino. Veinte millones de personas murieron en la guerra. Veinte millones. ¿Estaban destinadas a morir? Centenares de miles de soldados de ambos bandos combatieron en Verdún. Sesenta mil murieron. Ciento veinte mil madres y padres recibieron la funesta noticia de la muerte de sus hijos. ¿Y qué hay de las esposas? ¿Y de los que murieron de tifus y cólera? ¿Y de los que sucumbieron al hambre? ¿Cómo no luchar contra un sistema que permite que estas cosas horribles sucedan?

—La revolución mató a tres millones.

—Esas muertes tenían algún sentido. Oh, será mejor que me calle. Si quieres seguir durmiendo, me iré.

—No, Edusha. Quédate.

Se tendió a mi lado, vestida y con los zapatos puestos. Su respiración era fatigosa, como si tuviese fiebre. Yo había perdido la noción del tiempo. Tal vez ya fuese medianoche. Notaba un vacío en el estómago, y las punzadas del hambre. No había cenado. Me sentía como una bestia en su guarida, o un hombre primitivo en su cueva, rodeado de animales salvajes, expuesto a la necesidad, la sed y la enfermedad, y al odio ciego de sus enemigos.

Pensé en mi ensayo *Spinoza y la Cábala*, y me eché a reír. ¿Qué Spinoza? ¿Qué Cábala? El *homo sapiens* se encontraba apenas en el comienzo de su evolución. Los Diez Mandamientos eran todavía un ideal lejano, tal vez inalcanzable. Mi madre había deseado que yo fuese rabino, un sabio varón del pueblo judío, el pueblo contra el cual se desataba un pogromo tras otro. Y bien, ¿acaso era más sensato ser un escritor de ese mismo pueblo?

Se me ocurrió que quizá no fuese mala idea abrir el gas y acabar con la vida de los dos. Pero yo tenía padres, y Edusha una madre, y además mi hermano acababa de llegar a Varsovia. ¡Vaya manera de darle la bienvenida! «Las fuerzas que gobiernan el universo —pensé—, ni siquiera le permiten a uno morir en paz». Le pregunté a Edusha qué hora era, pero se había dormido. La oí roncar brevemente, y luego suspirar.

Me levanté procurando no hacer ruido para no despertarla. Un poco de sueño era lo más parecido al consuelo que le quedaba a la gente como nosotros. Fui a la cocina de puntillas. Tal vez hubiera un

pedazo de pan en algún lado. A tientas busqué sobre el hule que cubría la mesa. Abrí en la oscuridad la puerta de un armario, pero sólo encontré platos de hojalata. En otro armario mis dedos tocaron una botella que olía a vinagre. Pero en el medio de la estancia, allí, sobre la mesa, resultó que había media hogaza.

Me senté en el sofá y comí, sin poder evitar sentirme un ladrón. Le debía a Edusha el alquiler y las comidas. Me resultaba difícil creer que esa misma Edusha había llegado sólo unas horas antes al Club de Escritores como una celebridad y que los escritores se habían apiñado en torno a ella.

Comí el pan hasta no dejar ni una miga, pero eso no hizo más que exacerbar mi hambre. Sentía las entrañas tan vacías como si llevase ayunando varios días. Me acerqué a la ventana y miré la pared desnuda. Durante un rato estudié los ladrillos preguntándome qué pensamientos tendría un ladrillo. Si uno toma a Spinoza literalmente cuando afirma que Dios es expansividad y pensamiento, incluso las cosas materiales deben de tener su «idea», su espíritu. El ladrillo no tiene ideas «ladrillescas»; sus pensamientos son los mismos que los de Dios. El problema es que el ladrillo es incapaz de contar nada.

Incliné a un lado la cabeza para ver el retazo de cielo que se divisaba sobre los techos. Divisé una estrella, y experimenté el mismo placer que si hubiera estado encerrado durante largo tiempo sin posibilidad de contemplar el cielo. Allí, sobre el techo de Edusha, pendía en el espacio un cuerpo celeste. No era un planeta, sino una estrella de color verde pálido, que brillaba y titilaba.

Mis ojos entraron en contacto con un sol que había existido durante cientos o tal vez miles de años antes de que su luz llegara a nosotros, aun viajando a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo. Me quedé mirándolo, bebiendo su luz con avidez. ¡Sí! ¿En qué piensas, estrella? Sin duda también tú tienes alguna clase de pensamiento en la cabeza, tú, que posees distancia, grandeza y perspectiva.

¿Por qué habían encerrado a Hertz Lipmann en la prisión de Lubianka? Y ¿por qué habían muerto esos soldados en Verdún? ¿Qué objeto tenía crear seres humanos si estaban destinados a acabar en medio de la sangre y el lodo? Dímelo, estrella. Puesto que yo te veo, tal vez tú me veas a mí. Seguí mirando hasta que la estrella se hundió detrás del techo. La Tierra hacía lo mismo de siempre: girar sobre su eje. No, no podía esperar que la estrella mantuviera una conversación con alguien como yo. Lo único que necesitan las estrellas es brillar y guardar silencio.

Me aparté de la habitación. Me dolía el cuello. Mi hambre se había aplacado un poco. Oí pasos era Edusha.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Edusha, he comido lo que quedaba de tu pan.

—Pobrecillo, olvidé prepararte la cena. No es culpa tuya. Te haré algo.

—No, Edusha, por mí no.

—Yo también estoy hambrienta. El estómago tiene sus necesidades. Aguarda, encenderé el gas.

No era muy tarde, sólo las doce y cuarto. La espita del gas arrojaba una luz amarillenta. Edusha preparó té y encontró más pan, un poco de mantequilla y queso. Nos sentamos a la mesa y comimos como un viejo matrimonio que hace mucho tiempo ha agotado todas sus palabras.

—¿Qué haré ahora? —dijo Edusha al fin—. No tiene sentido volver a trabajar en la mueblería.

—Pondrán en libertad a Hertz.

—No. Y aunque lo hagan, no permitirán que regrese aquí. O quizá sea él quien no quiera volver. Tal vez mi padrastro esté dispuesto a mandarme buscar. Pero ¿qué haría yo en Londres? Ya es bastante carga para él mantener a mis dos hermanas menores.

—Podrías ir a Palestina.

—¿De qué manera? Tu certificado ya ha sido asignado. Además, no tengo el menor interés en ir allí. ¿Por qué Palestina? ¿Porque el rey David combatió contra los fenicios hace tres mil años? Palestina no pertenece a los judíos sino a los árabes.

—¿Y adónde han de ir los judíos?

—Deben quedarse donde están. Si alguna vez logramos un mundo justo, habrá justicia para todos. Y si no lo conseguimos, tampoco Palestina servirá de nada.

Esa noche dormimos en la cama de Bella. Nuestra pasión estaba cargada de resignación. Edusha se apretó fuertemente contra mí. Estaba despierta, pero no hablaba. Así permanecimos durante horas, sin dormir, cada uno sumido en sus propios sentimientos. De pronto, una idea cruzó por mi mente, y dije:

—Edusha, no me preguntes cómo lo sé, pero estoy seguro de que tú y Stanislas Kalbe fuisteis amantes.

Edusha no contestó. Se apartó de mí y se acomodó en el borde de la cama.

—No tienes derecho a indagar en mi pasado.

—No, pero...

—¿Pero qué? Yo no te pregunto qué haces con Sonia o con esa otra mujer, ¿cómo es que se llama?, tu esposa ficticia.

—No, pero ¿a qué llamas amor? Dices que estás enamorada de Hertz Lipmann.

—Kalbe fue anterior a Hertz.

—Edek fue anterior a Hertz.

—Yo no amaba a Edek, no en la forma que amo a Hertz. ¿Por qué a los hombres se os permite todo y a las mujeres nada? Nosotras también somos de carne y hueso. Es así de simple.

—¿Cómo puede haber amor en tales circunstancias? ¿Cómo puede un hombre estar seguro de que es el padre de sus hijos?

—Lo sabe. Y si no lo sabe, mala suerte. La gente como tú no tiene por qué ponerse a predicar moralidad.

—Yo no predico, Edusha.

—Sí, lo haces. Aquí estás, durmiendo conmigo y despreciándome. ¿Quién creó todas estas leyes acerca del amor? La gente, no Dios. A Dios no le importaría que yo me acostara con todos los hombres de Varsovia. ¿Cómo iba a importarle, si no existe? Sí, tuve una relación con Stanislas Kalbe. Si no te gusta, puedes coger el primer tren de regreso a tu pueblucho y casarte con la hija de un rabino.

—¿Bella lo sabía?

—Bella hizo lo mismo que yo —repuso Edusha entre risas—. Será mejor que vuelva a mi habitación.

—Ve, ve, hombrecillo.

Me dirigí hacia mi habitación. Me había convertido en un hombre, pero sentía tantas náuseas que estaba a punto de vomitar. Me invadía un dolor y una repugnancia como jamás los había conocido.

Por primera vez comprendía el significado de la palabra «mancillado». Me tendí en el catre de hierro y me pareció oír la voz de mi padre que clamaba: «Judío pecador, maldito sea tu nombre! Esto es lo que ocurre cuando uno se aparta del camino del judaísmo. Eres peor que los gentiles. ¡Te maldigo! Ya no eres mi hijo, y yo ya no soy tu padre».

5

Al día siguiente llegué al Club de Escritores a la hora convenida pero no encontré a Getsl Slatkis, el director de la revista. El portero me negó la entrada, y ya estaba a punto de marcharme cuando Susskind Eijl me vio. Me dijo que estaba esperando a mi hermano y me hizo pasar con él.

La gente estaba almorzando, y vi las mismas caras y las mismas expresiones que la víspera. El compositor bizco roía nuevamente un hueso de pollo y un fideo colgaba de su barba negra. Pasamos al salón contiguo, donde Eijl pidió un almuerzo para mí. Uno de los escritores que el día anterior habían rondado a Edusha se acercó a la mesa y tendió la mano hacia mí.

Mi aversión hacia Edusha ya se había disipado, y después de una noche de sueño profundo desperté con una sensación de conquista. Había mantenido relaciones íntimas con una mujer. «Cualquiera sea la suerte que le aguarda a Edusha —me dije—, y aunque llegue a los cien años, jamás olvidará que alguna vez existió un David Bendiger». Mi romántica idea era que me había convertido en un ser inmortal. Si también se publicaba mi ensayo, me consideraría feliz.

De alguna manera, los dos hechos me parecían vinculados: aparecer en letras de imprenta y haber poseído a una mujer. No sé dónde había leído —en Schopenhauer, tal vez— que a través del sexo no hace contacto con la *Ding an Sich*, la materia prima de los fenómenos, la semilla de verdad oculta por las ilusiones del intelecto.

De camino hacia el Club de Escritores había hablado conmigo mismo como si estuviera discutiendo con alguien, quizá con mi padre.

«Yo no estuve en el monte Sinaí —argumenté—, y tú tampoco. Todo tu conocimiento procede de un viejo libro que alguien escribió y publicó. El mismo Talmud reconoce que los sabios intentaron imprimir el Libro de Kohelet. Aun si aceptamos que cada palabra de Torá es verdadera, nada se dice en ella del mundo venidero ni de resurrección de los muertos. Fueron agregadas innumerables le; y se hizo una montaña de un grano de arena».

Mi padre replicó: «Si te apartas un solo paso de esas leyes, te conviertes en un libertino, un disoluto, un asesino. ¿Quiénes son los comunistas judíos que mandaron fusilar a rabinos y comerciantes? ¿Acaso se trata de judíos piadosos? Algún día comprenderás la verdad. Sólo espero

que no sea demasiado tarde».

En ese momento Susskind Eijl dijo:

—Getsl Slatkis es un canalla. Le dice a un muchacho que venga a verlo, y luego no aparece. Mal tipo.

—¿Qué clase de revista es la que dirige?

—Puras tonterías, literatura barata.

—Supongo que se ha enterado de lo que le pasó a Hertz —dije, sin estar muy seguro de que conviniera mencionarlo.

Eijl se puso serio:

—Sí, me he enterado.

—¿Y qué opinión le merece?

—Es difícil decirlo. Uno nunca sabe qué está ocurriendo en ese país. Pero una cosa es clara: si no ha hecho nada malo, todo irá bien. En la Unión Soviética no se inventan acusaciones falsas contra nadie.

—A mí siempre me ha parecido un hombre decente.

—Sí, pero hay provocadores. Ah, aquí viene su hermano.

Aarón entraba en ese momento por la puerta. Por primera vez advertí lo raído que estaba su abrigo. Llevaba una gorra blanda, veraniega. Me pareció más delgado que el día anterior. Tenía las mejillas muy hundidas y el rostro pálido. El contorno del mentón se perfilaba con nitidez, como si fuese el de un muchacho. Para mí, Aarón siempre había sido el hermano mayor, el adulto. Sentía una admiración reverencial por su estatura, su inteligencia, sus vastas lecturas. Mientras yo asistía al *jéder* de Jaim Yonatan en el número 22 de la calle Twarda, mi hermano pintaba cuadros, publicaba un artículo en *El Mundo Judío*, iba a teatros y asistía a conciertos. Gente como Dinesohn, Levik Epstein o M. Y. Frayd lo invitaba a su casa. En el Club de Escritores, sin embargo, era un desconocido.

—¡Eh, Bendiger! —lo llamó Susskind Eijl.

Mi hermano nos vio y se aproximó.

Cuando se quitó la gorra, su cráneo desnudo me hizo recordar a los jóvenes que durante las epidemias de tiempos de guerra eran enviados a centros de desinfección donde les afeitaban la cabeza. En sus ojos azules había una mirada de orgullo, aunque también detecté una pizca de ansiedad.

—¿Dónde está Getsl Slatkis? —preguntó.

—Por lo visto el imbécil ha cambiado de idea —repuso Susskind Eijl.

—Bueno, no se pierde gran cosa. Esa revista es basura.

En ese preciso instante hizo acto de presencia Getsl Slatkis. Llevaba un abrigo suelto que semejaba una capa y un sombrero de fieltro de ala ancha, y portaba un bastón con empuñadura de plata. La corbata estaba un poco torcida. La larga cabellera que asomaba debajo del sombrero, el maletín que llevaba bajo el brazo, su rostro redondo, sus largas patillas, sus ojos muy abiertos tras los cristales de las gafas con montura de concha, todo ello expresaba un enorme deseo de respetabilidad mezclado con infantilismo. Me hacía pensar en un hijo único muy mimado al que, tras

acicalarlo, se lo manda a reunirse con los adultos.

Slatkis inclinó la cabeza y con una sonrisa de disculpa se acercó diciendo:

—Lo lamento de veras. —Su voz sonaba chillona y la mano que posó sobre mi hombro estaba húmeda. No sé por qué me imaginé un gato ahíto de ratones—. Permítame ver su manuscrito —añadió.

Saqué el manuscrito del bolsillo superior de mi chaqueta y se lo entregué. Slatkis resopló un poco mientras alisaba las páginas, enarcaba las cejas por encima de sus gafas y fumaba un cigarrillo. A medida que exhalaba anillos de humo, su expresión fue pasando de la concentración a la inquietud y la tristeza. Por un instante hasta creí ver en sus ojos lágrimas de desilusión. De vez en cuando se demoraba en una palabra.

Entretanto, Susskind Eijl me guiñó un ojo varias veces mientras hablaba con mi hermano sobre un escritor ruso que desempeñaba en el mundo literario el papel de una especie de santo varón judío. Después la conversación derivó hacia la antología que Eijl se proponía publicar en Varsovia, y que incluiría autores soviéticos. Los polacos habían encarcelado a varios escritores por actividades comunistas, pero al parecer aceptaban el comunismo en la literatura. En ese campo se aplicaban normas variadas. En las revistas de izquierdas aparecían artículos en los que se decía abiertamente que el sistema capitalista era decadente y criminal, que había fracasado, y que la única esperanza radicaba en el Este, en el Ejército Rojo y la Revolución. En esas revistas se descalificaba por completo el cristianismo, el judaísmo, el sionismo, el hebraísmo y a Israel en su totalidad. Hasta habían descubierto la existencia de un campesinado judío, pese a que muchos judíos eran comerciantes, comisionistas, intelectuales, y pertenecían justamente a las clases y los estratos que la revolución quería exterminar.

Mi hermano me dirigió una mirada interrogativa. Ambos habíamos escapado de un mundo de mentiras religiosas, sólo para caer en una red de mentiras seculares.

Tras vacilar por un instante, Getsl Slatkis dejó el manuscrito sobre la mesa. Para mí estaba claro que no le gustaba. Sus resuellos se parecían a los ruidos que hace un reloj de péndulo cuando está por dar la hora.

—¿Qué puedo decir, eh, eh? Un joven talentoso. Realmente notable, pero..., pero..., el estilo. Falta pulirlo. Tal vez si lo reescribiera y lo... puliera, por así decir. Además... —En ese punto Getsl Slatkis se interrumpió. Se frotó el pulgar con el índice, agitó la mano en el aire y guardó silencio. El peso de palabras inexpresables o inútiles lo oprimía.

—No importa —dije—. Gracias por leer mi ensayo. Sé que todavía me queda mucho por aprender y...

—La verdad es que me gustaría mucho publicar a un novato.

Necesitamos escritores jóvenes. La literatura los necesita. Pero vivimos tiempos muy especiales, y usted está..., no sé cómo expresarlo..., aferrado al pasado.

Susskind Eijl soltó una de sus características carcajadas. De inmediato encendió un cigarrillo, y tras dar una calada se dispuso a participar en un debate. Pero justo en ese momento anunciaron que lo llamaban por teléfono.

Mi hermano agachó la cabeza y dijo:

—No he leído el ensayo e ignoro su calidad, pero Spinoza no fue leninista, ni siquiera marxista. Y tampoco El Ari incitó a las masas a salir a la calle.

—Camarada Bendiger, perdóneme, pero está usted muy equivocado. Se puede escribir sobre el pasado, pero desde el punto de vista de un hombre moderno. Al fin y al cabo, han ocurrido algunas cosas en los trescientos años que nos separan de Spinoza. Le diré, camarada Bendiger, que tengo grandes diferencias con los comunistas, pero aun así es imposible negar que..., bueno, que la Tierra se ha movido. Nuevas fuerzas han emergido, hemos vivido esta última guerra y somos testigos del despertar de la conciencia social. Lo cierto es que los ojos del proletariado se han abierto. ¿Cómo es posible ignorar todo eso? En lo que respecta a la Cábala, es preciso abordarla desde una perspectiva adecuada. Ya nadie cree en Dios, en los ángeles o en las Sefirot y todas esas tonterías, y mucho menos nuestros lectores. Hay que comprender la época en que surgió la Cábala, y las condiciones que la originaron.

—¿Qué condiciones? —preguntó mi hermano—. La Cábala no apareció porque Ricardo Corazón de León haya querido conquistar Jerusalén.

—Usted nunca persuadirá a nadie de que la Cábala, o cualquier otro movimiento religioso, apareció como salida de la nada. No hace falta ser un historiador materialista para saber que las fuerzas económicas y políticas afectan las ideologías de todas las épocas.

—Ah..., esas frases me embotan el cerebro —dijo mi hermano—. Sigo sin ver qué tienen en común Napoleón y el predicador de Kuznits.

—No lo ve porque no quiere verlo. Yo mismo no pierdo oportunidad de subrayar que los comunistas exageran y que incluso interpretan de manera equivocada una serie de sucesos. Me opongo en especial al enfoque negativo con que abordan la historia judía. Usted, que acaba de volver de la Unión Soviética, sabe bien cómo me atacan allá. Prácticamente me consideran un fascista. Hace poco, en *La estrella de Jarko* me llamaron imperialista y me acusaron de ser la mano derecha de Mussolini... —Se echó a reír—. Y del mismo modo me critican los sionistas y los nacionalistas judíos. No, camarada Bendiger, es imposible hacer retroceder el tiempo, es imposible ignorar dos mil años de historia. Y usted, ¿es sionista?

—Si pudiera creer que a los judíos se les dará una tierra propia, sería un sionista ferviente.

—Nadie les dará nada. Son sueños absurdos, fantasías vacuas de una burguesía que ha perdido por completo el contacto con sus bases y construye castillos en el aire. Las masas judías permanecerán en los países donde se encuentran y se moverán junto con la gran corriente del progreso humano, a menos, por supuesto, que se produzca la llegada del Mesías. En ese caso, todos los judíos serán transportados a la tierra de Israel en una nube, ¡ja, ja!

—Señor Bendiger, lo llaman por teléfono.

Mi hermano se puso de pie, pero una mujer sentada cerca de la puerta dijo entre risas:

—No, usted no, el más joven.

Me levanté poco menos que de un salto mientras sentía que me ruborizaba. Sólo una persona sabía dónde encontrarme: Edusha. Estuve a punto de derribar la mesa.

Edusha me dijo que Dov Kalmensohn había llamado dos veces y quería que le telefonease de inmediato. También había llamado una mujer, Minna Ahronson.

—Supongo que es tu esposa ficticia, ¿no es cierto? —dijo Edusha, informándome e interrogándome al mismo tiempo. Su risa y el tono sarcástico de su voz eran a un tiempo íntimos y agresivos.

El recibir una llamada en el Club de Escritores me había llenado de confusión hasta el punto de dejarme medio sordo. Tuve que pedirle a Edusha que repitiera cada palabra. Estaba seguro de que los escritores que nos rodeaban se divertían escuchando la conversación.

Aquella mañana, durante el desayuno, Edusha me había atacado llamándome hipócrita, provinciano y no sé cuántas cosas más. Me acusaba, luego intentaba excusarse diciéndome que no era ninguna casquivana, pero que por sus venas no corría agua sino sangre. ¿Por qué a los hombres les estaba permitido revolcarse con cualquier mujerzuela? ¿Por qué cuando un hombre sucumbía a sus deseos nadie lo señalaba con el dedo? Todo surgía del concepto de que la mujer no es más que un objeto útil para el hombre, lo que constituía un sucio resabio del sistema capitalista, del feudalismo, de la Edad Media. Edusha reconoció también que nunca había amado de veras a Edek.

Me pregunté por qué se justificaba de ese modo, por qué le importaba tanto que yo pensara bien de ella. ¿Acaso nos encontrábamos en los comienzos de una relación amorosa?

Ahora, hablando por teléfono con ella en el club, sus palabras eran una mezcla de sinceridad y cólera. ¿A qué hora volvería? ¿Quería que me preparara la cena? ¿Quería que me esperase? ¿Se encontraba mi hermano en el Club de Escritores? «Si es así, que venga contigo. No hay problema. Os daré de comer a los dos». Mentí, diciéndole que mi hermano no estaba conmigo. Me habría resultado demasiado incómodo hablar con ella delante de Aarón. Le prometí que estaría de regreso para la hora de la cena. De pronto Edusha cambió de tono al pedirme: «Ven lo antes que puedas».

Cuando volví a la mesa me temblaban las piernas. Había fracasado con Getsl Slatkis, pero había triunfado en mis relaciones con una mujer. Susskind Eijl había dicho que podía conseguir que me admitieran temporalmente en el Club de Escritores. Y una vez que hubiese publicado una docena de trabajos, estaría en condiciones de solicitar mi ingreso como socio activo, y hasta era posible, ¿por qué no?, que Eijl incluyera mi ensayo en la antología que proyectaba. Tenía la sensación de que mi suerte había dado un vuelco favorable. En adelante sólo me sucederían cosas buenas. Lo único malo era mi timidez. Seguía asustándome la posibilidad de que Edusha se presentara en el club. También temía que mi hermano me interrogase acerca de mi relación con la muchacha.

¿Habría alguien capaz de comprender mi perplejidad? ¿Cómo describiría un escritor esas ansiedades ocultas? En los libros de medicina que a veces leía, las complicaciones personales se agrupaban bajo la denominación común de nerviosismo o neurastenia, y el tratamiento recomendado era la hidroterapia, el reposo campestre o la hipnosis. Sin embargo, mis mecanismos mentales eran tremendamente complicados y oscuros. Me dije que las emociones contienen una dosis mayor de

realidad que las «ideas adecuadas» a las que Spinoza dio el nombre de matemáticas y lógica. Las emociones constituyen la esencia de un ser humano, su alma. Si lo único que quedase después de la muerte fuesen las ideas adecuadas, eso significaría que no existe indicio alguno de la inmortalidad del alma.

Mi hermano estaba solo en la mesa. Me horadó con la mirada. Sentí que conocía mis pensamientos más secretos, mis debilidades y mi confusión. Pese a los años que me llevaba, éramos como esos mellizos idénticos que tienen una única psique.

Mientras yo hablaba por teléfono, alguien había puesto en marcha una victrola. El periodista de polainas claras y pantalón de raya perfecta bailaba nuevamente con la mujer de ojos de pájaro y nariz aguileña. Sonaba una canción descarada y chirriante. Yo no entendía la letra, que era en una lengua extranjera, pero parecía decir: «Despreciamos al mundo entero. Escupimos a Dios y a la humanidad. Hemos perdido toda vergüenza. Hemos vuelto a la desnudez del tiempo anterior a la Caída».

—¿Quién te ha llamado aquí, al Club de Escritores? —preguntó mi hermano.

—Es algo relacionado con mi certificado —mentí, ruborizándome.

—Siéntate. Ese Slatkis es un escritorzuelo que se ha trepado al carro triunfal de la revolución. Tú no tienes modo de saber qué está ocurriendo en Rusia. Lo que yo ignoraba es que la situación es la misma en Polonia. —Su tono cambió bruscamente—. Contaba con encontrar trabajo aquí. No puedo seguir por más tiempo en casa de los Tsinamon. Ni siquiera tienen suficiente espacio para ellos. Debo encontrar alojamiento en alguna parte. Si no...

Se interrumpió de golpe. Era la primera vez que me hacía una confidencia, y eso hizo que me sintiese incómodo. Dije:

—Susskind Eijl habló de organizar para ti una velada benéfica —dije.

—¿Qué se gana con eso? Ahora somos tres de familia. No sé, tal vez debería informar a nuestros padres de mi situación. No me extrañaría que mamá viniese a Varsovia, y en ese caso, ¿dónde la alojaría? Cuéntame qué es de la vida de ellos. ¿Cómo es que papá fue a parar a Galitzia?

—Llegó a Byaledrevne en 1918. Para entonces el abuelo ya había muerto. El tío Gabriel se había ordenado rabino y para papá no había posibilidad de trabajo. Encontró una vacante en un pueblo pequeño, poco más que una aldea.

—¿Estuviste allí?

—Sólo un día. Chapotean en el barro. Todos ellos son seguidores del *rebbe jasid* de Beltz.

—Por lo que veo, nada ha cambiado aquí. Pero en Rusia hay otra clase de fanatismo. ¿Te has enterado de lo que ocurrió en Ucrania?

—Sí, los pogromos de Petliura.

—Pues yo viví todo eso. Las bandas, los saqueos, los vejámenes. Todo el mundo la emprendía contra los judíos. Cualquiera que tuviese manos y pies los usaba como armas contra ellos. Es un milagro que los judíos sobrevivieran. Hemos pagado el precio más alto por la revolución. Más tarde, los comisarios judíos disparaban contra nuestra gente sin el menor reparo. A las pandillas juveniles se les concedió poder ilimitado, y lo usaron para dar rienda suelta a su odio antisemita.

—Sí, lo sé.

—No, no lo sabes. No puedes saberlo. Un judío del servicio secreto, la Cheka, es tan perverso

como cualquier matón ucraniano. A muchos judíos se los arrastró ante el pelotón de fusilamiento por haberse puesto filacterias o por vender telas. ¿Qué iban a hacer? ¿Trabajar en fábricas en sus últimos años? ¿Trabajar durante el *shabbat*? Yo intenté decir algo, pero suponía un riesgo enorme. Apenas puedo creer que consiguiese salir vivo de allí.

Aunque lo que contaba mi hermano era muy doloroso, experimenté ante sus palabras un orgullo infantil: Aarón me hablaba como a un igual.

—Te queda la opción de ir a Palestina —comenté.

—¿Qué haría yo en Palestina? ¿Convertirme en agricultor a mis treinta años? Además, nadie me ha dado un certificado. Tengo esposa y un hijo pequeño. En Rusia, Ida trabajaba en un hospital, pero aquí es difícil encontrar empleo. No dispongo de pasaporte ni de documentos. Ni siquiera estoy en condiciones de solicitar un trabajo.

—Conozco a un gestor que seguramente te conseguirá cuanto necesitas.

—¿Con qué iba a pagarle? Y ¿qué pasa con tu certificado? ¿De veras piensas convertirte en un *jalutz*? Por cierto, ¿cómo lo obtuviste?

Le di a mi hermano todos los detalles, y él me escuchó meneando la cabeza, mientras jugueteaba con una cuchara colocándola en equilibrio sobre el borde de un cenicero.

—Tal vez llegue a convertirse en tu verdadera esposa —dijo.

—Imposible. Está locamente enamorada de su novio, Zbigniew Shapira.

—¿Qué piensas hacer en Palestina?

—No lo sé.

—No tienes buen aspecto. ¿Acaso estás anémico?

—No, es mi color natural.

—¿Vas al médico alguna vez?

—No.

—Supongo que papá ya estará canoso.

—La última vez que lo vi sólo tenía unas hebras grises en la barba.

—¿Qué edad tienen nuestros padres ahora? En Rusia, a los judíos de la edad de papá los arrestaban y los fusilaban. O los metían en prisión junto con matones y asesinos, todo en nombre de Karl Marx y Lenin. Nunca hubiera creído que los judíos se mostrarían tan sedientos de sangre.

—Por lo menos esa clase de judíos.

—¿Cuál es el sentido de ser escritor? Escribir ¿para quién? Cada vez que cojo la pluma, vuelvo a dejarla. Y pensar que aquí los jóvenes se dedican a comparar sus respectivos talentos. Y todos son fervorosos izquierdistas. Fíjate en ese Slatkis. Según me informan, tiene varias propiedades en Varsovia. Es un hombre rico. Susskind Eijl es un buen tipo. Quiere ayudarme, pero también es uno de ellos.

—En provincias lo adoran.

—¿Qué otra cosa esperar de esos jóvenes de pueblos pequeños? Los polacos no quieren saber nada con ellos. Todo el mundo los rechaza. Vivir perpetuamente como una minoría es imposible. Al cabo de dos mil años, el problema es más agudo ahora que en tiempos del Imperio Romano. Venga, vamos, la familia de Ida me espera a cenar.

Abandonamos el Club de Escritores y echamos a andar en silencio.

Las calles estaban llenas de mendigos, inválidos y judíos encorados de abrigos raídos. Más que caminar, parecían arrastrarse con sus botas remendadas. Sus ojos preguntaban al mundo: «¿Adónde irá el judío?».

Al pasar por delante de la sinagoga de Aarón Sardiger percibimos un murmullo apagado y un olor a trapos viejos y orina rancia. Una campana sonó en la iglesia de Gushibov llamando a los fieles a misa, tal vez a un servicio fúnebre. Una tristeza callada se cernía sobre la ciudad. La nieve derretida se había transformado en lodo. Un caballo que arrastraba un carro cargado de toneles cayó al suelo. Mujeres con la cabeza envuelta en chales voceaban su mercancía: «¡Habas alientes!». «¡Pudín de patata!». «¡Guisantes con pimienta!».

—¿Cuánto tiempo más puede durar esto? —dijo mi hermano—. Bueno, cuídate —agregó tendiéndome la mano.

Casi sin darme cuenta, lo había acompañado hasta la calle Panska. Caía la noche. En las ventanas de las decrepitas casas comenzaban a encenderse las lámparas de gas. En tiendas pequeñas y oscuras los comerciantes pesaban patatas, cebollas y mantequilla. Junto con la melancolía del anochecer, sentí una punzada de hambre. Miré alrededor en busca de una salchichería o una farmacia con teléfono, pero cuando al fin logré comunicarme con la oficina del jalutz, me informaron de que Dov Kalmensohn se había marchado. Llamé a los Ahronson, y estaba a punto de colgar cuando contestó Meir Ahronson, con un murmullo apagado.

—¿Quién habla?

7

—Señor Ahronson, soy David, David Bendiger —me anuncié alzando la voz como suele hacerse al hablar con un sordo.

—¿Quién? ¿Quién habla? —repitió Meir Ahronson. Era evidente que lo había despertado.

—Discúlpeme. No creí que estuviera durmiendo tan pronto. Soy David Bendiger, el profesor de hebreo de su hija. —Estuve a punto de agregar: «El marido ficticio de su hija».

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó tras una pausa.

—Me han dicho que su hija me buscaba. ¿Puedo hablar con ella?

—¿Que lo buscaba? ¿Y para qué? Hoy es día de duelo en esta casa. *Tisha Bov*.

«El viejo se ha vuelto loco», pensé, pero dije:

—Si Minna está en casa, llámela, por favor.

—No sé, iré a ver. Todo ha terminado. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Bendiger.

—Sí, claro. Bueno, iré a ver.

Esperé largo rato. Me pareció oír las gastadas pantuflas de Ahronson. Después se produjo un silencio absoluto. Se ha vuelto senil, pensé. Me disponía a colgar cuando oí un resoplido, golpes y un ruido como si alguien moviese una silla, tras lo cual me llegó la voz de Minna. Casi no la reconocí. Era tan baja y débil como la de su padre.

—*Tak* —dijo con esa mezcla de cansancio y malestar de alguien a quien acaban de arrancar del sueño.

Procuré disculparme:

—Minna, me dijeron que quería hablar conmigo. Espero no haberla molestado.

Tras una larga pausa, Minna dijo blandamente, con voz sin energía:

—¿Dónde está? Quiero verlo, pero no aquí. ¿Puedo ir a su casa?

—¿A mi casa? Vivo en una habitación oscura. Además...

—Bueno, entonces venga aquí. Mi madre no se encuentra bien. Tal vez podamos ir juntos a algún lado.

—De acuerdo. Voy enseguida.

Salí del bar desde donde había hecho la llamada, seguí hasta el final de la calle Leszno y giré en la calle del Hierro. Soplaban un viento húmedo, gélido y penetrante. Me levanté el cuello del abrigo y metí las manos en los bolsillos. La madre de Minna debía de estar muriéndose. Recordé la última vez que había visto a la señora Ahronson; me estudió a través de sus impertinentes y advertí el color amarillento de su tez. Las palabras dolidas de mi hermano, el frío, las lúgubres lámparas que esparcían una luz brumosa, el cielo plomizo e inerte, todo ello me afectaba profundamente. El viento me azotaba la cara, se me colaba por debajo de las mangas y del cuello, subía por mis piernas a través de los pantalones.

Me pregunté si estaría enfermándome. Eché a correr y me di cuenta de que tenía los zapatos gastados, a pesar de que sólo dos meses atrás el zapatero Rafel le había puesto medias suelas y tacones nuevos. «La vida no tiene sentido —pensé—, y es absurdo aferrarse a ella».

Subí la mal iluminada escalera y llamé a la puerta, pero nadie acudió. ¿Habría muerto la señora Ahronson? La idea me infundió miedo. Desde aquella noche en que Binyomin y yo velamos el cadáver de la joven en la clínica, mi temor infantil a la muerte había retornado. Volví a llamar, oí pasos, y la puerta se abrió. ¡Era la señora Ahronson! Su cara se veía macilenta y me miró con una expresión de muda acusación.

—Su hija me ha pedido que venga —dije.

—Bien. —La señora Ahronson señaló una puerta que yo no había visto. A Minna le habían asignado otro cuarto. En el enorme y desierto pasillo ardía una solitaria lámpara, destinada tal vez a los posibles inquilinos que venían a ver las habitaciones.

Llamé a la puerta que me indicó la madre de Minna, y como no obtuve respuesta, la abrí. Ví a Minna sentada en un sofá, rodeada de mantas. Había una mesa de cocina y pilas de libros en el suelo. Una cortina verde cubría la ventana, sumiendo en sombras la habitación. Saludé a Minna, pero no me respondió.

—Minna —dije—, si le molesta mi presencia volveré mañana por la mañana.

—No me molesta. Al fin y al cabo, fui yo quien le pidió que viniera. Aquí tiene una silla,

siéntese.

Era una silla de mimbre, de las que se usan en las casas veraniegas. Me senté. Minna me miró con una expresión extraña, propia de quien está por estornudar o por contar un chiste.

—No tendría que haberme conocido —dijo—. Traigo mala suerte.

—¿Qué ocurre?

—Zbigniew Shapira se ha casado con otra.

Me quedé de piedra. Minna tenía una palidez enfermiza, pero sus ojos sonreían y en su boca se insinuaba una mueca burlona. Pese al nudo que me cerraba la garganta, conseguí preguntar:

—¿Está segura?

—Sí.

—Ah...

Permanecimos un momento en silencio. Los ojos de Minna se habían ensombrecido y sus labios temblaron al decirme:

—Lamento haberlo arrastrado a este atolladero, pero en realidad lo esencial de nuestra situación no cambia. Sigo pensando en ir a Palestina, y le aseguro que en cuanto llegemos le devolveré su libertad. Aun así, me ha parecido que correspondía ponerlo al corriente de la verdad. De todos modos, se habría enterado usted por mi padre, que es incapaz de ocultar nada. Por supuesto, él y mi madre se oponen a que me vaya, pero soy mayor de edad y no pueden obligarme a nada.

Bajé los ojos, turbado por la situación vergonzosa en que se encontraba Minna y asombrado por las sorpresas que seguía deparándome la suerte. Apenas pocos días atrás, Minna me había dicho que Zbigniew Shapira era su mayor consuelo, la única luz en la oscuridad que la rodeaba. Recordé las palabras de Meir Ahronson: «Hoy es un día de duelo en esta casa».

Sabía que no debía pronunciar las palabras que estaba por decir, pero un impulso perverso me impidió contenerme:

—¿Qué hará en Palestina ahora? —Era consciente de que se trataba de una pregunta indiscreta, casi grosera.

—Conseguir una pistola y matarlo —repuso enarcando las cejas.

—No, Minna. Usted es una mujer judía respetable.

—¡Ja! ¿De qué manera soy judía? De ninguna manera. Pero eso no lo afectará a usted. Nadie le culpará por mis pecados.

—Si de verdad habla en serio, no puedo llevarla conmigo —dije, sorprendido por mis propias palabras.

—Ésa es una respuesta típicamente judía. No tenga miedo, no lo mataré. De todos modos no estará allí, pues se ha casado con una rica turista inglesa. Mi padre es un hombre terrible, pero predijo que me encaminaba al desastre. Me imagino lo que pensará usted de mí, después de todo lo que hablamos.

—Minna, usted es una de las mujeres más nobles que he conocido. —Era como si otra persona hablara por mi boca—. Se dice que Dios castiga a quienes ama, y tal vez... —Me interrumpí.

—Pues entonces Dios debe amarme mucho —apuntó Minna con una sonrisa.

—Sí.

—Tonterías, tonterías. No lo he mandado llamar para que me haga cumplidos, aunque se los agradezco. Ah, ese hombre me ha herido de muerte, y ni siquiera soy capaz de odiarlo. Es mi destino. Véalo de este modo: dos náufragos se encuentran solos en una isla y uno de ellos está destinado a morir asesinado. Aunque el otro no sea por naturaleza un asesino, matará a su compañero pues sabe que el destino así lo ha determinado. Para usted las cosas no cambian por el hecho de que yo esté casada o no. Mientras siga pagando sus gastos, nuestra situación permanece igual. Pero quiero oírsele decir a usted, a fin de que más adelante no haya malentendidos.

—Por supuesto. La persona que conozco es usted, no Zbigniew Shapira.

—Tiene una manera graciosa de pronunciar el nombre Zbigniew. Tal como lo hace, suena a yiddish. Sí, claro, a usted le da lo mismo lo que yo haga una vez que llegemos a Palestina. En todo caso, de lo que no hay duda es de que no puedo quedarme en Varsovia. ¿Cuándo habló por última vez con el gestor?

—Debo llamarlo por teléfono mañana. Mi pasaporte está listo. Sólo tengo que ir a buscarlo.

—Bien, no hay nada más que yo pueda hacer en este momento. Pero en cuanto tenga el pasaporte y el visado, nos iremos. No llevaré equipaje. ¿Sabe de alguien que quiera comprar mi ajuar de novia? Les rogué a mis padres que no gastaran dinero en prendas extravagantes. Es como si hubiera tenido la premonición de que todo el asunto era una burla. Me parece que ya le hablé de esto alguna vez, ¿o me equivoco?

—Sí, Minna, lo mencionó usted.

—Tal vez haya un profeta dentro de cada uno de nosotros, pero solemos hacer oídos sordos a sus advertencias. Mientras me probaba mi traje de novia, una voz interior me preguntaba: «¿Por qué, Minna? ¿Por qué? Jamás te casarás con él». ¿No es extraño? Yo no tenía manera de saberlo. Si mis padres hubieran reservado dinero para pagar los impuestos, el gobierno no se habría llevado nuestros muebles. Lo único que dejaron fue estos trapos. Todavía pienso que Zbigniew Shapira es un hombre interesante, pero también un egoísta y un charlatán. No me arrepiento de nada, absolutamente de nada. Ni siquiera lamentaría que me hubiese dejado embarazada. ¡Ojalá lo estuviera! Y bien, así están las cosas: iremos a Palestina. De regreso a la tierra del abuelo Abraham. ¿Es cierto que su hermano ha vuelto de Rusia? ¿Por qué no me lo ha dicho? Lo he sabido por la mujer que le alquila la habitación. Supongo que es su amante. ¿Por qué lo ha mantenido en secreto? ¿En qué puede perjudicarme que su hermano esté aquí?

No supe qué decir.

—A su manera —prosiguió Minna—, usted se parece un poco a Zbigniew Shapira. Sí, acaba de ocurrírseme, en este momento. —Se rió, y el placer de su descubrimiento le hizo brillar los ojos.

El espíritu maligno que habitaba en mi interior me indujo a decir:

—Sí, pero fue conmigo con quien estuvo usted bajo el palio nupcial.

—No sea estúpido —espetó, con expresión súbitamente seria.

Mi pasaporte me aguardaba en la oficina gubernamental, pero se produjo una demora. Necesitaba un certificado de la agencia tributaria que demostrase que estaba al día con mis impuestos. El cónsul inglés exigía también la presentación de un certificado de buena conducta. Yo sospechaba que Barish Mendl había provocado el retraso para sacarnos más dinero. Se expresaba de forma confusa, con voz nasal, y su aire taimado inspiraba desconfianza. Pero tal vez sólo fueran imaginaciones mías. Minna había cometido el error de pagarle por adelantado. El hombre estaba enredado en alguna clase de especulación: lo había oído disculparse por teléfono prometiendo el pago de una deuda importante. Hablaba una mezcla de yiddish y polaco mientras daba largas caladas a un cigarrillo que dejaba en equilibrio sobre el borde del cenicero. Regañaba a su esposa, y en una ocasión, de las muchas en que su hija se presentó para pedirle dinero, exclamó: «¡Yo no tengo una fábrica de billetes!». Ella salió de allí con su andar gatuno, echándole una mirada de desprecio.

En esos momentos mi hermano estaba viajando por varias ciudades de Galitzia, en las que daba conferencias y ofrecía lecturas de sus obras. Susskind Eijl, por su parte, le había pasado algunos trabajos de los que no tenía tiempo de ocuparse. El hecho de que Aarón acabara de regresar de Rusia le confería cierto prestigio entre la gente de izquierdas. Ida, mi cuñada, había encontrado empleo en una clínica. Edusha trabajaba en la mueblería y no estaba en casa en todo el día.

Llamé por teléfono a Sonia, quien me contó que el cortador de polainas con el que había salido varios sábados por la tarde acababa de proponerle matrimonio. Había comprado una máquina de coser en Varsovia y pensaba abrir su propio taller en la pequeña ciudad de la que ambos provenían. Sonia se embarcó en un largo monólogo:

—¿Qué sentido tiene seguir con mis amos y dejar que mi pelo encanezca mientras tanto? Los años pasan. Me gano la vida, pero ni siquiera tengo una habitación propia. Mis amos siguen tratándome como a una sirvienta. Hace nueve años que vivo en Varsovia, ¿y qué he conseguido? Los hombres de esta ciudad pretenden dotes enormes, y la verdad es que no he ahorrado ningún dinero. Mendl me dará un hogar; quiere tener hijos, llevar una vida normal. Pero... no estoy enamorada de él. Es un hombre agradable, pero blando, y no para de quejarse. Habla por los codos y zumba como una abeja. Por otra parte, me he acostumbrado a la gran ciudad. Cuando pienso en la plaza del mercado desierta y las calles sin pavimentar, se me cae el alma a los pies. Apenas terminado Purim el pueblo se convierte en un lodazal en el que uno chapotea hasta Shevuoth. Por las noches se encienden lámparas de queroseno. Después de casadas, las chicas se convierten en matronas que hablan mal las unas de las otras. ¿Qué queda, entonces?

—¿Qué harás, Sonia?

—No lo sé, David. Mendl me pide una respuesta clara, pero yo le estoy dando largas. No puedo enterrarme en ese pueblo. Si es preciso sufrir, más vale hacerlo en tierra judía y por un ideal.

—¿De veras quieres ir a Palestina?

—Tal vez puedas conseguirme un certificado. Preferiría una aldea antes que un pueblo pequeño.

—Sonia, sabes que no tengo ninguna influencia.

—Haré lo que sea: ordeñar vacas o trabajar para los *jalutzim*. David, quiero pedirte una cosa, pero prométeme que no me dirás que no. Quiero que conozcas a Mendl y me digas qué opinas de él. Hay momentos en que me parece bastante simpático, pero de pronto lo veo terriblemente provinciano y tonto. Lee literatura yiddish y repite lo que lee. Palabras extranjeras. Cuando empieza una conversación nadie sabe dónde irá a parar. Es deplorable. Quiere que se lo considere actualizado y ni siquiera se atreve a ponerse un sombrero moderno, sino que lleva un sombrerito judío encasquetado en lo alto de la cabeza. Antes de sentarse, saca un pañuelo del bolsillo y le quita el polvo a la silla. Se ha hecho colocar tres dientes de oro, que cada vez que abre la boca me encandilan. Habla todo el tiempo de su padre, un hombre enfermo. ¿Cuánto puede decir un hombre acerca de su padre? Es imprescindible que yo le caiga bien a éste. En caso contrario, no hay matrimonio.

—No, Sonia. No es un hombre para ti.

—¿Cuál lo es, entonces? A la tienda donde trabajo sólo vienen mujeres. Si sigo esperando, todo lo que conseguiré serán arrugas y canas.

Le prometí que me reuniría con ella y su cortador de polainas. Tras colgar el auricular empecé a pasearme entre la cama donde dormía Edusha, y en la que antes había dormido Bella, y la ventana que daba a la pared de enfrente. Me había convertido en todo un dueño de casa, y me preparaba té en el infiernillo cada vez que lo deseaba. Si sentía hambre, abría el armario de la cocina, donde encontraba pan, o mantequilla, o algún terrón de azúcar. Había dejado de llevar la cuenta de las comidas que debía y del tiempo que no pagaba el alquiler.

Volví a mi habitación y encendí la luz de gas. Los libros abandonados por Stanislas Kalbe seguían en los estantes: textos de cálculo integral y diferencial, geometría analítica, trigonometría, física. Kalbe se había graduado en el Politécnico de Varsovia, se había acostado con Edusha y con Bella, y después había aceptado un empleo en Danzig. Por lo visto, allí se había casado con una joven rica. Yo le guardaba rencor porque me estaba comportando igual que él.

Su nombre me sonaba brutal: Kalbe. Y ¿por qué había de llamarse Stanislas un judío? Odiaba sus libros, que me resultaban incomprensibles y ostentaban en la primera página el nombre de su dueño. Para fastidiarme, Edusha hablaba de él constantemente. Stanislas la llevaba a la ópera, donde se sentaban en un palco, al café Zemianski, al café Europeiski. En una ocasión hasta la había llevado a las carreras. Aunque a Edusha le encantaba hablar de la redención del proletariado, se conducía como una burguesa y obviamente la complacía que Kalbe tuviera un padre rico. «Aunque estuviese enamorado de Edusha, no me casaría con ella —me dije—. Que se consiga otro Hertz Lipmann».

Revisando los cajones de la cómoda de Edusha encontré un álbum de fotografías. En una de ellas aparecía Stanislas Kalbe entre Edusha y Bella, rodeando con sus brazos los hombros de ambas

Tenía el cabello rizado y cara cuadrada y había en sus rasgos una vulgaridad que se manifestaba en la sonrisa descarada, la nariz ancha, los labios gruesos y el mentón hendido. Me invadió una oleada de asco hacia Edusha y juré que no volvería a hacerle el amor. Con ayuda de Dios saldaría mi deuda con ella, incluidos los intereses.

Comencé a planear una novela. Era imposible ganar dinero escribiendo ensayos sobre Spinoza, pero una novela de éxito quizá me transformase en un hombre rico. No era necesario que fuese larga —cien o ciento cincuenta páginas bastaban—, aunque debía ser tan emocionante que el lector la leyera de un tirón. Debía haber una dosis de amor, aunque no necesariamente el amor de un hombre hacia una mujer. ¿Dónde estaba escrito que un hombre sólo amaré a una única mujer? ¿Por qué no escribir una novela en la que un hombre estuviese enamorado de dos mujeres, o incluso de tres? Eso sería algo nuevo en la literatura. O también podía tratar de una mujer que amaba a varios hombres. Ni Sonia, ni Edusha, ni siquiera Minna eran modelos adecuados para la heroína de una novela semejante, y, sin embargo, no dejarían de reconocerse en ella. Tampoco estaría bien que fuese yo el protagonista. Debía ser un hombre maduro, un experto donjuán como Zbigniew Shapira. Sí, ésa era una buena idea.

Tenía una libreta sobre la mesilla de noche; cogí la pluma y la cinta de Edusha, y comencé a escribir. Después de rellenar una página, me sentí insatisfecho con el resultado. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de Zbigniew Shapira? ¿Qué sabía de las universidades o el ejército? ¿Cómo iba a ponerme en la piel del héroe yo, que no poseía en este mundo ni un mendrugo? Cuando releí lo que había escrito, rompí la hoja de papel y la arrojé a la taza del váter.

Me recosté en el sofá y bostecé. Hacía frío en la casa y me estremecí. ¿Cómo era posible escribir con las manos heladas? También sentía hambre. En lugar de concentrar mis pensamientos en el trabajo, fantaseé con un plato de gachas de avena con guisantes, setas y patatas. Me parecía percibir el aroma de albóndigas y pan fresco procedente de los apartamentos vecinos.

Cerré los ojos y permanecí tendido en esa oscuridad que yo mismo había creado. ¿Por qué no morir y poner fin a aquel tormento? Invoqué al Nirvana, a la muerte, al *bitul eivrim*, la detención de los miembros, como la llaman los *jasidim*. Deseaba penetrar en una esfera donde no hubiese angustia, ayer ni mañana. Quería retrogradar, introducirme en una parte de los elementos que me constituían. Me adormecí, y soñé con cosas para las cuales no existen palabras ni conceptos. Me convertí en una criatura que se estiraba como la goma: en parte resorte, en parte pulmón, en parte miedo, en parte lenguaje. Me transformé en un ente desconocido, tal vez un embrión en proceso de crecimiento.

Un ruido me despertó.

Edusha había abierto la puerta del apartamento con su llave.

—De modo que pierdes tus días durmiendo —dijo mientras entraba.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo?

—Ah, el trabajo. Parejas que vienen a comprar camas y colchones pensando que las cosas serán como antes. ¿Y tú? ¿Cuándo te marchas a Palestina?

—Aún no lo sé. Tengo el pasaporte.

—¿Y qué hay de tu dama? ¿Qué sentido tiene el viaje para ella?

—Yo ya no entiendo nada, Edusha.

—Lo que te hace falta es hacer algo. Un escritor debe escribir, no dormir. ¿Qué libro es ése? Oh, *Geometría analítica*. ¿Entiendes algo de esas cosas?

No le contesté. No recordaba haber llevado el libro conmigo a la sala. En los últimos tiempos hacía muchas cosas de forma mecánica. Edusha se paseaba nerviosamente de un extremo al otro de la habitación.

—¿Ha traído alguna correspondencia el cartero? —preguntó.

—Nada.

—¿Qué le estarán haciendo a Hertz? No es un provocador. Los provocadores no pasan meses encerrados en cárceles polacas. Y si Hertz es un provocador, ya no se puede creer en nadie. Le he escrito una carta al cónsul ruso, pero no ha respondido. Ven, ayúdame a preparar algo para comer.

Fui con ella a la cocina. Edusha puso arroz a cocer. Había comprado carne picada y me pidió que cortara cebollas.

—Adivina con quién me encontré hoy en el tranvía.

—No tengo idea.

—Con Edek. Ha aumentado de peso. ¿Cómo habrá hecho para engordar en tan poco tiempo? Es extraño. Teníamos una relación bastante estrecha, pero hoy me ha parecido que estaba frente a un desconocido. ¿Es posible que alguien se vuelva tan frío y distante?

—Por lo visto, sí.

—No, nunca lo amé. También es culpa tuya.

—¿Culpa mía? ¿Por qué?

—Ya no hay nada que hacer. Una se acostumbra. Si aquella tarde tú no hubieras venido a alquilar la habitación, yo no me habría enterado de que existías. Ahora que tu hermano está en Varsovia, más tarde o más temprano terminarás en el Club de Escritores. Hoy he hablado por teléfono con Susskind Eijl. Te ha mandado saludos. Está convencido de que tú y yo somos novios. Qué absurdo.

—¿Qué dice acerca de Hertz?

—Ah, guarda silencio, igual que los demás. Sus buenos camaradas ya lo han olvidado. Como si nunca hubiera existido. ¡Como si hubieran liquidado!

Shoshana nos consiguió a Binyomin y a mí un trabajo de embaladores en una mercería que había cerrado tras la muerte de su dueño. Apilábamos los bultos en una carretilla y los llevábamos al apartamento de la viuda. Era un trabajo duro, y para colmo despertamos las iras de los porteadores profesionales, que nos atacaron acusándonos de quitarles el pan. Un porteador arrojó uno de nuestros bultos al arroyo y Binyomin tuvo que llamar a la policía. Varias mujeres que presenciaron la escena

se pusieron de nuestra parte e increparon a los porteadores diciéndoles que éramos *jalutzim* y que hacíamos aquello para ayudar a una viuda.

Dada la rapidez con que debíamos trabajar, me cansé muy pronto. A pesar del frío, estaba bañado en sudor. Binyomin se rió de mí y unas muchachas me gritaron: «Más vale que vuelvas a tu sinagoga». No me había percatado de que fuera tan débil. Mi corazón latía enloquecido y mis manos parecían paralizadas. Me tambaleaba al caminar.

—¿Qué harás en la Tierra Prometida? —me preguntó Binyomin—. ¿Rezarás ante el Muro de las Lamentaciones?

Trabajamos todo el día. Cuando llegó el momento de recibir nuestra paga, la viuda nos dijo que no tenía dinero. Había tenido que satisfacer una letra que su esposo, «que en paz descanse», había firmado sin informarle a ella. Nos dijo que volviéramos después del *shabbat*. Binyomin me pidió que lo acompañara al comedor de beneficencia, pero me excusé, pese a que estaba hambriento. Mi fatiga era tan grande que se me cerraban los ojos. Tenía que acostarme. Lo único que podía hacer era regresar a la casa de Edusha en la calle Leszno.

De camino hacia allí, empecé a sentir una presión en el pie izquierdo, como si el cuero raspara el talón. Puse un pedazo de papel dentro del zapato, pero eso sólo sirvió para empeorar las cosas. Me detuve en un portal y eché un vistazo al zapato, pero no advertí nada extraño. El mismo zapato que durante esos largos meses me había dejado en paz, se convertía de pronto en un arma mortal. Debajo de la media sentía el talón en carne viva. Con cada paso que daba veía las estrellas.

Abrí la puerta, y desde el pasillo a oscuras me llegó un golpe de aire frío que olía a gas, moho y ropa sucia. Edusha aún no había vuelto del trabajo. Busqué cerillas para encender el gas, pero no las encontré. Me quité el zapato y, con el abrigo puesto, me tendí en el sofá. El cansancio hizo que me adormeciera casi de inmediato, pero el frío me despertó una y otra vez. Había una corriente de aire en la sala, como si alguien hubiese dejado abierta una ventana o se hubiese roto un cristal. Descansé una hora, pero las rodillas seguían doliéndome. Mi debilidad me asombraba.

«¿Seré de verdad tan enfermizo? —pensé—. En tal caso, desperdiciaré un certificado que permitiría entrar en el país a alguien capaz de ser útil a la tierra de Israel. Por otro lado, si voy a Palestina es muy probable que me muera de hambre allí».

Estaba claro que me había resfriado. Primero tuve escalofríos, después, fiebre. Mi nariz estaba tan tapada que apenas si conseguía respirar. Mi pañuelo estaba húmedo y sucio. Quise quitarme la media, pero parecía pegada al pie. Hacía varios días que no movía los intestinos y sentía el vientre hinchado y duro. ¿Era posible semejante estreñimiento? De pronto caí en la cuenta de que desde que vivía en aquella casa había evitado ir al lavabo, pues la presencia de Edusha aún me turbaba.

Sentí un dolor en el costado. Pensé en tratar de hacer de vientre, pero para eso habría tenido que levantarme, y la oscuridad me asustaba. Ví ante mí el rostro de la joven muerta cuyo cadáver habíamos velado Binyomin y yo. «¡Oh, Dios! —exclamé—, esto es el fin».

Oí girar una llave en la cerradura. Sabía bien que era Edusha, pero ¿y si se trataba de la mujer muerta, que venía a amenazarme? Ve incorporé y agucé el oído.

—¿Eres tú, Edusha? —pregunté.

—¿Por qué no has encendido el gas? —dijo ella desde el pasillo.

—No consigo encontrar las cerillas.

—Están en la cocina.

Sí, era Edusha, aunque su voz sonaba extraña. No abandoné el sofá hasta que ella encendió el gas de la cocina, entró en la sala y le dio al interruptor de la luz. La vi frente a mí con su abrigo viejo (el nuevo lo reservaba para las grandes ocasiones) y un sombrero que semejaba una cacerola del revés. Vi una mancha de tizne en su cara, que estaba húmeda y contraída a causa del frío.

—David —dijo—, hoy lo he perdido todo.

—¿Qué has perdido?

—La fe en el género humano.

Deseé preguntarle qué había ocurrido, pero no me atreví a hacerlo.

Edusha se quitó el abrigo y el sombrero. Se alisó el cabello alborotado y se miró en el espejo. Al cabo de un instante se arrodilló, abrió la puerta de la estufa y prendió el fuego. Traje carbón del arcón que había en el pasillo. Trabajamos juntos en silencio, como marido y mujer. Un humo acre llenó la habitación, pero el carbón no ardía. Por lo visto, la chimenea estaba tapada. Los vecinos se habían quejado de que hacía meses que no aparecía un deshollinador. Edusha hizo un nuevo intento con un pedazo de papel de diario encendido, y tendió la mano pidiéndome un trozo del carbón que yo había partido con el contrafilo de una cuchilla de cortar carne. En ese momento, dirigiéndose tanto a la estufa como a mí, dijo:

—Fue Hertz quien delató a Bella.

—¿Qué? No me lo creo.

—Es verdad. Se trata de un provocador. Trabajaba para el Ministerio de Defensa.

Yo me había arrodillado para ayudar a Edusha. Me puse de pie. El fuego había vuelto a apagarse. Por un instante, antes de que el papel se redujera a cenizas, las letras impresas bailaron en el resplandor de la llama. Edusha también se puso de pie. Una mancha de hollín se extendía desde su frente hasta la mitad de la nariz.

—No puede ser cierto, Edusha.

—Eso es lo que tú crees. Tengo el estómago revuelto —dijo señalándose el vientre.

—Un provocador no va a Rusia.

—Fue a Rusia como espía. Pero nosotros tenemos nuestro contraespionaje. Su nombre apareció en una lista de agentes del Ministerio de Defensa. La sola idea de que ese tipo me haya tocado alguna vez me da asco.

—La revolución es así.

—Querrás decir la contrarrevolución.

—Son la misma cosa.

—Tú, por lo menos, estás abiertamente en contra de nosotros. Los soplones son criaturas repulsivas. Espero que reciba su merecido, y un poco más.

—Todo esto me resulta increíble.

—Me siento mal. —Edusha salió corriendo al pasillo. La oí vomitar en el baño. Sonó el teléfono y vacilé, preguntándome si debía contestar. Cuando me decidí a hacerlo, ya habían colgado. Fui a la cocina, llené un vaso de agua y se lo alcancé a Edusha. Bebió un sorbo y preguntó, contrayendo la

cara—: ¿Cómo es posible vivir en un mundo así?

Edusha renunció a encender la estufa. Sin quitarnos los abrigos, dimos cuenta de una comida seca a base de pan y queso. La helada seguía cubriendo de dibujos los cristales de las ventanas. La llama del gas ronroneaba. Le dije a Edusha que tenía la cara manchada y ella se restregó con la manga pero sólo consiguió extender la mancha. Partió un trozo de pan y le echó sal. Alzó la cabeza y volvió a bajarla, evitando mirarme a los ojos. Parecía mayor y más menuda, con el aire de una mujer de mediana edad que se ha abandonado. Transmitía una tristeza tan antigua como los judíos. O acaso fuese una tristeza femenina. Después de que hubimos comido, me preguntó:

—¿Quieres que te prepare otra cama?

—¿Una cama separada? ¿Por qué?

—Tengo la sensación de estar sucia.

En la cama, nos abrazamos en silencio y permanecemos así, sin movernos. Teníamos los pies fríos. Edusha puso nuestros abrigos sobre la colcha, pero no conseguimos entrar en calor. Fuera, la temperatura había bajado perceptiblemente. Los marcos de las ventanas vibraban azotados por el viento. Oímos la campana de un coche de bomberos y la sirena de una ambulancia. A alguien se le estaba quemando la casa y los encargados de apagar el fuego tenían que abandonar la cama y salir al intenso frío.

Yo estaba casi seguro de que Hertz Lipmann no era un provocador. Sin duda el Partido había pergeñado la historia de su culpabilidad a fin de tener una excusa para arrestarlo. Claro que no tenía manera alguna de demostrárselo a Edusha. Sabía que Hertz Lipmann era muy capaz de formular una falsa acusación contra cualquiera si el Partido se lo exigía. Edusha se apretó contra mí, en parte buscando calor, y en parte para protegerse de la maldad del mundo. Su voz aún guardaba rastros de sollozos cuando dijo:

—Cuando Bella se entere de esto, será su fin. En tu opinión, David, ¿qué debo hacer ahora? Ya nunca podré creer en nadie. Quién sabe, tal vez tú también seas un espía.

—Sí, Edusha, soy un agente del Ministerio de Defensa.

—¿Qué voy a decirles? ¿Que odio la injusticia?

—Puedo revelarles los secretos del Kremlin.

—En el Kremlin están tratando de crear un mundo sin explotadores, sin soplones, sin espías, sin esclavitud. ¿Hay algo de malo en eso?

Edusha volvió la cara hacia la pared. La luna debía de haberse detenido en el trozo de cielo visible entre la ventana y la pared de enfrente, pues una luz plateada y levemente verdosa se filtraba a través de la escarcha que cubría los vidrios. Distinguía con claridad cuanto había en la habitación: la estufa, la mesa, las sillas y hasta el retrato de Rabí Akiba Eiger, que estaba allí desde los tiempos en que el padre de Edusha aún vivía. Me adormecí, desperté bruscamente, volví a dormirme y desperté una vez más. Se me ocurrió que era probable que Hertz Lipmann estuviese muerto. Ya no resultaba útil para la causa de la revolución, de una sociedad mejor, del leninismo. Me pregunté cuáles habrían sido sus pensamientos cuando sus antiguos camaradas lo pusieron contra la pared. Y si era verdad que el alma abandonaba el cuerpo de los muertos, ¿qué estaría haciendo su alma en esos instantes? ¿Era posible que su espíritu flotara en la habitación y oyese lo que Edusha había

dicho acerca de él? Una idea absurda cruzó por mi mente: en ese lugar hacía demasiado frío hasta para un fantasma.

Por la mañana, muy temprano, alguien llamó a la puerta. Edusha se puso el abrigo y fue a abrir. La oí murmurar largo rato con alguien en el pasillo. La habitación se encontraba totalmente a oscuras, como si fuera de noche. Edusha volvió al fin, pálida y aterida.

—Tengo una visita —dijo.

—¿Qué clase de visita?

—La hermana de Hertz. La he hecho pasar a la cocina. ¿Qué haré con ella? Mis dificultades no tienen fin.

3

Después de que Edusha se hubo marchado a su trabajo, llamó por teléfono Barish Mendl, el gestor, para informarme de que todos los documentos estaban listos. Minna y yo estábamos en condiciones de abandonar el país cuando quisiéramos. Sin embargo, habían surgido algunos nuevos gastos: un depósito equivalente a más de sesenta dólares americanos. Explicó que no podía entregarnos los documentos hasta que esa deuda fuese saldada. Por lo que yo sabía, Minna le había pagado todos los gastos por adelantado. Como de costumbre, Mendl farfullaba palabras incompletas, que caían de su boca igual que guisantes, y dejaba las frases sin terminar. Tuve ganas de decirle: «Estafador, ¿por qué acosa a un par de personas desdichadas?». Lo que dije, sin embargo, fue:

—Llamaré a la señorita Minna.

—Sí, hágalo cuanto antes, o todo mi trabajo habrá sido en vano. Telefoneé varias veces a Minna sin obtener respuesta. «¿Qué habrá pasado? —me pregunté—. ¿Estarán todos muertos?».

Las cañerías de la cocina estaban congeladas. No tenía modo de lavarme ni de afeitarme. Tampoco había en la casa nada para comer. Me vestí pensando que esa ropa no me abrigaría lo suficiente para protegerme del intenso frío del exterior. Ya no podía seguir quedándome en ese apartamento helado y sombrío, pero al mismo tiempo no tenía otro lugar al que ir. Bajé lentamente la escalera y salí al patio. De los aleros colgaban carámbanos. Todas las ventanas se hallaban cubiertas de escarcha. En menos de un segundo sentí la nariz congelada. Eché a andar hacia la casa de Minna. La calle estaba casi desierta. Los pocos transeúntes que había caminaban rápidamente, despidiendo pequeñas nubes de vapor al respirar. Se oía el cascabeleo de los trineos. Un sol que parecía hecho de estaño refulgía sobre los techos. «Siberia», dije para mis adentros. Cuando llegué a la casa de Minna, apenas me quedaban fuerzas para dar unos pocos pasos más.

Empecé a subir la escalera sintiendo las piernas agarrotadas. Me pregunté qué haría si Minna no estaba en su casa. Y de todos modos, ¿cómo iba ella a ayudarme? Yo debía limitarme a vivir el momento. Como siempre, mi meta era encontrar un lugar donde entrar en calor y conseguir un bocado. Pulsé el timbre, pero no oí pasos. Esperé unos instantes y volví a llamar. Estaba seguro de

que había alguien en el apartamento. No me iría de allí hasta que abrieran la puerta. Tras insistir con terquedad un buen rato, la puerta se abrió por fin, pero hasta donde lo permitía la cadena. Un solo ojo amarillento coronado por una ceja alborotada se clavó en mí. Era Meir Ahronson, el padre de Minna.

—Discúlpeme —dije—, pero debo hablar con la señorita Minna.

—Ah, es usted.

Con lentitud, con torpeza, soltó la cadena. Aun así, sólo entreabrió la puerta y me preguntó:

—¿Para qué quiere ver a Minna? Todo ha terminado.

—Tengo los documentos —dije—. Ya está todo listo.

—Listo, ¿eh? Ya nadie espera a mi hija. Bien, pase. Mantenemos la puerta cerrada porque recibimos visitas indeseables. Creen que todavía quedan cosas para llevarse.

Ahronson vestía una bata de algodón manchada y rota y un par de pantuflas muy gastadas. Parecía un octogenario, de tan pálido y encogido. Hablaba con dificultad, como si hubiese perdido los dientes. Y en efecto, su boca estaba vacía. Por lo visto se había quitado la dentadura postiza. Al entrar vi abrirse la puerta de la habitación que había sido de Minna, y apareció el nuevo inquilino. Llevaba puesta una bata color burdeos, su cabello era rubio y ondulado, y no tenía aspecto de judío. Casi de inmediato volvió a entrar en su habitación y cerró la puerta. Meir Ahronson nunca me había parecido tan menudo como en ese momento. A su lado me sentía un gigante. Con una mirada en la que se mezclaban la burla y la súplica, preguntó:

—¿Qué piensa hacer en Israel? ¿Luchar por la partición? ¿Rezará también por nosotros ante el Muro de las Lamentaciones?

—Ya hay bastantes judíos que luchan por la partición.

—¿Qué hará, entonces? ¿Arar la tierra con la nariz?

—Espero encontrar alguna ocupación.

—¿Cuál, por ejemplo? Minna no se siente bien. Todavía está en la cama. La verdad es que no tiene motivos para levantarse. Venga un momento a mi habitación. Hay algo que quiero decirle.

Meir Ahronson me condujo a su dormitorio, se sentó en el borde de la cama y me señaló una silla de cocina. Habló con la vacilación de alguien que no sabe bien cómo iniciar una conversación, aunque está seguro de que llegará a decir lo que tiene en mente y de que su interlocutor lo escuchará.

—Bien, estábamos en..., ah, sí. Palestina. Jamás oí esa palabra en mis tiempos. ¿Por qué Palestina? El término «Palestina» deriva de la palabra «filisteos», y para el mundo no judío, los filisteos son los legítimos dueños de la tierra de Israel. Sólo digo esto porque ahora que Zbigniew ha hecho su jugada y se ha ido Dios sabe dónde, ¿qué hará mi pequeña Minna en ese país? Mi hija no habla hebreo sino polaco. Tampoco es obrera. Yo tenía dos hijas, y cuando perdí a la primera, Minna se convirtió en la luz de mis ojos. Pude haber arreglado un buen matrimonio para ella. Le tenía reservada una buena dote y muchas otras cosas. Pero el hombre propone y Dios dispone.

»Vino la guerra, y después el gobierno polaco. El rublo ruso se desvalorizó por completo. Aún conservo miles de esos billetes inútiles. No sé para qué los guardo. La Rusia que conocí nunca volverá. También tenía dinero en el banco nacional de Alemania. Todo eso se convirtió en polvo. Y así están las cosas. Mi hija insiste en viajar a Palestina, pero ¿qué sentido tiene ese viaje? Dado que la única razón por la que os unisteis fue engañar a los ingleses, Minna se quedará sin país, sin hogar

y sin ingresos. Es absurdo que una persona sana se meta en un lecho de enfermo. ¿Me comprende usted?

—Sí, lo comprendo.

—A pesar de todo, aquí en Varsovia Minna tiene un lugar donde vivir, y podría dar clases. Dice que no le gusta tener alumnos, pero ¿qué es lo que le gusta? Cuando uno no puede trepar por encima, debe arrastrarse por debajo. Le diré la verdad. Mi esposa y yo no tenemos nada más que perder. Si mi destino es pasar mis últimos años en una residencia de ancianos, que así sea. Fui rico bastante tiempo. Es hora de probar el sabor de la pobreza. Mi esposa, pobrecilla, no se encuentra bien. Espero que consiga aguantar un poco más, aunque está cada día más débil. En fin, no puedo velar por todo el mundo, pero me irrita ver que mi hija se encamina hacia el abismo. ¿Y qué me dice de usted? ¿Es verdad que quiere ser escritor?

—Si depende de mi voluntad, sí.

—Tiene que usar su voluntad, aunque también hay que tener... ¿cómo se dice? Talento. Hay quien escribe bien, con encanto, y quien no consigue que sus palabras digan algo. ¿Cree que alguna vez logrará vivir de la literatura?

—No de inmediato.

—¿Y cómo comerá entretanto? El estómago no espera, tiene sus propias exigencias.

—Sí, lo sé.

—¿Es cierto que su padre es rabino?

—Sí.

—¿Dónde?

Le di el nombre del pequeño pueblo.

—Cuando uno no duerme de noche —dijo—, lo asaltan toda clase de pensamientos. Ya que os habéis casado conforme a las leyes de Israel, y puesto que usted proviene de una familia religiosa, ¿por qué no pueden constituir un verdadero matrimonio? No crea que le he dicho una sola palabra de esto a Minna. Todavía está muy trastornada por lo que le ha hecho ese judío pecador, ese canalla de Zbigniew. Yo sabía desde el comienzo que con esa masa era imposible hacer pan. Ese individuo es un estafador y un aventurero, tendrá diez esposas más y se pudrirá en la cárcel. Ya no estoy en condiciones de darle una dote a mi hija. Ahora es una joven pobre, pero es buena, instruida, inteligente. Tal vez demasiado inteligente. Si yo tuviera la edad que tiene usted, me casaría con una chica como ella y buscaría la forma de ganarme la vida. Minna podría ayudarlo. La he mandado a la universidad y es muy culta. Sabe francés, toca el piano. ¿Qué hará sola en Palestina? Antes de morir, quisiera verla bien ubicada en la vida.

Yo había bajado la cabeza. En ese momento hubiera dado lo que fuese por un trozo de pan y una taza de café. Las sentidas palabras de Meir Ahronson me habían conmovido de una manera extraña. Apenas conseguía contener las lágrimas. Yo estaba hambriento, mal vestido, no tenía oficio, y aun así un judío honorable, un hombre que había sido rico, me ofrecía a su hija, una universitaria.

—Ella no me aceptará —dije.

—¿Cómo lo sabe? Si Minna le gusta, háblele con franqueza y sin rodeos. Tiene su ajuar y todo cuanto necesita. Mi esposa está muriendo de pena. Si supiera que Minna no quedará sola y

abandonada, tal vez se recuperase. Usted salvaría un alma.

—Bien, hablaré con Minna.

—No le diga que hemos tenido esta conversación. Es terriblemente orgullosa. Usted es escritor, de modo que sabrá cómo hablar a una joven moderna y mundana. Quién sabe, tal vez todo esto resulte para bien.

—Le hablaré.

—Sí, hágalo. Y si el destino lo quiere, sucederá. En ese caso, me ataría que se repitiese la ceremonia bajo el palio nupcial. Está permitido, no se lo considera pecado. Conozco un caso en que se hizo. Desde hace años, mi esposa tiene un solo deseo: vivir lo suficiente para ver a su Minna bajo el palio nupcial. Dios mediante, no será demasiado tarde. Hace días que no sale de su habitación. Permanece en cama y apenas come. Sus hermosas joyas, que ocultamos para que no se las llevaran esos infames, irán a manos de Minna. ¿Para qué quiere joyas una anciana? Hemos alquilado un cuarto, pero el inquilino se irá si se lo pedimos. Es un conde venido a menos. También la nobleza se ha arruinado. Tiene un puesto de inspector, o algo así.

—Dov Kalmensohn me dijo que es usted un erudito.

—He estudiado. ¿Se da cuenta de que ese tipo, Zbigniew, es un campesino en lo que al judaísmo se refiere? En mi opinión, un joven capaz de entender una página de la Gemará es mejor que aquel que se luce en la pista de baile. Frente a todas las adversidades, sigamos siendo judíos.

—Sí, comprendo.

—Vaya, hable con ella. Pero jamás debe saber que yo se lo he sugerido. Dios no lo quiera, pues sería capaz de hacer una locura o de convertirse en mi peor enemiga. Adelante, buena suerte.

Salí de la habitación. Me sentía mareado y temí desmayarme. El suelo subía y bajaba como la cubierta de un barco. Las paredes giraban como un tiovivo. Me parecía tener ante los ojos una flor llameante, pero de alguna manera conseguí llegar a la habitación de Minna y llamar a la puerta.

4

No hubo respuesta, y volví a llamar. Cuando lo hice por tercera vez, la puerta se abrió sola. Minna estaba en la cama, durmiendo. Me quedé mirándola un rato. Parecía más joven que de costumbre, y extrañamente serena. El sol invernal iluminaba su cabello castaño y una sonrisa se insinuaba en sus labios. Soñaba, sin duda, y debía de ser un sueño feliz. Las mantas sólo la cubrían hasta las caderas, y vi el encaje de su camisón sobre el nacimiento de los senos. Sentí que Minna volvía a ser lo que siempre había sido: una muchacha rica y despreocupada, una joven judía mimada cuyos caprichos había que satisfacer. Pensé que estaría soñando que se reunía con Zbigniew Shapira. ¿Qué debía hacer yo? ¿Irme? ¿Despertarla? Faltaba poco para el mediodía.

En ese momento Minna abrió los ojos y sonrió al verme. Estaba claro que no me había reconocido.

—Discúlpeme, Minna. He creído que...

—Sufro de insomnio, y por la mañana me duermo. ¿Tiene alguna noticia?

—Todos los documentos están listos.

—Muy bien.

—Barish Mendl pide más dinero.

—Pues no tengo más. Acérquese. Siéntese aquí, en la silla. Estoy acostada, pensando, y de pronto se me cierran los ojos. ¿Hace frío afuera?

—Mucho.

—Tenemos calefacción central. El dueño no puede cortarle la calefacción a un solo inquilino. Si pudiera, no hay duda de que lo iría con nosotros. ¿Qué hora es?

—Son casi las doce.

—¿Tan tarde? Estoy perdiendo los días durmiendo. Soñaba que montaba a caballo. Solía hacerlo con Zbigniew. ¿Quién lo ha hecho pasar? ¿Mi padre?

—Sí.

—¿Ya ha desayunado?

—Sí. No.

—Parece helado. ¿Cuánto pide Mendl?

—Sesenta dólares.

—Es un ladrón. Pero ¿por qué habría de ser honrado? Lo llamaré y lo amenazaré con denunciarlo a la policía. Tengo un amigo abogado. En realidad, es amigo de Zbigniew, un ex-capitán de la Legión. Si él le habla, Barish nos dejará tranquilos. No le gustaría nada tener que airear sus negocios sucios ante un tribunal. ¿Cuándo estará usted listo para partir?

—Mañana, si lo desea.

—Aguarde. Hay que hacer las cosas bien. Mis padres me causan problemas. No quieren que me vaya, pero yo estoy decidida a hacerlo. Aun si debo morir, prefiero morir allí y no aquí. En cuanto a usted, deberá hacer las maletas...

—No tengo casi nada.

—Mejor así. Yo sólo llevaré algo de ropa. Mi madre quiere darme sus joyas, pero no las aceptaré. Allí no seré más que una sirvienta, o lo que me pidan que sea. ¿Y su amiga? ¿Sigue detenida?

—La que está detenida no es ella sino su tía.

—Ah, su tía. ¿Y la mandará llamar una vez que llegue a Palestina?

—Esa chica y yo no somos íntimos, Minna. Vivo en su casa, y ella me trata bien. Es una comunista fanática y por nada del mundo iría a Palestina. Su aspiración es que se produzca la revolución aquí, en Polonia.

—Tienen demasiada energía. Si estuvieran tan cansados como nosotros, sólo desearían descansar.

—¿Cómo hará para descansar en Palestina, si en cuanto llegue deberá ponerse a buscar trabajo?

—Eso es cierto; pero entretanto viajaremos en barco, y uno puede saltar por la borda.

Sus ojos rieron por un instante, pero enseguida recuperaron la seriedad.

—Salga al pasillo —dijo—, voy a vestirme. Después nos ocuparemos de todo.

No había podido declararme a Minna. Ni siquiera estaba seguro de que ella me interesara. En las novelas populares que había leído, el héroe romántico siempre hincaba una rodilla en el suelo, besaba el borde de la falda de su amada y pronunciaba un fervoroso discurso. Pero esos novelistas ignoraban a los héroes hambrientos, fatigados, que no tenían un lugar donde dormir y no sabían en absoluto de quién estaban enamorados. La verdad era que de algún modo yo deseaba a cada una de las mujeres que había conocido, pero no me sentía compelido a actuar. Aguardaba, listo para aceptar lo que el destino me enviara. Sabía que cualquier cosa que le dijese a Minna sólo sería cierta mientras hablaba. ¿Cómo había dejado de lado la literatura situaciones y personajes de esa clase? ¿Qué sentido tenía un Romeo que aún no había elegido a su Julieta y que tal vez no la eligiera nunca? Por culpa de los amores ardientes que describían esos novelistas, jóvenes mujeres como Edusha acababan acostándose con los hombres que el azar llevaba en busca de una habitación de alquiler. Y ¿cuán sincero era el amor de Minna por Zbigniew? ¿Cuánto habría durado la relación de ambos si de pronto hubiese aparecido un candidato mejor? Los escritores, al igual que los políticos, eran mentirosos y hacían generalizaciones que no se correspondían con los hechos.

Esperé en el pasillo, temeroso de que Meir Ahronson me preguntara cómo me había ido. No, no había podido pedirle a Minna que viviese conmigo. Ni siquiera estaba seguro de cuánto tiempo más viviría yo. Lo único que poseía en el mundo era unos pocos manuscritos cuyas debilidades conocía muy bien. Empecé a pasearme de un extremo al otro del pasillo, procurando no hacer ruido para que Meir Ahronson no me oyera. Las suelas de mis zapatos estaban gastadas. Mientras iba y venía, imaginé que me encontraba en una prisión, y que el pasillo era la celda en que debía cumplir una condena de veinte años. ¿Y si por una extraña suma de circunstancias el mundo fuese destruido y sólo quedara en pie ese apartamento? ¿Con quién decidiría vivir Minna? ¿Conmigo, o con el conde empobrecido que había asomado la cabeza por la puerta de su habitación? Tal vez con ambos. Y ¿cuánta comida quedaba en la casa? ¿Hasta cuándo duraría? ¿Qué probabilidad había de que la gente se entregara al canibalismo en una situación semejante?

Al tiempo que divagaba de ese modo, me asombraba de las ideas que es capaz de urdir la mente. Era preciso que surgiese una nueva literatura, sin leyes preestablecidas ni normas de iniciación. Era preciso poner fin a la distinción entre literatura y filosofía. Había que presentar a los seres humanos con todos sus actos, pensamientos, caprichos y desvaríos. Aunque la literatura siempre ha estudiado el carácter, casi siempre ha ignorado la falta de carácter del hombre moderno. De pronto sentí el impulso de escribir.

Me pareció que de haber dispuesto de una mesa, papel, pluma y tinta habría concebido en el acto una obra maestra.

Sonó el teléfono y Minna salió de su habitación en bata y chinelas. Al principio pareció no reconocer al que llamaba, pero después deduje por sus palabras que se trataba de un médico y que alguien estaba enfermo y desvalido. Luego la oí decir: «Lo lamento, pero ya no hay ninguna relación entre nosotros». ¿A quién se referiría? Siguió hablando, en voz baja, casi murmurando, y su tono se hizo más cordial. Acabó prometiendo algo y colgó el auricular. Tras ello, dirigiéndose a mí y a todos los demás, anunció:

—La madre de Zbigniew ha muerto hoy mientras dormía.

—Oh.

—Debo ir allí y ver qué puedo hacer.

—Entonces me marchó.

—Espere. ¿Por qué no viene conmigo? Alguien ha de ocuparse del funeral. Casi no tienen familiares. Realmente no sé qué hacer. Fue él quien la mató, es la pura verdad.

Minna se dirigió al cuarto de baño. Nuevamente empecé a pasearme por el pasillo. Bien, las necesidades de aquella anciana habían sido satisfechas. Ya no sentía frío ni hambre, ni tenía que preocuparse por el dinero para el alquiler. De un modo u otro se la enterraría y los gusanos y los microbios cumplirían con su labor. En el mundo real, la naturaleza posee una respuesta para cada pregunta. Mediante guerras, epidemias, asedios y revoluciones puede desembarazarse de miríadas de animales e innumerables seres humanos. Y ahora la escoba de la naturaleza había barrido a la madre de Zbigniew. El nombre de la escoba era «muerte». La muerte que contesta todos los interrogantes, resuelve todos los problemas, endereza todo lo torcido. Recordé en ese momento que había puesto una cuchilla de afeitar debajo de la plantilla de mi zapato, y la saqué. Si me cortaba una arteria, sería el fin de todos mis problemas.

Minna regresó al cabo de media hora. Estaba vestida para salir, con abrigo y sombrero. En la escalera tuve un súbito impulso, y movido por el valor que nace de la frivolidad, pregunté:

—Minna, dado que usted ya no tiene a Zbigniew Shapira y que yo tampoco tengo a nadie, ¿por qué no nos casamos de veras?

—¿Habla en serio? —dijo ella, deteniéndose.

—Ambos estamos desesperados. ¿Qué podemos perder?

—Es verdad, no tenemos nada que perder; pero yo soy cinco años mayor que usted, y, lo que es aún más importante, no hacemos buena pareja. ¿Esa idea se le ha ocurrido de repente, aquí, en la escalera?

—La vi acostada en la cama y...

—No hay duda de que tiene usted algo de Zbigniew. De acuerdo con sus propias palabras, me vio acostada en la cama y... Bueno, bajemos. En algo tiene razón: estoy desesperada.

Me cogió del brazo con su mano enguantada. Me estremecí, y un miedo súbito se apoderó de mí. Sin embargo, llevado por una especie de espíritu de aventura, me sentí lleno de confianza y seguridad, y pensé que un asesino debía de experimentar el mismo sentimiento después de cometer con éxito su crimen. Lentamente, y con pasos medidos, bajamos las escaleras en silencio, sumido cada uno en sus pensamientos. Me detuve y, volviéndome hacia ella, le dije:

—Hagamos tonterías juntos.

Ella me miró pasmada. Con una sonrisa triste repuso:

—Sí, mi vida entera ha sido una sucesión de tonterías.

Ya en la calle volví a sentir la mordedura del viento y el frío, Aunque con menos fuerza que antes. Minna insistió en que cogiéramos un tranvía. El apartamento de la madre de Zbigniew se encontraba en el 131 del bulevar Marszalkowsky. Ya en el tranvía, Minna me dijo:

—Pobre; no tiene usted ropa lo bastante gruesa. Ese abrigo que lleva no es de invierno.

—No importa.

—¿Cómo puede ir tan desabrigado? Algunos nunca están conformes con lo que tienen, mientras que otros no poseen nada. Zbigniew tenía tres abrigos de pieles. Ah, no puedo evitar reírme. —Y Minna se echó a reír, en efecto, tapándose la boca con el bolso. Observándola, pensé que no parecía judía en absoluto. Su piel era pálida, su nariz pequeña, sus ojos verdes, y su risa reflejaba una ingenuidad casi infantil en la que no había reparado antes.

Veintitrés o veinticuatro. No es tanto, me dije. Claro que Minna y Zbigniew Shapira habían sido amantes, pero ella estaba locamente enamorada de él. No era como Edusha, que se había acostado con Stanislas Kalbe sólo porque él alquilaba una habitación en su casa. Y Minna no pretendía redimir a los proletarios del mundo.

Llegamos a nuestro destino y empezamos a subir la escalera que conducía al apartamento de la señora Shapira. La noche pasada en la clínica junto al cadáver de aquella muchacha había resucitado mis miedos infantiles, pero al mismo tiempo me había inmunizado en buena medida. Me tranquilicé diciéndome: «Nos hallamos en pleno día y no estoy solo. Además, la señora Shapira era una anciana». De algún lado había sacado la idea de que los muertos a edad avanzada eran menos de temer que aquellos que morían jóvenes.

Minna llamó a la puerta y abrió una mujer rubia, baja y delgada. Llevaba unos pendientes de gran tamaño y, pese a su aire infantil, tenía la cara muy arrugada.

—Soy Minna Ahronson —anunció Minna—. El doctor Barabander me ha llamado por teléfono.

—Sí, lo sé. Mi tía habló de usted el día anterior a su muerte. Dijo que quería hacer algo por usted, para reparar la injusticia que había sufrido. Pasen, por favor.

—Este joven está por viajar a Palestina y yo compartiré su certificado —explicó Minna—. Su nombre es David Bendiger.

—Adelante. En realidad, la señora Shapira era mi tía abuela. He pasado estos últimos días con ella, pero debo regresar, pues temo perder el empleo si no lo hago. —A la mujer se le ensombreció el rostro y una lágrima asomó a su ojo izquierdo.

Entramos en una sala con muebles viejos, una alfombra raída y un sofá con un desgastado tapizado de pana. Se respiraba el aire viciado de los lugares donde rara vez se abren las ventanas. Y sin embargo el sol penetraba a través de éstas y cada mueble respiraba utilidad y comodidad, como si el placer que la anciana había encontrado en ellos hubiera sobrevivido a su muerte.

En ese momento reparé en un loro que contemplaba a los visitantes por entre los barrotes de una enorme jaula. Sus plumas eran una mezcla de verde y amarillo desteñidos, además de otros colores inciertos. El pico tenía el aspecto de haber cicatrizado después de una rotura. Me acerqué a él, pero no se asustó. Se limitó a agitar una de sus alas.

—Ahora ha quedado totalmente huérfano —dijo la sobrina de la señora Shapira. Rompió a llorar y hurgó en sus bolsillos en busca de pañuelo.

—¿Puedo verla? —preguntó Minna.

—Por supuesto.

La mujer cogió a Minna del brazo y ambas entraron en el dormitorio donde yacía el cadáver.

Me senté en el sofá. De pronto el loro, con una voz que parecía humana, exclamó: «Lorito bonito». Por alguna razón, me conmovió. Dios mío, ignoraba que sintiera tanto afecto por los pájaros.

Empecé a pasearme por el apartamento. A pesar de todo me sentía exultante, orgulloso. «No puedo seguir viviendo solo —pensé—. Moriré de agotamiento. Así pues, qué mejor que casarme. Minna tiene de una buena familia. Su padre es un erudito. Mis padres estarían encantados. De hecho Minna es mejor partido que la mujer de Aarón».

Había olvidado que tenía hambre. Hablé con el loro, que bajó la cabeza y la volvió hacia un lado, escuchándome.

—No sabes lo afortunado que eres —le dije—. Tienes un lugar donde vivir. Tienes comida y agua. No pasas frío. No necesitas un certificado ni convertirte en un escritor judío. Sólo una cosa te falta: una esposa. —Se me ocurrió que tal vez pudiera llevarlo conmigo a Palestina. Entre los judíos, criar a un huérfano se considera una buena acción.

Supuse que Minna volvería enseguida, pero pasaron quince minutos y aún no había regresado. Sólo al cabo de media hora las dos mujeres salieron del dormitorio y se detuvieron en el pasillo, donde siguieron hablando en voz muy baja. Por las pocas palabras que alcancé a oír, entendí que la sobrina nieta de la señora Shapira quería avisar a Zbigniew de la muerte de su madre, pero ignoraba adónde hacerlo. Un momento más tarde ella y Minna entraron en la sala y la primera, dirigiéndose a mí, dijo:

—Perdone que no me haya presentado. Soy Rena Kulass.

—Encantado de conocerla. Mi nombre es David Bendiger.

—¿Qué desea beber, señor Bendiger? ¿Té, café, cacao? Turbado, conseguí responder:

—Lo que usted elija será perfecto. Gracias.

—Tengo café preparado. Usted también tomará uno —agregó volviéndose hacia Minna, y enseguida salió de la habitación.

—Antes de morir la anciana dijo que me quería como a una hija —me contó Minna—. ¡Qué terrible es todo! Alguien ha de ocuparse del entierro, y no hay dinero para eso. La madre de Zbigniew contaba con unos ahorros, pero los escondió tan bien que nadie consigue encontrarlos. Tal vez haya que recurrir a la beneficencia pública para que la entierren como indigente.

—No creo que sea tan malo.

—Pues si ella hubiera sabido que ése era el fin que le esperaba, se habría muerto tres veces. Pero, vaya aspecto tiene usted. ¿Es que no se ha afeitado hoy?

—Las cañerías estaban congeladas en la casa donde vivo.

—Últimamente sólo oigo hablar de pobreza, suciedad, desdicha —dijo Minna—. Hubo un tiempo en que sólo me llegaban las buenas nuevas. Tengo la sensación de que las fuerzas malignas del mundo se han vuelto contra mí. Al mirar a la mujer muerta, en lugar de sentir compasión por ella la

he envidiado. Parece tan serena, tan apacible. Ambas compartimos un destino. Amamos a una persona que no merecía nuestro amor. Pero ella por fin reposa. —Hizo una pausa y, cambiando de tono, agregó—: Lo que usted dijo hace un rato es totalmente absurdo.

—Comprendo.

—¿Qué es lo que comprende? Es demasiado joven, casi un niño todavía. El que sea pobre no me molesta. Ahora yo también lo soy. Y en cuanto a Zbigniew, lo único que poseía, en realidad, eran deudas y planes fantásticos, irrealizables. Sin embargo, a su lado me sentía protegida. Con usted en cambio me sentiría como una madre. Usted no parece tener inclinación ni aptitudes para el trabajo físico. No cuenta con un oficio o una profesión. Juntos haríamos la pareja más desdichada que pueda imaginarse.

—Tiene usted razón, es cierto, pero...

—¿Pero qué? Si por lo menos tuviera cinco o, digamos..., ocho años más. Zbigniew tiene treinta y uno. Está loco, pero es un hombre. Además, usted escribe en yiddish, un idioma que nadie entiende salvo unos pocos primitivos. De hecho, ni siquiera es un idioma, un dialecto, sino sólo una jerga. Aunque usted tuviera el mayor de los talentos, nadie se enteraría jamás de su existencia. ¿Por qué aprende a escribir en polaco?

—Puedo escribir en hebreo.

—Usted mismo me dijo que en Palestina hay más escritores que lectores.

—Sí, es verdad. Pero...

—No sé si me quedaré allí. Lo que está claro es que abandonaré Varsovia. Más tarde iremos a ver al gestor. Lo pondré de vuelta y media, ya lo verá. Pienso llevar una sola maleta. Últimamente me he vuelto fatalista. Veo con claridad que el mundo se halla gobernado por fuerzas más poderosas que nosotros, y creo que lo mejor que podemos hacer es someternos a ellas. Me encuentro en una situación muy extraña... Si alguien me lo hubiera anunciado, habría pensado que se trataba de una broma estúpida. Y sin embargo aquí estoy. Oficialmente soy su esposa, y sin duda usted supone que tiene ciertos derechos sobre mí.

—No, por Dios, ningún derecho.

—¿Qué puede gustarle de mí? Me encuentro en medio de una maraña de depresiones.

—Eso sólo...

—Ah, usted no está mucho mejor que yo. Mi madre suele repetir una expresión yiddish: «Dos cadáveres van a bailar».

Se abrió la puerta y entró la señora Kulass portando una bandeja con café, tarta y una jarrita de nata. La dejó con cuidado sobre una mesa próxima al sofá, y dijo:

—Mi tía era extraordinariamente hospitalaria. Apenas llegaba alguien, ya estaba ella ofreciéndole algún manjar. Si su espíritu aún permanece en esta casa, estoy segura de que querrá que las visitas sean tratadas del mismo modo.

Los tres nos sentamos a beber café. Yo hubiera deseado arrojarme sobre la tarta, pero recordé que en esa casa había que mostrar buenos modales. Bebí lentamente, comí a bocados pequeños haciendo una pausa de vez en cuando, tal como lo hacían las dos mujeres. El resultado fue que mi hambre aumentó. Me dolía el estómago y temía que se oyera el ruido que hacían mis intestinos.

Recordé los festines que en otros tiempos solían ofrecer los judíos en los funerales, y que en la actualidad habían adoptado los gentiles.

Qué imprevisible era todo, qué extrañas las situaciones en las que me encontraba. ¿Cómo prever lo que había de venir, no sólo lo que podía acarrear el futuro, sino lo que ocurriría al cabo de una o dos horas?

Guardamos silencio durante un rato. Luego Rena Kulass dijo:

—Debo ausentarme por varias horas. Es asunto de vida o muerte. ¿Puedo pedirles que se queden aquí hasta las cuatro?

—Pensábamos ir a ver al gestor —objetó Minna, hablando en parte consigo misma y en parte conmigo.

—Enviémosle a Mendl un telegrama —propuse.

—Está bien. Si es asunto de vida o muerte, de acuerdo —dijo Minna—, pero vuelva a las cuatro sin falta.

—Por supuesto —le aseguró la señora Kulass—. No voy a escaparme y dejarlos aquí con un cadáver. Todo es difícil en la vida, hasta hacer los arreglos para un funeral. ¿Por qué serán tan complicados los asuntos humanos? Pensar que los animales viven y mueren de manera tan sencilla.

—A un animal le da igual que lo entierren en una fosa común —señalé, asustado de mis propias palabras.

Las dos mujeres se echaron a reír. El loro agitó las alas. Rena Kulass estuvo a punto de derramar el café. Un brillo juvenil iluminó sus ojos, y me di cuenta de que en un tiempo debería de haber sido hermosa. En realidad no parecía vieja; era como si su cara se hubiese arrugado prematuramente. Al cabo de un momento dijo:

—Tampoco a mi tía le molestaría; soy yo la que se sentiría muy mal. En cuanto a Zbigniew, no está aquí ni le interesa. De un modo u otro se las arregla para eludir toda responsabilidad.

6

Antes de irse, la señora Kulass nos indicó dónde se guardaban los alimentos —pan, huevos, mantequilla, queso, tarta—, en la despensa. Pese a estar enferma, la señora Shapira había mantenido su casa bien provista.

La señora Kulass dijo que su tía había muerto en el momento justo.

—De haber vivido unos meses más, habría sido preciso enviarla a un asilo de ancianos, o tal vez incluso habría quedado en la calle. A pesar de todos los organismos comunitarios que existen, una anciana desamparada no tiene dónde ir. Los hospitales mantienen a los enfermos en listas de espera hasta que es demasiado tarde. Los organismos hacen lo que pueden, pero son muchas las cosas que funcionan mal. Cuando se produce una crisis, nadie sabe a quién dirigirse.

La señora Kulass se puso un abrigo de pieles muy gastado, un sombrero raído, y metió las manos

en un viejo manguito. Antes se había empolvado la cara. Era evidente que la posibilidad de abandonar la casa por unas horas le había levantado el ánimo. Sin duda había advertido que yo estaba hambriento, pues me recomendó varias veces que comiera.

Apenas se hubo marchado, fui a la cocina y comí un pedazo de pan. Poco después entró Minna y me preguntó:

—¿Quiere que le cocine algo? ¿Una tortilla tal vez? Al fin y al cabo, en cierta forma soy su esposa.

Respondí que me bastaba con pan y queso, pero ella se puso uno de los delantales de la señora Shapira y se afanó junto a los fogones. Frió un par de huevos y encendió la calefacción. El sol había entibiado la sala, pero en la cocina hacía frío. Por lo visto también Minna tenía hambre, pues preparó comida para los dos.

Sentados a la mesa de la cocina comimos pan, queso y huevos fritos y bebimos café. Corté otra rebanada de pan, ya que las cuatro o cinco anteriores no habían alcanzado para saciar mi apetito. Minna encontró en la despensa manzanas y dátiles, de los que también di cuenta. Mi vientre se hinchó, y un gran cansancio ocupó el lugar del hambre.

Volvimos a la sala y me recosté en el sofá. Minna encontró en alguna parte una manta.

En los últimos meses había vivido en cuartos totalmente oscuros o sumidos en un crepúsculo perpetuo. Sólo en ese momento, en esa habitación iluminada por el sol invernal, me apercibí de lo mucho que la penumbra constante había contribuido a mi depresión. No por nada los místicos identificaban el bien con la luz. Cerré los ojos y, al borde del sueño, me dejé llevar por mis pensamientos. Qué maravilloso es estar bien alimentado, descansar, tener compañía. También me pregunté cómo era posible que me sintiese tan bien en un apartamento donde yacía un cadáver.

Cuando abrí los ojos creí que había dormitado sólo un momento, pero el reloj indicaba que había pasado media hora. Frente a mí, Minna, sentada con las piernas cruzadas, estaba abstraída en la lectura de un libro. No logré discernir si su sonrisa se debía a que el libro la divertía o a lo mal escrito que estaba.

Observando a Minna comprendí que en realidad yo no la conocía. Sus rasgos cambiaban de continuo. Resultaba imposible decidir si el cabello era castaño o acaso rubio. ¿Eran sus ojos grises, azules, verdes, o tal vez pardos? En algunos momentos parecía una mujer de treinta años; en otros, una adolescente. Tenía la impresión asimismo de que se sentía bien consigo misma, y que no necesitaba la compañía de nadie. La gente como ella, pensé, no podía ser desdichada.

Me levanté y, ansioso de mirar al exterior, me acerqué a la ventana. Contemplé los techos, las ventanas, las paredes. «¿Qué fuerza mantiene cada ladrillo en su lugar y los ha conservado allí durante tantos años? —pensé—. ¿Qué impide que todos esos millones de moléculas salgan disparadas al espacio? No es la gravedad, ni tampoco el magnetismo. Hay materia en constante acción, que no tiene noción de lo que hace. El humo de esa chimenea, por ejemplo, nunca ha oído hablar del tiempo, el espacio, las cualidades o las cantidades. Ni siquiera conoce el concepto de existencia, sin embargo, por el momento está aquí. Pronto se dispersará, sin saber que lo ha hecho, dado que es un gas. Un jirón de humo no añorará a otro. La señora Shapira, muerta, es como ese humo. La tragedia de los muertos consiste en que ignoran lo afortunados que son. Si uno de ellos

supiera cuán inmensamente dichoso es ese estado, él o ella desearía ir por segunda vez de puro deleite».

Me aparté de la ventana, me acerqué a Minna y pregunté:

—¿Qué está leyendo?

—Una de las novelas favoritas de la señora Shapira. Casi no hay párrafo sin subrayar.

—¿Me permite verlo?

—Sí, yo ya he leído suficiente.

Hojeé un momento el libro y encontré entre sus páginas una hoja seca que la anciana había puesto allí. Luego lo dejé, me incliné hacia Minna y, cogiéndola por los hombros, la hice ponerse de pie. Me miró con aire interrogativo, pero no opuso resistencia. La besé en la frente y en las mejillas, en el nacimiento del cabello y en el cuello.

—¿Qué haces, insensato? —exclamó.

—Ah, la amo.

—Eres un mentiroso. Ni siquiera sabes besar.

La besé en la boca y ella me correspondió. Seguimos besándonos durante largo rato. Era como si quisiéramos ponernos a prueba para ver quién de los dos contenía más tiempo la respiración. Yo me estremecía de deseo. Minna forcejeó tratando de apartarme. Medio la conduje, medio la empujé hacia el sofá. Ella exclamó, alarmada:

—¡La puerta está abierta!

Yo no sabía si se refería a la puerta del apartamento o a la de la sala. Sentí el impulso de echar la cadena a la primera, pero me asustaba atravesar el pasillo a oscuras. Me encontraba a un paso del éxito y no quería fracasar.

En ese momento sonó el timbre; obviamente, había perdido mi oportunidad. Como hacían a menudo, las fuerzas que controlaban el universo me habían preparado una sorpresa. Minna se zafó de mi abrazo y me echó una mirada en la que se mezclaban el triunfo y el asombro. Se encaminó hacia la puerta, pero volvió la cabeza para mirarme otra vez. Una de sus medias se había aflojado, y se detuvo junto a la puerta para subírsela. La seguí con la vista, sintiéndome como alguien a quien acaban de infligir una herida terrible de la que jamás se recuperará.

Agucé el oído. ¿Había regresado Rena Kulass antes de lo esperado o era alguien de la Sociedad de Servicios Fúnebres?

Entonces, extrañamente, la sala se oscureció. Al parecer, una nube había ocultado el sol. Me invadió una oleada de miedo. Tal vez la anciana había provocado aquella oscuridad como castigo por mi falta de respeto. Se produjo un intervalo en el que no oí ruido alguno. Minna había desaparecido en el pasillo en sombras, donde había varias alfombras apiladas. De pronto tomé conciencia de que aquello que más me aterraba, despierto o dormido, había sucedido: me hallaba a solas con un cadáver. Más aún: tenía la impresión de haber vivido esa situación en una de mis pesadillas. Quise gritar llamando a Minna, pero me contuve; el sonido de mi propia voz me habría asustado. Aguardé; casi podía oír los latidos de mi corazón. Minna regresó por fin. Llevaba un sobre azul en la mano. Su rostro pálido reflejaba tristeza y desconcierto.

—David, Dios existe —dijo. Era la primera vez que me llamaba así.

—¿Qué ocurre?

—El cartero ha traído una carta urgente de Zbigniew. Está en Berlín.

—Entonces envíele un telegrama de inmediato.

—No sé si abrir la carta. Por supuesto, está dirigida a su madre.

—Ella jamás la leerá.

—No.

Minna rasgó el sobre. Las manos le temblaban y tardó en sacar la carta. Empezó a leer y enarcó las cejas. Aunque sonreía, su expresión era de enfado. De vez en cuando hacía una mueca de desagrado soltaba una risita despectiva. Cuando terminó de leer las cuatro páginas, volvió a la primera y la estudió atentamente, como si buscara más texto en los márgenes. Por fin me miró y dijo:

—No soy religiosa, pero esta carta me inspira deseos de agradecerle a Dios.

—¿Qué pone en ella?

—Estoy curada, completamente curada. Es el peor ser humano que he conocido. Mis pobres padres tienen razón, mucho más de e imaginan. Soy una tonta, una perfecta idiota.

—¿Qué ha escrito?

—Le explica a su madre que nunca conoció la alegría hasta que se cruzó con esa... persona. Lo mismo me dijo a mí, casi palabra por palabra. Es un charlatán, un sucio mentiroso.

—Debería usted considerarlas buenas noticias.

—No lo son. En adelante nunca podré creer a nadie. ¿Qué debo hacer ahora? Me sentiré incómoda con la señora Kulass por haber abierto la carta. Una cosa está clara: hemos de mandarle un telegrama. Que el canalla sepa que asesinó a su madre. Y además hay que hacerle pagar el entierro. El gigoló se ha casado con una mujer rica cuyo esposo la abandonó. Espera, redactaré el telegrama. No debemos perder un minuto. ¿Podrás ir al correo a despacharlo?

—¿Se quedará sola?

—No tengo miedo. Esta mujer nunca le hizo daño a nadie cuando vivía, así que menos lo hará ahora que está muerta. Pero esperemos hasta que vuelva la señora Kulass. Es poco probable que Zbigniew abandone Berlín antes de mañana, y por otra parte tal vez decida no venir a Varsovia. Corre el riesgo de que lo arresten, porque es un estafador, un delincuente. Bien, estoy curada. Por lo que a mí respecta, Zbigniew Shapira es un cadáver, un muerto entre los muertos.

Minna dejó la carta sobre la mesa y se estremeció. Había en su mirada tensión, burla y furia cuando me dijo:

—Ahora puedes besarme.

La hermana de Hertz Lipmann había recibido noticias de su hermano. No era en Moscú donde lo habían arrestado, sino en Niesvizh, al cruzar la frontera rusa. Al parecer se había equivocado al dar el santo y seña, o bien los guardias rusos no lo habían entendido. Después de muchas complicaciones, por fin lo habían puesto en libertad, y desde Moscú le había enviado una carta a su hermana Irike.

Me enteré de todo ello por Edusha. Hertz Lipmann le había mandado un telegrama. Resultó que la versión según la cual Lipmann era un provocador y su nombre figuraba en una lista de agentes del Ministerio de Defensa la había inventado un sujeto llamado Adam Kronenberg, que pronto sería juzgado por un tribunal del Partido.

Edusha lloró al contarme la historia.

—Estas cosas llegan a enloquecerte. —Si ella, Edusha, no había perdido la razón, eso demostraba que era más fuerte que el hierro. Añadió que ambos debíamos olvidar lo que había sucedido entre nosotros. Podíamos seguir siendo amigos, y eso debería bastarnos. Dado que se había demostrado que Hertz Lipmann era un hombre honrado, todo volvía a ser como antes. Me pareció que había algo falso en ese razonamiento, pero las lágrimas de Edusha eran verdaderas.

Cuando hacía un rato que había dejado de llorar, volvió a estallar en sollozos y a disculparse una y otra vez.

—Quedé huérfana —dijo—, la guerra lo alteró todo. El ejemplo de mi tía me llevó por mal camino. Nunca encontré al hombre que me convenía. Edek no era más que un petimetre. En cuanto a Stanislas Kalbe..., bueno, sí, vivió un tiempo aquí.

Edusha me hizo saber que preferiría casarse conmigo antes que con Hertz Lipmann. A continuación me besó como señal de que debíamos separarnos. En adelante habríamos de comportarnos correctamente.

Aarón me dio dinero para pagarle a Edusha parte de lo que le debía. Sospeché que Susskind Eijl algo había tenido que ver con esa transacción. No hacía más que poner en el camino de mi hermano toda clase de oportunidades de ganar dinero. Aunque era hombre de izquierdas, tenía vinculaciones con gente adinerada de Varsovia, comunistas de salón que financiaban publicaciones izquierdistas. Eijl sabía que Edusha no podía permitir que siguiese en mi cuarto y comiera en la casa sin cobrarme por ello.

La verdad es que mi situación había mejorado un poco. Cada dos o tres días Shoshana, la secretaria de Dov Kalmensohn, me encomendaba algún trabajo. A Binyomin le gustaba trabajar

conmigo, tal vez porque yo escuchaba sus historias y le contaba cosas sobre mí. De hecho, ambos habíamos vivido parecidas tragicomedias. Los dos nos habíamos enredado en relaciones amorosas con nuestras esposas ficticias. Binyomin había abandonado a una novia en su ciudad natal y había celebrado un matrimonio de conveniencia con una militante del Jalutz llamada Tsila, quien se haría cargo de los gastos del viaje a Palestina. Yo la había conocido la noche en que con Binyomin velamos el cadáver en la clínica. Tsila había cursado estudios universitarios. Hablaba hebreo y fumaba cigarrillos. Ella y Binyomin no sólo se habían besado, sino que estaban a punto de convertirse realmente en marido y mujer.

Me pasaban cosas buenas. Un joven que publicaba una revista llamada *Tsvit* (Capullo) había aceptado mi ensayo *Spinoza y la Cabala*. La revista no sólo no pagaba, sino que el autor debía hacer una contribución. Yo sabía que en la historia de la literatura eran muchos los escritores que habían comenzado su carrera publicando en pequeñas revistas. Por ejemplo, la famosa novela *Juan Cristóbal*, de Romain Rolland, apareció en una publicación como ésa. Reescribí el ensayo y mi hermano lo revisó. Ya se encontraba en proceso de impresión y me habían entregado las primeras pruebas.

Yo era consciente de que el deseo de ver el propio nombre en letras de imprenta constituía una muestra de avidez estéril, una forma de afectación. Y sin embargo, con qué ansiedad, en mis frecuentes desvelos nocturnos, buscaba las cerillas para encender una vela y leer una vez más mi nombre impreso: David Bendiger. Había entrado en la familia de la literatura. Si conseguía publicar nueve ensayos más, el Club de Escritores me aceptaría como socio.

Empecé a fantasear con las cosas que escribiría: varias novelas, muchos cuentos y hasta una obra de teatro que se titularía *El certificado*. Los personajes, además de yo mismo, serían Edusha, Bella, Minna, sus padres, Binyomin Heshel, Tsila, Basha, Sonia, Hertz Lipmann, mi hermano Aarón Zbigniew Shapira, Barish Mendl y el cortador de polainas que quería casarse con Sonia. Tal vez también incluyera a Dov Kalmensohn. Pero ¿cómo empezaría el primer acto?

Una cosa era segura: el tercer acto tendría lugar en Palestina. Me compré una libreta, donde anotaba ideas y temas. También me fijé una rutina diaria: levantarse a tal hora, escribir a tal otra, leer a tal otra. Sin embargo, ¿cómo llevarla a cabo si no tenía un lugar apropiado donde vivir ni ingresos regulares?

Curiosamente, había recibido una citación para presentarme ante una comisión militar, pese a que aún me faltaban casi dos años para cumplir los veintiuno. Estaba seguro de que Barish Mendl le había dado mi nombre a la junta de reclutamiento como venganza por la negativa de Minna a pagarle el dinero adicional. Mi pasaporte estaba retenido en una oficina del gobierno. Minna ya había hecho un depósito a cuenta de los billetes. Todo implicaba dinero.

Zbigniew Shapira no asistió a los funerales de su madre, pero yo sabía que Minna había ido a reunirse con él en la ciudad libre de Danzig. Me enteré de boca de su padre, quien me dijo: «¿Qué sentido tiene esto, eh?».

Aunque yo mismo llevaba una vida licenciosa, la impudicia de las mujeres me escandalizaba. ¿Cómo podía Minna ir al encuentro de Zbigniew tras mantener una relación conmigo y sabiendo que él se había casado con otra mujer? En algún lugar del mundo tenía que haber personas que se tomaran

en serio el amor. Si las mujeres se comportaban igual que los hombres, el resultado sería otra generación como la aniquilada por el Diluvio. O por decirlo de otro modo, ¿acaso los hombres podrían entregarse al libertinaje si las mujeres fuesen realmente fieles?

Minna había viajado sola, probablemente para encontrarse con Zbigniew Shapira en un hotel de Danzig. Edusha, por su parte, planeaba reunirse con Hertz Lipmann.

Sonia me invitó a almorzar con ella y Mendl. Sus amos estaban de viaje, y ella jugaba a ser la dueña de casa. Mendl era un muchacho bajo y robusto, de ojos oscuros de expresión bondadosa. Por lo visto Sonia lo había aterrorizado hablándole de lo importante que era yo, pues tartamudeaba al hablarme y se esforzaba por emplear palabras y frases extranjeras. Utilizaba a cada rato giros como: «Aquello por lo cual», «Por encima de todo», y «Hablando en términos generales». Se quitaba el *yarmulke* que coronaba su cabeza peinada con brillantina y volvía a ponérselo. Metía el dedo bajo el cuello duro de su camisa para rascarse, fumaba cigarrillos y consumía pastillas de menta a fin de perfumar su aliento.

Mendl trajo noticias de su pueblo natal. Poco se hacía allí en favor de la cultura. Los *jasidim* fanáticos habían irrumpido en la biblioteca destruyendo los libros que no fueran religiosos. Un delegado sionista de Zamosc fue invitado a dictar una conferencia, pero los comunistas reventaron la reunión silbando y abucheándolo cada vez que el hombre intentaba hablar. Un judío norteamericano quiso hacer una donación para un curso sobre «El desarrollo de la civilización», pero el rabino lo mandó llamar y junto con los otros fanáticos del lugar lo convenció de que no diera dinero a los «librepensadores».

Para poner fin a esa conversación exaltada, le pedí a Mendl que me hablase de la maquinaria que se utilizaba en la confección de polainas. Prestamente describió la máquina que usaba, cómo se colocaba el cuero, cómo había que cortarlo adaptándolo a la forma del zapato, y las precauciones que había que tomar para no rebanarse un dedo.

Cuando Sonia llegó con la comida advertí que se había puesto un vestido nuevo. La conversación giró, naturalmente, hacia la situación judía. Mendl había servido en el ejército polaco y combatido contra los bolcheviques. Lo habían herido en combate, y pese a todo los soldados polacos seguían llamándolo «bolchevique» o «Trotski», y diciéndole que llegaría el día en que exterminarían a los judíos. Aun cuando lo trataban bien, Mendl se sentía incómodo con ellos. No toleraba su lenguaje, sus obscenidades, sus historias invariablemente sangrientas. Hasta los oficiales se expresaban de manera grosera. Bebían coñac en vasos para agua y hacían bromas acerca de la muerte, las enfermedades y los sufrimientos de animales y humanos. ¿Acaso eran mejores las cosas en tiempos de paz? A los judíos se los odiaba y oprimía de mil maneras. En el tren en que Mendl había viajado a Varsovia, unos gentiles habían dado una paliza a un judío e intentado arrojarlo a las vías.

—Nunca conseguiré nada bueno aquí —agregó Mendl.

—En tal caso, ¿por qué no emigras a Palestina? —preguntó Sonia.

—No me dan el certificado. Allí mi oficio no existe.

—Entonces, ¿quién hace las polainas en ese país? —insistió Sonia.

Mendl no respondió. Se dedicó a hurgarse los dientes con un palillo. Al cabo de unos instantes, dijo:

—No todos los judíos tienen que ir a Palestina.

Sonia me llevó aparte e inquirió en un susurro:

—Y bien, ¿qué piensas?

—Es un tipo decente.

—Soy yo quien tendrá que acostarse con él, no tú.

Mendl y yo nos despedimos de Sonia y salimos juntos. Él pasaría la noche en una posada de la calle Franchiskaner. Me dijo que había pagado por una habitación privada, pero ya la primera noche habían puesto dos camas para sendos huéspedes.

—Las palabras —añadió— no tienen la menor significación en este país.

Al separarnos le tendí la mano. Él me la estrechó dos veces, pidiéndome:

—Háblele bien de mí a Sonia. Ella tiene en altísimo concepto su opinión.

Esperé el tranvía más de media hora sin que apareciera ninguno. Sonia me había pedido que volviera a pasar la noche con ella, pero yo no deseaba hacerlo, y de todos modos el sereno no me dejaría entrar.

«¿Qué sentido tiene casarse si las mujeres se portan de ese modo? —pensé—. ¿Cómo puede un hombre moderno saber si sus hijos son realmente suyos?». Unos años antes había leído *El padre*, de Strindberg. Entonces no comprendí plenamente el problema planteado y me limité a disfrutar de la belleza del estilo, la autenticidad del diálogo y el misterio que se ocultaba detrás de las palabras. De pronto vi en toda su magnitud la tragedia del hombre de nuestro tiempo. Había socavado sus propios cimientos, convirtiendo a la madre de sus hijos en una ramera.

Cada vez que conocía a un hombre joven, lo primero de lo que me hablaba era de su relación con las mujeres, haciendo hincapié en que todas ellas engañaban a los hombres. Las mujeres exigían dinero para ropa, zapatos, joyas, casas veraniegas, y después se entregaban al primer desconocido que se cruzaba en su camino.

Mi padre solía acusar de botarates a los intelectuales y maldecía a los escritores en yiddish por envenenar a la juventud. Ahora comprendía su punto de vista. Pero ¿cómo podía uno conservar la pureza de la familia sin creer que Dios entregó la Torá a los judíos en el monte Sinaí?

Al entrar en el apartamento encontré a Edusha, todavía despierta. Me dijo que Dov Kalmensohn había telefoneado para advertirme que si no viajábamos antes de una semana, le daría mi certificado a otra persona.

—¿Qué espera tu damisela? —preguntó Sonia—. ¿Que el conde Potocki se enamore de ella?

Edusha había recibido una carta de Hertz Lipmann. Le decía que si estaba dispuesta a reunirse con él se quedaría en la Unión Soviética. «Sabes que no soy un sentimental —escribía—, pero he besado, literalmente, el suelo de nuestra patria socialista».

Ese día llamé a Minna por teléfono varias veces, pero me dijeron que no se encontraba en casa. También llamé a Dov Kalmensohn, quien estuvo de acuerdo en retener mi certificado unos días más. Le expliqué la situación con Minna, y reaccionó diciendo:

—Si todavía tiene algo que ver con ese farsante, Minna no es la clase de persona que queremos en Palestina.

El invierno había pasado sin que yo lo advirtiera, y ya se notaba la presencia de la primavera. ¡Oh, Dios! Si había sobrevivido a ese invierno, debía de ser más fuerte que el acero.

Edusha perdió su empleo en la mueblería. A Bella la dejaron en libertad bajo fianza. Ella y todo un grupo de comunistas a los que el fiscal había acusado en bloque serían juzgados más adelante. Sólo se los podía procesar en conjunto, ya que el fiscal sostenía que formaban parte de la misma conspiración.

Bella salió de la cárcel tan arrogante como había entrado. Mientras estuvo detenida recibió paquetes de Edusha y del Partido. Evidentemente, se trataba de una especie de funcionaria, ya que no se le requería que hiciera trabajo alguno. Apenas regresó al apartamento, el teléfono empezó a sonar. Susskind Eijl reanudó sus visitas y hasta llevó a mi hermano.

Una noche oí la voz de Aarón en la sala. Cuando entré, todos salieron. Mi hermano me pidió echar un vistazo a mi «salón», como amaba a mi pequeña habitación sin ventanas. Cogió un libro del estante y preguntó:

—¿Quién es Stanislas Kalbe?

—Un ex-inquilino.

—¡Otro benefactor de la humanidad!

—No, sólo un muchacho rico.

—¿Y qué pasa con tu certificado?

Me disponía a contestarle cuando sonó el teléfono y un secreto instinto me dijo que la llamada era para mí. Salí corriendo al pasillo descolgué el auricular. Era Minna. Casi no distinguí su voz cuando me preguntó con tono divertido:

—¿Todavía estás ahí?

—¿En qué otro sitio podría estar?

—En la Luna... o en Marte.

Dijo que quería hablar conmigo y me pidió que fuera a su casa de inmediato. Yo estaba ansioso por marcharme, pues me sentía incómodo en presencia de mi hermano y Edusha. Susskind Eijl me observaba con expresión burlona. Bella me había preguntado si me había portado correctamente. Todos ellos sabían que había pasado varias semanas solo en la casa con Edusha, lo cual suscitaba toda clase de pullas. Intenté practicar autohipnosis para no ruborizarme, aplicando a fórmula de Emile Coué. Había encontrado en la biblioteca la traducción de un libro sobre esta técnica escrito por Charles Badouin, y había leído *El Desarrollo de la voluntad*, de Pallot, pero delante de mi hermano perdía toda presencia de ánimo. Me ruborizaba y palidecía alternadamente. Me costaba hablar, y cuando lograba decir algo mis palabras sonaban desmañadas y tontas. Me había convertido de nuevo en un chico de escuela y representaba el papel de ingenuo.

Cogí mi abrigo y empecé a despedirme.

—¿Por qué huye? —dijo Bella—. Su hermano está aquí. Ha venido especialmente para verlo.

—Se trata de un asunto urgente.

—¿En relación con su certificado?

—Se lo han retirado —intervino Edusha—. La esposa ficticia se marchó a Danzig para ver a su ex-amante.

La miré con enfado. No tenía derecho a ventilar los secretos que yo le había confiado, pero pretendía impresionar a mi hermano. Coqueteaba con Susskind Eijl y le daba golpecitos en la muñeca. Para mí estaba claro que se ponía en ridículo, pero tal vez actuase movida por las mismas emociones que me perturbaban a mí.

—¿Adónde vas? —preguntó Aarón.

—Lo ha llamado una dama —dijo Edusha.

—Tienes dos hermosas damas aquí, en casa.

—Nadie valora lo que tiene en casa —apuntó Bella.

—Debe hacerse hombre —dijo mi hermano—. A veces pienso que todavía es un chiquillo. No hace tanto tiempo que lo llevaba a la escuela. Parece que fue ayer.

—Empiezo a comprender por qué para Dios mil años son lo mismo que un día.

—Si estás arriba, durmiendo en el Séptimo Cielo, ni siquiera un millón de años significa gran cosa —intervino Susskind Eijl—. Entiendo que, según Einstein, hasta el tiempo es una ilusión.

—Creo que usted se refiere a Kant —dije—. Para Einstein, el tiempo es relativo pero no tiene nada que ver con la ilusión.

—Vaya, hablas como un adulto —dijo mi hermano lleno de asombro—. Entonces ¿entiendes la teoría de Einstein?

—Leí un libro sobre el tema. Personalmente, creo que el tiempo ni es relativo ni es una ilusión. Al igual que el espacio, no existe.

—Aun así, se necesitan nueve meses para que el embarazo de una mujer llegue a término.

—No es el tiempo como tal el que madura al bebé, sino una serie de procesos. No es el tiempo el que hace que la manzana madure, sino el sol. Una persona no envejece por culpa del tiempo, sino porque se producen cambios en su corazón y en sus venas. «Tiempo» no es más que una manera de designar, del mismo modo que se indica que esta casa se encuentra en la calle Leszno.

—Se puede cambiar el nombre de la calle, o incluso el de la ciudad, pero nueve meses siguen siendo nueve meses.

—Sólo si se compara el vientre de una mujer con la trayectoria de la Luna alrededor de la Tierra. Es una comparación ilógica. Bella me miró y espetó, airada:

—Pruebe a pasar una temporada en prisión y verá que el tiempo sí existe. Cada día parece un año, y las noches de invierno se arrastran como si uno se hallase en el exilio. Pruebe a trabajar catorce horas por día, como se trabajaba en las fábricas, y verá que el tiempo no es una mera designación.

—Lo que cansa a los obreros no es el tiempo, sino el trabajo.

—Puros sofismas —replicó mi hermano—. Deberías avergonzarte de repetir semejantes tonterías, David. Immanuel Kant nunca se movió de Königsberg. Y aunque no creía en el tiempo, su

reloj era tan exacto como el de cualquiera. Jamás llegó ni con un segundo de retraso a sus clases en la universidad. Muy bien, pues, y ¿qué es el espacio, entonces?

—Vacío. Nada.

—Sin embargo, hay más nada entre Varsovia y Moscú que entre Varsovia y Radzymin. ¿Cómo es posible que exista más cantidad de nada?

—Es un chiquillo —intervino Bella—. Se atosiga con toda esa bazofia libresca y cree que está degustando un manjar. El tiempo es nada, el espacio es nada. Sólo falta que diga que el dinero es nada.

—El dinero es algo.

—Bueno, gracias a Dios. Pero ¿dónde encontrarlo? Y por favor, tenga la bondad de enderezarse la corbata.

—¿A eso llama corbata? —se burló Susskind Eijl—. ¡Si parece una sogá! —exclamó, y soltó su inconfundible carcajada.

Todos se echaron a reír. Advertí que Edusha no se sumaba al jolgorio general. Me miraba con aire interrogativo, evidentemente molesta por el hecho de que yo permitiese que me tomaran el pelo.

Deseé justificarme. Deseé comparar el tiempo y el espacio con el número cero, que sólo adquiere valor cuando se halla junto a otros números, pero Minna me esperaba y, de todos modos, ellos no me entenderían. En las largas noches que había pasado ahondando en esas ideas, había llegado a la conclusión de que las categorías de la razón no son más que símbolos y que es posible representarlas mediante otros símbolos o nombres. La humanidad necesita orientarse continuamente por medio de señales, o de una dirección. Tiempo y espacio no son más que los indicadores de la memoria. La existencia humana entera no es más que una enorme libreta de direcciones.

Salí rumbo a la casa de Minna. Después de lo sucedido entre nosotros, había empezado a amarla. Pero su viaje a Danzig para ver a Zbigniew Shapira lo había echado todo a perder. Minna nos había engañado a los dos y se había burlado de sus propios sentimientos.

Subí la escalera hasta el apartamento de los Ahronson y toqué el timbre. Me abrió la puerta Meir Ahronson, vestido con la misma bata raída, las viejas chinelas y el gorro plano de la última vez. Su rostro arrugado tenía un tinte amarillento. Me pareció que hasta su barba se había encogido. Su ojo derecho estaba cerrado, como si hubiese perdido la vista, y su ojo izquierdo, bajo la ceja hirsuta, me dirigió una mirada penetrante y divertida.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Todavía está aquí? Creí que a estas alturas ya se encontraría en la Gruta de los Padres.

—Bien sabe usted que no puedo viajar a Palestina sin su hija.

—Que me cuelguen si sé qué quiere mi hija. ¿Por qué se fue con tanta prisa a Danzig en medio de todo esto? Pertenece a una generación que ha perdido la cabeza.

—Es evidente que todavía está enamorada de Zbigniew Shapira.

—Eso no es amor, sino locura. Nos ha avergonzado a todos. Si uno vive lo suficiente, es seguro que más tarde o más temprano lo cubrirán de vergüenza y humillación. Pero compadezco a mi pobre esposa.

—Dios los ayudará.

—¿Dónde? En este mundo, seguro que no.

Llamé a la puerta de Minna y la encontré sentada en el sillón de mimbre manchado de pintura. Se la veía más delgada y joven, con cierto aire extranjero. Llevaba un vestido que no le había visto antes y se había cambiado el peinado, o tal vez el corte de pelo. Tenía un cigarrillo entre los labios y las piernas cruzadas, lo que dejaba las rodillas al descubierto. Era la imagen misma de la mujer mundana y segura de sí misma a la que todo le es indiferente salvo sus propias necesidades y caprichos. Vi en sus ojos el mismo brillo burlón que había detectado en los de su padre.

—Vaya, vaya, ¿cómo está el donjuán de Byaledrevne?

—¿Cómo está Zbigniew Shapira? —repliqué.

—Loco, como siempre. Siéntate aquí, en la cama.

Me senté en el borde de la cama de Minna, quien me examinó, como vacilando.

—Lamento tener que decirte esto —prosiguió—, pero debo cancelar mi plan de viajar a Palestina. En mi situación actual, me veo obligada a pedirte el divorcio. —A continuación, como para atenuar el impacto de sus palabras, agregó—: Lo lamento, lo lamento de veras. Te he arrastrado a una ciénaga.

—¿Qué ha sucedido?

Minna frunció el entrecejo.

—Oh, es una larga historia. No sé bien cómo empezar. Pero ¿a ti qué más te da? Mi vida está hecha un lío. Si te divorcias de mí, puedes viajar con otra mujer. Tal vez con esa joven de tu pueblo a la que realmente amas. Me hablaste de ella. ¿Cómo se llamaba?

—Lena.

—Eso, Lena.

3

Minna hablaba sin dejar de fumar. A veces hacía una mueca; otras, sonreía.

—No es propio de mi carácter hablar con nadie de mis asuntos íntimos. Si alguien me hubiese dicho que me confiaría a ti de este modo, lo habría considerado absurdo. Pero después de lo que sucedió entre nosotros, mal podemos considerarnos extraños el uno para el otro. Y además, en cierto sentido eres mi esposo. Tenía que hablar con él. Tenía que verlo —prosiguió con la voz alterada—. En buena medida, mi sufrimiento se debía a la imposibilidad de entender sus motivos. Es decir..., yo entendía y no entendía al mismo tiempo. Sólo en Danzig comprendí que Zbigniew me había hipnotizado. Me di cuenta de que tenía todos los síntomas de una persona hipnotizada. Eso sucede cuando, aunque la mente conserve la lucidez, uno se ve forzado a obedecer los mandatos de otro. Pensé que si volvía a verlo él conseguiría anular el hechizo a que me había sometido. Al fin y al cabo, ¿qué es un hechizo si no una forma de hipnosis? Y es por eso por lo que fui en su busca.

Cuando llegué, me esperaba en la estación. Se lo veía más apuesto que nunca. Su esposa, que responde al extraño nombre de Eulalie, no estaba con él. Es hija de una acaudalada familia de Alemania, pero vive en Lausana y en París. Sus padres se encuentran ahora en Norteamérica. Realizan negocios importantes en todo el mundo. Su primer marido era oficial del ejército francés. También tuvo un segundo marido. Zbigniew es el tercero. Eso es lo que ella afirma. Sospecho que debe de ser el quinto, o el décimo. Está loca por él y derrocha el dinero a diestro y siniestro.

Sin saber por qué, pregunté:

—¿Esa mujer es...?

—¿Si es judía? Sí, lo es. O por lo menos su padre lo es. Pero sus dos maridos anteriores eran cristianos. Aunque, ¿qué significa la religión para gente como ésa? Bien podría hacerse mahometana en cualquier momento. Cuando la conocí, tuve la impresión de que ella y Zbigniew estaban hechos el uno para el otro. Los dos pasarían por encima del cadáver de quien fuese para procurar su propio placer. Además, ella es rica, de modo que puede permitirse ser cínica. Jamás he conocido a una mujer tan cínica como ella. —¿Por dónde iba? Ah, sí. Zbigniew fue a la estación solo. Lo primero que hice fue informarle de que me había casado. Se puso muy pálido, y eso me dio un momento de satisfacción. Me preguntó: «¿Y dónde está el afortunado?». Respondí: «Es un estudiante de *yeshivá* de un pueblo pequeño, quiere ser escritor en yiddish y tiene cinco años menos que yo». Me miró en silencio por un instante, y luego preguntó: «¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo hiciste?». Me eché a reír. Entramos en un café y allí nos quedamos hasta la hora de cerrar. Antes, él llamó por teléfono a su esposa, y ella vino a reunirse con nosotros. Espero que no te moleste lo que voy a decirte. Cuando ella entró, me abrazó y me besó como si fuéramos hermanas. ¿Si es hermosa? Resulta difícil afirmarlo. Posee una especie de belleza exótica. ¿Y sabes qué hizo? Pues ni más ni menos que invitarme a compartir la habitación de hotel de ellos. Fue muy directa: «La cama es grande. Cabemos los tres cómodamente». Me quedé mirándola y se me ocurrió que Zbigniew también la había hipnotizado, pues aunque ella tenía su buena dosis de perversidad, él era el inspirador de todo eso. O tal vez las cosas sean al revés, y es ella quien lo ha seducido. Durante toda mi vida me he entrenado para no dejarme sorprender por nada. Pero las sorpresas llegan, de todos modos. De pronto conoces a alguien que parece diferente, que de hecho lo es, de modo diferente, como si viniesen de otro planeta. Hace una semana pensaba que si me cruzaba con esa mujer la estrangularía o le clavaría un puñal en el pecho. Y en cambio ahí estábamos, sentadas a la misma mesa, y ella me llamaba por mi nombre de pila. Yo no tenía idea de que pudiera existir un ser semejante. Nunca había encontrado una mujer como ella en la literatura polaca, y ni siquiera en la francesa. Era evidente que Zbigniew me había elogiado de forma desmesurada, porque lo que a continuación hizo Eulalie sugerir, muy abiertamente, que los tres hiciéramos un viaje alrededor del mundo.

—¿Y lo harán?

—No lo sé. Lo único que sé es que no puedo romper con él. Ésa es la terrible verdad, y ahí la lógica no tiene nada que hacer. Estuvimos juntos en Danzig y más tarde en Zapat. ¿Y a que no adivinas de quién hablamos? Buena parte de nuestra conversación giró en torno a ti. Fue bastante extraño. Como te he dicho, le conté todo lo nuestro y él se mostró fascinado. Se transformó de inmediato en un nacionalista judío, un sionista. Quería que te llamara por teléfono en ese mismo

instante y te propusiera que fueses a Danzig. Se ofreció a buscar un traductor para tu ensayo, o a enviarte a Berlín para que prosiguieras tus estudios. También su mujer se entusiasmó. Te imaginaban con el cabello negro y los ojos oscuros y ardientes del judío típico. Cuando les dije que eres de tez blanca y tienes los ojos azules, su entusiasmo decayó un poco. Pero lo recuperaron enseguida. Por supuesto, en ellos todo pasa por los estados de ánimo. Son nacionalistas ahora y cosmopolitas (o lo que se les cruce por la cabeza) un instante después. En ella hay algo salvaje e infantil, y en su presencia él también se vuelve insensato. Duermen de día y se pasan la noche despiertos. Beben champán en el desayuno, y sospecho que ella consume drogas. Una cosa está clara: ahora no tengo ningún motivo para ir a Palestina. Sería un desatino.

—He recibido un telegrama de Dov Kalmensohn. Dice que si no salimos hacia Palestina de inmediato le adjudicará el certificado a otro.

—Lo lamento, de verdad. En todo caso, podemos ir a Berlín y divorciarnos allí. Sé muy bien lo que piensas de mí, pero todavía no has aprendido cuán demoníaco llega a ser en ocasiones el poder del amor. Yo estaba muerta cuando Zbigniew no estaba aquí. O por decirlo de otro modo, era un cadáver animado por una especie de fuerza galvánica. Pero en cuanto volví a verlo, resucité. He sufrido mucho. Nadie que no haya pasado por esta experiencia se imagina lo profunda que ha sido mi angustia. Pero se trataba de la angustia de un ser vivo, no de la opacidad petrificada de la muerte. La verdad es que no tengo necesidad de justificarme ante ti. Tampoco intentaré justificarme ante mis padres. ¿Cómo podría hacerlo, si sé que ellos tienen toda la razón del mundo?

—¿Qué piensa hacer?

—Hemos llegado a un acuerdo, el acuerdo más extraño que jamás se haya hecho entre un hombre y una mujer. Le dije: «Estoy en tus manos, haz lo que quieras conmigo». Lo manifesté delante de ella, y ambos juraron que no me abandonarían mientras viviesen. Una locura, ¿no es cierto? Pero la vida está llena de locura. Quieren que los acompañe en su viaje alrededor del mundo, que pase largos periodos con ellos en China, Japón, la India. Ella tiene una hija de su primer marido que vive con los abuelos en Lyon. Pero la abuela no se encuentra bien de salud y no puede seguir ocupándose de la niña. El francés que estudié en la escuela me será útil ahora. Sí, si quieres llamar a las cosas por su nombre exacto, seré la institutriz de la hija de Eulalie. No creo que ni en el Infierno de Dante alguien haya imaginado un castigo tan ingenioso como éste. Pero he aceptado, porque eso me permitirá estar cerca de él.

A Minna le brillaban los ojos. Su mirada era la de alguien que ha hecho un pacto con el desastre.

—¿Por qué acepta la esposa esa situación?

—No lo sé, y tal vez nunca lo sepa. Es posible que tampoco ella sepa por qué lo hace. Los millonarios, aquellos que han probado todos los placeres de la vida, sufren de aburrimiento. ¿Quién sabe? Esta mujer se divorció dos veces, y cuando le pregunté los motivos, me contestó: «No lo sé. Las relaciones se hicieron tediosas. He olvidado las razones». Sé que no soy yo quien debería decirlo, pero es una persona muy simpática. Me quitó a mi hombre, pero aun así me agrada. Y eso, en sí mismo, constituye una sorpresa terrible para mí. En cuanto a mis padres, me he apartado casi por completo de ellos para entregarme por entero al diablo.

—Creo que deberíamos ir a ver a Dov Kalmensohn y explicarle cómo están las cosas.

—Sí, por supuesto, enseguida. Ah, sí, he olvidado decirte algo importante, algo que manchará sin remedio mi nombre ante tus ojos. Tomé dinero de mis padres para pagarme el viaje. Hubo un tiempo en que yo consideraba a mi padre un hombre rico, pero en comparación con lo que vi allí, comprendo que fuimos pobres aun en nuestras mejores épocas. La mujer de Zbigniew despilfarra el dinero, y lo mismo hace él. A él nunca le pareció pecaminoso coger dinero de otras personas, sin importarle cuándo ni de quién. Te digo esto sencillamente para que no temas y sepas que mi decisión no te afectará financieramente. Me haré cargo de todos tus gastos.

—No hay problema. Si me dan el certificado, otra persona pagará los gastos.

—Sí, claro; pero nunca se puede estar seguro. ¿Qué harás si no te dan el certificado? Tengo la impresión de que Kalmensohn quería ayudarme a mí.

—Sí, eso es cierto.

—Ven, salgamos de aquí. Me siento incómoda en mi propia habitación. Mis padres me tratan como a un enemigo.

Bajamos en el ascensor. Minna llevaba un elegante abrigo nuevo de pieles. Tenía el aspecto de una mujer rica. Cuando llegamos a la calle, me dijo:

—Mi querido amigo, no te acompañaré a la oficina de los *jalutzim* a menos que vengas a comer algo conmigo. Estás muy pálido, y perdona mi franqueza, pero pareces famélico. ¿Has decidido ayunar?

—No, pero...

—Ven. Una taza de café y un bocado nos vendrán bien. Aunque todavía hace frío, la primavera ya está aquí. No sé si a los hombres os pasa lo mismo, pero cuando empiezan a soplar las brisas primaverales trayendo perfumes de Dios sabe dónde, siento una gran exaltación. Es lo que se llama, muy adecuadamente, «fiebre de primavera». Presiento que la buena suerte está muy cerca, pero ¿dónde? Ven, iremos al número 38. Allí comimos una vez.

—Gracias.

—¿Qué harás si no obtienes el certificado?

—No lo sé, tal vez vuelva a mi pueblo.

—Si tienes un pasaporte de emigración no será difícil conseguirte un visado para Alemania, o por lo menos un visado de tránsito. Una vez que estés allí puedes gestionar una prórroga. O incluso un permiso de residencia.

—¿Qué haría yo en Alemania?

—No lo sé, pero cualquier cosa es mejor que instalarte en un pueblo perdido. No se puede confiar en ellos..., pero ya te lo he dicho. Los dos expresaron el deseo de ayudarte. Me refiero a Zbigniew y su esposa.

—Yo nunca recurriría a ellos.

—¿Por qué? Soy yo quien hizo una elección vergonzosa, no tú. No has hecho nada de lo que debas avergonzarte.

Entramos en el café y Minna pidió pan, queso, una tortilla y café para mí, y leche con cacao para ella. Brillaba el sol y observé que ya había algunas moscas zumbando alrededor de la araña. Mezclados con el aroma del café, el arenque y la leche, llegaban otros olores, de tierra, bosque y río.

Minna permaneció en silencio durante largo rato, mirándome comer.

—Quizá te hubiese amado —dijo finalmente—, si sólo tuvieras diez años más, pero aún eres un niño. Sin embargo, no lamento lo que hemos hecho.

—No debió contarle lo nuestro a Zbigniew Shapira.

—Ignoras qué clase de persona es Zbigniew. La gente como él ha cortado todo vínculo con las antiguas normas. Lo que era bello lo consideran feo, y viceversa. Creo que esa idea aparece en *Macbeth*, y me parece que toda la humanidad se mueve en esa dirección. Fíjate en la música y la danza de hoy en día, e incluso en los sombreros que san las mujeres. En Alemania se está representando con mucho éxito una obra de teatro titulada *Pleyte*. Creo que es una palabra yiddish. ¿Qué significa?

—«Bancarrota».

—Sí, el protagonista de la obra está en bancarrota, y lo reconoce. Lo mismo me pasa a mí. Estoy en bancarrota en todos los sentidos e la palabra. Completa y absolutamente en bancarrota.

4

Sentía que a mi vida le faltaba coherencia. Era como una novela enmarañada, con pasajes de negrura y tensión, demasiado dolorosa para leerla y demasiado fascinante para dejarla.

Bella me dijo sin rodeos que debía desocupar la pequeña habitan, pues pensaba convertirla en su propio dormitorio. Fui a ver a Dov Kalmensohn, quien me informó de que no me darían el certificado. Habló de Minna con irritación, pero me hizo saber que buena parte de la culpa era mía. El cónsul británico ya había informado a las autoridades polacas de que se había anulado mi visado. Por lo tanto, la emisión de mi pasaporte de emigración estaba demorada. Minna suponía que quien nos había traicionado era Barish Mendl, aunque en última instancia daba igual.

Minna quería que nos divorciáramos porque no podía, ni deseaba, viajar con papeles en los que figurase como mi esposa. Había que hacer todo con la mayor premura, ya que Zbigniew Shapira y su mujer aguardaban con impaciencia en Berlín. Antes de abandonar Varsovia, Minna quería mandar colocar una lápida en la tumba de la señora Shapira y vender los muebles y otros objetos que quedaban en el apartamento. La anciana tenía una caja de seguridad en algún banco, pero Zbigniew ignoraba en cuál. Para complicar aún más las cosas, Minna había reñido con Rena Kulass. Zbigniew llamaba por teléfono todos los días desde Berlín. Había contratado los servicios de un abogado de Varsovia, justamente el mismo ex-capitán de legionarios con quien Minna había amenazado a Barish Mendl.

Los sucesos que siguieron se desarrollaron a un ritmo febril y alucinante que nadie parecía capaz de controlar. Minna y yo acudimos a un rabino de la calle Kupietska, y que nos concedió el divorcio. Aguardamos sentados en un banco mientras el amanuense escribía con una pluma de ganso. Nuestros

testigos fueron dos judíos que estaban aprendiendo a autenticar contratos matrimoniales con la escritura apropiada. Sentado frente a nosotros, el rabino volvía las páginas de un libro y suspiraba. Poco faltó para que no obtuviéramos el divorcio, porque Minna no sabía con seguridad si su nombre judío era Miriam, Mindl, o ambos. El contrato matrimonial estaba en el despacho de Barish Mendl quien juró que no lo encontraba. Minna llamó por teléfono a su padre, pero Meir Ahronson parecía haberse vuelto sordo de repente. Hablando en polaco, Minna dijo, dirigiéndose a mí, que siempre había odiado el judaísmo y que si se obstinaban en poner piedras en su camino se convertiría al cristianismo. Meir Ahronson recuperó el oído tan súbitamente como lo había perdido y dijo que el nombre era Minna Mindl, y que se llamaba así en recuerdo de una abuela. Oí que le gritaba a Minna: «De ahora en adelante ya no eres mi hija y yo no soy tu padre».

Minna siguió hablándome en polaco:

—¿Qué pretenden estos judíos? ¿Por qué fastidian al mundo? ¿Por qué están tan seguros de saber cuál es la voluntad de Dios? ¿Y por qué, si son tan piadosos, hay especuladores que compran manzanas enteras de casas con dinero sobrevaluado? Es cierto que la mayoría de los judíos son pobres, pero es ese pequeño grupo de aventureros ricos el que provoca el antisemitismo.

En cuanto a ella, Minna dijo que no tenía ninguna relación con esa gente. A decir verdad, no tenía ninguna relación con la especie humana como tal. La movía un único deseo: olvidar. Aturdirse con opio o algún otro narcótico para no recordar nada, nunca más.

—En realidad —agregó—, no necesitas el divorcio, porque estoy muerta.

Me cogió la mano y la soltó de inmediato. La esposa del rabino abrió la puerta de la cocina y nos miró con aire de reprobación, pues no se esperaba que dos personas a punto de divorciarse se sentaran una junto a la otra y hablaran susurrando. El rabino, mesándose la barba, nos dijo:

—No es demasiado tarde. Aún podéis reconciliaros.

Todo se hizo conforme a la ley religiosa. Minna tendió las manos y yo puse en ellas el acta de divorcio. El rabino le dijo a Minna que debía esperar noventa días antes de volver a casarse.

Ya en la calle, tomamos un *droshki* para ir a casa del abogado. Sí, la primavera estaba entre nosotros. En el jardín Krasinsky los niños arrojaban migas de pan a los cisnes que nadaban en el lago. Los árboles estaban en flor. Los pájaros gorjeaban. El sol se reflejaba en las charcas. ¿Era posible que la fiesta de Purim hubiera llegado y pasado sin que yo lo advirtiera? Sí, me había perdido un Purim, como si fuese un judío converso, un gentil.

Algo dentro de mí murmuró «*Vahi ba'iemei Ajashverush*». (Y ocurrió en los días de Asuero). De pronto vi a mi padre, a mi madre, y las velas cortas y gruesas que encendíamos en la noche de Purim.

La hogaza de pan cortada en un extremo, y la mesa cubierta de los manjares de Purim que después se repartirían entre parientes y amigos. Experimenté un dolor casi físico. ¿Acaso estaba tan acabado que en Varsovia, la ciudad más judía del mundo, había pasado por alto una festividad religiosa? Sí, había abandonado a Dios, y Él me había abandonado a mí.

Minna me cogió del brazo:

—¿Qué pasa, jovencito?

—Oh, nada, nada.

—Quién sabe, tal vez estemos cometiendo un error. Quizás hubiésemos sido felices juntos.

El abogado al que fuimos a ver nos hizo esperar tres cuartos de hora en el vestíbulo. Luego hizo pasar a Minna a su despacho y yo aún tuve que aguardar otra media hora. Por fin me llamó y me dio a firmar unos papeles. Los firmé sin leerlos.

Las ventanas daban al jardín. El entarimado resplandecía. Ninguno de los papeles que había sobre el escritorio de caoba parecía fuera de lugar. Varios retratos de señores respetables nos miraban desde las paredes. En los rincones de la habitación había jarrones llenos de flores. Más que un despacho, era una sala de recibo. El abogado era un hombre alto y corpulento, de nariz roma, mentón cuadrado y cuello corto. Su cabello rubio y erizado hacía pensar en un cepillo. Todo en él emanaba una fuerza y una seguridad nunca vistas ni imaginadas por mí. Había padecido la guerra, igual que yo, y hasta lo habían herido en el frente. Pero se encontraba en su propio hogar, en su propio país. Le dictó algo a una secretaria. Después habló por teléfono expresándose con claridad, con naturalidad, con voz firme, con la calma de un ser libre de presiones y embrollos.

—Sí... ficticio... certificado... para llevar más judíos a Palestina... comprendo.

Se despidió de Minna besándole la mano y a mí me dio un fuerte y cálido apretón de manos.

Fuera ya había caído la noche. Hacía frío, pero de vez en cuando soplaba una brisa cálida. El agua fluía junto a los bordillos de las aceras. El aire olía a hojas y flores. Minna me cogió del brazo y caminamos un rato sin rumbo fijo. Yo ignoraba por qué calle andábamos. A través de las cortinas que cubrían las ventanas se filtraba el resplandor de las arañas. De alguna parte nos llegó la música de un piano. Detrás de esos balcones, de esas cortinas, sobrevivían familias profundamente arraigadas, y ni guerras ni ocupaciones extranjeras conseguirían desarraigarlas. Abajo, el asfalto mojado relucía como un río en el que se reflejaban al pasar los automóviles y los *droshkis*.

Me sentía terriblemente cansado, y al mismo tiempo tenía la impresión de que el tiempo jamás había comenzado y el espacio era infinito. La vida había palpitado siempre; la muerte yacía en eterna espera.

Al pasar por delante de un café, Minna propuso:

—Entremos a comer algo.

El lugar parecía demasiado distinguido para la ropa que yo llevaba. Me ajusté la corbata y me abroché el abrigo, aunque poco después volvería a desabrochármelo. Los elegantes parroquianos enarcaron las cejas e intercambiaron miradas al vernos entrar. Mis prendas gastadas no hacían juego con las pieles de Minna.

Nos sentamos en un rincón. En la pared contra la cual se apoyaba la mesa había un espejo en el que vi mi reflejo durante todo el tiempo que estuvimos allí: los bordes raídos de las solapas, la corbata mal anudada, los mechones de lo que quedaba de mi cabello pelirrojo, la palidez de mi rostro, las mejillas hundidas, el cuello delgado, los ojos azules de mirada penetrante, el rictus de mis labios. Me había casado, y la suerte había querido que me divorciara. Estaba compartiendo un refrigerio con mi ex-esposa, que no paraba de hablar de Zbigniew Shapira. En ese momento estaba diciendo:

—Se lo tenía merecido. Me hizo feliz decirle que había estado con otro hombre. Se puso tan pálido como este mantel.

—Señorita Minna, el mantel no es pálido.

Miró el mantel y me preguntó:

—¿Por qué me llamas señorita Minna? Ya no soy una señorita. Tendremos que inventar una nueva palabra para alguien como yo. Amante de un hombre que se ha casado sólo para que su esposa pueda reunirse con su amante, que a su vez se ha casado con otra mujer. Luego ella se divorcia para convertirse en la institutriz de la hijastra de su amante. ¿No es divertido? ¿Qué te parece si lo conviertes en una obra de teatro? Dime, ¿qué piensas hacer después de que me marche de Polonia?

—Ya le he dicho que no tengo planes concretos.

—Aun así, tendrás que ir a alguna parte y hacer algo, digo yo.

—Puedo volver a Byaledrevne, enseñar hebreo...

—Si quieres salir del país, no necesitas un pasaporte de emigración. Ven conmigo a Danzig, y desde allí entra clandestinamente en Alemania.

—No, señorita Minna, no pienso arrastrarme tras ellos.

—Todos nos arrastramos detrás de alguien. Nos dejamos caer ante un portal gritando: «Dejadme entrar o me moriré». Mi pobre madre se aferra a mi padre senil, yo me aferro a Zbigniew, Zbigniew se ha encadenado a su millonaria..., y así sucesivamente. La verdad es que tú y yo no deberíamos habernos divorciado. Podrías haber viajado conmigo como mi marido. Zbigniew no habría puesto ninguna objeción. Al contrario...

—Demasiado tarde, señorita Minna.

—¿Por qué? ¿Y si volviéramos a casarnos? —El camarero llegó con café y tarta de queso—. ¿Adónde irás ahora? ¿A tu pequeña habitación sin ventanas?

—Ya no es mía. Debo desocuparla mañana o pasado.

—¿Y adónde irás? Múdate al apartamento de mis padres. Tienen otra habitación disponible para alquilar. Y cuando yo me vaya, también alquilarán la mía.

—Usted sabe que no dispongo de dinero.

—Yo pagaré los tres primeros meses. Te daré el dinero para que se lo entregues a mis padres. No quieren aceptar nada de mí. Mi padre me acusa de ser una cualquiera, y tal vez tenga razón. Pero no es fácil encontrar inquilinos. Pueden surgir complicaciones. El conde que alquiló un cuarto se marchó al cabo de una semana. Resultó que tenía una esposa con la que se había peleado, pero acabaron reconciliándose. Todos estos problemas acabarán por matar a mi pobre madre. Vete a vivir con ellos. A mi padre le caes muy bien; discutiréis sobre el Talmud o hablaréis en yiddish. Te considera su yerno, y no es probable que vuelva a tener otro. Haz lo que te digo. Saldréis ganando los tres.

—Sería una situación cómica.

—Todo lo que yo hago es cómico. Ven, vamos a casa. Tengo el dinero para que le pagues el depósito. Tal vez encuentres algún trabajo en Varsovia. Me siento culpable. Por mi causa perdiste tu certificado. ¡Oh, Dios! Hago daño a todo el mundo, a ti, a mis padres, y también a mí misma. El pasc que estoy a punto de dar me sumirá en el oprobio para siempre. Siento que el destino me arrastra a la destrucción, y hay momentos en que me asalta la sospecha de que tal vez Zbigniew lamente esta aventura. Llegaré a Danzig sólo para enterarme de que se han marchado a otra parte. Estoy atrapada en una telaraña. Termina esa tarta y vámonos. No quiero permanecer sentada aquí ni un instante más.

Es como si tuviera un motor girando dentro de mí. Nunca experimenté nada parecido.

VII

1

Por la mañana temprano sonó el teléfono y Bella fue a avisarme que era mi hermano Aarón. Me puse los pantalones, salí al pasillo y contesté la llamada.

—Papá ha venido a Varsovia —dijo Aarón con voz temblorosa.

—¿Papá? ¿Dónde está?

—Aquí, pero no tenemos espacio para alojarlo. Oí que llamaban a la puerta, y ahí estaba.

—¿Cuándo fue eso?

—Anoche. Apenas lo reconocí. Se ha encogido, o tal vez sean imaginaciones mías. Para estos judíos piadosos nada ha cambiado en cientos de años. Abrí la puerta y lo vi frente a mí, con la bolsa en que guarda su taled y la misma maleta pequeña con que fue a Radzymin. Sufre de hemorroides y necesita operarse. No tiene un céntimo. Aquí no hay espacio para ubicarlo, y además no ha querido comer nada. Te llamé por teléfono, pero no estabas. No te imaginas lo que ha sido esto. Mi suegro le ofreció su propia cama, pero papá no podía dormir en la misma habitación con una mujer. Ni siquiera aceptó un vaso de té, pese a que los Tsinamon son *kosher*. No he pegado ojo en toda la noche. Quise llevarlo a un hotel, pero se negó. De todos modos, no tengo dinero. No sé qué hacer. Estoy absolutamente desesperado. ¿No podrías llevarlo a alguna parte?

—¿Adónde?

—¿Tienes algo de dinero?

—Nada.

—¿Qué lío! Ven de inmediato. No hace más que hablar de ti: si no te has afeitado, no lo hagas. Soltó una larga perorata acerca de mi garba. Tuve que ponerme un sombrero y recitar con él las oraciones vespertinas. Ida se puso un pañuelo en la cabeza. Toda la casa está patas arriba.

—¿Dónde ha dormido?

—Le hemos cedido nuestra cama. Ida y yo hemos dormido en el suelo de la sala. El ruido ha despertado al bebé y no hemos conseguido que volviera a dormirse. Después papá ha insistido en que cumpliéramos con el ritual del lavado de manos y todo lo demás. La verdad es que casi he olvidado esos preceptos. Ya estaba por acostarse cuando se le ocurrió preguntar si el colchón no contenía alguna mezcla prohibida de lana y cáñamo. ¿Cómo podía saberlo yo? Es para volverse loco. Finalmente lo he persuadido de que comiera un pedazo de pan seco. No ha traído ropa, aparte de una camisa y su prenda interior tradicional. Ni siquiera un albornoz. Los judíos como él no han aprendido nada en absoluto. Acabo de llevarlo a una sinagoga; estaba decidido a participar en un grupo de oración. Y cuando termine tendré que ir a recogerlo. Al parecer ha olvidado cómo es Varsovia.

Aunque está claro que nunca conoció la ciudad, a excepción de nuestra calle. Si se queda aquí, será nuestro fin.

—Voy enseguida.

—Debo ir a la imprenta a corregir unas pruebas, de modo que no estaré en casa.

—Llegaré lo antes que pueda.

Pocos minutos después el teléfono volvió a sonar. Contestó Edusha. Dijo que era para mí, y cuando le pregunté quién me llamaba, respondió:

—Un anciano.

¿Sería mi padre? ¿Habría conseguido mi número de teléfono? ¿Estaría llamando de algún lugar cercano a la sinagoga? No, era imposible. Finalmente cogí el auricular y pregunté:

—¿Quién habla? —No hubo respuesta, y añadí—: Soy David, David Bendiger.

De pronto se me ocurrió que quien llamaba era Meir Ahronson. Oí una mezcla de suspiros y tartamudeos, y luego una voz preguntó:

—¿Es usted, David?

—Sí, señor Ahronson, soy yo.

Guardó silencio un instante, y a continuación añadió con toda claridad:

—David, ¿podría venir de inmediato? Ha ocurrido algo aquí.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo decírselo por teléfono. Por favor venga enseguida.

—Señor Ahronson, mi padre acaba de llegar a la ciudad y debo ir a verlo. Me espera. ¿Qué ha sucedido?

—No puedo decírselo por teléfono —repitió—. ¿Cuándo podrá venir?

—Tal vez hacia el mediodía.

—Tiene que ver con Minna. Ha hecho... algo. Bueno..., venga cuando pueda. Ahora... discúlpeme.

Tras decir eso, Meir Ahronson colgó el auricular. Desde la puerta de la sala, Edusha me preguntó:

—¿Era tu falso suegro?

—Sí, el señor Ahronson.

—¿Qué pasa? ¿Tu falsa ex-esposa está por tener un bebé?

—Eso no tiene nada de gracioso, Edusha.

—¿Por qué? Todos están chiflados. No pueden vivir solos ni dejan a los demás vivir en paz. ¿Qué ha pasado, eh? De todos modos me gustaría conocer a tu padre. A veces, cuando ibas a ver a tu esposa ficticia, tu hermano contaba historias interesantes acerca de él, un hombre ingenuo pero honorable.

—¿Sabes que mi padre no mira a ninguna mujer?

—Pues tú lo haces por los dos. Bah, eso no le hará ningún daño a la revolución. —Vacilando, Edusha cerró la puerta.

Bueno, pensé, otra vez está en pleno idilio con la revolución. No sabía qué hacer. ¿Ir a ver a mi padre o correr a casa de los Ahronson para enterarme de qué había hecho Minna? Quizá se hubiera

matado, o lo hubiese intentado. Recordé sus palabras: «Siempre existe la posibilidad de arrojar por la borda».

«Estoy preparado para toda clase de calamidades», me dije. En medio de tantas turbulencias, me sentía indiferente, fatalista, extrañamente tranquilo. ¡Si sólo hubiese tenido una camisa limpia para ponerme! Me avergonzaba ir a casa de los suegros de mi hermano con una camisa arrugada. Mis zapatos tenían la empella agrietada y las suelas habían vuelto a gastarse. Todo parecía volverse contra mí: debería exponerme a los reproches de mi padre, los comentarios de los suegros de mi hermano, las miradas irónicas de Lola. No, no me había afeitado, pero aun así mi padre consideraría que lo estaba.

Me vestí lentamente. En un par de días abandonaría la casa de Edusha, y ya no comía allí. Sí pero si Minna había muerto, mal podía yo ir a vivir al apartamento de sus padres. Mi madre solía decir que en estos tiempos la gente es cruel. De pronto comprendí hasta qué punto estaba en lo cierto, incluso con respecto a mí. No me importaba nadie. Podía hacer lo que quisiera: darle la espalda a todo, huir a donde me apeteciera. Me di cuenta que de haber tenido bastante dinero para un billete de tren, habría ido a la estación abandonándolos a todos, incluido mi padre.

Me puse el abrigo y salí a la calle. Aunque no tenía hambre, la boca se me llenaba de saliva. En una panadería me compré un bollo y me lo fui comiendo mientras caminaba. Había recorrido una corta distancia por la calle del Hierro, cuando sentí curiosidad por saber qué le había sucedido a Minna. Pensé, para justificarme, que no era mucho lo que podía hacer por mi padre. Volví sobre mis pasos rápidamente, casi corriendo. Subí los tres pisos de escaleras y toqué el timbre en el apartamento de Meir Ahronson. Abrió la puerta la esposa de éste, hasta donde lo permitía la cadena de seguridad. Su tez se veía amarillenta, con algunas manchas verdosas. También el blanco de sus ojos presentaba un velo bilioso.

—¿Qué desea? —preguntó.

—El señor Ahronson me ha llamado por teléfono. Me ha pedido que viniera.

—¿Para qué? Espere un momento.

La señora Ahronson cerró la puerta, malhumorada. Estudié la puerta, que hasta entonces nunca había examinado de veras. Era una puerta ancha, decorada con molduras talladas, con un buzón y una chapa de bronce en la que estaba grabado el nombre «M. Ahronson». La madera estaba pintada en un tono castaño rojizo. «Y sin embargo, quienquiera que haya hecho esta puerta, sin duda quiso procurarle placer a alguien —dijo el parlanchín que moraba en mi interior, el pensador compulsivo—. Los marxistas sostienen que detrás de todo valor de cambio hay un valor de uso. Si estas tallas y adornos no se usan, el trabajo ha sido en vano».

Oí pasos, y cuando la puerta volvió a abrirse vi ante mí a una mujer de unos treinta años, delgada, de nariz larga y mejillas hundidas. Llevaba un vestido de cuello alto que no conseguía ocultar la gruesa cicatriz que tenía debajo del mentón, y que seguramente era consecuencia de una operación. Aunque no usaba uniforme de enfermera, algo en ella, cierto aire de autoridad, hacía pensar en una supervisora de hospital. Calzaba zapatos de tacón bajo y las mangas de su elegante vestido le llegaban hasta las muñecas. Su cabello, castaño claro, estaba recogido en un moño, y sus ojos azules me escudriñaron con insolente familiaridad.

—La señorita Minna está muy enferma —me dijo.

—¿Qué le ha ocurrido?

—¿Es usted David Bendiger?

—Sí.

—Pase.

Al abrir la puerta me indicó con un gesto que me detuviera. Volvió la mirada hacia mí y dijo:

—Señor Bendiger, Minna ha sufrido un accidente. Un accidente terrible. Ahora está en cama y el doctor ha indicado reposo absoluto. Ha estado hablando de usted y ha mandado buscarlo, pero temo que su visita no hará más que perturbarla. Soy Sabina Ahronson, familiar de Minna. Mi padre y el suyo eran hermanos. Hasta hace poco trabajé como supervisora en el hospital israelita de Tshiste.

—¿Qué le ha pasado a Minna?

—Anoche, al volver a su casa, sufrió de pronto un ataque de nervios. Empezó a gritar y a desgarrarse la ropa. Destrozó su ajuar de novia. También se infirió una herida en el cuello, pero gracias a Dios o es grave. La familia llamó a un servicio de emergencias y ellos la medicaron y la vendaron.

—¿Está dormida?

—No, está despierta. En realidad, ahora está perfectamente normal. Pero nunca se sabe. He preguntado mucho por usted. El doctor asegura que se pondrá bien, pero debe usted evitar cualquier tema que la irrite. En estos casos es imposible estar seguro de cómo accionará el paciente. Siempre existe el peligro de que... Mi tío piensa que sería útil que ustedes dos conversaran para aclarar las cosas. Estoy al corriente de la situación, y me parece increíble.

La señorita Sabina hablaba en tono suave, algo triste. Cuando tenía necesidad de emplear palabras polacas, las pronunciaba vocalizando exageradamente, como una profesora de lengua. Nunca se le había ocurrido que Minna pudiera tener familiares en Varsovia, que ella jamás los había mencionado.

—Debe usted hacer lo que considere mejor —dije.

—Pase a verla. Pero si, Dios no lo permita, se pone histérica, por favor salga enseguida. Tengo años de experiencia en psicoterapia y visto toda clase de casos. Creo que Minna se pondrá bien.

—Muchas gracias.

—Aguarde, le diré que usted está aquí.

Minna estaba semi incorporada en la cama, apoyada sobre almohadones. Tenía el cuello vendado. Me pareció que habían limpiado habitación y agregado algunos muebles. Ya no se veían libros desparramados. Hasta había una alfombra en el suelo. Minna nunca había tenido un aspecto tan

fresco y juvenil como esa mañana. Sobre una silla, junto a la cama, había un ejemplar encuadernado en terciopelo con bordes dorados, de *Himnos a la noche*, de Novalis, y medio vaso de té con una rodaja de limón. La señorita Sabina me indicó una silla y le dijo a Minna:

—Estaré en el vestíbulo; si me necesitas, llama.

—Estaré completamente tranquila —repuso Minna con una voz que sonaba extrañamente clara y normal en boca de alguien que acababa de sufrir un colapso nervioso—. Puedes acostarte.

—Bien, eso ya lo veremos. En realidad no tengo sueño. En mi profesión se aprende que el sueño es mucho menos importante de lo que cree la gente.

—¿Acaso hay algo mejor que el sueño? —preguntó Minna.

—Muchas cosas. Bueno, me voy. Si quieres mi consejo, Minna, no te enredes con los detalles...

—No te preocupes, todo irá bien.

—Lláname si me necesitas. —Con esas palabras, la puerta se cerró con un chirrido detrás de la señorita Sabina.

—Es una típica solterona —comentó Minna—. Somos primas, pero a veces pasan años sin que nos veamos. Ha aparecido de pronto, y se porta como una hermana. Le pedí a mi padre que te llamara. Me dijo que tu padre está en Varsovia. Supongo que ha venido a ver a tu hermano.

—Mi padre no se encuentra bien. Ha de operarse.

—Todo el mundo tiene sus problemas. Nunca entenderé qué me sucedió ayer, ni quiero entenderlo. No era yo, sino otra persona.

—¡Ah!

—Siéntate. ¿Has comido algo?

—Sí, he comido.

—El médico me dio una pastilla para dormir. Pero esta mañana he despertado temprano y he estado pensando mucho. Como siempre, el verdadero problema es mi madre. Aunque su propia salud es muy frágil, su única preocupación es que no voy a usar mi ajuar de novia. Me ha fastidiado con ello durante tanto tiempo, que algo estalló dentro de mí. Sólo más tarde me di cuenta de lo que había hecho. Estoy avergonzada, porque ni siquiera fui capaz de morir exitosamente.

—Usted no tiene motivos para morir.

—Será mejor que no hablemos de eso. Pero ya que no puedo morir, no tendré más remedio que vivir. David, Zbigniew no debe saber nada de lo ocurrido, al menos por ahora. Pensaba llamarlo hoy al hotel donde se aloja en Berlín, pero hablar desde aquí me resulta imposible. Por el momento mi prima se ocupa de mí las veinticuatro horas del día. Te he hecho venir para pedirte que hagas dos cosas. Primero, quiero que le mandes un telegrama a Zbigniew. He escrito el texto con lápiz esta mañana. Espero que entiendas mi letra. La segunda cosa que quiero pedirte es que si pierdes el cuarto donde estás ahora te mudes a esta casa. El conde ha dejado libre su habitación. Retiró sus pertenencias a mediados de mes. Su mujer vino para ayudarlo a hacer las maletas. Es todo muy divertido. Te daré el dinero para el depósito. Mi padre se mostró contento y entusiasmado al enterarse de que tal vez te mudarías aquí. A mi madre no le caes muy bien, pero ella recela de todo el mundo. Tiene fantasías paranoicas. De todos modos, pronto habrá que internarla en un hospital. Padece de ictericia, y quién sabe qué más.

—No quiero instalarme aquí si ella se opone.

—Tranquilo, no está en contra de ti más de lo que lo está de cualquier otro. Le asustan los extraños. Es una característica suya. Por lo menos no tendrá miedo de que le robes. Mi dinero está allí, en el álbum del estante de más abajo. ¿Quieres alcanzármelo, por favor?

Le di el álbum. Cuando lo abrió, vi un fajo de billetes, entre ellos dólares americanos. Minna se incorporó un poco más en la cama, buscó algo debajo de su almohada y sacó una hoja de papel y un lápiz. Contó varios billetes, después revisó las palabras que había escrito, y volvió a corregir el texto del telegrama.

Mientras tanto no dejaba de mirar en dirección a la puerta, preparada para ocultar lo que estaba haciendo en caso de que entrara su prima. Se me ocurrió que nunca había visto a Minna tan serena, tan seria y práctica como esa mañana. Me entregó dos manojos de billetes diciendo:

—Guárdalos por separado. Este dinero cubrirá el coste del telegrama; el resto alcanza para un mes de alquiler. Pregúntale a mis padres cuánto quieren por la habitación. Ya hemos hablado del asunto; no te cobrarán de más.

—Realmente, señorita Minna, si usted puede preocuparse por mí en un momento semejante, debe de ser la mujer más noble que he conocido en mi vida.

—Por favor, no me alabes. Si hubieras estado aquí ayer habrías comprobado de lo que soy capaz. Mi primer impulso fue agredir a mi pobre madre, pero el buen Dios me ahorró un final tan horrible. De haberle hecho daño, no habría podido vivir un solo día más. También mi padre hubiera muerto. De modo que ya ves, la misericordia de Dios está presente aun en casos como éste.

—Ignoraba que fuese usted religiosa.

—También yo lo ignoraba. Creo que la última vez que nos vimos hablé como una atea. Y bien, he ahí otra de mis contradicciones. Si alguien es capaz de saltar fuera de su piel, no hablemos más de coherencia. Si por lo menos hubiera acabado con todo... Lo único que sucedió en verdad fue que destrocé algunas prendas que a mis padres les habían costado una fortuna. También me hice algún daño físico. Si me queda una cicatriz en el cuello no podré reunirme con Zbigniew. Es un esteta tremendo, un perfeccionista absoluto. Cuando andábamos por la calle y un lisiado pasaba por su lado, Zbigniew cerraba los ojos. Así es él.

—¿Cuándo quiere que pague el alquiler? ¿Ahora?

—No, un poco más tarde. Tal vez mañana. Así no sospecharán nada. No te marches todavía. Hay algo más que quiero decirte. ¿Qué ocurrirá cuando yo me vaya? También tienes que comer, y tu traje se ve muy ajado, especialmente los pantalones. ¿Duermes con ellos puestos?

—No, pero es que nunca los hago planchar.

—No está bien que te abandones de este modo. Si quieres ser escritor, has de ir correctamente vestido. ¿Tu hermano no puede ayudarte?

—Es tan pobre como yo y tiene una esposa y un hijo.

—¿Por qué ha regresado a Polonia si es incapaz de encontrar un trabajo? No hay duda de que la tuya es una familia de bohemios. La mía está hecha de la misma madera. Mi padre prácticamente regaló una fábrica. Desde que lo conozco, siempre ha sido un perdedor. No sólo dilapidó su herencia, sino también la dote de mi madre. Gracias a Dios, ya no le queda nada que pueda poner en

riesgo. Quiero que sepas otra cosa. Mi hermana menor no murió de muerte natural. Se suicidó. Tuve un ataque de apendicitis, y en lugar de ir a ver a un médico fue a bailar. Yo acabaré de la misma manera, pero tendré que esperar hasta que ellos se hayan ido. —Minna señaló la puerta—. Otro funeral, otra semana de duelo, serían demasiado para mis padres. Si vienes a vivir aquí, estarás en casa buena parte del tiempo. Te hablo como si fueses de la familia, y no sé bien por qué. Me he pasado toda la mañana pensando sólo en ti. Además de mi familia y de Zbigniew, eres la única persona de la que me siento cerca. Antes tenía amigas, pero hace años que no las frecuento. Aunque te parezca extraño, pasé más tiempo con la esposa de Zbigniew que con él. Hay ciertos temas de los que no es posible hablar con una persona del sexo opuesto. Los hombres no tienen paciencia para las cosas de las que hablan mujeres, y tampoco las comprenden. Sí, estoy terriblemente sola, y es por eso por lo que cometo actos irracionales. No lo creerás, pero me preocupo por ti como si fuese tu madre o una hermana mayor. Debería haberme casado contigo de verdad. Pero en primer lugar eres demasiado joven, y por otra parte creo que estás incapacitado para amar en serio a nadie. O para decirlo de otro modo, de comprometerte con alguien. Eso me hace pensar que eres realmente un escritor.

—Estoy comprometido con usted.

—No, me olvidarás en cuanto me haya alejado de tu lado. Y es mejor así. Hay algo que me resulta extraño: no soy una mujer fea, o lo menos no lo era hace unos años. Tampoco soy tonta, y he recibido una buena educación. Y a pesar de ello, nadie me ha amado nunca. El comportamiento de Zbigniew nada tuvo que ver con el amor, aunque ahora jure por lo más sagrado que me amará hasta el día de su muerte. Bueno, ya puedes irte. Ven mañana a pagar un mes de alquiler. Y trae tus cosas, si es que tienes algo.

—No tengo nada.

—Eso te facilitará la mudanza.

Llevado por un impulso, dije:

—Señorita Minna, ¿puedo preguntarle una cosa?

—¿Qué quieres saber?

—No tiene obligación de contestar, y no se enfade conmigo por hacerle esta pregunta. Diga usted lo que diga, la buena opinión que tengo sobre usted no cambiará.

—¿De qué se trata?

—En Danzig, señorita Minna, en Danzig..., usted y Zbigniew... Ya sabe a qué me refiero.

—Sí, lo sé, pero ¿por qué quieres saberlo?

—Porque soy escritor.

—Eres un muchacho extraño. Sí, lo hicimos, y su mujer lo sabía. En realidad fue ella quien quiso inducirme a perversiones, orgías, para llamarlas por su nombre, pero no acepté. No soy decadente hasta ese punto, o tal vez no tuve el valor de serlo. Pero me alojaba en el mismo hotel que ellos, a pocas puertas de su habitación. Zbigniew es el único hombre para mí. Lo que hice contigo no fue más que un acto desesperado, una suerte de suicidio moral. Pensé que estaba curada de mi amor por él y que eso terminaría con mi dependencia. Pero no sirvió de nada. Apenas me llamó, corrí en su busca como un perro al que el amo azota y aun así responde a su silbato y acude presuroso a lamerle las

botas.

—Entonces seguirá siendo su amante.

—Haré lo que él quiera.

—¡Que Dios la ayude!

—¿Cómo va Dios a ayudar a alguien como yo? Bien, ahora lo sabes todo. No olvides enviar el telegrama. Acércate, dame un beso. Por si no volvemos a vernos, procura no pensar mal de mí.

—¿Por qué no habríamos de vernos? Usted no está tan enferma.

—Tienes razón. Si el doctor me lo permitiera, me levantaría. Pero siento que de alguna manera he llegado al último margen de mi existencia. Dicen que la vida es esperanza, y yo he perdido toda esperanza. Sin embargo, por inexplicable que parezca he conservado el deseo. En una situación como la mía, uno puede morir aun gozando de buena salud. Tengo la impresión de que fue eso lo que le sucedió a mi difunta hermana. Amaba a alguien que la abandonó, y decidió morir. Y ahora que hablamos de eso, se me ocurre que el hombre al que ella amaba era una especie de Zbigniew, de una clase loco más baja. Bien, no dejes de venir mañana por la mañana. Y ahora acércate y dame un beso —repitió Minna.

Me incliné hacia ella y la besé en la frente, en el pelo, en los ojos. Ella también me besó, murmurando:

—Un chiquillo. Un verdadero chiquillo...

3

Después de despachar el telegrama a Zbigniew Shapira, fui a ver a mi padre. Me abrió la puerta Lola, quien pareció alegrarse de verme. Entré en el hueco que antes ocupaba Aarón, y allí encontré a mi padre. Era un hombre de baja estatura, rechoncho, de aladares rojos y barba del mismo color, en la que se insinuaban algunas hebras grises. La cinta de su raído sombrero estaba manchada. Por su chaqueta abierta asomaba la prenda interior ritual que usaba. Sobre una pequeña mesa había un libro abierto y una bufanda que usaba a modo de *eruv*. Cuando me vio, un destello de alegría infantil iluminó sus ojos azules. Hizo un movimiento como para ponerse de pie y abrazarme, pero permaneció sentado, mirándome con una mezcla de turbación y asombro. Se avergonzaba del modo en que yo iba vestido y de la situación en que nos encontrábamos. Quise besarlo, pero me tendió la mano a modo de saludo.

—Eres tú —dijo—, eres tú.

—¡Padre!

—Volvemos a encontrarnos, loado sea el Señor. Cuando los hermanos de José se encontraron con él en Egipto, no lo reconocieron porque se había dejado crecer la barba. Pero a ti..., a ti es fácil reconocerte.

—No me afeito..., uso tijeras —dije, inventando rápidamente una mentira.

—¿Por qué habría de avergonzarse un judío de su barba? El hombre está hecho a semejanza de Dios. Bien, siéntate, siéntate. Estoy aquí desde ayer y he preguntado mucho por ti, pero es evidente que vives muy lejos. He olvidado por completo cómo es Varsovia. Fui a orar a una sinagoga y un joven me trajo de vuelta.

—Padre, me he enterado de que no estás bien.

—Así es. Por eso he venido. Debo ver a un médico. Tu hermano ha tenido que salir. Lástima que no viniste antes, pero supongo que algo debió de impedírtelo.

—Tuve que despachar un telegrama.

—Ah. ¿Adónde?

—A Berlín.

—Asunto de negocios, ¿eh?

—No exactamente.

—Ah, bueno, quiera Dios que todo salga bien. Pero ten en cuenta una cosa: nunca olvides que eres un judío.

—¿Cómo olvidarlo?

—Aarón me ha dicho que te han concedido un permiso para viajar a la tierra de Israel. Ya nos habías escrito al respecto. ¿Irás realmente?

—No, el proyecto se ha frustrado.

—La tierra de Israel no es un asunto menor. Se ha dicho que aquel que no vive en la Tierra Prometida ha llevado la existencia de un idólatra, Dios no lo permita; pero ¿en qué circunstancias es posible afirmar algo semejante? Sólo en el caso de un individuo que va allí a pecar, a exhibir su falta de fe.

—Es que yo no iré.

En ese momento entró el suegro de mi hermano, Reb Leizer Tsinamon, quien nos saludó fríamente a los dos con una inclinación de la cabeza. Mencionó el nombre de un especialista en hemorroides, y añadió que había que pagarle por adelantado. Nos contó que había padecido la misma enfermedad y que lo había operado el doctor Soloveitchik. Los ungüentos y otros remedios similares sólo eran soluciones temporarias. «Un forúnculo hay que cortarlo», dijo con tono perentorio, tras lo cual dio media vuelta y salió de la habitación. Al rato se presentó su esposa, Shéindele. En su juventud había sido famosa por su belleza. Ahora tenía doble mentón y una red de finas arrugas alrededor de los ojos. A su aire de inseguridad se sumaba un toque de tristeza en la expresión del rostro, el gesto de amargura de una madre que no ha visto cumplida ninguna de sus esperanzas. Dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿Qué ha pasado con tu certificado? Cuando la gente consigue un certificado, lo usa. ¿Cómo has sido capaz de perder algo tan importante? Y ¿qué ha sido de la mujer con la que te casaste?

—¿Te has casado? —preguntó mi padre, estupefacto.

—No, padre. Fue una mera formalidad, una exigencia de las autoridades para poder llevarla conmigo.

—Ten cuidado con esas cosas. Puedes caer en el delito.

—No te preocupes, padre. Todo está en orden. La joven ha cambiado de opinión, eso es todo. —

Le hice una seña a Shéindele de que comprendiera que no quería hablar del tema delante de mi padre, pero ella siguió, impertérrita, sacudiendo la cabeza cubierta con *sheitel*.

—¿Por qué ha cambiado de idea? —preguntó.

—Es una larga historia.

—Por lo visto no estaba escrito. ¿Y si llevaras a mi hija Lola? Aquí en Varsovia pierde el tiempo. Está buscando empleo, pero el trabajo escasea. Es una chica correcta e instruida. No obtuvo su diploma, pero ¿de qué sirve un diploma? Si no fuera judía, tendría un puesto en alguna oficina del gobierno. A un gentil que apenas puede sostener una pluma en la mano, se lo considera un miembro de la nobleza, pero para los judíos todo son obstáculos. Si Lola se fuera a Palestina, me quitaría un peso de encima. Dicen que allí es fácil casarse. Una joven debe contraer matrimonio.

—Con la ayuda de Dios, Lola encontrará al hombre que le está destinado —intervino mi padre.

—Que así sea. Pero entretanto las cosas no son fáciles. Si por lo menos el apartamento fuese más grande —dijo Shéindele cambiando de tono—; así no estaríamos como gallinas en el corral.

—Yo me marchó hoy —dijo mi padre.

—No me refería a usted, que es parte de la familia. Pero también ha de resultarle difícil. Debería disponer de una mesa de verdad para cuando estudia la Torá, y no esa mísera mesita tambaleante.

—La Torá se puede estudiar en cualquier parte.

—Lo sé, lo sé, pertenezco a una familia en la que se estudiaba la Torá. Pero las condiciones deben ser favorables. Mi padre, que en paz descanse, tenía una habitación llena de libros. Solía sentarse a la mesa y beber té de un samovar. Cuando papá estudiaba, nosotros, los niños, teníamos que estar quietos y en silencio. Mi madre, que en paz descanse, nos decía: «A callar, niños, que papá está estudiando». En aquel entonces la Torá era realmente la mejor mercancía, como se dice. Pero ¿a quién le importa la Torá hoy en día? Un petimetre de bigote rizado obtiene una buena dote, mientras que nadie quiere a un estudioso. ¿Quién está dispuesto en esta época a proporcionarle alojamiento y comida a un yerno erudito? La guerra lo ha puesto todo patas arriba.

—Sin embargo, todavía hay judíos que estudian la Torá —objetó mi padre—. De vez en cuando voy a Reishe o a Torna, y las sinagogas están llenas de gente. En Beltz, durante las festividades, la sinagoga está a rebosar. Gracias al Señor, los judíos siguen siendo judíos.

—Tal vez eso sea así en los pueblos pequeños, pero aquí se siente en todas las cosas la influencia de los gentiles.

Ida, la esposa de Aarón, estaba en el hospital, trabajando. El pequeño Gershon —o Grisha como aún lo llamaba su madre— dormía en un catre, en el dormitorio.

Tirando de su barba, mi padre me preguntó:

—¿Qué haces? ¿Cómo te ganas la vida?

Vacilé por un momento antes de contestar:

—No es fácil.

—Eres maestro, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

—¿Qué enseñas? ¿A escribir?

—Sí, a escribir y a leer.

—No se consigue nada enseñando, David. El conocimiento es deseable, por supuesto, pero no se puede vivir de eso. Un joven de tu edad debería casarse y buscar una forma de ganarse la vida.

—¿Quién iba a casarse con alguien como yo?

—Condúctete como un judío y se te presentará más de una ocasión. Yo vivo en un pueblo, pero hay gente próspera interesada en casar a sus hijas. Te darán una dote y también te ayudarán financieramente. Si no quieres ser rabino, abre una tienda. Las cosas no han cambiado tanto.

—No, padre, te equivocas. El mundo ha cambiado. Los polacos no nos quieren. Para ellos somos una espina clavada en el costado. Están haciendo lo posible para echarnos.

—Eso siempre ha sido así; pero Dios no permitirá que ocurra.

—No es mi intención hacerte sentir desdichado, padre, pero la verdad es que no quiero ser comerciante, ni quiero un suegro que me mantenga. Ya no soy esa clase de hombre.

—¿Pues qué clase de hombre eres? Te has afeitado la barba, por lo que veo no te has enriquecido. Tu hermano me lo ha contado todo. Los dos sois pobres, no tenéis donde vivir. No hay un lugar donde alojarme. Este apartamento es demasiado pequeño. Tu madre, Dios nos proteja, no se encuentra bien. Se me ha ocurrido que tal vez necesiten un rabino en la calle Krojmalna. Yo podría volver a instalarme aquí. Todavía hay judíos que me recuerdan en ese barrio.

—Encontrar un apartamento es imposible. Hasta por uno muy pequeño hay que pagar depósito.

—En mi pueblo no hay muchos libros; los seis volúmenes del Talmud y algunos más, pero no bastan. Quiero escribir acerca de *Los Derechos del primogénito*, de rabí Alkazi, y los libros que necesita consultar sólo se encuentran en las grandes ciudades. Está escrito: «un obrero debe tener sus herramientas».

—No creo que vayas a encontrar un apartamento aquí. Mudarse a Varsovia cuesta mucho dinero.

—Podría vivir solo durante un tiempo. Más tarde mandaré llamar a tu madre y a tu hermano Móishe. Gracias a Dios, él está estudiando. Es un ferviente seguidor del rabino de Beltz, maestro y hombre temeroso de Dios.

—¿Por qué no se casa?

—Es demasiado joven y espera que lo hagas tú primero.

—Pues no debería esperarme. Caminamos por sendas diferentes.

—Cuando Dios lo disponga y llegue el momento, se casará. Es verdad que incluso en las aldeas la vida ha cambiado. Las mujeres jóvenes quieren un marido que sea el sostén de la familia, y quién sabe cuántas cosas más. Tú eres demasiado ilustrado, y él está demasiado encerrado en la *yeshivá*. ¿Cuánto dura nuestra vida? Nos han puesto en este mundo para estudiar la Torá y realizar buenas acciones. Ésa es la meta de la creación. Claro que uno necesita comer y vestirse, pero es posible arreglárselas de un modo u otro. ¿Qué pidió nuestro padre Jacob? «Pan para comer y ropa para vestir». El mundo pregunta: ¿por qué está escrito «pan para comer»? Todo el mundo sabe que el pan es para ser comido. ¿Por qué entonces está escrito «para comer»? La respuesta es: «Pan en cantidad suficiente para comer. Pero no en demasía». Uno de los grandes talmudistas afirmó: «Mientras el alma está en la tierra, necesita el cuerpo, pero no hay que mimar el cuerpo, para que no piense que él es el importante».

—Sí, padre, pero en la actualidad a la gente le falta fe.

—¿En qué creen? En este mundo. Y si es así, ¿para qué necesitan estas guerras?

Shéindele asomó la cabeza y anunció:

—He preparado té.

4

Nos sentamos a la mesa, bebimos té y comimos *kijel*. Reb Leizer Tsinamon dijo:

—El vulgo está heredando la tierra. —Volviéndose hacia mi padre, prosiguió—: Usted vive lejos, en su pequeño pueblo, entre sus libros. No tiene ni idea de lo que ocurre aquí. ¿Cómo iba a saberlo? Pero fiando uno está en el hervidero, lo ve. Es el ignorante el que tiene el poder en todas partes. La prosperidad tal vez resulte de la guerra, pero en tiempos de guerra suele ser el patán quien monta a caballo. Convirtieron a mi Max en un soldado, ¿cómo podía él impedirlo? ¿Mutilándose? Las cosas ya no son como antes. Además, los polacos reclutan a los jóvenes sin importarles el estado en que se encuentren. Conocen todas las triquiñuelas. Acompañé a Max a la oficina de reclutamiento. Fue como soltar a un cordero entre lobos. Y no hablo sólo de los gentiles, sino de nuestra propia gente también. Mientras esperan desnudos que los médicos los examinen, juegan a un extraño juego. Un hombre se agacha y pone la cabeza contra la pared mientras los demás le dan ya sabe usted dónde, y perdóneme por contárselo. Si adivina quién le pega, esa persona debe ocupar el lugar del otro. ¿Qué clase de juego es ése? ¿Qué sentido tiene? Puro salvajismo. Pero a esos jóvenes toscos les da algo que hacer. Quisieron que mi Max también jugara, pero se negó. De modo que se mofaron de él, y le habrían pegado si no hubiese sido porque en ese momento volvió el médico.

Reb Tsinamon siguió con su perorata:

—En la calle Krojmalna, donde usted era rabino, todos se han hecho comunistas. Dicen sir tapujos que si llegan al poder matarán a todos los judíos cultos. Su hijo, mi yerno, acaba de volver de Rusia. Pregúntele, él le contará. Aquí, en los pequeños pueblos donde hay bolcheviques, los matones han organizado bandas para golpear a los judíos a los que consideran burgueses. A un rabino le arrancaron la barba. En Rusia misma, las cosas se presentan muy sombrías. Los seres humanos no tienen allí el menor valor. Los gentiles desatan pogromos, y los comunistas judíos atormentan a los judíos piadosos. Irrumpen en las sinagogas y roban libros para aprovechar el papel. Provocan toda clase de estragos. Han subido a su cielo hecho por los hombres, y han descubierto que no hay Dios. ¿Qué será de nosotros entonces? Si Dios tiene la intención de enviarnos al Mesías, ¿por qué tarda tanto?

Mi padre se mordió el labio inferior, se arrancó un pelo gris de la barba y lo examinó. Tocó el vaso de té para comprobar si todavía estaba caliente y después lo apartó un poco a un lado. Se quitó el *yarmulke*, se abanicó con él y dijo:

—Si somos dignos de que venga, vendrá.

—Tiene usted razón —repuso Reb Tsinamon—, pero esta generación no será digna del Mesías.

—Quién sabe, tal vez esta generación sea totalmente culpable —apuntó mi padre como si formulara la pregunta y al mismo tiempo la contestase.

—¿Qué quiere decir con eso? Sin duda los judíos como usted creen en la venida del Mesías.

Mi padre sonrió. Un leve rubor tiñó sus mejillas cuando dijo:

—¿Cómo podemos conocer los designios del Señor? Está escrito: «Puesto que Él es el autor de todo, todas las cosas son buenas».

Reb Tsinamon se disculpó y se marchó. Mi padre y yo volvimos al pequeño cuarto de Aarón, y él me miró con una sonrisa como si quisiera pedirme un favor pero temiese hacerlo.

—David —dijo—, ¿te gustaría estudiar conmigo una página de la Gemará?

—¿Ahora? ¿Aquí?

—¿Por qué no? Tengo una Gemará en la bolsa donde guardo mi taled. Ven, estudiemos una página.

—¿Qué sentido tiene? Oh, bueno, de acuerdo.

Mi padre abrió la Gemará en el capítulo referido a las leyes y costumbres que rigen la oración, el uso de los *tefillin* y la lectura de las bendiciones, ilustrado con varios ejemplos tomados del Talmud. Le gustaba en particular la historia de Rabí Iosi que fue a orar entre unas ruinas y oyó un arrullo semejante al de una paloma: «Ay del padre que ha echado a sus hijos, y ay de los hijos que se han apartado de la mesa de su padre». Y la historia del rey David, que colgó su lira mirando al norte, de modo que cuando soplaban el viento los sonos de la lira lo despertaban y él mantenía una conversación con Dios, en la cual se comparaba con los reyes del levante y el poniente. Como leíamos del mismo volumen, tuve que acercarme mucho a mi padre. Su barba me rozaba la cara. Percibía el olor de su tabaco barato, su rapé, y algún otro a la vez familiar y olvidado. Sentado en un pequeño almohadón que había puesto sobre la silla, mi padre inclinaba la cabeza sobre la página. Qué bien conocía yo todo de la Gemará, Rashi, Tosafot. Reconocía cada palabra, cada letra. Una vez más Rashi formulaba la antigua pregunta: «¿Por qué los judíos recitan sus oraciones vespertinas y el *Oye, oh Israel* cuando es de día?». Yo no necesitaba aguardar la respuesta. La sabía de memoria. Y sabía también que los judíos habían estudiado esa Mishná cientos de años atrás, quinientos, mil, mil quinientos, y más. Los judíos llevan incontables millares de años implorando *Oye, oh Israel* mientras el Señor sigue haciendo lo que le place. Guía las estrellas en el cielo y se dedica a los cometas, los planetas, los protones, electrones. El Señor es un físico, un químico, un astrónomo.

Mi padre comenzó a leer en voz más alta, para a continuación canturrear el texto con la antigua melodía. La posibilidad de que los Tsinamon nos oyeran hizo que me sintiera molesto.

—Padre, no tan alto —dije.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas de la Torá?

Cuando caía la noche, me preguntó:

—¿Puedes llevarme a una sinagoga? Está en el número 40 de la Shlishke. Me las arreglaré para volver solo.

Cogió su bastón y se puso el sombrero. Me pareció que más que al andar, arrastraba los pies. Los niños que jugaban en el patio nos miraron con expresión de burla. Uno de ellos hizo una mueca, sacó

la lengua y gritó: «¡Sucio judío!»). Nada había cambiado. Seguíamos siendo objeto de «vergüenza y desprecio». Me entregué a fantasías de poder, inventando un avión que viajaba a la velocidad de la luz. De alguna manera, llegaba a mis manos un explosivo capaz de arrancar montañas, revolver mares, calcinar ciudades, países, el globo entero. Castigaba a todos los enemigos de los judíos. Usando mi explosivo, desalojaba a los ingleses de Palestina. El pueblo de la diáspora podía al fin regresar, poniendo así fin a sus sufrimientos. Dado que Dios no había tenido a bien enviar al Mesías, yo redimiría al atormentado pueblo de Israel. Y en cuanto al chiquillo que nos había insultado, le daría una lección que recordaría toda su vida.

—He echado de menos Varsovia —dijo mi padre—. Es una ciudad judía.

Por fin llegamos a la sinagoga. Cogiéndome del brazo, mi padre me pidió:

—No te vayas. Quédate y recita conmigo las plegarias vespertinas.

—Padre, no tengo tiempo.

—¡Hereje! ¡Gentil! Recita las plegarias vespertinas.

Empecé a recitar el *Ashre*. ¿Qué otra cosa iba a hacer si mi padre me ordenaba que me quedase?

De pie a su lado recité las Dieciocho Bendiciones. Él se apoyó contra la pared y suspiró. Lo oí golpear el pecho al pronunciar las plegarias de penitencia. Me pregunté si era posible que nunca dudase. Miré alrededor. Aún no habían encendido las luces de la sinagoga, pero hasta nosotros llegaba el resplandor vacilante de las velas a medio consumir de una *menorá*. Los judíos oraban meciéndose hacia atrás y hacia delante. Aquí y allá algún joven alzaba un puño al cielo. Sucumbían naciones, cambiaban los sistemas, las plagas llegaban y desaparecían, pero allí todo era como siempre había sido. Resultaba increíble. ¿De dónde sacaban tanta certeza?

El sol se había puesto y un fulgor purpúreo luchaba contra las sombras. Poco a poco los fieles fueron abandonando la sinagoga. Sólo quedó el encargado de dirigir las plegarias, quien esperó a que mi padre terminara de recitar las Dieciocho Bendiciones. Era evidente que en ese lugar conocían a mi padre y que lo ayudarían a regresar.

Terminadas las plegarias vespertinas, salí de la sinagoga y eché a andar por las calles. Había caído la noche y en las aceras brillaban las farolas. Los maniquíes de los escaparates estaban vestidos a la última moda. La luna surcaba el cielo. Los techos de chapa de cinc parecían encendidos por las estrellas. ¿Qué podía hacerse? ¿Había un nuevo comienzo para mí?

Al igual que Minna, sentía que me encontraba al borde de un abismo o en un callejón sin salida. No lograba tener fe ni en Dios ni el mundo. Al pasar por delante de un cine vi un gran cartel de Charlie Chaplin. Qué apropiada era esa imagen como representación de Dios en la tierra, ya que en ella se encarnaban la cultura mundana, el éxito y el progreso. En aras de Dios había que levantar barricadas, matar al prójimo o ser destruido. Yo no sabía si reír o llorar. Deseaba escapar, pero ¿adónde?

Doblé en la calle Leszno y mis pies me llevaron, como si tuviesen vida propia, a la casa en que vivían Bella y Edusha. Abrí la puerta y encontré el apartamento a oscuras. Ninguna de las dos mujeres se encontraba allí. Prendí una cerilla y vi mi mochila en el pasillo. Encendí la lámpara de

gas y de pronto vi todo con claridad: me habían desalojado de mi pequeña habitación. Habían sacado mi catre a fin de hacer lugar para la cama de Bella.

No tenía derecho a ofenderme. En esa casa me habían tratado muy bien, y hasta generosamente, pero debía aprovechar la lección. De alguna manera me alegraba no tener que despedirme. Cogí la mochila, apagué la lámpara y empecé a bajar la escalera. Me movía con una extraña lentitud, como un anciano o un inválido. «*Adieu*, Bella, *adieu*, Edusha —pensé—. No os olvidaré hasta el día de mi muerte».

Spinoza afirma que la sustancia y sus infinitos atributos requieren que nuestros modos entren en contacto los unos con los otros por un tiempo. Yo no podía dejar de pensar que, en realidad, «un tiempo» no es en sí mismo sino otra forma de modo.

Me encaminé hacia la casa de Minna. Aún conservaba el dinero ella me había dado para el primer mes de alquiler. De pronto me detuve. De ninguna manera podía mudarme al apartamento donde vivía mi falsa esposa, a quien le había concedido un falso divorcio, y donde vivían también mis falsos suegros. Yo mismo no era más que falso escritor. No; había terminado con Varsovia.

Cambié de rumbo, y me dirigí hacia la estación de Danzig. Tenía bastante dinero para comprar un billete a Byaledrevne, y sabía que el tren partía a altas horas de la noche. A mi alrededor se oían los ruidos de la ciudad, pero sentía una extraña calma. «Perdóname, Minna —murmuré—. Perdóname, padre. No puedo ayudaros». Cansado de caminar, hice una pausa ante el escaparate de una ferretería donde se exhibían tenazas, cuchillos, tijeras, grifos y tornillos. Unas puertas más allá, compré un bollo. Había que comer. En esa materia, sin duda, no existía el libre albedrío. Mientras lo mordisqueaba me detuve nuevamente, esta vez delante de una salchichería. Me quedé mirando las ristras de embutidos y pensé que en un tiempo esos animales habían vivido y sufrido, y que ya habían dejado atrás sus pesares. No quedaban en ninguna parte rastros de su dolor o sus contorsiones. ¿Existe acaso en algún lugar del cosmos una placa recordatoria en la que se registre que una vaca llamada *Kviatule* permitió que la ordeñaran durante once años, y que luego, en el duodécimo año, con las ubres ya secas, la condujeron al matadero y la degollaron, después de recitar una bendición?

Mi fantasía continuó. ¿Alguien recibía alguna vez una compensación por su sufrimiento final? ¿Existe un paraíso para las reses sacrificadas, para los pollos y los cerdos, para las ranas pisoteadas, para los peces arrancados al mar, para los judíos torturados por Petliura, fusilados por los bolcheviques, para los sesenta mil soldados que derramaron su sangre en Verdún? En ese mismo instante, mientras me formulaba esas preguntas, morían millones de personas y animales. Muchos hombres y mujeres se encontraban atrapados en cárceles y hospitales, en las calles, en sótanos y barracas. ¡Feliz de ti, padre, que crees! Hasta es posible que tengas razón.

Llegué a la estación y me puse en la fila para sacar el billete. Había mucha gente, pero puesto que el tiempo no existe ¿qué más daba cuánto tuviese que esperar?

Nota final

Ficción y realidad en *El certificado*
de Isaac Bashevis Singer

por Rhoda Henelde Abecassis

A primera vista, *El certificado* es una novela de iniciación y adolescencia. Un joven provinciano de dieciocho años y medio, desaliñado y sin un centavo, llega, sin saber dónde pasará la noche, a la gran ciudad, con el fin de abrirse camino como escritor. Una situación tan ampliamente tratada en la literatura universal no tarda, sin embargo, en revelarse en este caso como única y sorprendente. Nada es parecido a lo que se encuentra normalmente en este género de novela. En el ámbito rural que David Bendiger deja atrás, la actividad principal no es el labrado de la tierra sino el estudio. El joven héroe, aunque ingenuo y extremadamente tímido, dista mucho, con su bagaje de una escolarización intensiva y una extensa lectura, de ser un palurdo.

En la ciudad le espera un difícilmente explicable regalo, el certificado, una invitación a un cambio radical de vida y de lugar de residencia. Por otra parte, la iniciación que le espera en la gran urbe no va a ser con una sino con tres mujeres, mayores que él y bastante experimentadas. «Basado en hechos reales» habría que subrayar en la nota final de esta ficción rocambolesca para hacerla creíble al lector. Y no se estaría faltando a la verdad. Con la publicación de su obra autobiográfica, *Amor y exilio*, descubrimos que en la piel de David Bendiger, a quien trata con cierto distanciamiento y cuyos defectos no disimula, se encuentra Isaac Bashevis Singer contando su no menos rocambolesca iniciación a la vida adulta.

No es de extrañar, por tanto, que un joven, tanto el real como el de la ficción, con una temprana vocación como escritor, compartida a menos que con su padre, su hermano y, en la vida real, también su hermana, decidiera narrar sus inusuales vivencias.

Como nos recuerda Elie Wiesel en el *Chicago Tribune* del 11-12, «en las novelas de Singer siempre es la suerte la que decide los acontecimientos» y, de pronto, la suerte le proporciona a él mismo acontecimientos dignos de «vivir para contarlos». David Bendiger lo expresa de la siguiente manera: «Sentado en el sofá, sentí que me invadía un sentimiento de asombro ante cuanto me ocurría. Mi propia vida se me antojaba una novela confusa». Es tan consciente de que su enmarañada vida constituye materia idónea para novela que saca las siguientes conclusiones:

«En medio de mis tribulaciones, me asombraba la jugarreta que había hecho el destino al disponer las circunstancias de esa manera diabólica. Me prometí a mí mismo que, si sobrevivía, algún día escribiría un libro acerca de todo lo que estaba viviendo. Un escritor —pensé, debe urdir una trama que por un lado tenga la apariencia de la realidad corriente, y por el otro revele la presencia y el discernimiento de las fuerzas que manejan el mundo».

I. B. Singer cumplió la promesa que se había hecho. El episodio un hombre enredado con varias mujeres a la vez, descrito en *El certificado*, se repite, variando las circunstancias según la lógica del

relato, en al menos cuatro libros más. Aparece en su libro autobiográfico *Amor y exilio*, en el cual nos confiesa en primera persona el enredo más el certificado fueron vivencias reales. En su novela la *Escoria*, el argentino Max Barabander vuelve a su Varsovia natal el año 1906, donde se relaciona con varias mujeres a la vez. La impresionante obra póstuma de Isaac Bashevis Singer, *Sombras sobre el Hudson*, comienza con el neoyorquino Hertz Grein enamorándose en una fiesta de la joven esposa de Stanislaw Luria, Anna, mientras su propia mujer, y también su amante de largos años atrás, le esperan en sus respectivas casas. Y, por último, la más conseguida novela construida alrededor del mismo tema, *Enemigos, una historia de amor*, en la cual el autor ancla las vivencias de los personajes, siguiendo una férrea lógica, en la terrible realidad del Holocausto. El héroe, Hermar Broder, se casa por gratitud con la criada polaca que le salvó la vida. Se relaciona con Masha por amor, pues ella es su alma gemela que ha pasado por el mismo infierno. El cuadro lo completa la aparición de la primera esposa, dada por muerta, con quien antaño había compartido una vida y, en el presente, el recuerdo de unos hijos asesinados.

El deseo de sacudir sensibilidades puritanas, sin embargo, no es la única explicación para la reiteración del tema. También hay razones literarias. Su incorporación al género novelístico revolucionaría la siempre púdica literatura yiddish, entraría en la modernidad y rompería moldes, tal vez no sólo en la literatura yiddish. I. B. Singer expresa esta idea en *El certificado* y más explícitamente en *Amor y exilio*:

«En las obras literarias, en las novelas, siempre se coincidía en que un hombre era incapaz de amar a más de una mujer y viceversa, sin embargo yo estaba persuadido de que mentían. No es que la literatura contradijera las leyes de los hombres, sino más bien que las leyes habían metido a la literatura en una trampa y allí la tenían cautiva. En mis fantasías, a menudo me veía escribiendo una novela en la que el protagonista estaría enamorado de varias mujeres a la vez. [...] Ahora bien, un artista estaba obligado, al menos en sus descripciones, a ser fiel a ésta, a la naturaleza humana, por muy salvaje, injusta, y demencial que fuese. De un modo u otro yo sospechaba que lo que bullía en mi cabeza, bullía también en muchas otras».

Por otro lado, todo autor incorpora algo de sí mismo y de sus experiencias en su obra, pues necesita escribir de lo que conoce. En esta novela, I. B. Singer nos brinda un ejemplo práctico de lo que sucede cuando se escribe de lo que no se conoce. Tras exponer con entusiasmo las antedichas ideas acerca de la conveniencia de amores múltiples, reflexiona sobre cómo planear una novela y sin embargo decide, a continuación, que ni sus amigas ni él mismo serían dignos protagonistas. «Debía ser un hombre maduro, un experto donjuán como Zbigniew Shapira. Sí, ésa era una buena idea. Tenía una librea sobre la mesilla de noche; cogí la pluma y la tinta de Edusha, y comencé a escribir. Después de rellenar una página, me sentí insatisfecho con el resultado. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo sobre Zbigniew Shapira? ¿Qué sabía de las universidades o el ejército? ¿Cómo iba a ponerme en la piel del héroe yo, que no poseía en este mundo ni un mendrugo? Cuando releí lo que había escrito, rompí la hoja de papel y la arrojé a la taza del váter».

Después de pasar por una extensa lectura de filósofos como Kant o Spinoza, el joven David, y con él el propio autor, se rebela contra «las ‘ideas adecuadas’ a las que Spinoza dio el nombre de matemáticas y lógica» y la causa es que «las emociones contienen una dosis mayor de realidad» que

estas ideas. «Las emociones constituyen la esencia de un ser humano, su alma». En definitiva, se decanta por la literatura frente a la filosofía, y dentro de esta ¿dónde podía encontrar mayor variedad e intensidad de emociones que en las extremas y complicadas relaciones humanas que le había tocado vivir? Y expresa esas emociones con la maestría y la ligereza de una pluma danzarina que agarra desde el comienzo de la obra al lector y no lo suelta, aun a su pesar, hasta que termina.

Podría pensarse que tras la magia de su arte se esconde un autor que sólo pretende contarnos su vida una y otra vez y dejar al lector tan embelesado con sus anécdotas que no aspirará a encontrar nada más. Una lectura más detenida, sin embargo, nos revelará que no es el caso.

Es sutilmente sabia la observación de que existen personas que necesitan explorar el mundo para encontrarse a sí mismas y otras a quienes basta indagar en sí mismas para descubrir el mundo. Isaac Bashevis Singer es de estas últimas. Con sólo breves pinceladas y pasajeras alusiones a las circunstancias históricas que rodean al protagonista ficticio, el autor nos introduce en un mundo muy real. Para empezar, el que David deja atrás, encarnado en su padre. Sumidos en el estudio de los libros sacros, dedicados al pequeño comercio y a los oficios artesanos y sostenidos por su fe, los judíos como él quedarían inadaptados ante el nuevo mundo postfeudal e industrializado, y ciegos ante los peligros que les acechaban.

En el episodio de la visita del padre a la capital, cuando David Bendiger lo acompaña a la sinagoga, un niño le saca la lengua y le grita «judío mugriento». Nuestro protagonista siente indignación y fantasea sobre cómo iba a castigar él a todos los enemigos de los judíos. Al mismo tiempo, el padre no interrumpe por ello la conversación y comenta: «He echado de menos Varsovia. Es una ciudad judía». El padre prescinde del secular antisemitismo, ya transmitido a aquel niño, y continúa con su vida. El barrio por cuyas calles caminan es efectivamente la mayor judería de Europa y el resignado rabino no puede adivinar que bastarían dos décadas para pasar de las palabras a los hechos y para que ese mismo niño, tan lleno de un odio heredado, se uniera a los miles de jóvenes polacos que colaboraron en la «liquidación» de aquel distrito de Varsovia.

La generación más joven se decide a ir abandonando el ambiente tradicional y decantarse por la modernidad. Al otro lado de esa línea les espera, y lo personifican las tres amigas de David, la confusión y el desconcierto. Sonia, que trabaja de criada en la gran ciudad sin perspectivas de salir a flote, se ve tentada de volver atrás, casándose con alguien de su *shtetl*. La fingida novia Minna, hija única de padres acaudalados con formación de aristócrata, elige la asimilación y adopta un odio hacia los judíos interiorizado por contagio de los antisemitas viejos. Edusha, que ha optado por el comunismo, cree a pies juntillas que salvando al proletariado se eliminarán todas las injusticias del mundo. Ellas tres representan a la mujer emancipada, concepto que en aquella época significaba a menudo saltar desde la restrictiva moral religiosa, sin pasar ni por la verdadera libertad ni por la independencia emocional y económica, directamente a la promiscuidad. Tan era así que no les disuadía «ni siquiera el miedo a quedar embarazada».

Afortunadamente, el héroe de la ficción se salva de esta responsabilidad.

El libro nos sitúa en el año 1922 en una Europa que acaba de salir de una guerra mundial y una revolución. En Rusia ganan los internacionalistas y en la nueva Polonia independiente los nacionalistas. Extrañamente, ambos cultivan el odio a los judíos como culpables de todos los males.

Cuando en 1967 se publica esta novela por entregas en el neoyorquino *Forverts*, el autor y sus lectores ya conocen a qué acontecimientos preparó el terreno aquel odio. En el libro, los personajes judíos sólo lo presienten, y una de las posibles soluciones es marcharse de Polonia y Rusia. A David hay quien le recomienda hasta un traslado a Alemania, modelo de país civilizado. El otro destino de salvación era Palestina.

El certificado que da nombre a la novela y alrededor del cual gira la acción, al final de la misma termina desvaneciéndose. Podría parecer, de nuevo a primera vista, un «MacGuffin», término acuñado por Hitchcock para describir un mero artificio que hace avanzar el argumento, si no supiéramos que detrás de aquel documento se escondía una dramática realidad política. Al hacerse Inglaterra con el poder en Palestina en 1917, ni cumplió su compromiso de la Declaración Balfour de otorgar la soberanía a los judíos, ni veló por la seguridad de todos sus súbditos, permitiendo frecuentes masacres de poblaciones judías a manos de sus vecinos árabes. A fin de congraciarse aún más con los países de la región por las eternas consideraciones políticas, se comprometió a reducir a un simple goteo la inmigración de judíos a Palestina, concediendo un ocasional certificado por familia. Intentando sacar el máximo provecho a este documento, las organizaciones sionistas se valían de la treta del matrimonio fingido, como el de nuestro héroe. El episodio lo relata el autor con una buena dosis de humor, pese a que en su vida real el plan fracasó incluso antes de celebrarse la boda de conveniencia. Nos recuerda, sin embargo, lo risible que resultaba aquella estratagema de los indefensos frente al cinismo de los poderosos, en especial cuando, en 1939, los británicos, con su Libro Blanco, eliminaron incluso esos escasos certificados y prepararon la posterior encerrona europea.

Afortunadamente, a Isaac Bashevis Singer le salvó otro documento, el *affidavit* enviado por su hermano, el cual, y también utilizando un ardid (el de viajar a Canadá para después volver a entrar en Estados Unidos) le permitió emigrar al nuevo mundo y sobrevivir para contarlo. Creó obras de ficción y memorias, tan ricas ambas en imaginación y arte de narrar, que nos cuesta fijar las fronteras. Tal vez no merezca la pena empeñarse en ello. Como acertadamente apuntó el profesor de la Academia Sueca durante la entrega del Premio Nobel al autor, en la obra de Isaac Bashevis Singer: «fantasía y experiencia cambian de forma. La fuerza evocadora de la inspiración de Singer adquiere un sello de realidad, y esa misma realidad es elevada por los sueños y la imaginación a la esfera de lo sobrenatural, donde nada es imposible y nada es seguro».

Glosario

Ashkenazi (pl.: *ashkenazim*): Judío oriundo de Europa central y oriental.

Ashre: En hebreo, «bienaventurado», «feliz».

Bar mitzvá: Ceremonia religiosa mediante la cual un muchacho, al cumplir trece años, entra a formar parte de la comunidad de los adultos, asumiendo la responsabilidad de seguir los preceptos. La ceremonia equivalente para las muchachas se llama *bas mitzvá*.

Borscht: Sopa de remolacha, que se toma fría o caliente, tradicional en la fiesta de Shevuoth o de las Primicias (Pentecostés), en la que antiguamente se hacía una ofrenda con los primeros frutos de las cosechas.

Dibuk: En el folclore judío, espíritu de una persona muerta que resurge en el cuerpo de una viviente, determinando su conducta. Los cabalistas saben distinguir entre una persona que se encuentra poseída por un *dibuk* y un enfermo mental que se comporta de forma similar, afectado, por ejemplo, por una esquizofrenia.

Eruv: En hebreo, «mezcla», «reunión». Según la ley del Shabbath no se debe sacar ningún objeto desde una propiedad privada a una pública y viceversa, como tampoco se debe transportar en un lugar público un objeto cualquiera. De acuerdo con la Torá, el eruv es un mecanismo que permite convertir ciertos lugares públicos en privados a fin de poder transportar objetos en ellos y entre ellos.

Gemará: Sección del Talmud que consiste esencialmente en comentarios sobre la Mishná.

Jalutz (en hebreo, «pionero», «vanguardia»; pl.: *jalutzim*): Los jóvenes judíos pioneros del Ishuv (comunidad judía preestatal), que reivindicaban la Tierra de Israel, construyeron caminos y establecieron nuevos poblados.

Jasid (en hebreo, «devoto», «fiel»; pl.: *jasidim*): Seguidor del jasidismo, movimiento religioso, de carácter místico creado en Polonia a mediados del siglo XVIII por el rabino Israel Baal Shem Tov. Se caracteriza por su ruptura con la tradición de la escuela talmúdica y su rechazo de toda forma de ascetismo, así como por exaltar las virtudes proféticas del creyente y abogar por la alegría, espontaneidad y calidez humanas.

Jéder: Escuela primaria judía a la que se asiste desde los tres años de edad para estudiar hebreo y la Torá.

Kaddish: Oración en memoria de los difuntos.

Kijel: Especie de bizcocho pequeño.

Kosher (del hebreo *kasher*, «apto», «correcto», «legal»): Lo que se ajusta estrictamente a las leyes, sobre todo a las leyes religiosas sobre la alimentación. Por extensión, persona o cosa legítima, fiable, auténtica.

Mazel tov: «Buena suerte», «enhorabuena».

Menorá: Candelabro ritual de siete brazos que suele encenderse durante la festividad de Janucá o de las Luminarias que conmemora la reinauguración del templo de Jerusalén por los macabeos tras la victoria sobre el rey seléucida Antíoco IV.

Mishná: Sección del Talmud consistente en una colección de leyes orales editadas en el año 200 de nuestra era por el rabino Yehudá

Ha-Nasí: Se trata de la primera codificación de la ley consuetudinaria judía.

Mizraji: Sigla de Merkaz Rujaní, o «centro espiritual». Movimiento religioso fundado en 1902 para fomentar el sionismo entre los judíos y promover ideas religiosas y culturales entre sus miembros. Su lema era «La Tierra de Israel para el pueblo de Israel, según la Torá de Israel».

Purim: Fiesta de carácter carnavalesco que conmemora la intervención de Mardoqueo y Ester, esposa del rey persa Asuero, para impedir la matanza de los judíos a manos del ministro de este amán. Se celebra con bailes, regalos y disfraces.

Sheitel: Peluca que llevan las mujeres *ashkenazim* de obediencia ortodoxa después de contraer matrimonio.

Shulján Aruj: Código de la ley y costumbres judías recopilado por el talmudista sefardí, nacido en Toledo, Yoséf Caro, en Safed (Palestina), donde se asentó tras la expulsión. Fue publicado por primera vez en Venecia en 1565.

Taled (del hebreo *tallis* o *tallit*): Chal litúrgico que utilizan los hombres durante los servicios religiosos. En los extremos llevan una especie de flecos llamados *tzitzit*.

Talmud: Recopilación de las leyes y tradiciones que los eruditos judíos han hecho de la Torá. Fue producida en Babilonia en el año 500 de nuestra era, aunque existe una versión reducida, producida en Palestina en el año 400.

Torá: Ley escrita de los judíos tal como le fue revelada a Moisés en el monte Sinaí. Está compuesta por los libros del Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números,

Deuteronomio). Constituye la esencia del judaísmo en sus aspectos religioso, filosófico, ético y moral.

Tefillim: Filacteria. Tira de pergamino que contiene pasajes de la Torá y que los judíos llevan sujeto al brazo y la frente durante los rezos.

Tisha B'Av: Día de luto y ayuno con que se conmemora la primera y segunda destrucción del templo de Jerusalén. Suele coincidir con el mes de agosto.

Yarmulke: Casquete o solideo que llevan los judíos practicantes varones, sobre todo en los lugares sagrados y durante los servicios religiosos.

Yeshivá: Especie de seminario rabínico al que asisten los muchachos a partir de los doce años para estudiar el Talmud.



ISAAC BASHEVIS SINGER (Radzymin, Polonia, 14 de julio 1904 - Surfside, Fl., USA, 24 ju 1991). Escritor estadounidense de origen polaco.

Singer emigró en 1935 a los Estados Unidos, separándose de su primera esposa Rachel y su hijo Israel, quienes migraron a Moscú y posteriormente a Palestina. Al poco tiempo de su llegada se incorporó al periódico neoyorquino en lengua yiddish *Vorverts* (*Jewish Daily Forward*) en el que comenzó a publicar, dedicándose desde entonces a la literatura, escribiendo regularmente en yiddish.

Su primera novela, *Satán en Goray* (1935) trata de la histeria religiosa y los pogromos del siglo XVII. Otras novelas famosas son *La familia Moskat* (1950), la única de sus obras literarias en las que el elemento ficticio está ausente; *La casa de Jampol* (1967) y *Los herederos* (1969). *En el patio de mi padre*, autobiográfica, se publicó en 1966. Singer también escribió relatos muy imaginativos, como los publicados en *Gimpel el tonto y otros relatos* (1957).

En 1940 Singer se casó con Alma Haimann, con quien vivió hasta su muerte.

Fue galardonado con el National Book Award (Premio Nacional del Libro) por *Un día placentero: Relatos de un niño que se crió en Varsovia* (1973), uno de sus libros de literatura infantil. En 1978 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura por su “apasionado arte narrativo” que tiene sus raíces en la cultura polaco-judía. En 1982 publicó *Relatos completos* y en 1984 *Relatos para niños*. La famosa película, *Yentl*, se basó en su relato *Yentl the Yeshiva Boy* (1983). *Meshugah*, una novela corta sobre un grupo de sobrevivientes del holocausto que viven en Nueva York, se publicó en 1994, después de su muerte.

La obra de Singer se caracteriza por la fuerza de su argumento, lleno de pasión por la vida y

desesperación por las tradiciones que se pierden. Todos sus libros están ambientados en su pasado polaco y en las leyendas de los judíos y del folclore de la edad media europea. Él mismo tradujo muchas de sus obras al inglés. En 1984 se publicó su autobiografía, *Amor y exilio: Memorias*.